



**“Prolegómenos al Ateneo de la Juventud
y la figura del intelectual moderno (1900-1909)”**

T E S I S

**Que para obtener el grado de
Doctor en Literatura Hispánica**

**Presenta
Ernesto Sánchez Pineda**

**Director de tesis
Antonio Cajero Vázquez**

San Luis Potosí, S.L.P.

Septiembre, 2018

A Luis Alberto Arellano

A Juan Pascual Gay

Agradecimientos

Agradezco a mis padres, que siempre me han apoyado sin importar la locura en la que esté involucrado. A Cora que se empeña en seguir a mi lado y con quien, por eso, estaré infinitamente en deuda. A mis hermanos, que son el mejor ejemplo a seguir. A mi nueva familia, Ale, Kari, Mariana –que siempre me echan porras–, a Nats y Cecy –que son pura alegría–. También agradezco al resto de mi familia, la sanguínea y la otra (arremolinada en la CuadraRifa), fundamentales ambas porque siempre me han apoyado a pesar de no saber muy bien qué es lo que hago. De igual forma agradezco a mis compañeros en este viaje, Daniel, Martha, Rive, Dayna, pero, especialmente, a Salva, Anuar y Luis Alberto, pues con ellos conversé la mayor parte del tiempo sobre este proyecto y son los que me dieron consejo, guía, burla y apoyo.

A todos mis profesores, los de antes y los de ahora, los que estuvieron largo tiempo y los que fueron casi efímeros; todos, de alguna manera, han dejado una huella indeleble en mi formación y eso es invaluable. Especialmente agradezco a los doctores Marco Antonio Chavarín y Belem Clark de Lara por leer este trabajo y darme las recomendaciones y la confianza para seguir adelante, tienen mi gratitud y mi amistad. A mi director, Antonio Cajero, que me dio libertad para realizar este trabajo, pero además me tuvo paciencia y comprensión y me dio consejo cuando fue necesario, muchas gracias.

Agradezco a toda la comunidad de El Colegio de San Luis, pero sobre todo a Araceli de biblioteca y Narda de Docencia, hicieron que todo siempre fuera más fácil.

Finalmente, a Mercedes Zavala y Juan Pascual, que me abrieron las puertas de su casa y biblioteca; me dieron un lugar en su mesa, me aconsejaron y regañaron, me motivaron y, definitivamente, no me dejaron nunca abandonar este proyecto. Sobre todo agradezco a Juan, que ha sido mi maestro, guía y amigo desde que empecé a andar por el sendero de la literatura.

Índice

Introducción.....	3
1. La configuración del intelectual moderno: idearios y precursores.....	15
1.1. El modernismo.....	16
1.2. El decadentismo.....	37
1.3. El positivismo.....	58
1.4. El irracionalismo.....	75
2. La individualización del intelectual y sus resonancias en México: Dreyfus y Rodó.....	93
2.1. El <i>affaire</i> Dreyfus.....	93
2.2. El <i>Ariel</i> de Rodó.....	128
3. El intelectual en el campo de batalla: instituciones, revistas y foros.....	165
3.1. La Escuela Nacional Preparatoria. Semillero de personalidades.....	165
3.2. Las revistas. Plataformas de impulso y reconocimiento.....	194
3.2.1. <i>Revista Moderna</i> y <i>Revista Moderna de México</i> (1898-1903/1903-1905): correrías de los jóvenes ateneístas.....	196
3.2.2. <i>Savia Moderna</i> (1906) o un apócrifo punto de partida.....	213
3.2.3. <i>Revista Moderna de México</i> (1907-1911) o el espacio conquistado.....	227
3.3. La “Protesta literaria” (1907): la intelectualidad por las calles	239
3.4. La Sociedad de Conferencias o el intelectual en el podio.....	252
La puerta entreabierta: principio y fin de las peripecias.....	291
Bibliografía.....	297

Introducción

Este esbozo sirve de guía pero también de palestra e incitación para que nuevos investigadores traten de completar o dar una visión con matices diferentes de lo que ahora se presenta todavía repleto de aristas inexploradas y recovecos ignorados. Cabe decir que con el tiempo, y al ver la magnitud de las primeras intenciones, he cambiado varias veces de título y de contenido. Por eso, lo que aquí presento versa sobre un breve periodo de tiempo que, sin embargo, es fundamental para comprender tanto la formación del Ateneo de la Juventud como la figura del intelectual moderno que se fue desarrollando a la par de este grupo.

No obstante, el concepto y la figura del intelectual, que han ido cambiando desde su origen hasta nuestros días, presentan en sí una problemática, ya por la naturaleza inasible con la que se constituye o bien porque sólo el bosquejo general de ésta se presenta como una tarea de índole titánica, ya que se adapta y trasmuta con el devenir del tiempo y las circunstancias. A pesar de ello, la figura del intelectual ha sido atendida y estudiada desde líneas de pensamiento diversas; además, como afirma Carlos Altamirano, “el concepto de intelectual no tiene un significado establecido: es multívoco, se presta a la polémica y tiene límites imprecisos, como el conjunto social que se busca identificar con la denominación de ‘intelectuales’”.¹ Por esta inestabilidad, las diferentes aproximaciones más que distanciarse

¹ *Apud* Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013, p. 17. Para un acercamiento a la figura del intelectual se pueden consultar: Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos Editor, México, 1975; François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, trad. de Rafael F. Tomás, PUV, Valencia, 2007; John Carey, *Los intelectuales y las masas*, trad. de José Luis Gil Aristu, Siglo XXI, Madrid, 2009; Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996; Richard Sennett, *El declive del hombre público*, pról. de Salvador Giner, Anagrama, Barcelona, 2011; Christophe Charle, *El nacimiento de los intelectuales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009; Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, trad. de Rodolfo Beraquero, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008; Tony Judt, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944-1956*, trad. de Miguel Martínez-Lage, Taurus, Madrid, 2007; Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Eudeba, Buenos Aires, 2003; Ralf Dahrendorf, *La libertad a*

se complementan. Y por lo mismo, puedo encontrar definiciones que se adecuan, de una u otra forma, a personajes o grupos que se suceden en el acontecer histórico. Son estas resonancias sobre las que hago, de vez en cuando, hincapié, pues aunque la figura que voy señalando no vaya apegada a una teoría o un concepto da cuenta de una forma de concebir al intelectual en el momento histórico cultural que aquí estudio; es decir, el recorrido historiográfico que ofrezco da cuenta, al mismo tiempo, de ese periodo convulso que antecede y en muchos sentidos explica la conformación del Ateneo de la Juventud y de la consolidación de esta figura en el ámbito cultural mexicano a manos de este grupo que se ha consagrado, con el tiempo y los estudios, como uno de los nodos más sobresalientes y significativos en la historia de la literatura mexicana.² De esta relación surge el título de esta investigación que, a pesar de ser una pequeña contribución en el esquema general de las cosas, desde el desentrañamiento de estos hechos y su interpretación, ayudará a una mejor comprensión del periodo de gestación del grupo y de esa figura que muchas veces se pone en cuestionamiento.

Ahora bien, al aproximarme desde la historiografía puedo esbozar, desde diferentes aristas, aspectos indispensables para comprender el desenvolvimiento de los hechos en este breve periodo. Factores que tienen que ver con la formación educativa, afinidades, distancias,

prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria, Trotta, Madrid, 2009; Raymond Aaron, *El opio de los intelectuales*, trad. de Enrique Alonso, RBA, Barcelona, 2011.

² Sobre la figura del intelectual en América Latina o México ver: Carlos Altamirano (coord.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, dos tomos, Katz Editores, Buenos Aires, 2008; Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, t. I, Editorial Pormaca, México, 1965; Edward Shils, *Los intelectuales y el poder*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires 1974; *Los intelectuales en las sociedades modernas*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1981; *Los intelectuales en los países de desarrollo*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1981; Peter H. Smith, *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*, trad. de Soledad Loeza, Colmex, México, 1981; Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, Joaquín Mortiz, México, 1972; Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1995; Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana. Actores, escenarios y acciones*, Océano, México, 2010; Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, SEP/Siglo XXI, México, 1985; *El nacimiento de las instituciones*, Tusquets, México, 2015; *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana*, Tusquets, México, 2005.

lecturas, complicidades y proyectos, entre otros, se ven explicados o insinuados en diferentes revistas o periódicos del momento, herramientas indispensables para esta investigación.

Los textos canónicos que generalmente dan pauta para una primera inmersión en estos temas, que en el caso del Ateneo de la Juventud han sido prolíficos, fueron el punto de partida para esta investigación. Hasta hoy se cuenta con estudios considerados por los investigadores como canónicos, como el publicado en 1962 donde se compilan las conferencias del Ateneo de la juventud y que después, por su evidente importancia, se amplió en el año 2000 con un prólogo, notas y apéndices de Juan Hernández Luna y el anejo documental que proporciona Fernando Curiel Defossé. A este libro se le anexan otros como el del investigador estadounidense John Schwald Inees, *Revolution and Renaissance in México: El Ateneo de la Juventud* (1970); el del historiador mexicano José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (1979); el del español Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura en México* (1992), y el de Álvaro Matute Aguirre, historiador mexicano, que en *El Ateneo de México* (1999) proporciona la nómina más completa de este grupo. A éstos se han anexado los libros de Fernando Curiel Defossé: *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)* [1999] y *El Ateneo de la Juventud (A-Z)* [2001]. Más cercano todavía, y definitivamente fuera del orden canónico, se encuentra el libro de Susana Quintanilla, *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, publicado en 2008, donde se hace un recuento de los hechos que atraviesa el grupo con una mirada interpretativa, soportada casi siempre por datos historiográficos, que más que dar certezas apuntan vías posibles para seguir indagando.

En torno a esta pequeña lista de libros han brotado estudios que reconocen el papel fundamental del Ateneo de la Juventud en la historia mexicana, pero no sólo de la literatura, sino de la cultura, la política y la economía. Fernando Curiel menciona dentro del grupo de

estudiosos interesados a Samuel Ramos, Octavio Paz, Luis Villoro, Martín Quirarte, Leopoldo Zea, Gabriel Zaid, Emmanuel Carballo, Carlos Monsiváis, María Rosa Uría Santos, Louis Panabiere y, con una tesis de licenciatura, Lidia Camacho.³ Con el tiempo esta lista ha ido engrosándose con artículos que se centran en el grupo o bien con trabajos de mayor extensión cuyo tema central no es el grupo, pero tratan de él de manera tangencial, como el caso del mismo Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones* (1993). También, encabezados por Serge I. Zaïtzeff y su importante aportación en el rescate de la obra de algunos miembros del Ateneo, se ha mantenido una línea de investigadores en constante participación en torno al grupo, casi siempre interesados en una figura en particular, pero sin dejar a un lado el contexto en que ésta se desarrolló, como el caso de María Elena Madrigal, Beatriz Espejo y Gabriel Wolfson, en torno a la obra y vida de Julio Torri o bien de Sergio Ugalde Quintana, Alicia Reyes y Alfonso Rangel Guerra en torno a Alfonso Reyes.

En el panorama literario mexicano, el Ateneo de la Juventud es un grupo que sobresale por su relevancia en el derrotero de lo que hoy se erige como el panorama cultural mexicano. Es ésta una de las principales causas para acercarme al grupo, pero no la única. Aunque la mayoría de estos estudios hablan sobre el periodo que antecede a la conformación del Ateneo, la mayoría de ellos lo hace de manera somera, lo que ha dado pauta para que los datos, más que aportar algo sobre este periodo, se empiecen a reproducir de uno a otro estudio, casi sin cuestionamiento, arrojando sólo de vez en cuando información relevante que pueda dar una nueva interpretación de los hechos.

³ Cf. *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud* (1906-1929), UNAM, México, 1999.

Ahora bien, arranco el recorrido a finales del siglo XIX por dos motivos que después serán fundamentales: en primer lugar, porque la figura del intelectual, como tal, no existía y, en segundo lugar, porque una serie de factores ayudaron o motivaron al hombre de letras a posicionarse en el foco público. El papel que juegan las publicaciones periódicas, entonces, se torna fundamental, pues en estos espacios es palpable cómo los hombres de letras, herederos de una visión altamiranista de mediados del siglo XIX que pretendía unir a la nación por medio de las letras, mutaban su posición en torno a estas empresas. En la década de los sesentas Boyd G. Carter apunta la relevancia de las revistas literarias para el estudio de la historia de la literatura; no mucho tiempo después, José Luis Martínez asume la misma idea, pues considera que estos espacios reflejan con fidelidad el contexto en el que se insertan y se da a la tarea de rescatar en ediciones facsimilares una buena cantidad de estos proyectos en ediciones del Fondo de Cultura Económica.⁴ Como ellos, algunos investigadores como Juan Pascual Gay, Belem Clark, Evodio Escalante y Fernando Curiel, entre un amplio número de investigadores, han regresado una mirada a estos espacios de importancia, tal vez, porque

Toda revista literaria es un barómetro que permite determinar el clima cultural de una época. A este respecto, estas publicaciones, de tan breve duración a veces, son dignas de mucho más interés del que usualmente suscitan. El que en un periodo dado haya muchas y mediocres es, para el historiador de una literatura, tan significativo como cuando hay pocas y de cierta categoría, o quizá alguna excelente. Además, para sondear la vida cultural de un país, es importante saber de dónde irradian los impulsos creadores emitidos por las revistas, si desde la periferia o desde el centro o la misma capital. Las hay que son portavoz de un movimiento o de una corriente y que, en cuanto tales, ofrecen un sólido cuerpo de información homogénea sobre una faceta particular del quehacer literario de un periodo. Hay otras en que confluyen varias tendencias de una época y que en

⁴ Cf. Boyd G. Carter, *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve contenido histórico*, Ediciones de Andrea, México, 1959 y José Luis Martínez, *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, Imprenta Universitaria, México, 1955.

el remanso de sus páginas reflejan gran parte del inquieto cielo literario de su tiempo.⁵

Ahora bien, un cambio significativo se percibe cuando el nacionalismo propuesto por Ignacio Manuel Altamirano y puesto en marcha en páginas de *El Renacimiento*, una publicación que se erigió bajo una concordia bastante particular, comienza a desvanecerse para dar entrada a una reinterpretación de la visión cosmopolita ahí promovida, que fue publicitada con un aparente tinte clasista por los escritores de fin de siglo. Otro cambio substancial, que pareciera ser de índole económico, pero es más bien paralelo al cambio en la producción de los periódicos que comenzaron a apostar por el chispazo de la novedad para elevar las ventas, es que la literatura se postuló como una fuente de ingresos para los escritores, y por vez primera, incluso, como la única fuente para muchos de ellos. Manuel Gutiérrez Nájera se convierte así en el icono del escritor profesional, imitado en varios sentidos por sus contemporáneos y una juventud que irrumpía de manera estridente en el espacio literario: los decadentistas.

No es casual que estos cambios estén en íntima relación con un fenómeno en auge: la modernidad, consecuencia de un proceso acelerado de industrialización que repercutió en los estratos culturales, económicos y políticos. La interacción de todos elementos provocó un que en el ámbito de la literatura surgiera el Modernismo, un movimiento que tanto en Europa como Hispanoamérica se torna de primer orden y cuyo dato de origen se atribuye a la publicación de *Azul* (1888), del nicaragüense Rubén Darío.⁶ En México, como hemos dicho,

⁵ Juan Lechner, “Nota preliminar”, en *Caballo verde para la poesía (1935-1936)*, edición facsimilar, Turner, Madrid, 1974.

⁶ Hay que tener en cuenta que la fecha de inicio se ha puesto en cuestionamiento; Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz registran que las primeras manifestaciones modernas en la literatura aparecieron entre el año de 1875 y 1876 con los escritores José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera, y que de acuerdo a las polémicas se puede registrar el surgimiento, desarrollo y pérdida de vigencia entre los años de 1876 y 1907 (cf. *La construcción del modernismo*, UNAM, México, 2002, pp. X-XIII).

el representante más significativo de este movimiento fue Manuel Gutiérrez Nájera, pues su figura y su obra reencarnaban todo lo que el movimiento promulgaba. También, fue fundador, junto con Carlos Díaz Dufoo, de un espacio donde convergían todas las corrientes de fin de siglo: *Revista Azul* (1894-1896), que siguió un ideario que celebraba la convivencia y exaltaba la estética sobre todas las cosas. Parnasianismo, Realismo, Romanticismo, Simbolismo y Modernismo a favor de un ideal estético.

A finales del siglo XIX, los escritores, en particular los poetas, son capaces de hacerse de un espacio propio, pero no como figuras intelectuales, sino respaldados por el prestigio logrado por medio del periodismo, cuya importancia repuntó a finales del siglo, y de la poesía, que en este caso se presenta como la expresión más auténtica de la subjetividad, es decir, del genio individual. No obstante, el poeta decadentista en México parece no involucrarse con los temas de prioridad social, sino más bien es reactivo ante esta sociedad, que ve desde un pedestal. Como consecuencia directa de esta actitud se da el cambio de visión hacia un cosmopolitismo que cambia un poco con respecto al promulgado por Altamirano, una mirada que regresa a la meca cultural, París, pero que explora más allá, llegando a Oriente y que fue más propia de estos jóvenes decadentes. Sin embargo, a la par se puede percibir una pléyade de escritores inscritos en el modernismo que han utilizado las revistas y los periódicos para abordar temas de índole social con un tinte crítico, además existe en el ambiente un nacionalismo que reside o resiste –sobre todo en aquellos apegados a tesis realistas– y que se manifiesta en búsqueda de identidad que muchas veces se inclina a la reflexión y la concordia. Además, no hay que olvidar que, de forma paralela, se va desarrollando otro motivo de importancia y que ha sido foco de varias reflexiones por parte de los historiadores, el que versa sobre el positivismo instaurado por Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria a partir de 1868 y que, después de treinta años, empezaba a

ser cuestionado. Ante estos factores que confluyen, aparecen dos directrices a principios del siglo XX, una intelectualista, que busca un compromiso cívico por parte del escritor, y una antiintelectualista, reacia a una implicación y compromiso social del escritor. La segunda fue representada por figuras que se distanciaron de la política; la primera, corresponde a la figura que desarrollan los jóvenes que fueron conocidos como el Ateneo de la Juventud.

Sin embargo, el temple de los que apenas empezaban a incursionar en las letras se reflejó en la búsqueda de una voz que a veces se acercaba a los modernistas y que en ocasiones admiraba a los decadentistas pero que, a pesar de ello, continuó batallando para encontrar su originalidad en un espacio que parecía estar inundando por las propuestas de fin de siglo. Esta lucha, que parece ser fugaz a ojos de muchos investigadores, se aprecia como una constancia en un trasfondo que surge antes, y prosigue tiempo después, de los hechos estridentes que más han acaparado la atención de los que escriben sobre el tema.

Por este motivo, y para acercarme de la manera más integral posible el desarrollo de estos jóvenes en el panorama cultural, fue necesario fraccionar los momentos, porque sólo así se puede tener una mejor apreciación, desde diferentes aristas, de los hechos en los que estuvieron involucrados. Y aunque todavía hay aspectos que dejo a un lado, creo que se puede dispensar de ellos, pues el aporte que aquí construyo, por mínimo que sea, tiene un valor cardinal; pues como he dicho en un principio, sólo contribuir a esclarecer, de una u otra manera, uno de esos recovecos inexplorados o caminar por una senda no transitada hace que la tarea valga la pena, pues la sola acción tiene como consecuencia que esos lugares se aprecien con un nuevo lente; es decir, lo que aquí propongo es un trabajo que complementa la visión de la formación de este grupo, su papel en la historia y la figura del intelectual en México.

El recorrido que ofrezco se fragmenta en tres capítulos. El primero versa sobre cuatro líneas o corrientes de pensamiento que influyen sobre los jóvenes de principios del siglo veinte. En una primera instancia reviso el modernismo, como corriente y movimiento, con la figura de Manuel Gutiérrez Nájera como punto de partida para nuevas actitudes del escritor, así como la importancia de ese lugar fundamental para entender la propuesta estética finisecular, pero también la postura de los escritores frente a la sociedad, y que estuvo bajo la dirección de este escritor: la *Revista Azul*. El segundo apartado tiene una visión similar, utilizo figuras ejemplares, como la de José Juan Tablada, para hacer una revisión de la propuesta más extrema del modernismo en México: el decadentismo. En este mismo espacio, me centro en estrategias de posicionamiento de los decadentistas que los ateneístas asimilaban como propias, ya sea el asalto a los espacios con visibilidad pública, periódicos y revistas, o bien la importancia de la promoción y publicidad en actos públicos o reseñas. Un tercer apartado versa sobre una línea de pensamiento fundamental para seguir los pasos del ateneísmo, pues es la que los investigadores a menudo ponen como antagónica a los jóvenes: el positivismo, el cual era respaldado por el grupo de los Científicos, que estaban en estrecha relación con la dictadura porfirista. Aquí, me enfocó en personajes desdeñados desde diversas plataformas, pero que dibujan fielmente la relación entre el escritor y el poder, una relación que no menosprecian los ateneístas, sino que aprenden a explotar desde un principio. La administración del grupo al servicio del poder, o a pesar del poder, como un ejemplo o modelo. Además, hago un rastreo de la filosofía positivista y su desarrollo una vez llevada a la práctica fuera del recinto inaugurado por Gabino Barreda. En un cuarto apartado, trató una línea de pensamiento alternativa a la que se propagaba por las aulas de clase y que, de manera natural, servía para reaccionar ante ella: el irracionalismo. Aquí, reviso algunas lecturas y los alcances que éstas tuvieron; es decir, cómo llegaron a materializarse de una u otra forma,

en el pensamiento académico o creativo, público o privado del grupo. Como he dicho, su relevancia radica en tanto se presenta como una alternativa a un positivismo en decadencia, pero también en la conformación de una élite intelectual y aristocrática a partir de la inteligencia. En cierto sentido, este apartado se encuentra en total relación con el segundo capítulo, pues son los “hechos que contribuyeron a la formación del intelectual en México”, el filtro con que los jóvenes ateneístas van a interpretar muchas de las propuestas irracionalistas.

En el segundo capítulo, me enfoco en acontecimientos cruciales que modificaron bruscamente la concepción del intelectual. En un primer apartado, en el caso Dreyfus y su recepción en México, pues este caso es paradigmático para entender la concepción del intelectual moderno. Sólo que más que una visión global, me centro en la recepción del caso en México, donde sobresale la importancia del escrito de Zola, cuatro años después de empezado el *affaire*, y la interpretación que da del caso una de las figuras que fungen como guía para el grupo de jóvenes: Justo Sierra. También, aquí, ahondo sobre las características y las repercusiones que tuvo el caso en distintas esferas del mundo cultural, sobre todo en el origen de la división de la dualidad intelectual-antiintelectual, pues aquí se sopesan tanto posturas como tendencias que habrán de marcar todo el siglo XX; la asociación que tiene el intelectual con los idearios de izquierda, especialmente los socialistas y, por último, sobre el reconocimiento de la función pública del intelectual. El segundo apartado versa específicamente sobre el *Ariel* de José Enrique Rodó, pues el discurso del uruguayo sienta las bases para hacer una reinterpretación tanto del valor de la juventud (o la juventud como valor) como del papel que los jóvenes van a tomar frente a la sociedad, como dirigentes, pero validados como intelectuales. En este apartado también se hace una revisión de otros discursos hispanoamericanos que están en el ambiente y que no fueron ajenos al grupo, y que

se manifestaron igualmente en actitudes que fueron marcando el temple individual, pero también grupal.

En el tercer capítulo las corrientes finiseculares y los hechos paradigmáticos que abordo cobran sentido, pues aquí se van espejeando las relaciones con ese contingente de jóvenes que se va agrupando desde los albores del siglo XX. Por ser realmente el tema central de la tesis, este capítulo también es el más extenso y se divide en cuatro apartados. El primero de ellos se enfoca en uno de los espacios más significativos: la Escuela Nacional Preparatoria, donde se establecen las primeras relaciones y contactos. Aquí utilizo como base el gran estudio de Clementina Díaz y Ovando para comenzar a trazar el papel de los que después fueron miembros del Ateneo, al mismo tiempo que esbozo la atmósfera de la escuela en esos momentos, los jalones con grupos foráneos que lanzaban críticas mordaces al plan de estudios y sus dirigentes, así como la importancia de ciertas figuras magistrales y la postura ideológica que pregonaban tanto dentro como fuera del aula. En un segundo apartado me enfoco en las revistas literarias más relevantes de este periodo: *Revista Moderna*, *Arte y Ciencia*, *Savia Moderna* y *Revista Moderna de México*. En secciones diferentes, hablo sobre la relación de los proto-ateneístas y estos espacios, desde las primeras pesquisas, con un grupo que parece no estar cuajado, pasando por ese espacio que muchos consideran primigenio en los estudios sobre el grupo, *Savia Moderna*, para después enfocarme en el que considero su más grande logro y conquista: *Revista Moderna de México*, pues ésta le abre las puertas a esta horda de jóvenes y va cambiando, poco a poco, como se puede apreciar en las colaboraciones, a un tono más reflexivo y crítico consecuencia del género ensayístico que va a ser distintivo de éstos. Un tercer apartado versa sobre los eventos que circundan la “Protesta literaria” de 1907, pues ahí se puede ver, de manera más clara, las estrategias que los jóvenes empiezan a desplegar para forzar su entrada en el campo literario, además de que muestran

sus afinidades y distancias, revelando así una forma de pensar y pararse ante la sociedad más unificada y fortalecida. Por último, un cuarto apartado se centra en la Sociedad de Conferencias, pero lejos de anunciar los eventos y programas, como se ha hecho hasta ahora, rescato los escritos y resalto líneas que muestran la reflexión en torno a los temas filosóficos y culturales del momento; esto, además, muestra una evolución en las posturas y una constante crítica entre los miembros del grupo, que más que promulgar una postura categórica declinaban por el ejercicio de la inteligencia y la reflexión. Por último, cierro con la conformación del Ateneo de la Juventud en octubre 1909 y las noticias de diarios y revistas que cubrieron el acontecimiento; además, hago una pequeña reflexión de los hechos, situaciones y relaciones hasta aquí anunciadas que permiten a este grupo consolidarse como la nueva intelectualidad mexicana, pero que, también, sientan las bases, por un lado, para que los nuevas pléyades traten de ingresar en el mundo cultural y, por otro, para la figura del intelectual moderno, así como va a ser entendida a lo largo del siglo XX.

CAPÍTULO I

LA CONFIGURACIÓN DEL INTELLECTUAL MODERNO: IDEARIOS Y PRECURSORES

A finales del siglo XIX, confluyen en México una serie de corrientes, ya ideológicas ya literarias, que van de la mano de uno de los fenómenos más trascendentales de nuestros tiempos: la modernidad. En el campo literario conviven el simbolismo, el decadentismo, modernismo, el parnasianismo, el naturalismo y, todavía, el romanticismo, en íntima relación con algunas líneas de pensamiento filosófico que estaban en la atmósfera, como el positivismo y el irracionalismo, que en cierto sentido justifican algunas de las corrientes literarias mencionadas pero, de más importancia, también moldean una forma de pensar de la juventud de principios del siglo XX.

De toda esta gama de líneas y corrientes, interesan cuatro que tienen una presencia fundamental en el ámbito mexicano y pueden ayudar a explicar actitudes y distancias, propuestas y cercanías del grupo que incursiona por primera vez a principios del siglo XX: el modernismo, el decadentismo, el positivismo y el irracionalismo. Éstas permiten esbozar de manera general, pero desde diferentes perspectivas, la propuesta ateneísta. Aunque, cuando se habla de un grupo, siempre hay excepciones, así como algo más fuerte que cohesionan a los integrantes.

Ahora bien, el impacto que para algunos historiadores parece radical y espontáneo por parte de la juventud, y que terminó por legitimar a los integrantes como intelectuales, se desprende más bien de estrategias de promoción que los jóvenes imitaron y, después, se apropiaron, sobre todo de las facciones o grupos que les preceden. Así, ideas del movimiento

modernista, cuyo representante más destacado fue Manuel Gutiérrez Nájera, se ven presentes en su forma de proceder; de los decadentistas, una actitud asociada a la juventud y estrategias que ésta ofrece para posicionarse en el ambiente literario y cultural; algo no muy alejado de los Científicos, que enarbolaron e implantaron el positivismo tanto en las aulas como fuera de ellas, pues también de ellos hay tácticas que los jóvenes adoptan, sobre todo hacen hincapié en los beneficios de la cercanía con el gobierno y, por tanto, el poder; del irracionalismo, por último, se rescatan algunas ideas que van a marcar un derrotero en la forma de actuar de los jóvenes, donde nociones como voluntad, ética, moral y elitismo van a tomar lugares de importancia. El esbozo de estas ideas y estrategias permite apreciar ciertos matices que, a menudo, se dan por sentado en la conformación del Ateneo de la Juventud; sin embargo, si se toman en cuenta, junto con otros factores, como el caso Dreyfus y la publicación del *Ariel*, de José Enrique Rodó, ofrecen rasgos y características particulares que permiten configurar la figura del intelectual moderno en México.

1.1. El modernismo

Aunado a la modernidad que se desprende de los avances y desarrollos tecnológicos y científicos que emanan de la Revolución Industrial, surge el modernismo, una corriente de pensamiento, pero también un movimiento literario, que “es una de las piedras angulares en las cuales se apoya el edificio de nuestra literatura”.¹ Ante todo, y en total consonancia con

¹ José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Romanticismo al Modernismo*, Alianza, Madrid, 2001, p. 218. Los estudios, trabajos y ensayos acerca de este movimiento en Hispanoamérica y México son innumerables. Por tanto, las páginas que dedico al modernismo son únicamente orientativas, centradas en apuntalar el tema de este trabajo, en absoluto son exhaustivas. Con todo, a lo largo de este apartado, después de alguna referencia citada proporcionaré de forma alfabética otras referencias bibliográficas que me parecen significativas.

los avances que destronaban los viejos procedimientos a los cuales la humanidad estaba acostumbrado, el modernismo pareciera ser una intransigencia, pero en realidad estaba en consonancia con el tiempo en que surgía. Por ello, Máx Henríquez Ureña apunta que es una reacción “contra los excesos del romanticismo, que ya había cumplido su misión e iba de pasada, y contra las limitaciones y el criterio estrecho del retoricismo seudoclásico”.² El investigador proseguía sobre esta línea de definición al anotar el punto de partida negativo, pero innovador, del movimiento:

rechazar las normas y las formas que no se avinieran con sus tendencias renovadoras y representaran, en cambio, el viejo retoricismo que prevalecía en la literatura española de aquel momento. Hacer la guerra a la frase hecha, al clisé de forma al clisé de idea. Modernista era todo el que volvía la espalda a los viejos cánones y a la vulgaridad de la expresión. En lo demás, cada cual podía actuar con plena independencia.³

La importancia y papel central del modernismo es incuestionable, pues sirve como “pivote alrededor del cual giran dos épocas: la decimonónica y la contemporánea”.⁴ El investigador José Miguel Oviedo apunta que el modernismo es en cierto sentido inasible, ya por su magnitud ya por las múltiples manifestaciones, pues en diferentes partes del mundo “no hay *un* modernismo, hay una pluralidad de *modernismos*, de amplias vías abiertas dentro de un cauce común”,⁵ declaración que está en consonancia con la de José Emilio Pacheco: “No hay modernismo sino modernismos: los de cada poeta importante que comienza a

² Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, FCE, México, 1962, p. 11

³ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁴ Oviedo, *op. cit.*, p. 217. Consúltese también: Maria Rosa Alfani, “El apogeo del modernismo”, en Darío Puccini y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010, pp. 43-73; Emmanuel Carballo, *Historia de las Letras Mexicanas en el siglo XIX*, Universidad de Guadalajara/Xalli, México, 1991; Emilio Carilla, *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, Gredos, Madrid, 1967; Boyd G. Carter, *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, Ediciones de Andrea, México, 1968.

⁵ Oviedo, *op. cit.*, p. 218. También, resalta que no sólo las regiones y el tiempo hacen que el movimiento tome características diferentes, sino que también cambia en vista de un solo autor, y pone el caso paradigmático de Rubén Darío (*cf.* p. 218).

escribir en la lengua española entre 1880 y 1910”.⁶ Por eso no debe sorprender la lectura de Iván A. Schulman, quien privilegia la actitud de los representantes del movimiento: “entre los mayores logros del modernismo encontramos, además de los originales hallazgos expresivos en prosa y en verso, una profunda preocupación metafísica de carácter agónico que responde a la confusión ideológica y la soledad espiritual de la época”.⁷

Por lo anterior, analizo dos aspectos íntimamente relacionados y que, en cierta forma, se justifican y se traslapan en el devenir de la historia; pero sobretodo afectan directamente el pensamiento de los jóvenes de principios del siglo XX: en primer lugar, el modernismo en la literatura mexicana y, en segundo lugar, la instauración del positivismo en México. En este espacio me centraré en el modernismo en la literatura; más adelante, cuando me refiera a los espacios educativos, hablaré del positivismo, que cobra una relevancia significativa, como afirma Juan Hernández Luna: “Al finalizar el siglo XIX sólo la filosofía positivista gozaba de una situación académica legal en las instituciones oficiales del país”.⁸

El modernismo es un movimiento que nace en Hispanoamérica y después se asimila de diferentes formas en Europa. Por eso se pueden rastrear muchos modernismos, con talentos, temperaturas y manifestaciones diferentes. Como una corriente demoledora, el modernismo no sólo se manifiesta en la literatura, sus alcances son mayores y afectan casi todas las esferas culturales. Federico de Onís lo caracterizó como “la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y, gradualmente, en

⁶ José Emilio Pacheco, “Introducción”, en *Antología del modernismo ([1884-1921]*, t. I, José Emilio Pacheco (sel., intro., y notas), UNAM, México, 1970, p. XI.

⁷ Iván. A. Schulman, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en *Modernismo*, edición de Lily Litvak, Taurus, Madrid, 1981, p. 83.

⁸ Juan Hernández Luna, “Prólogo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, 2000, p. 7.

los demás aspectos de vida entera”.⁹ Oviedo, por su lado, apunta dos clases de modernidad, una que tiene apego a lo material, y por lo tanto es falsa, llamada burguesa; otra que es desinteresada porque sólo le interesa la estética.¹⁰ A pesar de ello, hay algo que se rescata y que parece corresponder a casi todas las diferentes manifestaciones del modernismo, pues éste “planteó, por primera vez en América, la posibilidad de vivir en un estado de gracia poética y de salvación por vía estética, [sin embargo,] como la condición para alcanzarlo era el paciente cuidado y la perfecta ejecución de la forma, se ha difundido una imagen corriente de él como una estética de orfebres refinados pero pobres de conceptos”.¹¹ Max Henríquez Ureña concuerda en que el “impulso inicial del modernismo se tradujo, por lo tanto, en una ansia de novedad y de superación en cuanto a la forma”.¹² Esto no fue ajeno al suelo mexicano, donde resultaron confrontaciones y polémicas entre grupos de escritores que se afiliaban más al romanticismo, realismo y naturalismo, y los escritores modernistas, que se centraron más en la innovación y el temple que exigía el fin de siglo; por ejemplo, en el año de 1896 se desató un debate sobre la literatura propia, que giró “principalmente sobre dos preocupaciones: una, que cuestionaba si la literatura decadente era en realidad un producto de la sociedad mexicana o simple copia de las corrientes estéticas europeas [...] la otra, que

⁹ *Apud* Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, pp. X-XI. Otros textos de Belem Clark son: *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, UNAM, México, 1998; “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. 1, UNAM, México, 2005; *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, UNAM, México, 2009; con Fernando Curiel Defossé, *El Modernismo en México a través de cinco revistas*, UNAM, México, 2000.

¹⁰ Oviedo, *op. cit.*, p. 227.

¹¹ *Idem*.

¹² Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 16. Ver, también: Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez, “Estudio preliminar”, *Índice de la Revista Azul (1894-1896)*, UNAM, México, 1968, pp. 9-101; Clementina Díaz y de Ovando, *Los cafés en México en el siglo XIX*, UNAM, México, 2000; “El café: refugio de literatos políticos y de muchos otros ocios”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. 1, UNAM, México, 2005.

se preguntaba si esas producciones literarias satisfacían las necesidades intelectuales de la ‘masa’ y, por lo tanto, eran comprendidas y asimiladas por ella”.¹³ Los conflictos no eran gratuitos, más bien tenían que ver con una actitud, con una manera de situarse ante el mundo; escribe Oviedo:

El Modernismo hispanoamericano es una estética característicamente finisecular, que expresa un complejo estado de ánimo, dominado por los sentimientos de desazón, vulnerabilidad y expectativa, propios del periodo. [...] Estos sentimientos eran comunes en las sociedades que habían alcanzado un considerable progreso material, resultado de la Revolución Industrial y la aplicación de la filosofía positivista.¹⁴

Ahora bien, desde una perspectiva similar, Max Henríquez Ureña señala:

el modernismo representaba una nueva sensibilidad, que se originaba en lo que Manuel Díaz llamó “la violencia de vida de nuestra alma contemporánea, ansiosa y compleja”. Dentro de la complejidad de esa alma inquieta predominaba la angustia del vivir, ese estado morbosamente mezclado de duda y desencanto, y a veces hastío, que podemos considerar como característico del siglo XIX, aunque sus antecedentes se remontan a Werther (1775) de Goethe, punto de partida de esa crisis espiritual que en la centuria decimonona recibió el nombre mal de siglo.¹⁵

En Hispanoamérica, Rubén Darío se considera el máximo exponente de este movimiento literario y la publicación de su libro *Azul* en el año de 1888 se ha tomado por toda una línea de investigaciones como fecha inaugural. Otros apoyan la idea de que el movimiento tuvo su apogeo en la década de los ochenta, sí, pero que realmente su expresión máxima radica en el libro del nicaragüense llamado *Prosas profanas*, publicado ocho años después que *Azul*, en 1896.¹⁶ Ahora bien, otros investigadores aseguran que el modernismo se puede apreciar desde antes, pues es tangible en la prosa de figuras que encarnan el

¹³ Belem Clark de Lara y Ana Laura Díaz Zavala, *op. cit.*, p. XXXI. Si se quiere ahondar en las polémicas se recomienda leer el estudio de estas investigadoras, pues, además de rescatarlas, las analizan desde una perspectiva iluminadora.

¹⁴ Oviedo, *op. cit.*, pp. 222-223.

¹⁵ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 17.

¹⁶ Cf. Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XI.

movimiento en un periodo que arranca a mediados de la década de los años setenta.¹⁷ Si se quisiera hacer una lista de estas figuras, cuya importancia es equiparable a la del nicaragüense –no sólo desde sus territorios, sino con un eco tanto en Hispanoamérica como en Europa–, tal vez un puñado de nombres brincarían de inmediato a la vista: el peruano Manuel González Prada (1844-1918), los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera (1854-1895) y Salvador Díaz Mirón (1853-1928), el colombiano José Asunción Silva (1865-1896) y los cubanos José Martí (1853-1934) y Julián del Casal (1863-1893).

Aunque distantes en muchos aspectos, estos escritores respetan una de las primicias básicas del modernismo, la cual gira en torno a una renovación en la concepción del arte, pero no una renovación pausada sino, más bien, de tintes radicales. Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz ofrecen algunas de las características que se asocian al movimiento de fin de siglo:

1) el eclecticismo que consistió en revisar todas las tendencias estéticas del momento –romanticismo, naturalismo, parnasianismo, simbolismo, impresionismo–, y aceptar de ellas sólo aquellos componentes que se consideraban bellos; 2) la renovación verbal que tuvo la intención, al decir de Ramón Valle-Inclán, de “refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad”; 3) el cosmopolitismo representado de forma general por los objetos y escenarios de culturas extranjeras y exóticas; 4) “la voluntad de idealismo” que surgió como consecuencia de la secularización de la vida cotidiana y de la influencia positivista, la cual llevó a los creadores a enarbolar los estandartes de la belleza, del constante cambio y de la redención social, para suplir la ausencia de Dios; y 5) el intimismo por medio del que el poeta halló en la soledad y en la introspección el ámbito propicio para llevar su labor artística.¹⁸

¹⁷ Cf. Oviedo, *op. cit.*, pp. 217-230. Belem Clark de Lara sigue, en este sentido, la propuesta de Iván A. Schulman donde advierte que la renovación artística propuesta por el movimiento se manifiesta en la prosa de Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí, quienes experimentaron desde mediados de los años setenta del siglo XIX (cf. Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XI. También ver: Rubén Darío, *Los raros*, Tipografía la Vasconia, Buenos Aires, 1896; *Historia de mis libros*, en *Obras Completas*, t. I, Afrodísio Aguado, Madrid, 1950; *España contemporánea*, pról. de Felipe Benítez Reyes, Comunidad de Madrid/Visor Libros, Madrid, 2005; *Prosas profanas*, ed. de José Olivio Jiménez, Alianza, Madrid, 1987).

¹⁸ *Ibid.*, p. XVI.

Dice Oviedo que, a pesar de que un tipo de propuesta similar ya la habían hecho los románticos al comenzar el siglo XIX, al modernismo se le atribuye asumir el cambio con una responsabilidad que sus antecesores no consideraron, es decir, con el modernismo comienza un acto liberador, en el que “ser verdaderamente libre era tratar de alcanzar los más arduos y sutiles ideales del acto creador”.¹⁹ Por su parte, Max Henríquez Ureña, apunta que en el modernismo se pueden apreciar dos etapas, la primera donde “el culto preciosista de la forma favorece el desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en refinamiento artificioso y en inevitable amaneramiento”, y la segunda donde hay un proceso inverso, en el cual “el ansia de lograr una expresión artística cuyo sentido fuera genuinamente americano es lo que prevalece. Captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas, a eso tendió el modernismo en su etapa final, sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje con arte”.²⁰ La perspectiva de ambos investigadores deja claro algo: el modernismo es un cambio, sí, pero también representa una crisis ante el cambio mismo. Es, pues, una manera de enfrentar el cambio con un dejo de conflicto, ya que, por un lado, se encuentra la libertad creativa, pero, por otro lado, está manifiesta una consciencia sobre el papel del escritor en aspectos que van más allá de lo literario.

Por lo anterior, no es extraño que, como Ignacio Díaz Ruiz lo hace, se hable de una generación modernista, en el sentido en que Ortega y Gasset propone el término, pues los que se arremolinan en torno al movimiento coinciden en una estética análoga, aunque su acercamiento no sólo es en el plano estético, sino que comparten una cultura, una historia y una educación similares. El resultado es “una comunidad artística culta, bien informada,

¹⁹ Oviedo, *op. cit.*, p. 218.

²⁰ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 33-34.

subjetiva y sensible” que tiene como propuesta “una literatura de tendencia aristocratizante, armónica, distinguida, distinta, crítica, rara, de nuevo cuño, y sitúa en un primer plano el ideal de una escritura artística”.²¹ También, y esto es de suma importancia para la percepción que los jóvenes mexicanos tuvieron del movimiento años después, “este grupo de escritores formula esbozos e intuiciones sobre la identidad hispanoamericana; ideario que, planteado por diversas voces durante el periodo, adquiere cohesión y homogeneidad. Al mismo tiempo, junto con esa amplia noción de identidad propia aparecen bosquejados algunos principios de crítica literaria”.²²

Aunque hay diversos puntos de contacto entre los exponentes del movimiento, cada uno tiene un temple diferente, ya que una de las características imprescindibles del modernismo es el rescate y promoción de la individualidad. Por eso, más que hablar de generalidades, se debe enfocar la mirada en manifestaciones particulares que fueron más cercanas a los jóvenes de principios de siglo XX en México, no porque fueran desconocidas para ellos las aportaciones de los demás escritores hispanoamericanos, sino porque, por la misma cercanía, la influencia de esos escritores más inmediatos se percibe de una manera más clara en el contexto en que se desarrollaron. Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz escriben sobre la entrada de la modernidad en México:

En la década de 1870, Hispanoamérica realizó sus primeros intentos por entrar en la modernidad, es decir, inició su proceso de industrialización, visible sobre

²¹ Ignacio Díaz Ruiz (coord.), “Prólogo”, en *El Modernismo Hispanoamericano. Testimonios de una generación*, UNAM, México, 2007, p. 19.

²² *Ibid.*, p. 14. Se pueden consultar: Manuel Durán, *Genio y figura de Amado Nervo*, Eudeba, Buenos Aires, 1968; Aníbal González, “Manuel Gutiérrez Nájera, clásico de la modernidad...”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, t. III, UNAM, México, 2005; Pável Granados, *El ocaso del Porfiriato. Antología de la poesía en México (1901-1910)*, FCE/FLM, México, 2010; Germán Gullón, *La modernidad silenciada. La cultura española en torno a 1900*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006; Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura hispanoamericana de fin de siglo”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Cátedra, Madrid, 1987; *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, FCE, México, 1988.

todo en el ámbito urbano, y con él la división de trabajo productivo; proceso en el cual a estos países les correspondió el papel de proveedores de materias primas y productos agropecuarios. En México, la entrada a la modernidad la encontramos primero en el campo de las ideas hacia 1867-1868, cuando Gabino Barreda adoptó el positivismo comtiano al medio mexicano. En economía [...] el proceso modernizador arrancó en 1877 con el programa Paz, Orden y Progreso de Porfirio Díaz, que se afirmó, de manera clara, durante el cuatrienio de Manuel González (1880-1884). En el campo de las letras, las primeras manifestaciones “modernas” aparecieron entre 1875 y 1876 en la prosa de José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera.²³

Ahora bien, Díaz Ruiz apunta que ante la necesidad de congregarse bajo la misma bandera, de separarse en cierto modo de sus predecesores más apegados a una estética literaria más conservadora, los escritores modernistas construyen, sobre las figuras que consideran más sobresalientes, la idea del “maestro, guía, modelo y ejemplo, cuyas enseñanzas y lecciones, influencias e interacciones son las claves de aceptación”; entonces “Algunos escritores son reconocidos como maestros, verdaderas figuras tutelares y paradigmáticas del movimiento”.²⁴

Para los jóvenes que incursionaban a finales del siglo XIX, así como los que emergieron a principios del siglo XX, una figura emblemática será la de Manuel Gutiérrez Nájera, en cuyos textos, circunscritos en las décadas de los setenta y principios de los ochenta, ya se entrevé un escritor que se enfrenta a la crisis de fin de siglo de una manera bastante particular, donde se refleja un interés fuera de lo común que se manifiesta, sobre todo, en su prosa. Sin embargo, el interés de los jóvenes no es porque fuera la única figura

²³ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, p. X.

²⁴ Díaz Ruiz, *op. cit.*, pp. 27 y 28. Ver también: Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en América Hispánica*, FCE, México, 1949; Hans Hinterhäuser, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, María Teresa Martínez (trad.), Taurus, Madrid, 1998; Lily Litvak (coord.), *El Modernismo*, Taurus, Madrid, 1975; José Luis Martínez, *La expresión nacional*, Conaculta, México, 1993; Josefina Ludmer (ed.), *Las culturas del fin de siglo en América Latina*, Viterbo, Buenos Aires, 1994; de Carlos Monsiváis: “Del saber compartido en la ciudad indiferentes. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las Letras. Asumos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. 1, UNAM, México, 2005; Eugenia Revueltas (ed.), *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*, El Colegio de México, México, 2010.

en el panorama cultural mexicano –junto a él destacan también Salvador Díaz Mirón, como ya se dijo, Manuel José Othón (1858-1906), Carlos Díaz Dufoo (1861-1941), Federico Gamboa (1864-1939), Manuel Puga y Acal (1860-1930) y Luis G. Urbina (1864-1934)–,²⁵ sino, más bien, por las reflexiones que el Duque propone en su obra, sobre todo aquellas que hacen énfasis en el fenómeno de la modernidad y el papel del escritor frente a ella; también, cabe mencionar, que como ningún otro, Gutiérrez Nájera toma una postura defensiva a favor de los cambios que conlleva dicho fenómeno y, al final, es en su persona donde se terminó por concretar una figura que en realidad apenas se empezaba a esbozar y que es consecuencia directa de los cambios en las diferentes esferas mexicanas: la del escritor profesional.

Uno de los aportes más significativos de Gutiérrez Nájera sobre el tema del modernismo se puede apreciar en “El arte y el materialismo”, un conjunto de múltiples colaboraciones que aparecen entre el mes de agosto y septiembre de 1876, los cuales sirven como contestación a una crítica hecha por Pantaleón Tovar contra la reflexión que El Duque Job hizo de *Páginas sueltas*, de Agapito Silva.²⁶ Ahí, como casi treinta años después retomarán los proto-ateneístas, se puede apreciar si no un manifiesto del movimiento sí un registro escrito de las tendencias y la búsqueda estética que éste se proponía. También se puede apreciar una postura de combate hacia un régimen estético donde el positivismo se proclamaba como faro de la verdad, el cual en ese momento se encontraba encarnado en la

²⁵ Como Urbina, otros modernistas fueron también figuras ejemplares para los jóvenes ateneístas, pero la postura de los mayores encontró en la propuesta de los jóvenes un cambio necesario, pues veían que la actitud modernista ya no correspondía a la temperatura cultural al cambio de siglo. Más adelante abordó esta transición con más ímpetu.

²⁶ La contestación que desarrolla Gutiérrez Nájera está compuesta por seis artículos que se publicaron en *El Correo Germánico*, los días 5, 8, 17, 24 y 26 de agosto y el 5 de septiembre de 1876, los cuales se pueden consultar en el libro de Boyd G. Carter dedicado al poeta: *Manuel Gutiérrez Nájera, estudio y escritos inéditos*, De Andrea, México, 1956; también en “El arte y el materialismo”, en *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura Mexicana*, 2da edición aumentada, invest. y recop. de Erwin K. Mapes, ed. y notas de Ernesto Mejía Sánchez, intro. de Porfirio Martínez Peñaloza, índices de Yolanda Bache Córtes y Belem Clark de Lara, UNAM, México, 1995, p. 50. Aquí cito la edición de *Obras*, al menos que indique lo contrario.

voz de Tovar. Clark de Lara y Zavala Díaz registran que en “El arte y el materialismo” el Duque Job “defendió el amor y el espíritu frente al escepticismo y materialismo imperantes en la época”; así, “inició su camino, de casi 15 años, en el anhelo por alcanzar la modernidad literaria”.²⁷ Estos primeros textos sirven al mismo tiempo como una crítica y como declaración de principios, pero sobre todo revelan una consciencia aguzada de los cambios que ocurrían tanto en México como en el mundo.

En esta serie, Gutiérrez Nájera comenta que aquellos que promovían el modernismo estaban “Guiados por un principio altamente espiritual y noble, animados de un deseo patriótico, social y literario”, y como él se incluía dentro de esta avanzada, proseguía: “puesta la mira en elevados fines, alzamos nuestra humilde y débil voz en defensa de la poesía sentimental, tantas veces hollada, tantas veces combatida, pero triunfante de las desconsoladoras teorías del realismo y del asqueroso y repugnante positivismo”.²⁸ Esta actitud se separa de la propuesta nacionalista que años antes promoviera el magisterio de Ignacio M. Altamirano, donde la concordia estaba enfilada a reconstruir, por medio de las letras, la nación independiente y, por eso, convivió con un positivismo –instaurado por motivos similares, tanto en las aulas como en otras esferas de la cultura mexicana– que cada vez parecía menos permisivo. Es precisamente de este yugo aparentemente fraternal, y que surge con sinceras intenciones, del cual librar el Duque Job: “Lo que nosotros queremos, lo que siempre hemos defendido, es que no se sujete al poeta a cantar solamente ciertos y determinados asuntos, porque esa sujeción, tiránica y absurda, ahoga su genio y sofocando tal vez su más sublimes inspiraciones, le arrebatara ese principio eterno que es la vida del

²⁷ Clark de Lara y Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XIII.

²⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, p. 50.

arte”.²⁹ Una actitud que no se contrapone con sus “Platos”, que el escritor redactaba “con cierto cuidado” de las autoridades, pero en realidad tenían un trasfondo crítico e incisivo que reflejaban bien una reflexión sobre un tema ríspido y una postura –aunque velada con humor– definida. Y como una de las constantes de Gutiérrez Nájera era la reflexión sobre su profesión, sobre su “deber ser”, escribe:

escritor político no es como el pianista que, para tocar bien, no necesita ser de esa o de aquella comunión; el escritor político aplica su criterio científico o metafísico al examen de los hechos y de los actos que interesan a la sociedad. Por lo mismo un escolástico, un ideólogo, tienen de apreciar cualquiera de los actos y hechos antedichos muy de otra manera que un adepto de la escuela experimental. Redacción que no tiene unidad de criterio en lo substancial de su programa es mesa revuelta, olla podrida, un *picnic* de palabras.³⁰

Ahora bien, a pesar de promulgar una visión más cosmopolita, el Duque Job no estaba en contra de la literatura de corte nacional, sino más bien peleaba y exigía la libertad de elección en tanto a la creatividad, que parecía en detrimento de la imitación de la realidad; la base del argumento que defendía el sentimentalismo radicaba en esa libertad que es necesaria en el arte, una que debía tener como objeto último la belleza, una que no se encontraba en relación con la materia sino con el espíritu.³¹ Sobre todo, agrega, porque “lo que nosotros combatimos y combatiremos siempre, es esa *materialización* del arte, ese asqueroso y repugnante positivismo que en mal hora pretende introducir en la poesía; ese cartabón ridículo a que pretende someter a todos los poetas, privándoles de la libertad”.³²

²⁹ *Ibid.*, p. 52. Habría que anotar que esta tendencia fue compartida por otros seguidores de Altamirano, pero es bastante tangible en lo que respecta a MGN.

³⁰ Manuel Gutiérrez Nájera *apud* Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar”, en Obras XV. “Plato del día” (1893-1895), edición dirigida por Belem Clark de Lara, índices de Belem Clark de Lara y Pamela Vicenteño Bravo, UNAM, México, 2018, p. CLXXXV.

³¹ *Cf.* Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, p. 54. Apunta, MGN: “el sentimiento de lo bello es innato en el hombre; es un destello de la naturaleza angélica, un ideal sublime que Dios presenta al espíritu como el término de sus luchas, como la realización de sus aspiraciones, como el bien supremo. Lo bello tiene que ser necesariamente ontológico: es absoluto, es Dios” (p. 55).

³² *Ibid.*, p. 53.

En “El arte y el materialismo”, Gutiérrez Nájera ya refleja un carácter comprometido con el desarrollo y la promoción del arte libre, estandarte que en 1907 los jóvenes proto-ateniastas usaron nuevamente, y que le costó, primero, el deslinde y, después, la emancipación de la “generación y de los discursos literarios hegemónicos que lo antecedieron”.³³ Asimismo, una serie de polémicas en contra la facción literaria de marcada tendencia nacionalista, la primera de ellas con el escritor Vicente Riva Palacio, va reflejando una postura cada vez más desinteresada de la política, pero con una asimilación del contexto del escritor de fin de siglo bastante afinada. Años después, en agosto de 1884, en su texto “La Academia Mexicana”, Gutiérrez Nájera arremete contra esta facción que considera “se ha compuesto de personas adictas al trono y al altar; de hombres temerosos de Dios y de la gramática, que con igual entereza repugnan los pecados contra la ley de Dios y los pecados contra la sintaxis ortodoxa”.³⁴ Esta polémica, intensa entre el periodista y algunos representantes académicos, refleja otra vez y de manera más precisa una severa crítica a un sistema aparentemente estancado y, al mismo tiempo, propone al modernismo como una alternativa ideal para la renovación, que en este punto considera indispensable.

Además, después de este enfrentamiento, el Duque Job escribe en agosto de 1885 otro texto de gran valía en la conformación de la ideología modernista: “Literatura propia y literatura nacional”. La relevancia de este escrito radica en la distancia que el periodista interpone entre ambas literaturas, la cual es trascendental, pues la literatura nacional solamente está “destinada a revivir, conservar o enaltecer en los ánimos los sentimientos

³³ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XVI. Incluso, algunos investigadores, como Irma Contreras García, se suman a la propuesta de Boyd G. Carter al considerar “El arte y el materialismo” como el primer manifiesto modernista (*cf.* Irma Contreras García, *La prosa de Gutiérrez Nájera en la prensa nacional*, sel., intr., y notas de Irma Contreras García, UNAM, México, 1998, p. 103).

³⁴ Manuel Gutiérrez Nájera, “La Academia Mexicana”, *La Libertad*, México, año VII, núm. 169, 29 de julio de 1884, p. 2. En el original aparece sin firma, el texto se ha compilado también en *Obras I, op. cit.*

patrióticos, ya narrando las proezas de los héroes antiguos, ya haciendo más poética y más bella la imagen de la patria, por medio de artísticas descripciones de su naturaleza o de su historia”.³⁵ Es decir, es la persecución de una imitación de la realidad trastocada, idea que ya antes había rebatido el mexicano, pues esta vía carecía de la búsqueda subjetiva y estética de la belleza. Es por eso que propugna por una literatura propia, ya que considera que la literatura no está, y nunca debe estar, a merced de un grupo o de una persona solamente:

Las literaturas no se forman al antojo de nadie. Aparecen en los pueblos, cuando éstos llegan a cierto grado de desarrollo, como la curva de los senos se acentúa en la mujer, cuando ésta llega a la pubertad. La literatura, por consiguiente, es un hecho. Ahora bien, para que esta literatura tenga carácter propio, se necesita que los literatos cuyas obras las compongan, estén dotados de poderosa individualidad. Los cojos son los que apoyan en muletas: los que no encuentran en sí fuerza propia para crear algo original, son los que apoyan en la imitación. Una literatura propia no es, en resumen, más que la suma de muchas poderosas individualidades.³⁶

Por más pequeñas que sean, Gutiérrez Nájera pone énfasis en las propuestas originales que cada uno puede aportar a la escritura, pues la búsqueda indispensable que se debe emprender es por la literatura propia, ya que la literatura nacional, por estar subordinada a la primera, se dará con el tiempo y de manera natural.³⁷ Del mismo modo, incita al escritor a buscar un diálogo con otras literaturas con el fin de encontrar y cultivar esa individualidad a la que se debe aspirar, pues considera que en el contacto sólo habrá nutrición. Esta propuesta cosmopolita, característica tanto de sus compañeros de letras como de los espacios que

³⁵ Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura propia y literatura nacional”, en *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura Mexicana*, p. 84; este texto apareció en *El Partido Liberal*, México, t. I, núm. 135, 2 de agosto de 1885, p. 1, con el nombre de “Crónica de domingo” y firmado con el seudónimo El Duque Job; conservo el título de la edición de donde cito.

³⁶ *Ibid.*, pp. 85-86. Otras obras significativas son: Octavio Paz, *Los hijos del limo*, en *Obras completas*, t. I, FCE, México, 1994; Allen W. Phillips, *Temas del modernismo hispánico y otros estudios*, Gredos, Madrid, 1974; *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*, Cvltvra, México, 1965; *Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna*, SEP, México, 1974; Darío Puccini y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010; Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992*, Cal y Arena, México, 2001; Ángel Rama, *La ciudad letrada*, pról. de Eduardo Subirats y Erna von der Walde, Fineo, Madrid, 2009.

³⁷ Cf. Gutiérrez Nájera, “Literatura propia...”, p. 84.

enarbolaron, es fundamental para entender que lo nacional no está en pugna con lo extranjero, que uno y otro pueden estar en contacto, pues es precisamente de este roce constante donde la literatura encontrará los rasgos de originalidad que podrían considerarse de valía. Por eso, no es de extrañar que el tema del cruzamiento en la literatura impregne la mayor parte de las reflexiones del Duque Job, aunque su punto álgido se encuentra en el artículo “El cruzamiento de la literatura”, escrito en el año de 1890. De manera similar a las intervenciones previas hechas por El Duque Job, esta reflexión se postula como un paraje substancial en el planteamiento del modernismo, porque promueve que en vez de cerrar el foco de la mirada hacia el interior, éste se abra para contemplar todas las formas de expresión, en búsqueda, otra vez, de esa individualidad; sin embargo, no alejándose de lo que ha planteando antes (que la literatura nacional es un subgénero de la propia y se da naturalmente) las recomendaciones en este último artículo cuentan con una especie de restricción, ya que “Lo que se exige a un poeta en la literatura propia, es lisa y llanamente, que sea un gran poeta, es decir, que la luz que despida sea suya y no refleja”,³⁸ es decir, no deja de apostar por la originalidad.

A partir de las premisas que aquí se han esbozado, junto a Carlos Díaz Dufoo como co-director y Luis G. Urbina como secretario de redacción, Gutiérrez Nájera saca a la luz la *Revista Azul* (1894-1896), publicación de relativamente corto aliento, pero que con su predecesora *El Renacimiento* (1869) y su sucesora la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (1898-1903), son las más representativas de la segunda parte del siglo XIX mexicano y “fundan, a

³⁸ *Ibid.*, p. 86. A la cuestión de que si hay una literatura mexicana, Gutiérrez Nájera responde que sí, pero que todavía está en ciernes en comparación con otras literaturas de más largo aliento, sin embargo distingue propuestas de gran valía en las obras de Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, José Rosas, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra. Del mismo modo, en una misiva abierta a este último, condena y justifica el estancamiento de la Academia por dejar, precisamente, a Altamirano, Riva Palacio y Sierra fuera de este organismo, pues son los que muestran un pensamiento más liberal (cf. “La Academia Mexicana II” y “Literatura propia y literatura nacional”).

su modo, eso que reconocemos hoy como literatura mexicana”.³⁹ Ahora bien, el lugar intermedio que tuvo *Revista Azul*, bien se puede catalogar, a juicio de Francisco Monterde, como el puente que se tendió a los umbrales del cambio de siglo;⁴⁰ aunque también es pertinente la aproximación de Jorge Von Ziegler, donde destaca que su importancia radica “al llenar, según sus propósitos, un hueco visible en las letras de su tiempo, [pues] reconquistó la calidad de nuestras revistas y orientó el quehacer literario hacia una dirección nueva, plenamente entendida como un movimiento”.⁴¹

Como suplemento del *El Partido Liberal. Diario de política, literatura, comercio y anuncios*, la *Revista Azul* proyecta “una reivindicación de la literatura, de la creación poética, como un medio de evasión, como un lugar aparte, reservado al culto de la belleza y el arte puros”;⁴² con ello, quería demostrar que “dejaba en el pasado la época, no muy lejana aún, en la que la escritura se había confundido casi siempre con la acción política, la lucha ideológica y la expresión de lo nacional”.⁴³ También en este espacio se logran reunir las múltiples tendencias, teóricas o creativas, que se identifican con el movimiento modernista con un magnetismo tal que puede tomarse como el epicentro más importante de su momento. Es decir, es el espacio en donde se concreta toda la visión gutierreznajerista que se venía construyendo desde dos décadas antes. Ésta se encuentra manifiesta en plenitud desde el primer texto con el que el Duque Job inaugura la revista, titulado “Al pie de la escalera”,⁴⁴

³⁹ Fernando Curiel Deffosé, “Noticia”, en *Revista Azul* (ed. Facsimilar), UNAM, México, 1988, p. VII.

⁴⁰ Monterde, *apud* Jorge Von Ziegler, “Estudio introductorio”, en *Revista Azul* (ed. facsimilar), México, UNAM, 1988, p. IX.

⁴¹ *Ibid.*, p. IX. Habría que matizar la declaración del investigador, pues revistas como *El Artista* y *Revista Nacional de Letras y Ciencias* tuvieron una relevancia que parece no trascender pero que reflejan también el ambiente en que están insertas.

⁴² Jorge Von Ziegler, “Las revistas azules”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La República de las Letras. Asomo a la cultura escrita del México decimonónico*, v. II, UNAM, México, 2005, p. 210.

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ Manuel Gutiérrez Nájera, “Al pie de la escalera”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, p. 1.

pues ahí se resumen las diferentes posturas que se fueron definiendo mediante las reflexiones ejecutadas con el paso de los años y la experiencia. La entrada se presenta de una manera sincrética y clara, pero no sin un dejo poético; también, se anuncia que el texto surge a falta de programa para la revista; sin embargo, sirve como tal, pues refleja varios de los puntos principales que Gutiérrez Nájera había postulado con anterioridad: la búsqueda de la belleza, el genio individual y una apuesta por el cosmopolitismo (que se verá reflejada en la pluralidad de colaboraciones que ahí se concentraron). Impregnado por un aire de aparente concordia, el texto también sirve como un llamado a la juventud para integrarse al mundo de la letras a un lado de los escritores consagrados, pero al mismo tiempo urge a estos últimos demostrar la sensibilidad al cambio por medio de la renovación de sus estéticas. Por eso, en primera instancia, parece ser que todo aquel interesado en participar es bienvenido a hacerlo, pues se declara que sólo hay un príncipe y señor como dictaminador: el arte mismo; sin embargo, en la sentencia final que está escrita de una forma tan amable que parece no tener otro trasfondo, se percibe que Gutiérrez Nájera se postula como el cancerbero de esas páginas, demostrando una especie de elitismo ganado por la distancia que pone el artista experimentado, conocedor de su entorno y como agente privilegiado para las decisiones de la cultura, del resto de los excursionistas. Éste es un elitismo que ya los jóvenes decadentistas tomaban en cuenta y que después cobraría tintes diferentes con el grupo del Ateneo de la Juventud. Dejo aquí el final de la entrada:

Pero a esta casa no llegaron los envidiosos, los mal educados, los que al pisar alfombras las enlodan, los que no saben conversar con una dama.

Para que no entre esa gentuza y para recibir á los amables invitados estoy de guardia al pie de la escalera. No es de mármol, pero subid. Hay flores en el corredor y alegría de buen tono en los salones.⁴⁵

⁴⁵ *Ibid.*, p. 2. Ver también: Luis Mario Schneider, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. FCE, México, 1975; Iván A. Schulman, "Modernismo/modernidad: teoría y praxis", en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Cátedra, Madrid,

Hasta ahora, el recorrido hecho da cuenta de múltiples facetas que después repercutirán de una u otra forma en la visión que los jóvenes se harán de él; tres son de mayor importancia: 1) la que pelea por la búsqueda de lo bello en el arte, ya en su obra ya en sus argumentos combativos contra militantes conservadores; 2) la que apuntala el periodista sensible a las transformaciones de la sociedad y se revela en crónicas y textos con una fuerte vena crítica y, por último, 3) la del promotor cultural, no sólo del modernismo, sino de cualquier manifestación que tuviera como objetivo la belleza. Estas son facetas que se superponen y mezclan, y que moldean la figura del escritor de una manera íntegra, pues es el escritor, el poeta y el maestro, “que guía y perfila la literatura de la época, [donde] se reconoce a Gutiérrez Nájera: ‘Sin haberse sentado nunca en el sillón del profesor, orientó a una generación y la enseñó a salir de la torre en que estaba prisionera [...] Él es un maestro, no mexicano, sólo, sino –me atreveré a afirmarlo- continental’”;⁴⁶ manera de proceder que no se distancia de otras figuras, como la de Rubén Darío, que equilibraban el sentido nacionalista que se había encumbrado a principios del siglo XIX en Hispanoamérica con unos horizontes de tinte más cosmopolita.

Sobre ello, Belem Clark de Lara reflexiona en el “Estudio Preliminar” a sus platos, donde esboza la figura del chef con una evidente preocupación por temas como la identidad y el quehacer periodístico.⁴⁷ Además, como escritor profesional, la investigadora menciona que Gutiérrez Nájera fue “de los periodistas que creyeron en la necesidad de un cambio, y aunque sus textos hayan comulgado en buena medida con la ideología de la clase dominante,

1987; “Decadencia del romanticismo e innovación incipiente”, en Darío Puccini y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010, pp. 11-42; Klaus-Jürgen Sembach, *El Modernismo. La utopía de la reconciliación*, trad. de Carmen Sánchez Rodríguez, Taschen, Bonn, 2002.

⁴⁶ Díaz Ruiz, *op. cit.*, p. 27.

⁴⁷ Cf. Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar”, p. CXCIII.

cuando deseaba hacer un señalamiento contrario a la administración pública, si bien fue sumamente cuidadoso de su decir y evitó siempre un enfrentamiento directo con el presidente, usó estrategias para emitir su opinión sobre lo que consideraba cultural, política y socialmente cuestionable”.⁴⁸ Lo que devela una consciencia tanto de su quehacer como del entorno en que estaba sumergido; una sensibilidad, que va a ser ejemplar para las generaciones futuras, y una habilidad para transmitir sus críticas y reflexiones a pesar de la censura.

Ahora bien, esta forma de concebir el mundo se podría asociar con la postura del intelectual continental, que se distingue por tener dirección y liderazgo y por la creación de nuevos espacios literarios y culturales que precisamente ayudan a la cosmovisión de la cultura universal,⁴⁹ la cual a menudo encontró su contrapunto, y lo supo sortear, con la visión positivista imperante, con la tradición religiosa sumamente arraigada y el nacionalismo (que favorecía corrientes más afines como el realismo y el naturalismo).⁵⁰ Pero la forma de proceder del Duque también podría asociarse con el “deber ser” que Julien Benda apunta en *La traición de los intelectuales*, donde el concepto de razón y moralidad van aunados a la acción que busca el beneficio colectivo sobre el propio,⁵¹ o bien, con el intelectual independiente que Roderic A. Camp caracteriza como alguien con gran influencia social, en

⁴⁸ *Ibid.*, p. CXC.

⁴⁹ Cf. Kazuki Alberto Ito Cervera, *La novela de guerrilla en México y el problema de los intelectuales en el contexto de la literatura latinoamericana*, tesis doctoral, Universidad Veracruzana, Veracruz, México, 2017, p. 90. Recomendable para un esbozo de la figura del intelectual, pues, aunque su trabajo se enfoca en la segunda mitad del siglo XX, el investigador emprende un recorrido y recuento de las definiciones que se han hecho sobre el intelectual desde diferentes posturas históricas, literarias y filosóficas.

⁵⁰ Cf. Susana Zanetti, “El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz, Madrid, 2008, p. 533.

⁵¹ Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, trad. de Rodolfo Berraquero,, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008, p. 77. Sobre el “deber ser” en Gutiérrez Nájera se puede ver Belem Clark de Lara, “Estudio introductorio”, p. CLXXXV.

diferentes estratos, pero sin estar asociado directamente con el Estado.⁵² Definiciones que si bien demuestran el papel complicado que desarrolló Manuel Gutiérrez Nájera arrojan, y lo tratan de encasillar en esta o aquella definición de intelectual, ayudan a vislumbrar cómo se está configurando una forma de pensar y estar en la sociedad que más adelante tendrá una importancia indiscutible y se verá reflejada más en lo colectivo que en lo individual.

Prueba de ello es la versión de Belem Clark de Lara, que lo clasifica como un intelectual crítico cuando reflexiona sobre la postura que tuvo en sus “Platos”, que firmó como Recamier, y donde se puede ver con un matiz más claro el rol fundamental del modernista:

La ambivalencia materialista-idealista que Recamier esperó resolver en una utopía social del justo medio, con miras al futuro, comenzó con él mismo: deseó un espacio armónico donde pudieran coincidir tanto el creador que cincelaba el lenguaje, aunque éste fuera irónico, como el hombre de letras, que dejaba el testimonio de su tiempo y que determinado por la necesidad económica escribía tres, cuatro, cinco colaboraciones diarias, a las que dio la “utilidad” de ser transformadoras de la sociedad, en la que el poeta-periodista, al necesitar un *modus vivendi*, por una parte recurrió al periódico, espacio público que le brindó la posibilidad de incorporarse al sistema productivo, a la vida “industrializada”, haciendo de sus colaboraciones una mercancía, y, por la otra, desde la posición estética, con el manejo del lenguaje, le presentó a su público lector la posibilidad de la transformación.⁵³

Además, la investigadora cierra su estudio con un listado de cualidades sobre el escritor de los “Platos”; cualidades que engloban de una manera sintética esa figura paradigmática de finales del siglo XIX: la del escritor profesional; pero que, además, dejan de manifiesto una tendencia que va a tomar un impulso significativo en los años siguientes a la muerte de Gutiérrez Nájera y que, entrando el siglo XX, van a marcar el derrotero de la nueva pléyade de jóvenes escritores:

⁵² Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en México del siglo XX*, ad. de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1985, p. 284.

⁵³ Belem Clark de Lara, “Estudio introductorio”, p. CLXXV.

En los “Platos”, nuestro chef fue un escritor crítico en cuyo nuevo discurso encuentro las siguientes cualidades: 1. Sus argumentos dependieron de los parámetros del “deber ser” positivista. 2. Sus opiniones fueron pronunciadas por convicción ideológica y no por vasallaje. 3. Acorde con su momento, conservó una postura en tensión con el Estado-nación y la institucionalización social. 4. Sostuvo la tendencia de hacer política al denunciar, criticar y proponer. 5. Buscó su trascendencia como escritor y ciudadano éticamente comprometido, no con un gobierno, sino con un proyecto de nación y con su sociedad. 6. Dejó de lado las discusiones deliberativas del Congreso, al considerar que poco podría influir en sus colegas opositores, y optó por una audiencia mucho más amplia, desde donde le sería más fácil identificar los cambios imperativos a ejecutar para alcanzar el tan anhelado progreso. Todas estas acciones lo sitúan en la posición del intelectual crítico y propositivo, génesis del intelectual del siglo XX.⁵⁴

Por las razones anteriores, debe ponerse en duda la afirmación que en una de sus primeras intervenciones hizo el Duque Job: “No seré yo quien indique un nuevo sistema estratégico, ni quien se ponga a la cabeza de una columna, ni siquiera quien dé el primer toque de clarín. Me conformaré humildemente con apuntar algunas observaciones”,⁵⁵ ya que al apuntar las afirmaciones y posturas que realizó, y darles seguimiento y defenderlas desde diferentes plataformas, se pone a la cabeza de la columna del movimiento y, definitivamente, es quien da el primer toque del clarín en las aguas estancadas de México.

⁵⁴ Belem Clark de Lara, “Estudio introductorio”, p. CXCIX.

⁵⁵ Gutiérrez Nájera, “Literatura propia...”, p. 83.

1.2. El Decadentismo

La magnitud de un movimiento como el modernismo tenía como consecuencia una multiplicidad de manifestaciones que estaban unidas por algunos rasgos en común.⁵⁶ Esto ha implicado que una disección y clasificación, tan apreciadas y buscadas por los investigadores, como tales, sean virtualmente imposibles.⁵⁷ A pesar de ello, de entre toda la amalgama de tendencias y posturas, algunos casos particulares se presentan con características que, a pesar de las similitudes, ponen una distancia con respecto al resto de los involucrados. Uno de estos casos se da en México, en la última década del siglo XIX, cuando todavía el Duque Job se apuntala como figura tutelar. La avanzada se conforma por un contingente de jóvenes escritores que comenzaba a participar en los espacios literarios con una actitud en torno al arte y la actividad pública que reflejaba, aunque de forma exacerbada, los principios que el Duque Job había concebido. Si bien comulgaban con muchos de los postulados que éste había promulgado con el ejemplo, uno de los puntos que los caracterizó fue la fiereza con que decidieron ignorar o denostar a aquellos que no se ajustaran a la nueva figura que erigieron del poeta. Pascual Gay se pregunta:

Pero si las premisas del modernismo ya estaban asentadas por Gutiérrez Nájera ¿qué hay de singular o extraordinario en el decadentismo mexicano? ¿Qué aportó este movimiento que no hubiera ocasionado el modernismo? ¿El modernismo

⁵⁶ Esta convivencia ha llevado a que los términos como “simbolismo”, “decadentismo” y “modernismo” se usen con frecuencia como sinónimos, pues “es verdaderamente complejo el problema de desanudar el nudo promiscuo en que se atan sin clara distinción [incluso] el uso de los primeros vocablos, aun dentro de la terminología empleada por los propios historiógrafos de la literatura francesa resulta ambiguo. Y por lo que refiere a México, la confusión es todavía mayor, sobre todo en la década final del siglo XIX”, Díaz Alejo y Prado Velázquez (*op. cit.*); de manera similar, Belem Clark de Lara y Fernando Curiel, en *El Modernismo a través de cinco revistas*, apuntan que a finales del siglo XIX se usaban como sinónimos; sobre el tema, Juan Pascual Gay ha hecho un estudio profundo, en donde se enfoca en resaltar similitudes y diferencias entre estos polémicos vocablos y el uso que tienen tanto en Europa como en América (*El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México –1893-1898–*, El Colegio de San Luis, México, 2012).

⁵⁷ Por eso tanto José Emilio Pacheco como José Miguel Oviedo no hablan de un modernismo, sino de modernismos, en plural (*vid.* p. 19).

mexicano hubiera sido lo mismo sin el decadentismo? Seguramente, el hecho de que esos escritores, apenas salidos de la adolescencia en su mayoría, se constituyeran por primera vez como un cenáculo literario, asumiendo las características propias de los grupos del fin de siglo, pero, además [...] ensayaron un modo de vida en conformidad con la actividad preferente que habían elegido, de manera que hicieron de la libertad y de la independencia los instrumentos para mostrar por igual su insumisión y su rebeldía frente a una sociedad que apenas los comprendía y en absoluto los aceptaba. Por eso, no hay que desestimar ni menospreciar los hábitos y las costumbres con que acompañaron la práctica literaria; al contrario, ese ejercicio estaba ligado a su manera de vivir.⁵⁸

En común, este contingente tenía la edad, la educación y los espacios que la ciudad en completa modernización les ofrecía; también, existía una fascinación por la cultura francesa, pues consideraban a París la capital cultural del mundo.⁵⁹ En el aspecto laboral emularon la figura que desarrolló Gutiérrez Nájera, la del escritor profesional, pues desde muy temprana edad comenzaron a trajar “por las oficinas editoriales de diferentes periódicos y revistas a las que prestaban su tiempo y su talento a cambio de una remuneración que les facilitara su vida diaria”;⁶⁰ pero también, hay que tener en cuenta, como apunta Pedro Emilio Coll, que aunque el decadentismo es considerado, generalmente, una moda que proviene de París, su existencia en tierra mexicana, su aclimatación y aceptación, a la par de su rechazo, se debe a que encuentra un espacio propio “porque corresponde a un estado individual o social y porque satisface un gusto *que ya existía* virtualmente”.⁶¹

⁵⁸ Pascual Gay, *op. cit.*, p. 79.

⁵⁹ Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez apuntan que “a partir del triunfo de la República y del renacimiento literario que se advierte desde esta época, puede decirse que el genio artístico francés inició entre nosotros una lenta conquista espiritual, sin encontrar la resistencia que en el pasado inmediato había opuesto el patriotismo a la Francia invasora y su dominación política. En aquella sociedad, dispuesta como estaba a incorporar en su seno los más avanzados frutos de la cultura y de la civilización europea, la influencia francesa cobró a poco tiempo un desarrollo notable en varios aspectos de la vida nacional”, los cuales ya se percibían con Altamirano y Riva Palacios, pero se vieron exponentes a finales del siglo con este grupo (*op. cit.*, p. 35).

⁶⁰ Pascual Gay, *op. cit.*, p. 405. El investigador apunta que el periodismo fue rector para los jóvenes, que incluso después formaron “La Horda”, un grupo que se configuró con esto en mente.

⁶¹ Pedro Emilio Coll, “Decadentismo y americanismo”, *El Cojo Ilustrado*, Caracas, núm. 5, 1902, p. 139.

De lo anterior, se puede apreciar por qué la postura que el Duque Job desarrolló desde un par de décadas atrás fue determinante para que este grupo, liderado por José Juan Tablada, irrumpiera en la escena literaria mexicana. Hablo de una irrupción porque fue una entrada violenta más que un desarrollo o un proceso integrado al desenvolvimiento de las letras mexicanas, un gesto que nace y tiene su motivo, razón y justificación con la juventud.⁶² Una juventud que se niega a esperar la validación de las plumas consagradas para entrar en el mundo cultural y crea, por ello, sus propios peldaños.

Ahora bien, el pretexto fortuito para que este contingente se abriera paso fue la censura del poema “Misa negra”, publicado el 8 de enero de 1893 en *El País*, periódico de gran circulación a cargo de Jesús Rábago y Joaquín Escoto, con el cual Tablada agitaba el ambiente literario de una manera nunca antes vista. Pascual Gay apunta que si “lo que buscó Tablada fue llamar la atención, sin duda lo consiguió; pero también el ganarse la animadversión de parte del público casi desde el principio de su carrera literaria. El escándalo estaba servido y generó rápidamente las dos actitudes encontradas que flanquearon el camino del decadentismo: por un lado, la admiración y la sorpresa; de otro, el rechazo y la crítica sin reticencias ni medias tintas”.⁶³

El poema, polémico en muchos sentidos, conmocionó a la sociedad y provocó que el joven tuviera que abandonar el espacio que ocupaba en *El País*.⁶⁴ No obstante, más que

⁶² Anuar Jalife Jacobo ha escrito una tesis que se centra en el valor de la juventud y las actitudes que a ésta se pueden relacionar, así lo plantea: “Los decadentistas experimentaron con especial hondura este prematuro y tal vez fingido desengaño de sus años juveniles. Fueron una generación tempranamente desencantada, al mismo tiempo melancólica e insurrecta, que convirtió su rechazo hacia el compromiso nacionalista, por una parte, y la asunción de la libertad y el individualismo modernistas, por la otra, en una virulenta reacción contra la sociedad” (*Rebeldes y redentores. La juventud en las revistas literarias mexicanas (1916-1919)*, tesis doctoral, Colsan, San Luis Potosí, México, 2016, p. 52).

⁶³ Pascual Gay, *op. cit.*, p. 84.

⁶⁴ Esther Hernández Palacios apunta que “el asunto no paró ahí, sino que llegó hasta las más altas camarillas políticas; la misma esposa de Porfirio Díaz, Doña Carmen Romero Rubio, ordenó que se rechazaran los escritos de Tablada en todas las publicaciones”, en “‘Misa negra’ o el sacrilegio inacabado del modernismo” (*La Palabra y el Hombre*, núm. 77, Universidad Veracruzana, Xapala, p. 5). Ahora bien, Tablada escribe en sus memorias

apabullar al poeta, la polémica también sirvió para cohesionar, bajo el estandarte romántico de *l'art pour l'art*, a un puñado de muchachos que ya para ese entonces publicaban en diferentes medios y compartían el espíritu que el Duque Job había promulgado. Como respuesta a los ataques que ocasionó la publicación de “Misa negra”, Tablada escribía una carta abierta en *El País*, a tan sólo ocho días de la impresión del poema, dedicada a sus compañeros Balbino Dávalos, Jesús Urueta, José Peón del Valle, Alberto Leduc y Francisco Olaguíbel. Ahí, desde el título, “Cuestión literaria. Decadentismo”, se notaba la adhesión y autodefinición de esta cofradía como un movimiento cerrado y combativo ante una filosofía y literatura que consideraban estancadas, el único donde el artista que haya tenido una educación moderna podía obrar libremente.⁶⁵ Este aspaviento cobra una relevancia cardinal cuando se toma en cuenta que la conformación como un grupo es un impulso que delata la modernidad en la que está inmerso.⁶⁶ Al final de la misiva, Tablada anunciaba la salida de una *Revista Moderna*, en la cual los jóvenes podrían seguir reverenciando el arte, el ídolo que tenían en común,⁶⁷ proyecto que no obstante se concretó, en realidad, hasta 1898.

Esta primera intromisión sirvió para que los jóvenes se mantuvieran en el foco público, pues tanto aquellos que los alentaban como aquellos que los detractaban utilizaban los periódicos y revistas para publicar los argumentos, lo que mantenía la polémica viva. La manera de proceder, de aquellos que estaban en contra de los postulados estéticos de los jóvenes, más que mitigar la atención que el poema había creado avivó ese pequeño fuego, el

que todo el incidente sucedió por “un lío de faldas” (cf. José Juan Tablada, *La feria de la vida*, Conaculta, México, 1995, pp. 298-299).

⁶⁵ Cf. José Juan Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, *El País*, México, t. 1, núm. 11, 15 de enero de 1893, p. 1; este texto, junto con otros de gran valía están compilados en B. Clark de Lara y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo (Antología)*, citaré las fuentes directas al menos que indique lo contrario.

⁶⁶ Cf. Juan Pascual Gay y Anuar Jalife (coords.), *Historias de las revistas literarias mexicanas (1894-1946). De El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*, COLSAN, San Luis Potosí, México, 2014, p. 75.

⁶⁷ *Idem*.

cual se fue esparciendo a todos los lectores de los diarios y suplementos, afianzando rápidamente la presencia de esos sujetos casi desconocidos en el ambiente literario.

Sin embargo, a pesar de la polémica y la estela de reconocimiento que dejaba a su paso, fue gracias al espacio que Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo fundaron en 1894 y que llamaron *Revista Azul* (1894-1896) que los noveles encontraron un primer espacio para mostrar sus trabajos. Así, se pasaba de un acalorado confrontamiento, en el que se defendía desde diferentes aristas la postura estética que había adoptado, a un espacio en que esa preocupación pasaba a un segundo plano, dejando en el primero el arte mismo. Eso fue el llamado a la concordia basada sólo en el aprecio de la belleza que el Duque Job proclamaba en “Al pie de la escalera”. Ahí, se abrían las puertas a estos jóvenes escritores con anhelos de fama y se les concedía un espacio donde no se cuestionaría ni atacaría su estética, a la vez que los nombres de los directores y escritores con más renombre se registraban como avales. Esta revista fungió como una plataforma en la cual podían darse a conocer fuera de la polémica y, al mismo tiempo, también promocionar a los autores extranjeros de su preferencia, revelando así una propuesta estética con más contenido y fuerza. “Esta nueva plataforma no sólo airaba a la nueva literatura, sino sobre todo hacía gala del sentido moderno de la literatura, desplazando el más general y frecuente del siglo XIX vinculado a las buenas letras; un interés original que posicionó a la publicación como la primera revista moderna de México”.⁶⁸

Además, el ideario que planteaban los directores, donde defendían la belleza en todas sus manifestaciones, poniendo al arte como centro y motivo rector, pues propugnaban por la libertad del arte y la individualidad,⁶⁹ quedaba justo para la nueva horda de escritores, que,

⁶⁸ *Ibid.*, p. 240.

⁶⁹ *Cf.* Clark de Lara y Curiel, *op. cit.*, p. 21-22.

aunque se presentaron en un principio, y en apariencia, como un grupo cerrado casi militarmente, tenían como una de sus propuestas, aparte del orfebrería en el lenguaje, la exaltación de la individualidad. Es decir, parece ser que el contingente se formó como parte de una estrategia que sirvió en las afrentas públicas, pues les permitía combatir en las planas a los detractores de un estilo al cual los integrantes estaban asociados. A pesar de ello, al interior del grupo, la individualidad, y por lo tanto la diferencia, era uno de sus principios rectores. Por eso, no debe extrañar la reacción que Jesús Urueta tuviera a “Cuestión literaria. Decadentismo”, de Tablada, a la que contestó con un texto titulado “Hostia”, en el cual el orador se aleja de la noción de decadencia en el sentido de descenso, matizando de esta manera el término empleado por el poeta:

Decaer, opuesto a ascender, no puede significar otra cosa que un nivel inferior, un escalón más bajo, un estado menos perfecto. Decadentismo moral, es pues, un descenso en la escala de la moralidad; decadentismo literario, un descenso en la escala literaria. Y nótese que las palabras (Stuart Mill) son nombres de cosas, de hechos, no simplemente de la idea de esos hechos y de esas cosas.

Sé que usted entiende de otra manera el Decadentismo literario y le felicito, porque prefiero verlo preso en la tela de araña de la palabra, que siéndole infiel al eterno ideal humano de la belleza. [...]

En el fondo estamos de acuerdo, estamos de acuerdo en el hecho, en la cosa; sólo disentimos en la cuestión secundaria: usted elige un nombre que a mí me parece impropio, y yo, a falta de otro mejor, me atengo al antiguo, al más comprensivo; lo que usted llama Decadentismo literario, le llamo arte literario.⁷⁰

En este orden de pensamiento, Urueta escribe sobre el fin último del arte y compara tres escuelas que considera le aportan una tonalidad diferente: el naturalismo, el intimismo y el decadentismo, aunque después menciona otras importantes manifestaciones como el parnasianismo, el japonismo y el satanismo, pues todas confluyen en aquella gran complejidad que presenta el espíritu moderno. Reflexión que exhibe una conciencia plena de

⁷⁰ Jesús Urueta, “Hostia. A José Juan Tablada”, *El País*, México, t. I, núm. 18, 23 de enero de 1893; el texto también se reproduce en *Obras completas de Jesús Urueta*, Las Águilas, México, 1930.

las múltiples propuestas entre las cuales el grupo surge. Es decir, si Urueta se aleja del término al diseccionar el sentido etimológico de la palabra, más que desentenderse demuestra que está en completa sintonía con el manifiesto de su compañero, pues por más radical que éste fuera se encontraba en lo que él denomina “arte literario”. Y, en este sentido, al final de su misiva, se empareja con lo que el Duque Job promulga en *Revista Azul* un año después y que parece impregnar el espíritu de las publicaciones literarias de la primera mitad del siglo XX en México, aunque no lo sea de la revista a la que el primero se refiere: “Abrigo la esperanza que la Revista Moderna no sea el porta-voz de una secta literaria exclusivista y fanática, el 'Gato Negro' de la neurosis artística. El arte es la hostia de los elegidos: hecha de pasta de hashish de panales de Himeto, de lo que usted quiera, pero siempre hostia!”.⁷¹

Jorge Von Ziegler asienta que:

Lo justo es ver a la *Revista Azul* como la culminación de dos procesos en la literatura de fines de siglo: los brotes del modernismo que se convertía en escuela y las tentativas de una publicación de calidad similar a la de *El Renacimiento*, manifiestas en distintas ocasiones. Ya en 1893, un grupo de poetas que aceptaban denominarse decadentistas, clamaba por un espacio donde cultivar una escuela poética tan novedosa como rechazada, y anunciaba la inminente aparición de la Revista Moderna. El hecho revela la plena madurez del modernismo, que hará eclosión un año más tarde, frustrada la promesa de los decadentistas, en la *Revista Azul*.⁷²

Si la polémica suscitada por “Misa negra” sirvió para que el contingente se mantuviera en boca de todos, la *Revista Azul* fue el lugar de su primer asentamiento. Ahí, al grupo de Tablada, Dávalos, Urueta, Leduc, Olaguíbel y Peon del Valle se unieron otros personajes imprescindibles como Jesús E. Valenzuela, Bernardo Couto Castillo, Amado

⁷¹ *Idem.*

⁷² Ziegler, “Estudio introductorio”, p. X. Habría que anotar que más que una escuela, Manuel Gutiérrez Nájera apostaba por una libertad individual que los jóvenes comprendieron y asimilaron en sus proyectos personales.

Nervo, Ciro B. Ceballos y José Bustillos.⁷³ También, es importante resaltar que la relevancia de la revista y de su director a nivel internacional sirvieron para que los jóvenes, que compartían el espacio con otras plumas ya consagradas, se dieran a conocer de una manera significativa y apresurada tanto en México como en Hispanoamérica. Y aunque sus colaboraciones no fueran avasalladoras, en tanto cantidad, sí tuvieron una presencia constante, pues de las 687 que registra Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez casi una centena (99) pertenecen a estos jóvenes. Del mismo modo, bastaría con una mirada a algunas de las traducciones que hicieron para notar el interés que caracterizó a este grupo más joven por ciertos autores: Jean Richepin, Charles Baudelaire, Gabriele D'Annunzio, François Coppée, Théophile Gautier, Paul Verlaine, Jean Lahor y Leconte de Lisle, entre otros. Y aunque mucho fueron los colaboradores que presentaban a los escritores extranjeros en las páginas mexicanas, fue Balbino Dávalos el que colaboró con más traducciones para la revista, con un total de nueve de las 54 que publicaron.⁷⁴

Ahora bien, entre la lista de mexicanos con una carrera más establecida se encuentran aquellos que José Luis Martínez considera “los iniciadores y creadores del modernismo”, una nómina que se restringe a personajes un poco más grandes en edad que la camada decadentista y dentro de la que se encuentra a Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Manuel Puga y Acal, Federico Gamboa y, obviamente, los que dirigían la revista, Luis G. Urbina, Carlos Díaz Dufoo y Manuel Gutiérrez Nájera.⁷⁵ Sobre estos personajes Pascual Gay apunta que “todos ellos coinciden no sólo en el cultivo de las letras, sino también en el

⁷³ Esta lista no es precisa ya que, fuera de la nómina que ofrece el propio Tablada en “Cuestión Literaria. Decadentismo”, los personajes que se agregan generalmente a ésta se deben a la interacción ya sea en las páginas de la *Revista Azul* y *Revista Moderna* o bien en torno al café y el bar; por ejemplo, Pascual Gay apunta que desde 1893 Tablada, Bustillos y Ceballos eran compañeros inseparables (cf. Pascual Gay, *El beso...*, p. 169).

⁷⁴ Cf. Miguel Ángel Feria, “El canon parnasiano de la poesía modernista mexicana”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, vol. LXIV, núm. 2, 2016, pp. 478-479.

⁷⁵ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 67.

quehacer profesional diseminado entre publicaciones en periódicos y revistas, la intervención de la vida pública desde cargos políticos o el desempeño en el cuerpo diplomático”, modelo al que el grupo de los jóvenes decadentistas no se apegó inmediatamente, pues optaron por volcarse a una vida que se regía por la bohemia.⁷⁶ Sólo que ésta no tenía ya nada que ver con aquella practicada por el grupo que se arremolinó en torno a Ignacio M. Altamirano; no, la bohemia de fin de siglo, como todo lo que los jóvenes aportaban, fue llevada al extremo.

El convivio generacional, entre modernistas, todavía algo apegados a la vieja escuela, y los jóvenes, por el que se considera a la *Revista Azul* como “el portavoz de una generación 'sana, fresca, joven y valiente', cuya modernidad consistió en mantenerse en constante evolución”,⁷⁷ no sólo se dio en las páginas; poco a poco, Gutiérrez Nájera fue cambiando la oficina por el café y el bar, modificando la figura que se tenía del maestro a la de guía, uno casi espiritual. Uno que goza del mismo prestigio y autoridad, pero que, sin embargo, no trata de imponer una doctrina, sino que apuesta por el libre albedrío, consciente de que su propuesta ya ha tomado fuerza como para apelar a un público que se extiende incluso a la nueva generación de escritores.

Por lo anterior, no debe extrañar que la muerte del Duque Job, ocurrida a tan sólo nueve meses del primer número de *Revista Azul*, el 3 de febrero de 1895, provocara una avalancha de colaboraciones que ensalzaban tanto la vida del escritor como su sensibilidad literaria. Dentro de éstas destacan las de algunos de los representantes del contingente decadentista, pues reflejan de manera clara la estima que tenían hacia la persona. Así, Jesús E. Valenzuela, dedica unos versos al escritor con referencias clásicas a tan sólo unas días del suceso: “El sacro numen gentil te inspira / cuando el pagano mundo remueves / y Apolo

⁷⁶ Pascual Gay, *El beso...*, p. 171.

⁷⁷ Clark de Lara y Curiel, *op. cit.*, p. 20.

mismo templa su lira / y escucha atento tus *Odas Breves*”;⁷⁸ Balbino Dávalos le dedica su poema “Balada”, a un mes del acontecimiento, donde pinta las transformaciones de un poeta (la lucha, la estabilidad, el ensueño y la gloria);⁷⁹ por su lado, Francisco M. de Olaguíbel, en el mismo número, dedica a la memoria del excelso poeta su texto “La última noche” que cierra con los siguientes versos: “Más no lloréis. Por más ausente / Aunque me alejo, aunque me voy, siempre mi alma, tiernamente / vendrá á besaros en la frente / y á murmuraros: aquí estoy!.....”,⁸⁰ Tablada, en cambio, dedica un poema titulado “Venecia”, tres números después, donde habla de la tristeza de la partida al usar la analogía de un viaje en góndola y el río, donde otra vez alude a las referencias clásicas.⁸¹ Incluso, a poco más de un año, porque los homenajes y las dedicatorias no cesaron, los decadentistas proseguían con las muestras de su admiración: Jesús E. Valenzuela le dedica otro poema que reza:

Poeta de luz y de las flores
del bien y de los santos ideales
que bordaste tus versos de colores
para hacerte un sudario con sus chales; [...]
A tu sepulcro, altar para los fieles,
por siempre irá la joven poesía
como siempre á Tempé, por ramas de laureles,
de Delfos la sagrada teoría.⁸²

⁷⁸ Jesús E. Valenzuela, “Al Duque Job”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 17, 24 de febrero de 1895, p. 264.

⁷⁹ Balbino Dávalos, “Balada”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 18, 3 de marzo de 1895, pp. 283-284.

⁸⁰ Francisco M. de Olaguíbel, “La última noche”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 18, 3 de marzo de 1895, pp. 279-280.

⁸¹ José Juan Tablada, “Venecia”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 21, 24 de marzo de 1895, pp. 327-329.

⁸² Jesús E. Valenzuela, “A Manuel Gutiérrez Nájera”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 215.

De igual manera, Amado Nervo plasma la relevancia transcendental del escritor de *Cuentos frágiles* con sus textos “Sempervivum” e “In memoriam”,⁸³ mientras que Rubén M. Campos hace lo mismo:

Eras lo bello artista que en sacros lienzos dejando
ráfagas de esperanza, diste la dicha á los niños,
al amor alas, consuelo al pobre, al viejo y al triste.
Hendiendo tu gloria cual racha de Anáhuac el cielo,
a la América hispana con tu alma luz deslumbrante,
y barbos gloriosos, orgullo del virgen arte florido
en coro de liras cantaron tu genio grandioso,
y el sacro conjuro es el grito de Vénus á Eneas:
¡Surge, y encumbra á los astros de México el nombre!⁸⁴

Y todavía un número después, Alberto Leduc, deja una estampa del Duque Job que refleja la actitud que fascinaba y atraía a los jóvenes: “todos lo quieren, es tan bueno como entonces, pasa por la vida indiferente y sereno, y sin ocuparse nunca de esas ruines pasioncillas tan frecuentes en la vida íntima de los escritores”;⁸⁵ acotación que delata las polémicas en las que constantemente se involucraban tanto sus compañeros como los detractores del estilo que enarbolaban. Mismas que no menguaban conforme pasaba el tiempo, al contrario, una vez que parecía que se llegaba una especie de silencio, se desataba otra nueva batalla.

A la par de reflejar el indiscutible rol como guía y promotor de la nueva horda de jóvenes escritores, la muerte del Duque Job también hizo más notoria la postura de sus colaboradores más allegados y partícipes en la elaboración de la *Revista Azul*, Carlos Díaz Dufoo y Luis G. Urbina que, si no de manera contraria sí de una manera diferente, se

⁸³ Amado Nervo, “Sempervivum”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 227 y “In memoriam”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 227.

⁸⁴ Rubén M. Campos, “A Manuel Gutiérrez Nájera”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, pp. 230-231.

⁸⁵ Alberto Leduc, “El Duque” (de un libro en preparación titulado “Cinco años de bohemia”), *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 16, 16 de febrero de 1896, pp. 247-248.

distanciaban de la propuesta decadentista, marcando, como alguna vez lo hizo Gutiérrez Nájera, algunos criterios que matizaban una postura más crítica que, no obstante, no se encontraba en conflicto con la libertad individual.

Sin embargo, este alejamiento era algo que ya permeaba textos tanto del secretario como del co-director de *Revista Azul*. Incluso, Díaz Dufoo, en el número de julio de 1894, apuntaba que: “las revistas sud-americanas [vienen] impregnadas de una nueva fórmula decadentista”, sólo para después hacer un apunte sobre los jóvenes: “en materia de escuelas literarias nada tan perjudicial como los discípulos”, y aunque después parece que matiza la declaración sólo la reafirma: “Yo vislumbro al través de la estrofa decadente americana algo de nuestra libre naturaleza; veo bosques seculares, oigo murmullos de grandes corrientes de agua: el decadentismo americano es un niño que se hace viejo. No creáis en sus blancas barbas: son postizas”.⁸⁶ Aunado a ello está la crítica, seria, de Luis G. Urbina hacia miembros del grupo decadentista, pues consideraba que la belleza, por fuerza, no puede más que desprenderse de una conciencia preparada por medio del estudio, lejos de ser sólo una inspiración de las musas o las drogas o el alcohol.

La distancia, más que darse en el terreno estético, se daba en el terreno de lo moral, pues tanto Díaz Dufoo como Urbina tenían respecto por el arte libre, pero también tenían un serio compromiso con la sociedad y el estudio. Dice Von Ziegler que “Díaz Dufoo coincidirá en varias ocasiones con la tesis decadentista sobre la fatiga del espíritu moderno; él y Urbina se pronunciarán en favor de la regeneración y de un humanismo más saludable”.⁸⁷ Esto, que

⁸⁶ Carlos Díaz Dufoo [Petit Bleu], “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 11, México, 15 de julio de 1894, p. 175.

⁸⁷ Ziegler, “Estudio Introductorio”, p. XIX. Tanto la fascinación como el pleno entendimiento que muestra el secretario de redacción, por otro lado, del espíritu decadente que domina el final del siglo XIX se puede apreciar en su libro *Psiquis enferma*, El Libro Francés, México, 1922.

parece ser poco significativo, es una postura contundente pues, junto con Gutiérrez Nájera, eran la columna vertebral de la revista.⁸⁸ Del mismo modo, con una participación no menos importante, Ángel de Campo “Micrós”, escritor que se ha encasillado dentro de la corriente realista, utilizaba la crónica como una herramienta que le permitía la agudeza de la crítica social, un distanciamiento y una reflexión del acontecer mundano que le daba tonalidades distintas a sólo “retratar la realidad”.

La muerte del Duque Job, aunado a otro factor decisivo como fue el cierre de *El Partido Liberal*, en 1896, por *El Imparcial*, marcó el destino de *Revista Azul*; por ello, a pesar de aportar casi la mitad de las colaboraciones de la empresa, estos tres personajes (Díaz Duffo, Urbina y de Campo), en contra de los esfuerzos realizados, quedan aparentemente a la deriva, demostrando, una vez más, la necesidad del alma rectora que proporcionaba el autor de *Odas Breves* para mantener la ilusión de un conjunto. Esto se hace tangible, incluso, para los últimos números, cuando prácticamente la revista ya había sido abandonada, pues los escritores mayores se encaminaron a otras plataformas más *ad hoc* a sus convicciones.⁸⁹ Particular fue el caso de los decadentistas, ya que incluso con la falta de una plataforma como la que el Duque Job les había proporcionado, gozaban de una vigencia indiscutible en el ambiente literario. *Revista Azul* había servido esencialmente para dos objetivos: conseguir el prestigio que buscaban y, también, para seguir, desde un espacio con avales literarios, rebatiendo los argumentos de los detractores del grupo.

También, de una relevancia equitativa, hay que mencionar que este contingente no sólo dependía del espacio proporcionado por el Duque Job, pues, a la par, hicieron de la bohemia una estrategia para mantenerse actuales, aprovechando que algunos cafés

⁸⁸ *Ibid.*, p. XXI.

⁸⁹ Cf. Ziegler, “Estudio Introductorio”.

trasmutaron de espacios de sana convivencia a tugurios y prostíbulos al aproximarse el final de siglo.⁹⁰ La modernidad, en este sentido, también iba acompañada de un grado de libertinaje y decadencia propios de la gran ciudad. Por eso, los ademanes que los jóvenes poetas exaltaban se podían encontrar doblando la esquina, al entrar a alguno de estos espacios que ya tienen tinte de leyenda.⁹¹ Es decir, la estética desbordaba tanto la literatura como la vida. Y aquellos que se dedicaron a juzgar tanto las páginas como las actitudes sólo provocaron que éstos jóvenes se mantuvieran vigentes y su fama se propagara. Después de todo, los *paraísos artificiales* fueron el lugar de encuentro, la vida parisina que habían devorado en las lecturas ahora se reflejaba fielmente en las calles de la Ciudad de México. Cabe decir, que “la bohemia gozaba entonces del prestigio que le confería su origen francés”,⁹² por lo que “beber se convierte en una ocupación refinada y estética. Proliferan los sitios, aumenta la variedad de bebidas, y cada uno compite con la oferta”.⁹³ Sobre ello, apunta José Juan Tablada:

Rememorando hoy aquella concupiscencia de la vida urbana y la pecadora ciudad en cuyo riñón cantinas y casas públicas ofrecían constante tentación, intensificada por el diario desfile de las daifas a lo largo de las calles céntricas, disculpo los extravíos en que la juventud aquellos tiempos haya podido incurrir y me asombro de que los estragos no hayan sido mayores.

La perversión moral creada por aquel estado de cosas llegaba al grado de identificar la hombría y la fuerza masculina con la práctica de todos los vicios y la exhortación a quebrantar las prohibiciones tomaba la forma de una disyuntiva imperiosa.⁹⁴

⁹⁰ Cf. Marco Antonio Campos, *El café literario en Ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Editorial Aldus, México, pp. 45-46. Una de las investigadoras que más se ha enfocado en la importancia de un espacio como el café fue Clementina Díaz y Ovando, la cual tiene varios títulos publicados sobre el tema, ver bibliografía.

⁹¹ Pascual Gay, en *El beso de la quimera*, hace un recorrido bastante minucioso por los espacios en que los jóvenes incursionaron, mostrando predilecciones, primeros roces y confabulaciones entre los integrantes del contingente (p. 283).

⁹² *Ibid.*, p. 263.

⁹³ Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea (ed.), El Colegio de México, México, 2001, p. 22.

⁹⁴ José Juan Tablada, *Obras IX. La feria de la vida. Memorias I*, edición, estudio preliminar, notas e índices de Fernando Curiel Defossé, México, UNAM, 2010, p. 74.

El bar, el café, el burdel y todos aquellos lugares que pululan en el margen, fueron ideales para las incursiones de los jóvenes abyectos. Ya que, lejos de importarles la opinión pública, los decadentistas aprovecharon el rechazo que su actitud llevada al extremo provocaba para encumbrarse, y hacer de la literatura, vida, y de la vida, literatura. La bohemia, resultaba así, una maniobra que, por un lado, retaba a una clase que escogieron desafiar, pues, “frente a este fresco de tonalidades coloridas y texturas impresionistas, no puede escamotearse la valoración peyorativa que se tenía de la bohemia por parte de la clase más burguesa y acomodada”;⁹⁵ la estética, que se difundía por los espacios literarios, para ellos, no era más que un reflejo de una manera de enfrentar, o más bien de vivir, el mundo moderno, pues “el decadentismo, más que una forma literaria es un estado de espíritu”.⁹⁶

Como explica Pascual Gay:

el simbolismo europeo los dotó de unas referencias estéticas, advertían la moral porfiriana como un espacio privilegiado para ensayar sus incitaciones y, en consecuencia, volverse una amenaza lo suficientemente visible como para llamar la atención. Paradójicamente, si la asimilación de los presupuestos decadentistas franceses e italianos les concedió unas coordenadas artísticas y literarias, la doble moral de la sociedad mexicana en el fin de siglo no dejó de fascinarse frente a su asedio y sus instigaciones. La ciudad moderna propició la aparición de zonas marginales que, a la vez, crearon los tipos que se hospedaban en ella, cuyos síntomas se formularon en “la prostitución, la embriaguez y la criminalidad”, estados que se volvieron especialmente atractivos para los decadentes en la medida en que se constituían en una crítica abierta a la sociedad porfirista más aburguesada y asentada.⁹⁷

La bohemia, entonces, fue asimilada tanto por una mezcla de personajes que trabajaban con la inteligencia y otros que se adueñaron de los espacios más lúgubres y dieron rienda suelta a los excesos, con el ímpetu y la imprudencia propias de su edad. Este espacio

⁹⁵ Pascual Gay, *El beso...*, p. 276.

⁹⁶ Alberto Leduc, “Decadentismo”, *El País*, México, t. I, núm. 23, 29 de enero de 1883, p. 2.

⁹⁷ Pascual Gay, *El beso...*, p. 271.

funge para la discusión e incubación de las ideas y, por su naturaleza, borra la figura capital hasta entonces del maestro, pues en el bar todos gozan de un mismo estatus, las reglas se ven trasmutadas. Ahora bien, la mudanza implicó también una decadencia que va de la mano con el espacio y todo lo que éste ofrece; los excesos, sobre todo de las drogas y el alcohol, condenaban a los asiduos a recorrer un camino cuyo desenlace parecía inevitable. No es de extrañar, que las víctimas del bar, en esa época, comenzaran a ser más recurrentes, como apunta Rubén M. Campos:

los intelectuales no son los únicos que más asiduamente concurren al bar, donde creen encontrar la expansión necesaria como premio a la reconcentración de su intelecto en la labor constante de pensar, absorbente en todas las actividades. El bar es concurrido además por una multitud de gente alegre, de jóvenes ociosos para quienes la vida sonríe, que hallan muy sencillo tener una hora de disipación, o un día de disipación, o una vida de disipación: pero no saben que el alcohol que por más o menos años fue un placer y un pasatiempo, un estímulo y un acicate, con los años se convierte en una necesidad, en una urgencia, en un hábito fatal y por último en un vacío. El alcohol es un vicio que conduce a todos los vicios, y el orgiástico es un crapuloso al que no detiene ningún valladar y que no respeta nada. La frase terrible de Edgar Poe, “el que ha bebido beberá”, es un estigma de fuego que marca el condenado a descender a toda degeneración, y cuyo desenlace trágico no es solamente la muerte.⁹⁸

Si la bohemia caracterizó al grupo que irrumpía, fue esta misma la que les cobró más víctimas.⁹⁹ Sin embargo, no cabe duda que una de las más significativas fue la del más joven de la camada decadentista, Bernardo Couto Castillo, “Coutito”.¹⁰⁰ Significativa por ser una de las primeras, pero más que nada por la edad, apenas de 21 años, del que partía, pero

⁹⁸ Rubén M. Campos en *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, pról. de Serge I. Zaïtzeff, UNAM, México, 1996, pp. 191-192.

⁹⁹ Sobre las víctimas del bar en este periodo, así como el papel preponderante que juega en este grupo, se puede consultar la obra de Rubén M. Campos (*op. cit.*).

¹⁰⁰ La relevancia del más joven de esta camada la resalta Vicente Quirarte al apuntar que su libro *Asfódelos*, que apareció en 1897, probablemente es el manifiesto más significativo “de los escritores del siglo XIX que hacían del decadentismo su bandera inmediata y que con la exploración del cuerpo hicieron una estruendosa despedida al siglo que lo había exaltado y al mismo tiempo condenado” (“Cuerpo...”, p. 21). José Mariano Silva, por su lado, aclara el porqué Couto reflejaba mejor la postura decadentista, “El exceso en Bernardo Couto tiene siempre tintes de paliativo contra el hastío. Ese hastío que José Juan Tablada también nos hizo visitar en su cuento ‘En otro mundo’, donde un nombre avanza por la abulia hasta la muerte” (*Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, Tusquets, México, 2013, p. 122).

también porque a éste es a quien se le atribuye la idea de la nueva empresa, ahora sí, bajo el nombre de *Revista Moderna*, que habría de unificar a aquellos jóvenes arremolinados en la revista del Duque Job y que a su muerte se encontraron sin techo ni lugar para seguir publicando. La *Revista Moderna* sería para ellos su nuevo hogar, uno que ya no necesitaba de avales culturales, pues para ese entonces, debido al prestigio ganado mediante las polémicas y el cobijo de *Revista Azul*, su reputación era suficientemente estable para garantizar el éxito de la nueva empresa. Aunque hay varias historias, que complementan el papel crucial del pequeño Coutito, es la versión que recuerda Jesús E. Valenzuela la que generalmente se constata:

Fue a verme a Tlalpan, donde yo vivía, un amigo mío que ya no lo es, diciéndome que Couto deseaba fundar un periódico de teatro, si yo le ayudaba. Le contesté que no, pero si Couto quería hacer un periódico literario, yo le ayudaría. Pocos días después estuvo a decirme que estaba Couto de acuerdo. Posteriormente llegó el licenciado Dávalos a verme y me sugirió que se llamara *Revista Moderna*. Dávalos recordaba *La Lucha*, periódico que publicaba un señor De la Vega, joven muy simpático, y que habían escrito, si no recuerdo mal, Tablada y Jesús Urueta, hablándose allí de la fundación de *Revista Moderna*. Couto decía tener en el Banco Nacional el dinero necesario, depositado para llevar a cabo la empresa. Publicó Couto el número uno y no publicó el dos. Nos echamos el amigo y yo a buscar a Couto en todas las cantinas, pues era muy vicioso a pesar de no haber cumplido los veinte años. ¿Qué sucede con el periódico? Nada ¿Y qué piensa usted? Nada. ¿Estoy autorizado para hacer lo que me parezca? Sí, me contestó. Y habiendo ido al día siguiente a ver el impresor Carranza, que vivía en el callejón del Cincuenta y Siete, me dijo éste que no estaba resuelto a hacer el número dos, porque del número uno que había circulado, le debía Couto una parte todavía. Le pagué la parte que se debía y corrió de mi cuenta el periódico, y *Revista Moderna* fue.¹⁰¹

Así, con un inicio acorde al espíritu que desbordaba al grupo, es como, al entrar julio de 1898, sale el primer número “oficial” de la *Revista Moderna*, que llevó el subtítulo

¹⁰¹ Jesús E. Valenzuela, *Mis recuerdos. Manojito de rimas*, prologado, ed., y notas de Vicente Quirarte, Conaculta, Memorias Mexicanas, México, 2001, p. 121. Ahora, hay que tener en cuenta que cuando Valenzuela redactó sus memorias no se encontraba en el mejor estado de salud, por lo que su versión de los hechos puede no ser la más precisa o verdadera.

Literaria y Artística por los primeros diez ejemplares. La pléyade demostraba con esta nueva empresa plena conciencia del valor que un órgano de difusión apropiado tenía para su literatura y, por lo tanto, para ellos mismos.¹⁰² Incluso, Luis Mario Schneider declara que “parapetados en su revista, el triunfo es inmediato, no sólo dentro del ambiente nacional sino internacional”.¹⁰³

No obstante, tomaron desde un inicio una postura disímil a la de Gutiérrez Nájera en “Al pie de la escalera”, pues se exhibió desde el primer número un carácter de confrontación y rechazo hacia los detractores con un tono más afín con sus posturas en las polémicas. Esto es palpable en la colaboración de Ciro B. Ceballos titulada “Seis apologías”: “La ley evolutiva y falta que modifica incesantemente las costumbres, los gustos y las cosas, exhibe hoy á la mofa de Pasquín las momias que adoraron nuestros abuelos, arráncalas de sus criptas para que su miseria excite una argentina carcajada de la juventud, verifica un solemne auto de fe incinerando los esqueletos que traen por sudario las telarañas de las bibliotecas, y en esa implacable quema hace perecer las escuelas viciosas”.¹⁰⁴

Sin embargo, más prudente, y más apegada a la naturaleza de un movimiento que ya tiene impulso, es la especie de declaración de principios que hace Tablada con su texto titulado “*Exempli gratia* o la fábula de los siete trovadores y de la *Revista Moderna*”. Ahí, por medio de una alegoría, Tablada hace una crítica mordaz a un público indiferente que desprecia o no sabe reconocer al talento de los artistas (encarnado por los siete trovadores).¹⁰⁵

Al mismo tiempo, apela a un público lector de la novísima revista para que comprenda la

¹⁰² Cf. Héctor Valdés, “Estudio Introdutorio”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, p. XXVI.

¹⁰³ Schneider, *op. cit.*, p. 154.

¹⁰⁴ Ciro B. Ceballos, “Seis apologías. Balbino Dávalos”, *Revista Moderna. Literaria y Artística*, México, año I, núm. 1, julio de 1898, p. 10; estas son palabras que parecen repetirse más tarde por los miembros que formarán el Ateneo de la Juventud.

¹⁰⁵ Cf. José Juan Tablada, “*Exempli Gratia* o fábula de los siete trovadores y de la *Revista Moderna*”, *Revista Moderna. Literaria y Artística*, México, año I, núm. 1, 1 de julio de 1898, p. 3.

propuesta desde un punto de vista estético, pero también ético. Más aún, con un lenguaje intrincando, fiel a la estética decadentista, según Pilar Mandujano Jacobo, el relato “tiene una finalidad estratégica. Ante todo es el resultado de una serie de polémicas en torno a la viabilidad del movimiento modernista”.¹⁰⁶ Incluso, Mandujano Jacobo establece un paralelismo entre el relato de Tablada y “El rey burgués” de Rubén Darío, pues en ambos se puede apreciar la ruptura entre el público y el artista incomprendido, y por tanto rechazado, el cual adquiere un compromiso por la búsqueda del *ideal*.¹⁰⁷ Lo anterior lleva a Álvaro Urtecho a reflexionar que

El *ideal*, el *ideal*, esta palabra que repite el poeta frente al poderoso, es la clave de la ética que preside la estética modernista. El *ideal*, concepto espiritualista, es lo único que le queda al artista en un mundo corroído por el dinero y por las estrepitosas máquinas [...]. El *ideal* es el residuo del espíritu en un mundo desacralizado en donde la obra de arte, como lo ha demostrado [Walter] Benjamin, ha perdido su aura, es decir, su valor sagrado; un mundo en que el artista ya no es sacerdote mágico, ni el profeta, ni el vate olímpico, ni siquiera el portavoz de una vaga entidad llamada “pueblo”. El artista ha perdido los lazos con la comunidad refugiándose en el reino interior, en la torre de marfil del aristócrata espiritual, bohemio resentido [...].¹⁰⁸

¹⁰⁶ Pilar Mandujano Jacobo, “‘El ideal’ modernista en ‘Exempli gratia o la fábula de los siete trovadores y de la Revista Moderna’ de José Juan Tablada”, *Actas XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. IV, Nueva York, 2004, p. 383.

¹⁰⁷ En el cuento del nicaragüense, sin embargo, el poeta tiene una suerte trágica, pues el rey burgués es un ignorante que no aprecia su arte y lo manda callar y dar vueltas a una caja de música a un costado del lago, en la intemperie: “Hasta el día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, el pobre diablo de poeta, como gorrión, que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio. ¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías”. La frase final, es, de alguna manera, también una apelación hacia el público: “Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo!” (Rubén Darío, “El rey burgués”, en *Cuentos del rey burgués*, sel. y present. de Blanca Estela Treviño García, CONACULTA, México, 2003, pp. 58-59). Ahora bien, una dinámica diferente se aprecia en la relación entre la figura periodista y el público, pues a finales del siglo XIX la importancia del primero le permite incidir críticamente, de una u otra forma, en los acontecimientos sociales del día.

¹⁰⁸ Álvaro Urtecho, “Ética y estética de Azul”, en *Azul y las literaturas hispánicas*, UNAM, México, 1990, p. 152, *apud* Pilar Mandujano Jacobo, *op. cit.*, p. 387. Otras obras centradas en la obra del nicaragüense son: Emilio Carilla, *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, Gredos, Madrid, 1967; Enrique Díez-Canedo, “Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y los comienzos del modernismo en España”, en Lily Litvak (ed.), *El modernismo*, Taurus, Madrid, 1975, pp. 215-225; Alfonso García Morales, *Rubén Darío. Estudios en el centenario de “Los Raros” y “Prosas profanas”*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998; Ernesto Mejía Sánchez (ed.), *Estudios sobre Rubén Darío*, FCE-Comunidad Latinoamericana de Escritores, México, 1968; Óscar Montero, “Modernismo y degeneración. Los raros de Darío”, *Revista Iberoamericana* LXIII, 1966; “Modernismo and Homophobia: Darío and Rodó”, en Daniel Balderston y Donna J. Guy (eds.), *Sex and Sexuality in Latin America*, New York University Press, Nueva York-Londres, 1997, pp. 99-107; Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Alfadil, Caracas-Barcelona, 1985.

La alegoría que Tablada desarrolla deja entrever una conciencia plena del estado de su movimiento, que ha llegado al punto del no retorno, donde sólo quedaría apelar por la comprensión por parte del público, pero sabe que, como artista, su obra y su nombre han de trascender incluso a pesar de la falta de ella. Tal vez por eso cierra con las siguientes palabras su texto: “¡Oh público de la *Revista Moderna* obra a tu guisa, y si sólo tu indiferencia hemos de merecer, seguiremos con gusto la suerte de aquellos nuestros precursores, los siete troveros medievales...”,¹⁰⁹ pues los burgueses son castigados con una lluvia de fuego divino, mientras que los trovadores, los artistas, son preservados gracias a una tempestad de nieve como estatuas blanquísimas “adamantinas esculturas que clavadas en la barbacana del alcázar inhospitalario provocan aún la admiración y la piedad del viandante”.¹¹⁰

Revista Moderna fue el lugar donde los modernistas y decadentistas llegaron a consolidar una postura estética que habían defendido en polémicas durante la última década del siglo XIX. Y, muy a pesar de sus todavía no pocos detractores, la revista fungió como el espacio que consagraría el movimiento, legitimándolo para la posteridad de manera indiscutible.

Más aún, hay que aclarar que esta legitimación fue también gracias a la habilidad para dirigir la empresa que demostró Jesús E. Valenzuela, pues la claridad y la habilidad que tenía para percibir los cambios en la atmosfera cultural hicieron de la revista un lugar que fue

¹⁰⁹ Tablada, “Exempli”, p. 3. “Ante la falta de un público lector adecuado, los fundadores de la *RM* conceptualizaron un receptor distante en tiempo y espacio, prácticamente desconocido en México, pero vanguardista dentro del continentalismo que el arte moderno inauguraba” (Adela Pineda Franco, *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, v. II, BUAP/El Colegio de Michoacán/CEMCA, México, 2004, p. 412).

¹¹⁰ *Idem*. Ahora bien, se ha especulado sobre a quién se refiere Tablada como los siete trovadores, Belem Clark de Lara y Mariana Flores Monroy, apuntan que debe ser a los cinco personajes que el poeta dedicó “Cuestión literaria. Decadentismo”, pero también agregan al más joven de la camada decadentista, Couto Castillo (*cf.* “Estudio introductorio”, *El Renacimiento. Periódico Literario*. Segunda época, edición facsimilar, UNAM, México, 2006, p. XIII).

mutando de frente de combate a un lugar de concordia, característica que aparentemente distingue a casi todas las publicaciones periódicas mexicanas. Este desplazamiento es evidente en el contenido de la revista, pero también en la mutación del subtítulo: *Literaria y Artística*, durante el año de 1898, a *Arte y Ciencia*, de 1899 a 1903, que abría las puertas a una corriente de pensamiento que marcó la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en México, el positivismo, y que es de manera constante asociada con un grupo de tintes conservadores apegados al régimen porfirista: los científicos;¹¹¹ por último, el cambio de nombre a *Revista Moderna de México*, en 1903, *Magazine Mensual Político, Científico, Literario y de Actualidad*, el cual conservó hasta su último número en 1911.

Ahora bien, esta manera de asentarse no hubiera sido posible sin el cobijo y aval de Gutiérrez Nájera y el espacio que éste consagró para dar impulso al movimiento modernista. Tal vez por eso, el espacio que ellos erigieron, después de comenzar con una postura confrontativa, pronto tomó un tono más conciliatorio, una concordia para nada ajena al mundo de las letras mexicanas. Rubén M. Campos registra esta nueva actitud, en total sintonía a lo promulgado por el Duque Job en “Al pie de la escalera”, cuando apunta “el propósito de la *Revista Moderna*, sin embargo, no era más que el de reunir a los amantes de letras y de las bellas artes en un reunión en la que hubiera intimidad y cordialidad”.¹¹²

¹¹¹ Héctor Valdés hace una aclaración en este cambio al anotar que “el subtítulo de ‘Arte y ciencia’ y bajo éste la palabra ‘quincenal’; en cuanto a lo primero, cumplió al pie de la letra la obligación que se impuso. En el ‘arte’ quedaron comprendidas la literatura –en primerísimo lugar–, y las artes plásticas. La parte científica es muy pequeña, y en los artículos referentes a la ‘ciencia’ se nota más la atención de hacer un homenaje a los sabios que la de dar a conocer el adelanto filosófico y material de un siglo XX que nace preocupado por estas cuestiones.”, recordando, tal vez, que sus profesores, los Científicos, veían en la doctrina comtiana del positivismo la senda adecuada para la nación (“Estudio introductorio”, p. XIII); además, habría que anotar que con ello Valenzuela podía justificar el decadentismo.

¹¹² Rubén M. Campos, *El bar...*, p. 116. Porfirio Martínez Peñaloza apunta que, después de que perdiera una polémica, incluso la apertura dio cabida a uno de los detractores más aguerridos del modernismo, Victoriano Salado Álvarez (“La Revista Moderna”, en *Las revistas literarias de México*, INBA, México, 1963, p. 103). En otro lugar, se apunta que “uno de los factores de esa repulsa debió centrarse en las dificultades para leer narraciones programáticas como ‘Exempli Gratia o fábula de los siete trovadores y de la Revista Moderna’ de José Juan Tablada, donde el peso se desplazaba claramente de la narración al estilo y del mundo referencial,

La manera de proceder de los decadentistas marcó una pauta que fue emulada por diferentes grupos en ciernes durante todo el siglo XX y es vigente en muchos aspectos todavía en nuestros días. Por un lado, aprovechar algún motivo para irrumpir de manera violenta en el ambiente literario; por otro, la polémica, como una forma de estar presente y permanecer en dicho ambiente; por último, la conciencia del valor de la revista como plataforma para darse a conocer y, por tanto, legitimarse como autoridad y referencia obligadas. La madurez del movimiento se concreta a la par de la *Revista Moderna*, pues ahí se puede apreciar los vaivenes, planteamientos y concesiones de un grupo que sabe medir y considerar con sensatez el entorno en que está inserto, del cual sólo son una faceta.

1.3. El positivismo

En México, a la par tanto del Modernismo como del Decadentismo, confluye un pensamiento doctrinario de gran relevancia en la segunda mitad del siglo XIX: el positivismo; el cual tiene repercusiones en casi todos los ámbitos de la sociedad, incluso el literario, con expresiones como el realismo y el naturalismo, pero sobre todo se ahínca en el ámbito pedagógico para después incursionar en el político al crear un partido que “estabiliza” el orden y que, sin embargo, es ante el cual reaccionan los jóvenes de principios del siglo XX. No obstante, esta estampa, tajante y muy redonda, representa sólo una forma para acometer el tema del positivismo, pues en realidad no se puede hablar de una ideología o práctica que tenga características específicas, como casi todos los fenómenos que confluyeron a finales del siglo

histórico incluso, además de local, a un universo que podía leerse como autosuficiente por la deliberada vaguedad de los referentes” (Alberto Vidal, “Victoriano Salado Álvarez”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, v. III, *Galería de escritores*, UNAM, México, 2005, p. 515).

XIX, sino de los diferentes matices que éstas adquieren dependiendo de la arista desde la cual se aprecian.¹¹³

Después la instauración de las Leyes de Reforma, el gobierno a cargo de Benito Juárez se encontraba ante una disyuntiva, la cual exigía una forma de restructuración en el pensamiento nacional que permitiera establecer distancia y servir de contrapunto a los principales detractores del nuevo régimen: el clero y la milicia. Sin embargo, fue hasta el año de 1867 cuando se presentó una propuesta viable, en los principios que se exponían en la “Oración cívica”, discurso pronunciado por Gabino Barreda el 16 de septiembre de ese año en Guanajuato. Pues ahí el filósofo poblano reflexionaba sobre una carencia fundamental en el pueblo mexicano que obstaculizaba irremediablemente su desarrollo: la ignorancia; por lo cual, proclamaba que la única solución ante un panorama desolador se encontraba en la educación. Ante ello, debido a la reciente experiencia europea en la que se había visto sumergido, el pensador encontraba como la línea más confiable la doctrina positivista de Augusto Comte.

A finales del siglo XIX, Pablo Macebo reflexiona en las páginas de la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* sobre la relevancia de la doctrina positivista, afianzando lo que arriba se ha apuntado:

las clases sociales que por sus estudios estaban llamadas á tener, y efectivamente tenían, mayor influencia en los destinos de la Nación, fuesen en realidad muy poco ilustradas, sin comprender siquiera su propia ignorancia, sino creyéndose en posesión de la sabiduría. Es verdad que estudios especiales [...] podían hacer descollar, y en realidad hacían sobresalir, a personalidades distinguidísimas [...]

¹¹³ Aquí sólo rescato lo que atañe o afecta al tema central de este trabajo, sin embargo, para profundizar en el tema del positivismo tanto en la República Restaurada como en el del Porfiriato, se pueden consultar los siguientes títulos donde se dan otras perspectivas: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política* (3 tomos), El Colegio Nacional, México, 2011; Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, FCE, México, 2002; Luis González y González, *El siglo de las luchas*, Clio/El Colegio Nacional, México, 1996; Andrés Lira y Anne Staples, “Del desastre a la reconstrucción republicana, 1848-1876”, Sandra Kuntz Ficker y Elisa Speckman Guerra, “El Porfiriato”, ambos artículos en *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, 2010.

Juárez, Ocampo, los dos Lerdo de Tejada [...] pero ellos, como ya lo he dicho, constituían la excepción, y precisamente la distancia enorme que los separó de la generalidad de sus contemporáneos, nos permite apreciar cuán insondable era el abismo de falta de ilustración, por no decir de profunda ignorancia, en que estuvo sumergido por tantos años el espíritu mexicano [...]¹¹⁴

Por eso no es de extrañar que cuando la “Oración cívica” llegó a oídos del presidente, Barreda fuera llamado para formar parte de la comisión que iba a estar al frente de un plan para reconfigurar la educación en México,¹¹⁵ pues “Juárez, como sagaz hombre de estado, adivinó en la doctrina positiva el instrumento que necesitaba para cimentar la obra de la revolución reformista. En la reforma educativa propuesta por Barreda, vio Juárez el instrumento que era menester para terminar con la era de desorden y la anarquía en que había caído la nación mexicana”.¹¹⁶

El objetivo de esta reforma se centraría en la Escuela Nacional Preparatoria, la cual se instalaría en San Idelfonso a principios del año de 1868, y donde el mismo Barreda fungiría como director por los siguientes diez años. Recuerda Justo Sierra: “un día, resultó que los estudiantes de Derecho no cabíamos ahí... Pues estábamos acorralados. Era la Escuela Preparatoria que entraba en escena, tumultuosa y alegre, segura del porvenir”.¹¹⁷ La turba de jóvenes comenzaba su invasión “atraídos, más por la novedad del intento, por el prestigio de los profesores, entre quienes descollaban altas inteligencias del clero y el partido

¹¹⁴ Pablo Macebo, “Discurso del Sr. Lic. D. Pablo Macebo”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año II, núm. 3, Marzo de 1899, pp. 68-69.

¹¹⁵ “En esta comisión se encontraban, Ignacio Alvarado, Francisco Díaz Covarrubias y Eulalio M. Ortega. En esta comisión, nos dice Agustín Aragón, el animador fue Gabino Barreda. El 2 de diciembre del mismo año se publicaba la ley que orientaba y reglamentaba la instrucción en México, desde la primaria hasta la profesional, incluyendo la preparatoria” (Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, FCE, México, 1990, p. 55).

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹¹⁷ Justo Sierra *apud* Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, t. I, UNAM, México, 1992, p. 64.

conservador”.¹¹⁸ Una decisión que, a falta de hombres formados con o a favor de la nueva doctrina que se postulaba, fue completamente necesaria. Barreda seleccionó los magisterios por su calidad y no por su apego a la postura que estaba tratando de instaurar.¹¹⁹

A pesar de la apertura de los cargos, que mostraba buena fe por parte del pedagogo, la nueva doctrina no fue bien acogida por todos, pues muchos –incluso maestros de la ENP– encontraban en la impostura una restricción de la libertad y otros un ataque a un órgano central como era la Iglesia. Aunque la visión de muchos historiadores, como la del francés Claude Dumas, anotan que “la época era entonces de tolerancia, y la ruptura entre los católicos mexicanos y la escuela positivista, que levantó más de una tempestad, sólo se dio más tarde”,¹²⁰ alusión que apunta más a la concordia que se mostraba, por ejemplo, desde las páginas de *El Renacimiento* (1869), bajo la dirección de Ignacio M. Altamirano, pero sesga la postura de otras plataformas, como *La Voz de México* (1870), órgano conservador que nació “enarbolando la bandera negra del odio político, de la intransigencia reactiva y del deseo, mal disimulado, de regresiones criminales o imposibles”.¹²¹

Ahora bien, la Sociedad de Libres Pensadores fundada el 5 de mayo de 1870, que tuvo como órgano *El Libre Pensador*,¹²² dio cabida a muchas de las plumas que emigraron a la muerte de *El Renacimiento*, continuando una línea de pensamiento que apoyó en muchos

¹¹⁸ *Idem*. Hay que recordar que Justo Sierra siempre fue un gran defensor de la Escuela Nacional Preparatoria, donde ejerció su magisterio durante muchos años. Su influencia, así como la de Barreda en una primera instancia, repercutió en las generaciones posteriores de maneras bastante significativas.

¹¹⁹ Octavio González Cárdenas comenta que el rodearse de las intelectualidades más sobresalientes en el panorama mexicano fue una de las razones más importantes para que la empresa tuviera éxito (*Los cien años de la Escuela Nacional Preparatoria*, Porrúa, México, 1972, p. 14).

¹²⁰ Claude Dumas, *op. cit.*, p. 64.

¹²¹ *Ibid.*, p. 86.

¹²² Pedro Caffarel Peralta, *El verdadero Manuel Acuña*, UNAM, México, 1999, nota a pie, pp. 14-15. Ahí mismo, se refiere que el primer número del órgano se publica el día de su fundación y, también, se agrega una anécdota que Ignacio M. Altamirano hace sobre Manuel Acuña, donde señala que el simple hecho de publicar en este espacio le ganó una calificación desfavorable en la Escuela de Medicina por parte de un sinodal conservador.

aspectos los movimientos en el sector educativo que se estaban implantando, pero al mismo tiempo resultó más crítica ante el desenvolvimiento de la práctica positivista a manos de un puñado de representantes que la encausaron para beneficio propio, incluso cuando la instauración de la doctrina positivista parecía asestar un golpe certero a la facción conservadora católica, con la cual tuvieron pugna desde un principio y de quienes recibieron ataques por el simple hecho de publicar en este espacio. No obstante, y esto es algo que va a tener un eco a principios del siglo XX con los jóvenes ateneístas, los miembros de la Sociedad de Libres Pensadores no atacaban el dogma católico, del cual muchos eran creyentes, sino a un partido clerical que se había valido de éste para un beneficio propio, aprovechando su estatus de poder para explotar tanto al gobierno como a la sociedad de manera continua. Los miembros de la Sociedad de Libres Pensadores, en este sentido, partían más de un humanismo que encontraba en las doctrinas el beneficio para la sociedad sin dejar a un lado los derechos y privilegios del individuo. Eran, como Altamirano, representantes de esa categoría llamada hombres de letras, esos escritores cuyo objetivo primordial es reemplazar un modelo donde el clérigo es la figura principal. En este sentido, se parecen al humanismo del siglo XVIII que equilibraba las nociones modernas apoyadas en los principios científicos con postulados religiosos de manera práctica, sólo que ya con más argumentos para denostar la importancia del clérigo como guardián del conocimiento. Por eso, el hombre de letras es un eslabón de bastante importancia en la evolución de una figura pública que después se definirá como “intelectual”, pues ya muestra la especialización como una alternativa a las opciones instauradas por la iglesia.¹²³

¹²³ Cf. Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, Nueva visión, Buenos Aires, 2009, pp. 18-24.

Este desenvolvimiento ideológico y sus constantes pugnas se pueden apreciar en las publicaciones periódicas del momento, las cuales revelan que (más que la dicotomía liberal /conservadora) en el momento coexistían posturas de matices muy diferentes, que comulgaban de una u otra forma con un ideario no definido.¹²⁴ No obstante, lo que ocurría en el sector de la educación, por más que Barrera se valiera del magisterio tanto de conservadores como de liberarles, fue decisivo, por su contundencia, para entender los últimos treinta años del siglo XIX y, por lo tanto, el comienzo de la nueva centuria. Comenta Jaime Labastida que “sin hipérbole y, al propio tiempo, sin temor a equívoco, puede afirmarse que la educación mexicana se divide en dos grandes etapas: antes y después de Barreda”, pues

Antes de las reformas educativas planteadas por Barreda, nuestra educación se movía aún en marcos estrechos de los colegios religiosos, la lógica no rebasa los límites de la neoescolástica de Balmes y su escuela. Tan atrasada era la educación superior en nuestro país, que los más radicales de nuestros políticos, como Valentín Gómez Farías y José María Luis Mora, ante la imposibilidad de mejorar la Universidad, decidieron cerrarla.

[...] Barreda, en cambio, inaugura la etapa constructiva de nuestra educación. Y lo hace, además, con una serie de criterios generales que conservan, aún hoy, plenamente, su vigencia. Pues aun cuando sea verdad que el positivismo, que él trajo a nuestro país, era, en tanto que filosofía, una escuela caduca en Europa, en México representaba, por el contrario, un avance fundamental. Y no sólo eso. Barrera no fue servil imitador de las enseñanzas de su maestro Augusto Comte, de quien tomó directamente un curso en París, sino

¹²⁴ Desde febrero de 1880, Ignacio M. Altamirano dirigió otro proyecto periodístico, *La República. Periódico Político y Literario*, que muestra una mesura en la cuestión política que sigue de acuerdo con la concordia establecida en las páginas de *El Renacimiento*. Pero cuando abandona la dirección, por cuestiones de salud, a finales de 1881, el programa que había “cumplido los principios constitucionales y luchado por la consolidación de la paz en el país” ahora quedaba en manos de Pedro Castera e Hilario S. Gabilondo con “la libertad de acción en lo sucesivo para propugnar y desarrollar las ideas políticas que juzguen convenientes”, este espacio confluía, como apunta la investigadora Clementina Díaz y de Ovando, con varios otros en los que los escándalos políticos, sociales o literarios eran materia de todos los días: *La Libertad, El Siglo XIX, El Monitor Republicano, La Patria, El Diario del Hogar, La Voz de México, La Discusión, El Nacional, El Domingo, El Noticioso, El Correo de los Lunes, El Correo de las Doce, El Lunes, La Voz de España, El Centinela Español, El Popular, El Ciudadano*, etc. (Clementina Díaz y de Ovando, *Un enigma de los cerros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, UNAM, México, 1994, p. 25 y 31).

un pedagogo que desarrolló y sistematizó todo un cuerpo de teoría educativa, con aplicación directa y práctica en la enseñanza de nuestro país.¹²⁵

Esto se da, sobre todo, porque el plan de Barreda tenía contemplado enfrentar las detracciones del clero y la milicia, por un lado, pero también de los jacobinos que no aceptaban el nuevo orden impuesto.¹²⁶ Con este fin, desde su “Oración cívica” el pensador había adaptado la doctrina comtiana para adecuarla a una realidad social mexicana al cambiar la divisa “amor, orden y progreso” por “libertad, orden y progreso”. Y como el problema de la libertad era una piedra de toque en los ataques del jacobinismo al nuevo régimen educativo, esta premisa los mantenía, en cierto sentido, a raya.¹²⁷ No obstante, el concepto de libertad que fue desarrollando Barreda (el cual se encontraba argumentado, principalmente, sobre el precepto de que ésta debe estar sometida al interés de la sociedad y por tanto de la nación) no tardó en entrar en conflicto con los postulados de los que pronto fueron sus detractores más reacios. Sobre todo porque esta libertad se moldeaba desde las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria, donde se instauraba una base común de verdades de las que todos los jóvenes debían partir. Esto, que podría pensarse como una libertad condicionada, más bien se refiere al método, uno positivista, que Barreda consideraba como el más seguro para establecer ese “fondo común de verdades”.¹²⁸

¹²⁵ Jaime Labastida, “Nota”, en Gabino Barreda, *La Escuela Preparatoria*, sel. y nota de Jaime Labastida, UNAM, México, 1983, p. V.

¹²⁶ Leopoldo Zea apunta que “Los jacobinos eran aquellos liberales que no aceptaban el orden sostenido por los positivistas mexicanos. Los liberales mexicanos sostenían el ideal de la libertad en su sentido absoluto, entendida como la libertad de pensar y actuar como se quisiese. Frente a estos dos enemigos: los conservadores y los liberales, los positivistas consideraron a los segundos más peligrosos, pues eran éstos los vencedores, los hombres que habían hecho la revolución y que ahora no se resignaban a un nuevo tipo de orden; en cuanto al clero y su aliado el militarismo, eran por lo pronto los vencidos y tardarían mucho en rehacerse” (*El positivismo...*, p. 105).

¹²⁷ *Ibid.*, p. 106.

¹²⁸ Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, SEP, México, 1972, p. 25.

No debe de extrañar que, a pesar de que no fue inmediata, la reacción de los jacobinos ante la propuesta reformista de Barreda (emparejándose con un frente eclesiástico que no se podía recuperar del golpe por parte del gobierno liberal) se diera por una sencilla razón: el positivismo como idea no presentaba amenaza alguna, pero llevado a la práctica, es decir, desde su lado utilitario, tenía alcances que sobrepasaban el ámbito de la educación y, por lo tanto, afectaban directamente los derechos y privilegios de distintos sectores sociales.¹²⁹

Si la justificación para introducir el positivismo era sencilla, el progreso de la Nación, en el sentido argumentativo las premisas que lo sustentaban tenían que ser vistas por la población como superiores y más efectivas que aquellas otras propuestas que trataba de denostar.¹³⁰ Las ideas que anteriormente proponían los liberales mexicanos serían reemplazadas por una imposición que giraba en torno a la noción de orden, ya no sólo en el ámbito educativo, sino en todos los ámbitos. Apunta Zea, “La idea de orden, tan cara al maestro mexicano, es la idea que sirve de piedra de toque a la juventud por él formada. La nueva generación se cree en posesión de un instrumento de orden y de un orden realizado”.¹³¹

Sin embargo, al trasladar la noción de orden a otros ámbitos, se trataba también de establecer un nuevo orden que el filósofo Leopoldo Zea llama espiritual pero que funcionaba como gubernamental. Algo, pues, que se instituyera como un poder incuestionable, como del que gozaba antes la religión. El clero, los jacobinos y una facción de liberales más críticos, por lo tanto, reaccionaron. Las implicaciones de este reconocimiento decretaban la invalidez de posturas y doctrinas, o por lo menos ponía estas últimas en una posición donde carecían

¹²⁹ Si bien Leopoldo Zea acierta al apuntar que “Decir: una cosa es el positivismo teórico y otra cosa es el positivismo práctico, implica una falta de responsabilidad intelectual muy característica de nuestro siglo”, pues una no existe sin la otra, hay tanto en la doctrina como en la práctica diferentes propuestas o tendencias que hacen aún más conflictivo el aproximarse a esta problemática (Zea, *op. cit.*, p. 36).

¹³⁰ Cf. Zea, *op. cit.*, p. 162.

¹³¹ *Ibid.*, p. 181.

de poder. Debido a esto, no tardaron en conglomerarse en contra de los liberales que se encontraban llevando el positivismo de la doctrina a la práctica, utilizando uno de los cimientos de su conformación, el del laicismo:

No debía existir poder espiritual; el individuo tenía derecho a pensar lo que quisiese; la escuela laica representaba la no intervención de ningún poder por lo que se refiere a lo espiritual. Ninguna doctrina podía ser impuesta; ningún grupo social tenía derecho a hacer de sus ideas las ideas de la sociedad. La doctrina positiva no era sino una doctrina más entre otras y no podía ser una doctrina de carácter y pretensiones sociales.¹³²

Este proceso no fue de gestación inmediata, aunque hubo estudiantes que se formaron en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria bajo la tutela de Barreda se configuraron como un frente que trataba de llevar a la práctica el ideario positivista casi desde un principio. En 1875, organizaron una manifestación que tenía como intención separar la ciencia y, por lo tanto, la educación de la influencia del Estado, pues consideraban que éste, al tener prioridades y preocupaciones específicas, cooptaba el desarrollo de la primera de una manera que el nuevo orden, propuesto por el positivismo, no debía permitir. Por otro lado, si se lograba este objetivo, que sintetizaba uno de los anhelos más buscados por Gabino Barreda, también se evitaba que los liberales a cargo del poder llegaran a viciar el compromiso de ese grupo, apenas en ciernes, que se encargaría de dirigir a la sociedad. Un grupo que tuviera las herramientas intelectuales que carecían los que en ese momento estaban en el poder. Éste fue un logro que Barreda no llegó a ver cumplido en vida.¹³³

Estos jóvenes, después de un par de años, también se congregaron en la Asociación Metodófila “Gabino Barreda”, que fue fundada en 1877 y que sesionaba en la casa del pensador poblano todos los domingos, donde él fungía como maestro y guía más que como

¹³² *Ibid.*, 214.

¹³³ *Cf. Ibid.*, p. 234.

colega.¹³⁴ La relevancia de estas reuniones no fue mínima, pues del grupo de estudiantes que ahí asistían comienzan a despuntar nombres que después serán de una importancia primordial tanto para la educación como para el partido político llamado los Científicos.¹³⁵

Con la doctrina propuesta por Gabino Barreda, maestros y jóvenes de la Escuela comenzaban a invadir los campos con más poder e influencia del gobierno, desde el administrativo hasta el político.¹³⁶ Lo cual no es de sorprender pues, como apunta Horacio Barreda, la Escuela era considerada una “institución sectaria, como un plantel *sui generis* de enseñanza que sólo difunde las ideas de un reducido grupo intelectual, las doctrinas de un conciliábulo filosófico, el que se considera como un verdadero seminario, que confiere el grado de *prima tonsura* para ingresar a las filas de una extraña y exótica fe”.¹³⁷

El encumbramiento de este sector social fue resultado de un proceso que se dio, principalmente, en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria. Pero, como apunta Leopoldo Zea, las consecuencias de ordenar al hombre también se aplicarían a la sociedad, en concordancia con la visión que tenían tanto Juárez como Barreda. Una de ellas, la más directa, era la conformación de éste como un “grupo social que, acabando con la ya anacrónica anarquía se hiciese cargo de la dirección de la sociedad mexicana”. Ahora bien, Francisco Bulnes y Agustín Aragón, describieron a este grupo, del cual formaron parte, como

¹³⁴ Diferencia que arroja un matiz diferente, en cuando interacción, al de, por ejemplo, Manuel Gutiérrez Nájera y los jóvenes decadentistas que se mencionó arriba.

¹³⁵ De este grupo de estudiantes Leopoldo Zea consigna cuatro nombres clave: Porfirio Parra, Miguel S. Macebo, Luis F. Ruiz y Manuel Flores, p. 151. Sin embargo, los discípulos directos o indirectos de Barreda, Octavio González Cárdenas añade a José Ives Limantour, Manuel Gómez Portugal, Pedro Vigil, Manuel Vázquez Tagle, Miguel Covarrubias, Juan Sánchez Azcona, Samuel García, Protasio Pérez Tagle, Eduardo Garay, Pablo Macebo, Atenedoro Monroy, Francisco Bulnes, Justo Sierra, Carlos Díaz Dufoo, Jacinto Pallares, Manuel María Contreras y Agustín Aragón; lo cual refleja los alcances de la voz del maestro (González Cárdenas, *op. cit.*, p. 30).

¹³⁶ *Cf. Zea, op. cit.*, p. 179.

¹³⁷ Horacio Barreda *apud* Zea, *op. cit.*, p. 215.

una “aristocracia intelectual antes que como una clase social o un bloque político”;¹³⁸ sin embargo, es palpable un desplazamiento hacia la política, pues se necesitaba un grupo privilegiado intelectualmente que pudiera, a falta de mejores opciones, tomar las riendas de un gobierno que todavía no lograba afincarse con propiedad. Sólo que este grupo no podía encaramarse sin el respaldo de alguien que asegurara un orden social. La respuesta a este problema fue apoyar, con un frente desplegado en varias ramas del poder, la dictadura de Porfirio Díaz.

Además, la estabilidad requerida para implementar la ideología positivista (de la que ese sector que representaban era la más privilegiada) necesitaba de la autoridad que representaba la milicia. De ahí, se empieza a desarrollar una relación simbiótica entre los positivistas, que se habían asentado en la política, y la dictadura. Una relación que beneficiaba a ambos, y que estaba fundamentada en el positivismo aprendido en las aulas.

Sin embargo, no toda la pléyade de alumnos de Escuela Nacional Preparatoria estuvo de acuerdo con esta manera de proceder; unos, reprobaron el cauce que había tomado la práctica positivista en otros ámbitos que no fueran el pedagógico, y se apegaron a la línea liberal de pensamiento en la que esta escuela se fundó. Esto se puede apreciar de manera tangible en un artículo de *La Moralidad*, fechado el 22 de noviembre de 1885, titulado “El positivismo en México”, donde se resaltaba el daño que la doctrina había traído al país y apelaba a los periódicos y revistas para que, desde sus páginas, pusieran esto de manifiesto; pues “el deber de la prensa honrada, era lograr que la opinión pública se alzara contra la minoría que sostenía el positivismo. Era deber de los diez millones de mexicanos oprimidos

¹³⁸ Claudio Lommitz, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz, Madrid, 2008, p. 447.

salvar a la patria, el alma y la libertad, luchando contra el positivismo”.¹³⁹ Una nota que reflejaba un descontento que no era ajeno para el alumnado y que, para 1886, ya era bastante notorio. Ejemplo de ello es la composición de Gabriel González Mier, “Oda a Atenas”, en honor a Sebastián Lerdo de Tejada, donde el estudiante velaba un ataque al gobierno bajo referencias griegas.¹⁴⁰

Otros, como Jesús Urueta, que en un momento fue un miembro destacado del decadentismo, apoyaron el positivismo en un principio para después alejarse (no de éste, pero sí de los principios prácticos en los que se había desviado) con el fin de encausar su postura pública a una realidad más humanista. Esta fractura, que pocas veces se apunta en las aproximaciones a este periodo, explica, en cierto sentido, la ambivalencia de las acciones con que muchas veces se ha visto a personajes como Justo Sierra, el cual, aunque declarado como Científico, se apegaba más a un humanismo de tintes positivistas que a una explotación de este ideario.¹⁴¹ Como él, los que integraban este otro contingente iban a desarrollar una faceta más apegada a la actitud moral que Barreda proponía, pues éste pensaba que la moral, como un objeto material, era factible de reforma, pues no pertenece al mundo espiritual sino al social, y por lo tanto es factible de educación.¹⁴² Los más fervientes defensores de la educación fueron los que después comenzaron a tener ideas que a menudo se han confundido con liberales por su vena humanista.

Tal vez por ello se sigue distinguiendo que, antes del advenimiento del Ateneo de la Juventud, sobresalen dos personalidades en el ámbito pedagógico y cultural en torno a los

¹³⁹ Díaz y de Ovando, *La Escuela...*, p. 155.

¹⁴⁰ Cf. *Ibid.*, p. 163-164.

¹⁴¹ Apunta Zea que años después, en 1892, “se publicaba el primer manifiesto de una liga llamada Unión Liberal, firmado por distinguidos discípulos de Barreda: Miguel S. Macedo, Justo Sierra, Limantour y Casasús. Este era el primer manifiesto político de un partido que después había de llamarse el de los científicos” (*op. cit.*, p. 180).

¹⁴² *Ibid.*, p. 109

que gira buena parte del debate y la polémica. Si Gabino Barreda asume el positivismo, como han demostrado numerosos estudiosos, como el paradigma preferente para implementar una política pedagógica, cultural y científica que renovara los herrumbrosos mecanismos heredados de la colonia, Justo Sierra advirtió con clarividencia la necesidad de introducir los estudios de humanidades dentro de ese paradigma que los había arrumbado. Es por eso que el representante más significativo para los jóvenes de principios del siglo XX fuera Justo Sierra, pues en él se encarnaba el magisterio legado por Barreda y un ideal humanista que apelaba a la juventud como el porvenir que podría renovar la realidad mexicana. Es decir, los ateneístas se adhirieron antes a las propuestas sierristas que a un positivismo desacreditado.¹⁴³

Ahora bien, el grupo que se benefició del positivismo llevado a la práctica pronto se convirtió en la parte más representativa de lo que Justo Sierra llamó la burguesía mexicana. El cual, como se ha apuntado, se distingue por usar de estandarte la doctrina positivista para, primero, adentrarse en el ambiente político y, después, acapararlo y beneficiarse de él.¹⁴⁴ Enraizados en la dictadura que comenzaba y que ellos apoyaban, este grupo comenzó a tratar asuntos de orden social, violentando, en cierta manera, la “libertad”, que había propuesto en un principio el maestro Barreda, por un “orden” que era recibido por los sectores menos

¹⁴³ Vid. Gabino Barreda, *La educación positivista en México*, sel., estudio intro., y preám. de Edmundo Escobar, Porrúa, México, 1978; Gabino Barreda, *Oración cívica*, UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos, 1979; Ernesto Lemoine Villacaña, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda 1867-1878: estudio histórico, documentos*, UNAM, México, 1970; Guadalupe Muriel, “Reformas educativas de Gabino Barreda”, *Historia Mexicana*, COLMEX, Centro de estudios históricos, v. 13, núm. 4, 1964, pp. 551-577; s/f, “Antecedentes de la Escuela Nacional Preparatoria”, ENP, México, 2008, <http://dgenp.unam.mx/acercaenp/antecedentes.html>, consultado el 20 de agosto de 2010; Martín Quirarte, *Gabino Barreda, Justo Sierra y El Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, 1970; Álvaro Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, UNAM, México, 2005, pp. 429-444; el volumen cuatro “Periodismo político” de las *Obras completas* de Sierra, que recoge todas sus inquietudes políticas y pedagógicas, UNAM, México, 1984.

¹⁴⁴ Leopoldo Zea esboza esto en otras palabras: “Los positivistas que alcanzarán los mejores puestos en el Porfirismo serán los que se servirán de la filosofía positiva como un instrumento al servicio del poder material; serán los que harán del positivismo un arma política en su sentido puramente material” (*op. cit.*, p. 147).

privilegiados como una impostura, una que duró más de 30 años y en la que la burguesía se fortaleció como el poder que sustentaba al poder.

No es de extrañar que la burguesía hubiera marcado una distancia considerable, gracias al estatus que proviene de la riqueza, de las clases inferiores. La cual estaba validada por el propio estatus que esa misma riqueza les daba, pues para ellos “la riqueza es, pues, un instrumento que capacita al hombre para hacerlo moral e intelectualmente superior al pobre. El rico, como poseedor de la riqueza, tiene el ocio, y éste hace posible que pueda pensar en el bien de la humanidad; el ocio hace posible que el rico pueda preocuparse por el presente y el futuro de los otros”.¹⁴⁵ Así, escudados en un positivismo adaptado por Barreda para el ambiente mexicano, es que esta clase se encarama y se justifica, y se convierte en la defensora más destacada del porfirismo.¹⁴⁶

El primer y más relevante órgano de difusión de este grupo fue *La Libertad*, que inició su tiraje el 5 de enero de 1878. Este periódico apoyaba abiertamente el segundo interinato del general Díaz y sus posibles reelecciones:

Fuera de que la Carta Fundamental ha sido hasta ahora un verdadero *caput mortuum* en manos de todos los gobiernos anteriores, fuera de que, dadas nuestras instituciones democráticas, si bien la legalidad es un principio incuestionable y necesario, en cambio, la legitimidad, tal cual quieren comprenderla algunos de sus partidarios, es una negación completa de la soberanía nacional, el gobierno nacido de la revolución iniciada en Tuxtepec; existe como un hecho innegable, á pesar de la liturgia constitucional. ¿No han empezado de igual modo todas las legalidades? Reconocer, pues, racionalmente este hecho; procurar que sus consecuencias favorezcan nuestro progreso [...] En este sentido, nosotros llegamos hoy á poner nuestro humilde contingente al servicio de la libertad, del orden, del derecho, que son la verdadera base conservadora de un estadio social admitido por la razón; venimos para denunciar como un crimen toda revuelta que se inicie mientras las vías legales estén abiertas; venimos á crear el órgano de los

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 169. Aunque Zea se refiere al grupo de los científicos en esta cita, la preocupación social que apunta parecería no corresponder con la actuación que éstos mantuvieron, pero sin duda los ateneístas algo tuvieron que advertir en el ideario que proponían puesto que la preocupación social es bien visible a finales de la primera década del siglo XX.

¹⁴⁶ *Cf. Ibid.*, p. 178.

hombres sinceramente constitucionalistas, para que, olvidando todo espíritu de bandería, tenga un medio de hacer conocer sus aspiraciones el gran partido nacional; venimos, por último, á defender con criterio absolutamente libre toda causa noble, todo interés legítimo, toda medida encaminada al progreso de nuestro país. Si no obtenemos el éxito pensado, culpa será de nuestra insuficiencia, que no de nuestra intención.¹⁴⁷

Sin embargo, como señala Zea, lo que alude a lo que se convertirá en el partido de los Científicos con más puntualidad es el manifiesto de Pedro Gutiérrez, candidato a gobernador de San Luis Potosí; pues ahí, se planteaba el comienzo de “La Escuela Científica Política de México”.¹⁴⁸ Es decir, el salto tantas veces comentado de las aulas de clase a los diferentes sectores políticos y administrativos ya era más que palpable. El año anterior a este considerado manifiesto ya habían entrado a la cámara de diputados un buen número de representantes de este grupo: Justo Sierra, Rosendo Pineda, Jorge Hammeken y Mexía, Francisco Bulnes y Pablo Macedo.

Los educados bajo la doctrina positivista comenzaban a implementar una estrategia de posesión de los puestos políticos. La mancuerna que establecieron con el gobierno de Díaz se fue haciendo más sólida, pues con el apoyo de ellos la dictadura tomaba fuerza; del mismo modo, con la dictadura a sus espaldas, éstos se enriquecían. Esta dinámica se consolidó con el pasar del tiempo. Ya para el año de 1892, con Díaz otra vez al pie de la reelección, nacía el partido “Unión Liberal”, con una lista más larga de nombres reconocidos entre las filas de esta agrupación. Limantour, sin duda, podría ser la figura más representativa del político a disposición de la dictadura. Con el nacimiento de este partido ya se dejaba claro las intenciones políticas y el contubernio que había con el régimen. No obstante, fieles a su

¹⁴⁷ La Redacción, “Programa”, *La Libertad*, México, Sábado 5 de enero de 1878, p. 1. *Como redactores de este periódico se anuncia a Francisco G. Cósmes, Eduardo Garay, Telesforo García, Justo Sierra y Santiago Sierra. En el mismo número, en la página 4, se publicita una revista titulada *El Mundo Científico*, bajo la dirección de Santiago Sierra y con una lista de colaboradores que incluyen a los de *La Libertad* y que suman más de una treintena; de ellos resaltan Ignacio M. Altamirano, Gabino Barreda y Alfonso Herrera.

¹⁴⁸ Zea, *op. cit.*, p. 397.

formación positivista, los argumentos que esgrimían siempre pretendían tener un respaldo científico. Eso llevo a que se ganaran el mote de “Los Científicos”. Así, el desprestigio de esta pequeña facción se esparció a todo aquel que tuviera y apoyara el positivismo, ya no importando si era adecuado o no, sino sólo discriminando por asociación.¹⁴⁹

Así, una vez puesto en marcha, los que apoyaban la instauración práctica de la doctrina con la cual se educaron después se percataron del daño que esto ocasionaba y se vieron catalogados como parte de este sector privilegiado que comenzaba a ser repudiado por sus acciones interesadas y egoístas. Prueba de ello se puede constatar en la declaración de Justo Sierra en contra de lo que podía convertirse en una dictadura, la cual escribió en 1889 en su libro *México social y político* y donde habla de los alcances de un grupo que se instaurara en el poder en los siguientes términos: “‘Pero es preciso pensar en que este gobierno legalmente fuerte, no se cambie en tiranía, y en que encuentre límites infranqueables’. Su principal límite debe ser el poder legislativo, haciendo de él uno de los productos más genuinos del sufragio [...] Este poder será al mismo tiempo la barrera que evite al ejecutivo transformarse en tiranía”.¹⁵⁰ Pero, compaginado con Barreda, Justo Sierra sí pensaba que era necesario este movimiento político, por lo menos, hasta que los mexicanos obtuvieran una educación y una disciplina que pudiera hacerlos independientes.

Es decir, mientras unos apoyaron la dictadura por intereses personales más que por un beneficio social (aunque con este pretexto se hubieran encaramado), otros, más fieles a los principios de Barreda, utilizaron este periodo para fortalecer una de las bases indispensables para el desarrollo tanto intelectual como social: la educación; y una vez que

¹⁴⁹ Cf. *Ibid.*, p. 401.

¹⁵⁰ Justo Sierra, *Ensayos y textos elementales de historia, Obras completas IX*, UNAM, México, 1977, p. 167.

vieron que la dinámica ya no funcionaba o que, más bien, el acometido estaba cumplido se fueron desentendiendo, de una u otra manera, del régimen.

En este sentido, la élite que se formó creó las condiciones necesarias tanto para permanecer en una posición privilegiada como para favorecerse continuamente de la misma, aprovechando, es claro, las especialidades que cada uno fue adquiriendo y que desempeñaron una vez que se fueron colocando en un régimen que a su vez, tal vez por intereses propios, los protegía.¹⁵¹

Esto se distancia de la propuesta hecha por Edward W. Said, pues el pensador considera que los “privilegiados promueven intereses especiales, pero los intelectuales deberían ser los primeros en cuestionar el nacionalismo patriótico, el pensamiento corporativo, y el sentimiento de superioridad clasista, racial o sexual”.¹⁵² También, hay que tener en cuenta que a finales del siglo XIX apenas se comienza a reflexionar sobre la figura en la que se centra este trabajo, pero es innegable que los representantes de los Científicos utilizaron la plaza pública para su beneficio; un rasgo primordial en la configuración de la figura del intelectual moderno.

Una aproximación más detallada tanto a la organización como al funcionamiento de este partido, así como su relación con aquellos positivistas que no se acercaron o practicaron la política, podría ayudarnos a comprender mejor los años convulsos que estuvieron ocultos bajo la paz porfiriana. Lo que no se puede contradecir es que los jóvenes ateneístas de principios de siglo encontraron en las estrategias de posicionamiento de este grupo que parece

¹⁵¹ Antonio Gramsci, reflexiona sobre este tipo de proceder y apunta que “No todos los empresarios, pero por lo menos una élite de ellos debe tener una capacidad de organización de la sociedad en general, en todo su complejo organismo de servicios hasta la misma organización estatal, dada la necesidad de crear las condiciones más favorables para la expansión de la propia clase” (*Obras de Antonio Gramsci. Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos Editor, México, 1975, pp. 11-12).

¹⁵² Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, Paidós, 1996, p. 15.

antagónico una forma de prevalecer y de funcionar a la par de los gobiernos. Si algunos ateneístas lucharon abiertamente contra la ideología práctica de este grupo, también adoptaron de ellos la forma de mezclarse con el poder.

1.4. El irracionalismo

Si el positivismo estaba completamente apoyado en la ciencia y, por lo tanto, en la razón, otra línea de pensamiento, el irracionalismo, se postula como su contraparte. El primero, en México, se implementa en la educación y después se utiliza como parámetro para justificar todo aquello aunado al progreso que formula el régimen porfirista. El segundo nace en Europa en la primera parte del siglo XIX como una reacción, principalmente, a la filosofía Kantiana y los planteamientos absolutos de Hegel, pues considera que la razón está imposibilitada para dar cuenta de un todo. Con esto último, la individualidad (piedra de toque del Romanticismo) vuelve a tomar importancia, del mismo modo que la subjetividad y la voluntad a ésta aunadas. La irracionalidad se postula así como algo inherente de la naturaleza humana; idea que se desarrolla durante todo el siglo XIX y llega a América por medio de las lecturas de sus representantes más destacados.

En México, el irracionalismo tuvo un papel crucial, tanto en el pensamiento como en las artes; pero, debido al empuje que se dio al positivismo en la educación, fue en estas últimas donde encontró una mejor morada. El modernismo y el decadentismo tienen sustento en las propuestas irracionales, y están fuertemente influenciados por figuras literarias de Francia como Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Arthur Rimbaud y Stéphane Mallarmé.¹⁵³

¹⁵³ Relaciones que presenta Juan Pascual Gay en *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, investigación que tiende las líneas entre ambos continentes, y otorga al lector una visión

El irracionalismo carece, como todo lo que confluye en esta época, de una perspectiva única; así como no se puede hablar sólo de un positivismo, el irracionalismo también encuentra diferentes tendencias por parte de sus pensadores más destacados. De esta manera, interactúan las nociones del Voluntarismo, Vitalismo, Nihilismo e Intuicionismo desde las perspectivas de Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche y Henri Bergson, esencialmente. Autores que, por estar en contra de la línea que se quería implantar en la educación, pasaron a ser rechazados e incluso prohibidos en las aulas de clase. A pesar de ello, sus obras o ideas aparecen mencionadas o reseñadas en las publicaciones periódicas de finales del siglo XIX, un claro indicativo de que eran leídos, y sus propuestas se encontraban insertas en un ambiente en el que, de por sí, ya confluyen varias otras tanto estéticas como filosóficas. Y, como indica Andreas Kurz, “es innegable el éxito de la filosofía irracionalista e intuitiva, sobre todo de origen alemán, en México como antídoto al exagerado positivismo de los ‘científicos’ porfirianos”.¹⁵⁴

Sin embargo, a pesar de la relación entre el irracionalismo con la literatura, o más bien por lo mismo, una corriente filosófica que tiene implicaciones tan fecundas nos puede alejar del propósito de esta investigación; por eso, lo que aquí presento sólo es un esbozo de ciertas ideas que considero fundamentales para la configuración de un modelo de pensamiento que se fraguó a principios del siglo XX.

Varios investigadores han apuntado que en las lecturas de cabecera del Ateneo de la juventud aparecen nombres como Schopenhauer, Bergson, Boutroux, Croce, Nietzsche e

donde es palpable el culto desmedido hacia las pasiones, al punto de llegar, en los casos más extremos, a hacer de la vida una obra de arte.

¹⁵⁴ Andreas Kurz, “La ‘Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe’ de María Zambrano: ¿un caso de irracionalismo poético?”, *Iberoamericana*, Nueva época, España, año 10, núm. 37, marzo de 2010, p. 63.

Ibsen.¹⁵⁵ Debido a las diferentes tendencias, no es extraño encontrar en los pensamientos de estos filósofos puntos de contacto y distanciamiento que dan la sensación de dispersar más que homogenizar la línea de pensamiento irracionalista. No obstante, el eje rector de todas estas tendencias es claro: la pasión por encima del pensamiento, lo irracional como explicación para todo aquello fuera del alcance de la ciencia y la razón; pero en ninguno de los casos negando la relevancia de esta última, sino planteando el funcionamiento a partir de una dinámica en que todos los elementos están en juego.

Ahora bien, debido a la pluralidad de personajes y al objetivo que aquí persigo, me enfocaré sólo en dos pensadores irracionalistas que tuvieron un impacto en el pensamiento mexicano de finales del siglo XIX, pues con sus ideas se puede bosquejar una forma de pensar particular, ya que en sus textos hay puntos clave (como las nociones de ética, moral, voluntad y elitismo) que fueron acogidos y adaptados por los jóvenes entrando el siglo XX: Schopenhauer y Nietzsche.

El primero de ellos dedica gran parte de su obra a profundizar las líneas de pensamiento que planteó Kant, por lo que ésta repercute en varios pensadores que le sucedieron, incluyendo Nietzsche y Bergson. Ahora bien, en el esquema general de sus obras, el desarrollo del concepto de voluntad es medular, pues de éste se desprenden otros como el de ética y el de moral, piedras de toque del pensamiento socialmente comprometido de principios del siglo XX. Sin embargo, los planteamientos que propuso Schopenhauer distan

¹⁵⁵ Aunque es un dato que se da por sentado, aquí algunos textos con los cuales se puede respaldar: Fernando Curiel Defossé, "Vasconcelos, forzado relevo ateneísta", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, UNAM, vol. 18, núm. 18, México, 1999, pp. 63-87; Laura A. Moya López, "Pedro Henríquez Ureña: la identidad cultural hispanoamericana en 'La utopía de América'", *Estudios de Historia Moderna de México*, vol. 20, núm. 20, México, 2000, pp. 67-100; Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, 1989.

de la idea utilitaria en la que después fueron encausados, aunque las diferencias y puntualidades que el pensador alemán establece funcionan como ejes rectores.

Pilar López de Santa María apunta que en las directrices propuestas por Schopenhauer hay dos aspectos centrales “en los que las implicaciones morales surgen por sí solas: me refiero a la metafísica y al pesimismo”.¹⁵⁶ Sobre todo porque “es evidente que no es la razón quien puede dar cuenta de la privilegiada adecuación del fenómeno humano a una voluntad que es, en esencia, irracional. Esa adecuación tiene más bien su raíz en algo que la Razón no origina pero sí condiciona: la moralidad”.¹⁵⁷

Esta primera disyunción entre dos conceptos, voluntad y moralidad, va a marcar el derrotero de toda una filosofía. La voluntad es innata del ser humano, y ejercerla sin ninguna restricción sería sinónimo de la *libertad*, sin embargo, desconocemos la libertad absoluta pues estamos condicionados por la moral:

[...] una voluntad libre sería aquella que no estuviera determinada por razones; y, puesto que todo lo que determina otra cosa tiene que ser una razón y, dentro de las cosas reales, una razón real, es decir, una causa, una voluntad libre sería la que no estuviera determinada por nada en absoluto; aquella cuyas exteriorizaciones individuales (actos de voluntad) surgieran estricta y originariamente de sí misma...¹⁵⁸

Negar el concepto de libertad como algo que el ser humano “automáticamente” goza, refleja el pesimismo con el cual opera todo el pensamiento schopenhaueriano y también su

¹⁵⁶ Pilar López de Santa María, “Introducción”, en Arthur Schopenhauer, *Los problemas fundamentales de la ética*, trad., intro., y notas de Pilar López de Santa María, Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. VII-XLVI.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. IX.

¹⁵⁸ Arthur Schopenhauer, *Los problemas fundamentales de la ética*, trad., intro., y notas de Pilar López de Santa María, Siglo XXI, Madrid, 1993, p. 42. En su obra capital, Schopenhauer escribe que “Toda mirada hacia el mundo, cuya explicación constituye la tarea del filósofo, confirma y atestigua que la *voluntad de vivir*, lejos de ser una hipótesis arbitraria o una palabra vacía, es la única expresión verdadera de nuestra esencia más íntima. Todo se afana y tiende a la *existencia*, si es posible, a la *orgánica*, es decir, a la *vida*, y después al grado más elevado de la misma: en la naturaleza animal se hace entonces evidente que la *voluntad de vivir* es la tónica de su ser, su única propiedad invariable e incondicionada” (Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, vol. II, FCE, Madrid, 2003, p. 395-396).

parte nihilista. Esta última negando, principalmente, el fundamento objetivo tanto en el pensamiento como en la moral, al tiempo que da indicios para una crítica al pensamiento que promulga la religión. A pesar de ello, la moral, en este sentido, se maneja entre los conceptos de pesimismo y nihilismo, pues su esencia no radica, como en estos últimos, sólo en sus acciones, sino más bien en la voluntad.¹⁵⁹

Bajo estos presupuestos, la balanza del bien y el mal sobre la que el mundo se ha regido se pone en cuestionamiento. Pero sobre todo la de la libertad. ¿Somos realmente libres? Es una pregunta que acosa al pensador alemán en varias de sus pesquisas. ¿No estamos acaso sujetos por ciertas normas, por cierto raciocinio instaurado socialmente?

A partir de esto último, Schopenhauer señala que “la moralidad es un estadio inevitable de la abnegación y marca una modificación cualitativa en la tendencia de la voluntad”; con todo, “esa modificación no supone una duplicación de voluntades: la voluntad que se afirma y la que se niega son una y la misma, y sólo difieren con respecto al conocimiento. La primera es la voluntad ciega e irracional; la segunda es la voluntad que, iluminada por un conocimiento racional, intuitivo y de carácter misterioso, se ha percatado de sus propias contradicciones internas de la vacuidad de su querer”.¹⁶⁰

Somos libres, pero a medias. Porque la moralidad, aunque está lejos de negar la voluntad, instaura un cerco “infranqueable” en torno a su afirmación individual, pues reconoce la voluntad ajena y su derecho de afirmación; al reconocer al otro, se puede hablar en términos de justicia; no obstante, si se subordina la afirmación individual a la de alguien

¹⁵⁹ Cf. López de Santa María, *op. cit.*, p. X.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. XIV.

más podríamos hablar de caridad.¹⁶¹ En ambos casos, “la moralidad es un estadio inevitable de la abnegación y marca una modificación cualitativa en la tendencia de la voluntad”.¹⁶²

En este sentido, la forma en que cada individuo encara las decisiones es lo que refleja su verdadero ser. Es decir, si se toma como de uso personal (en el cual se consideran las opciones y se decide sobre ellas) la ética, “en cierta manera, es la verdad de la metafísica, porque en ella se hace patente la significación interna del mundo y de la naturaleza”.¹⁶³

Con el estudio de estos conceptos, además de proclamar nuestra naturaleza libre y condicionada, también se abre la pauta para las reflexiones sobre el comportamiento del ser dentro de la sociedad. La ética, desde esta perspectiva, es la forma en que el individuo pondera las acciones para después hacer uso de la voluntad.

Teniendo esto en cuenta, nociones como el compromiso y la responsabilidad van tomando auge, debido a que libertad está normada, en principio, para un beneficio social y no para uno individual. Es decir, que la persona se aleja de su naturaleza irracional condicionada por la moral, pero sólo porque es lo más benéfico para el desarrollo de la sociedad (y por lo tanto de su persona). Aunado a estos elementos, toma preponderancia otro concepto, uno que se desprende de éstos pero que en realidad tiene un mayor peso, pues si el compromiso y la responsabilidad son elementos sobre los cuales, todavía, el individuo puede decidir, el deber es algo ineludible, y por lo tanto el que más limita la libertad de la que habla Schopenhauer. La noción de deber ya implica una necesidad, una especie de condicionamiento obligado que no da opción, por lo terrible de su omisión, de la libertad:

El concepto de compromiso [*Verpflichtung*] da ocasión a Schopenhauer de asentar su concepto del deber [*Pflicht*] por oposición al kantiano, anteriormente criticado. El deber se define como una acción con cuya mera omisión se comete

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ *Ibid.*, p. XV.

injusticia, por lo que todo deber tiene como condición un compromiso contraído. Con esto completa la explicación schopenhaueriana, ofrecida ya en las primeras páginas del tratado, acerca de los conceptos de obligación y deber, y del carácter condicionado de ambos.¹⁶⁴

Entonces, los lectores de Schopenhauer encuentran una metafísica del pesimismo, donde lo que realmente existe es el mal; donde aquello que es injusto predomina y donde el sufrimiento es lo normal; en cambio, lo que realmente no existe, aquello que es un artífice de la humanidad, es la felicidad y la justicia. A pesar de esto, y por contradictorio que parezca, la metafísica del pesimismo encuentra “su razón final en una doctrina de la salvación, si bien ésta es meramente descriptiva y no prescriptiva. Y el eslabón entre ambos, la puerta que abre el camino de esta redención, la constituye la ética”.¹⁶⁵

Así, la reflexión (aquí plasmada de manera bastante generalizada) que promulga Schopenhauer apunta a la noción de una libertad que beneficie a todos, una libertad que vaya más allá del individuo. Por eso lo primero que modifica en *Los problemas fundamentales de la ética* es el concepto de libertad: “para poder aplicar el concepto de libertad a la voluntad habría que modificarlo, entendiéndolo como más abstracto. Eso se lograría entendiendo con el concepto de libertad sólo la ausencia de cualquier necesidad”.¹⁶⁶ Sin embargo, al encontrarse situada por la moral, las nociones como responsabilidad y deber son las que se presentan como fundamentales para una armonía que garantice, no a uno sino a todos, la opción de felicidad que tanto se busca.

Pero, ¿qué se considera necesario y qué no? Para Schopenhauer, lo que es necesario y lo que no es necesario dependen y están condicionados por la Razón. Sin embargo, para que cada individuo esté en sintonía con esa normatividad que es la moral, hay que tener

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. XXXVII.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. XII.

¹⁶⁶ Schopenhauer, *Los problemas...*, p. 41.

también conciencia de sí mismo y del entorno que lo rodea. Es la autoconsciencia, el saberse en esta o aquella situación, lo que permitirá balancear las opciones que se presentan como necesidades, caprichos, gustos, obligaciones o deberes. Es decir, antes que nada el individuo tiene que estar consciente de que cualquier decisión libre va a tener consecuencias más allá de su persona, y las repercusiones pueden o no ayudar para la conservación y crecimiento (no sólo numérico) de la especie humana. Por lo tanto, la inteligencia es un elemento que se debe cultivar, pues aquel que sabe ponderar es el que más beneficios puede otorgar; pero al mismo tiempo, la acción de valor moral no es cualquiera, pues implica un beneficio que va más allá del individuo, y por lo tanto debe tener “la ausencia de toda motivación egoísta”.¹⁶⁷ Sin embargo, Schopenhauer está consciente de que el motor principal del humano es el deseo, pero el cumplimiento de éste no garantiza ninguna satisfacción, sino nuevos deseos y la noción de una eterna insatisfacción. Es, por tanto, en la naturaleza humana donde radica con más vehemencia el pesimismo schopenhaueriano.

Desde esta perspectiva, se puede entender el gusto de los jóvenes ateneístas por el filósofo alemán, pues las nociones que va desarrollando se apegan más a las tendencias humanísticas que ellos van a cultivar y promocionar, dejando a un lado el pesimismo que las impregna y sustituyéndolo con un optimismo que deviene de otros pensadores como José Enrique Rodó.¹⁶⁸

Ahora bien, quizá de todos los filósofos de la corriente irracionalista, Nietzsche fue el que tuvo más distribución y lectura a finales del siglo XIX, sobre todo porque la

¹⁶⁷ Cf. López de Santa María, *op. cit.*, p. XXXV.

¹⁶⁸ Sobre algunas de las relaciones se puede ver el número doce de *Anales de Literatura Española*, publicado en 1996 que está dedicado al pensador alemán; Adolfo Sotelo Vázquez, “Schopenhauer, Zola y Clarín”, *Anales de Literatura Española*, núm. 12, 1996, pp. 13-26; Ana Isabel Rábade Obradó, “Sobre el irracionalismo: Schopenhauer y Unamuno”, *Anales del Seminario de Metafísica XXI*, Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 41-57.

declaración hecha en *La gaya ciencia* (1882) “Dios ha muerto”¹⁶⁹ fue un parteaguas para la cultura y el pensamiento decimonónico. Pero también porque de esa oración, en su brevedad, se desarrolla toda una crítica al pensamiento occidental, la cual va emparejada con otras nociones que interesan, como la del superhombre. En *La gaya ciencia*, en el apartado 125 titulado “El hombre loco”, retoma esta línea y la mezcla con su propuesta:

¡Dios ha muerto! ¡Dios seguirá muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo consolarnos, nosotros asesinos de todos los asesinos? Lo más santo y más poderoso que el mundo poseía hasta ahora se ha desangrado bajo nuestros cuchillos, ¿quién nos limpiará de esta sangre? ¿Con qué agua podríamos purificarnos? ¿Qué ceremonias expiatorias, que juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de esta hazaña demasiado grande para nosotros? ¿No tenemos que convertirnos nosotros mismos en dioses para parecer dignos de ella?¹⁷⁰

A pesar de ello, el hombre loco se da cuenta que ha planteado demasiado pronto la tarea, pues todavía la preparación de la humanidad es bastante precaria, y que para una empresa así se requiere de tiempo, pero sobre todo del cultivo de ciertas características como la inteligencia. El pequeño apartado que desarrolla el alemán funge de manera análoga para los que después construyeron una brecha, por medio de su pensamiento, para posicionarse como una élite intelectual que pudiera dirigir a la población.

Sentado esto, el nihilismo permea la obra nietzscheana, y se puede apreciar con una claridad en los libros de *Así habló Zaratustra* (1883-1885) y *Más allá del bien y el mal* (1886); en la lectura, sin embargo, estas obras han sido erróneamente interpretadas y se han usado para justificar acciones que distan de congeniar con los postulados del pensador que las erigió. Específicamente, sobre el nihilismo, el filósofo señala que se pueden rescatar de

¹⁶⁹ El apartado continúa: “pero tal y como con los hombres, seguirá haciendo, quizá durante milenios, cuevas en que se enseñe su sombra. Y nosotros, ¡nosotros tenemos que vencer aún a su sombra” (Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, Agustín Izquierdo (pról.), Biblioteca Edaf, Madrid, 2002, p. 191).

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 210.

él dos sentidos: por un lado, puede ser positivo o reactivo, es decir, “en que el que el nihilismo reconoce la inexistencia del devenir, y en consecuencia desarrolla el sentido de pérdida, de venganza y de odio por la vida”, o bien, por otro lado, está una noción que gira en torno a la figura del superhombre, es decir, el que “se instala en la inmediatez del mundo dado para crear nuevos valores. ‘Al evento negativo de la muerte de Dios corresponde al nacimiento del nihilismo, entendido como desvalorización de los valores supremos que no produce desesperación sino, por el contrario, la afirmación de la vida misma’”.¹⁷¹

Es importante recalcar que Nietzsche también reconoce el aspecto central de la voluntad dentro de sus reflexiones; pero distanciándose de Schopenhauer (que encontraba ahí la posibilidad de una salvación) encuentra en este concepto la mayor parte de las inconsistencias filosóficas que hasta su momento habían sido presentadas. La declaración sobre la muerte Dios apoya esto, pues la crítica que permea toda su obra es hacia la cultura occidental, sobre todo a la moral cristiana que predomina y que se sigue esparciendo.¹⁷² Porque “¿qué propósitos, qué fin tienen esas mentirosas concepciones auxiliares de la moral –‘alma’, ‘espíritu’, ‘libre arbitrio’, ‘Dios’–, sino arruinar fisiológicamente a la humanidad?”¹⁷³

Nietzsche es reacio en las declaraciones de su último libro, *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que es*, publicado en 1888, contra la ideología cristiana: “contradigo a una especie de moral que ha llegado a adquirir cierta importancia y poderío como moral en sí; la moral de la decadencia, o para expresarme de un modo más preciso, la moral *cristiana*”,¹⁷⁴ “el

¹⁷¹ José María Melero Martínez, “‘¡Dios ha muerto!’ la crítica de la religión en Nietzsche”, *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, núm. 1, 1987, p. 95.

¹⁷² Por otro lado, cronológicamente la campaña que lanza contra la moral empieza en su libro *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, el cual se publica en tres emisiones entre 1869 y 1871. Ver Nietzsche, *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, intro., trad., y notas de Germán Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

¹⁷³ Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1974, p. 105.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 151.

cristiano ha sido considerado hasta el día como el ser moral por excelencia. Y como tal ‘ser moral’, es el más absurdo, el más falso, el más pedante y más frívolo, hasta el punto de *molestarse a sí mismo* de un modo increíble”.¹⁷⁵

Por otro lado, a pesar de tener puntos de contacto y de ser caracterizados como pesimistas, la distancia que el pensador adopta respecto al concepto de voluntad de Schopenhauer la deja clara en *Así habló Zaratustra*:

No dio, por supuesto, en el blanco de la verdad quien lanzó contra ella la expresión ‘voluntad de existir’: ¡esa voluntad no existe! Pues lo que no existe no puede querer y lo existente no puede apetecer lo que ya tiene. Sólo hay voluntad donde hay vida, pero lo que yo digo es no se trata de una voluntad de vida, sino de una voluntad de poder. Hay cosas que el ser viviente aprecia más que su propia vida, pero en su propio acto de apreciación se expresa la voluntad de poder”.¹⁷⁶

Para hablar de un equilibrio entre la razón y la irracionalidad, Nietzsche desarrolla sus ideas utilizando las figuras de Apolo y Dionisio. Figuras que se encuentran en una constante y eterna fricción, y que dependen de la otra en la definición de sí mismas. Y confiesa: “Me enorgullezco de seguir las doctrinas del filósofo Dionisio y prefería mil veces ser considerado antes sátiro que santo”, al tiempo que plasma su propósito final: “derribar ídolos –y al decir ídolo presupongo toda clase de ideales–”.¹⁷⁷

Si la balanza del pensamiento nietzscheano se inclinaba por lo dionisiaco, es decir lo irracional, no debe sorprender que, usando la voz de Zaratustra, concuerde con el eje rector de otras tendencias irracionalistas: “sólo hay una cosa que resulta imposible, la racionalidad”,¹⁷⁸ para líneas más adelante agregar que la razón se encuentra de una u otra

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 156.

¹⁷⁶ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Edimat, Clásicos de Literatura, Madrid, 2006, p. 129. En *Ecce Homo* puntualiza que su “triunfo es opuesto al de Schopenhauer. No puedo menos de reconocer el goce que me ha causado muchas veces la inocencia con que procuran negar todo valor a mis obras” (Nietzsche, *op. cit.*, p. 64).

¹⁷⁷ Nietzsche, *Ecce Homo*, p. 12.

¹⁷⁸ Nietzsche, *Así habló...*, p. 169.

forma mezclada en todo lo existente, al tiempo que acusa a la locura, o la irracionalidad, de que esto pase.

Partiendo de este punto, es interesante toda la parafernalia que circunda el concepto del superhombre que desarrolla Nietzsche, porque es ahí donde un elitismo abierto se justifica a partir de la noción de una moralidad en decadencia, la cual es efecto de los procesos racionales propios del humano. El distanciamiento de la torre de marfil o de la juventud como guía, que propondrá años después Rodó, comparte muchos puntos con las propuestas del filósofo alemán. También por eso, en *Así habló Zaratustra*, se plasman las ventajas y desventajas de la plaza pública y del guía moral que normalmente las habita; al tiempo que se hace énfasis entre dos tipos de personas, los guías y aquellos que son guiados: “Mi misión consiste en apartar a muchos del rebaño. La gente y el rebaño me tienen que odiar”.¹⁷⁹ Pero aconseja tener cuidado con la plaza pública pues:

La soledad termina donde empieza la plaza pública, y donde empieza la plaza pública comienza también el vocerío de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas. En este mundo, las mejores cosas no tienen ningún valor como no venga alguien y las ponga en escena. A estos actores la gente les llama grandes hombres. La gente no sabe muy bien qué es lo grande, es decir, lo creador, pero se queda encandilada con todos esos comediantes que ponen en escena grandes cosas.¹⁸⁰

La desconfianza es constante, pues los seres que la frecuentan están viciados, ya sea por repetir hasta el cansancio una tabla de valores que ya no tiene vigencia o bien por creer, casi por idolatría, dichos valores. Por eso, Nietzsche recomienda un alejamiento de estos lugares, y la soledad y el estudio como una forma de cultivo intelectual que acerque al humano, poco a poco, a la figura del superhombre. Esto, apunta, porque para realizar un

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 52.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 76.

cambio hay que construir nuevos valores, y “los inventores de nuevos valores han vivido siempre lejos de ellas”.¹⁸¹

Ahora bien, es evidente que uno de los nudos principales en la propuesta del filósofo es la creación de nuevos valores, que son consecuencia de la moral (en el sentido schopenhaueriano). ¿Pero qué se necesita para su creación? La respuesta que lanza Nietzsche se da como una lista de recomendaciones, un camino a la construcción del superhombre, pues “¡Al superhombre sí que podéis crearlo! Quizá no podréis crearlo vosotros, pero podríais convertirlos en padres y ascendientes del superhombre. ¡Que esa sea vuestra mejor creación!”¹⁸²

Claro, para ello tendríamos que retirarnos, por medio del desarrollo intelectual, de las personas comunes. La inteligencia, en este sentido, es entonces aquello que nos puede apartar de la plebe y, por lo tanto, se postula como el camino principal para la salvación de la humanidad. Pues sólo al curarse a sí mismos de la ignorancia se podría curar al resto de ella.¹⁸³

Sin embargo, para promover un cambio de ideología no es suficiente el cultivo de la inteligencia, algo que, después de todo, es una acción individual y egoísta, pero sí es el primer paso para cuestionar con argumentos los valores instituidos, que a final de cuentas tendrán que removerse. Para Nietzsche “quien quiera ser un creador en el ámbito del bien y el mal ha de ser antes un destructor y un quebrantador de valores. De este modo, para realizar el mayor bien hay que cometer el mayor mal: en eso consiste la bondad creadora”.¹⁸⁴ Postura que en la literatura suele caracterizar al modernismo, pero que toma su más grande expresión en el

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 77.

¹⁸² *Ibid.*, p. 104.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 98.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 129.

decadentismo (sólo hay que recordar los enfrentamientos entre este grupo y los literatos más conservadores del momento). También, por eso en *Ecce Homo* apunta que “el imperativo [es] “¡sed duros!, la certeza fundamental de que todos los creadores son duros es el verdadero signo distintivo de una naturaleza dionisiaca”¹⁸⁵.

El pensador alemán, en este sentido, apuesta por aquellos creadores que se atreven a innovar en las formas de pensar y, por lo tanto, se posicionan en contra del canon. De la mano de la inteligencia, esta forma de proceder debe ser algo que no se quede en la superficie, sino, más bien, que modifique de manera significativa los estándares y valores que rigen en el momento: “El mundo no gira en torno a los inventores de nuevos ruidos, sino alrededor de los inventores de nuevos valores; gira en un modo que nadie puede oírlo”¹⁸⁶. Declaración que se encuentra en sintonía con el alejamiento de la plaza pública y el papel que ha propuesto como guía de las masas anteriormente:

Aprended de mí esta lección, hombres superiores: nadie de cuantos acuden a la plaza pública creen en hombres superiores. Y si os empeñáis en hablar allí, hacedlo en buena hora, pero sabed que la plebe dirá, guiñando el ojo, que todos somos iguales. “¡Hombres superiores! –dice la plebe guiñando el ojo–, ¡no existen hombres superiores! Todos somos iguales y un hombre vale tanto como otro. ¡Ante Dios, todos somos iguales!” ¡Ante Dios! Pero ese Dios ha muerto y ante la plebe no queremos ser iguales. ¡Huid de la plaza pública, hombres superiores!¹⁸⁷

Esta advertencia de la plaza pública también viene acompañada de un esbozo de su funcionamiento, de directrices y posturas que se toman una vez ahí. Pero reconoce que hasta ese momento, las cosas que deslumbran y enorgullecen a la multitud deberían provocar lo contrario, pues incluso llegan a ser peligrosas; apunta algunas de entre todas ellas: “como el

¹⁸⁵ Nietzsche, *Ecce Homo*, p. 127.

¹⁸⁶ Nietzsche, *Así habló...*, p. 152.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 268.

famoso ‘objetivismo’; la ‘compasión por todo lo que sufre’; el ‘sentido histórico’, sometido al gusto extranjero; su vulgaridad ante las cosas pequeñas; el ‘espíritu científico’”.¹⁸⁸

Del mismo modo, está consciente de que hay una forma de desalentar el estudio, porque la inteligencia promueve el cuestionamiento y el cuestionamiento perturba el orden establecido. En la plaza pública lo que se trata de instaurar es un estado de ignorancia que permita la manipulación de las masas, por eso replica:

“Quien aprende mucho, se olvida de todos los deseos violentos.” He aquí lo que se susurra la gente entre sí por los callejones oscuros. “La sabiduría cansa, nada vale la pena, no debéis tener deseos.” Ésta es la nueva tabla que he encontrado expuesta hasta en las plazas públicas. ¡Romped, hermanos míos, esta nueva tabla, rompédmela también” Esta nueva tabla ha sido expuesta por los que están hastiados del mundo, por los que predicán la muerte y por los carceleros, porque es también una prédica a favor de la esclavitud.¹⁸⁹

Como el primer inmoralista, o como simplemente malo, se define en su última obra Nietzsche, y por lo cual es “el destructor por excelencia”. Sin embargo, nada de negativa tiene su propuesta. Por un lado, crítica una ideología que restringe la libertad humana, pero que disfraza este proceder por medio de una moralidad institucionalizada, dejando en el poder a los que promueven dicha ideología. Por otro lado, promueve el concepto del superhombre, sólo que consciente de que estamos lejos de alcanzar ese objetivo apunta que con el cultivo de la inteligencia el hombre puede hacer de puente para esa meta.

Por eso, el Nietzsche prefiere mil veces ser reconocido como sátiro (siguiendo a Dionisios) que como santo. Su trabajo consiste en derrumbar ídolos, y con los ídolos las doctrinas, pues “la mentira del ideal ha sido hasta ahora una maldición suspendida sobre la realidad. La humanidad misma, a fuerza de penetrarse de esta mentira, se ha falseado y falsificado hasta sus más profundos instintos, hasta la adoración de los valores, opuestos a

¹⁸⁸ Nietzsche, *Ecce Homo*, p. 129.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 203.

aquellos que garantizan el desenvolvimiento del porvenir, incluso el derecho a ese porvenir”.¹⁹⁰

Esta alineación con lo dionisiaco, así como la promoción de un intelectualismo mal interpretado, le ganó a Nietzsche una reputación negativa en el ambiente mexicano por parte de algunos literatos de renombre; Justo Sierra apuntaba:

la única enfermedad de la raza latina cabía en una palabra: “intelectualismo”, parásito capaz de producir o bien “*surmenage*” –en francés en el texto–, o bien neurastenia social. Para él, el intelectualismo, en el sentido patológico del término, consistía en dar como meta a la vida el goce intelectual, acompañado de los placeres físicos considerados por los intelectuales generadores de sensaciones que se analizan, lo mismo que se paladea el vino, y se convierten en anotaciones cerebrales. Así como el siglo anterior, prosigue Justo Sierra, ha estado enfermo de un sentimentalismo que se acabó con el cuchillo de Robespierre, el intelectualismo, esta religión del talento, este desprecio de los goces morales, engendra el egoísmo, el escepticismo universal, y será destruido por su antítesis, por la barbarie de los nuevos iconoclastas saqueadores de iglesias, incendiarios de museos. Esta enfermedad es general, pero en los latinos está mal compensada; es la enfermedad en la que se sumió el hombre que representa el intelectualismo actual, Federico Nietzsche.¹⁹¹

Cierto, la lectura de Nietzsche es como pólvora, pero dentro de ese hilar provocativo también presenta una tabla de indicadores para todo aquel que esté interesado en tomar el lugar de guía e instaurar nuevas nociones morales. Sí, la voluntad, a diferencia de la schopenhauriana, es una voluntad que gira en torno a la noción de poder. Sin embargo, esta noción está apartada, o por lo menos no está condicionada, en ningún momento por una sumisión al goce o el cultivo de los placeres por sobre todas las cosas.

Esta lectura, además, situará la noción de inteligencia como eje y como justificación de la voluntad de poder. También como una característica necesaria para la toma de decisiones respecto a los valores que la moral debe promocionar. Del mismo modo, es lo que

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 12.

¹⁹¹ *Apud* Claude Dumas, *op. cit.*, p. 423.

aleja al que la desarrolla de la gente común, y lo que da las armas para poder fungir como guía de las mismas.

Sí, Nietzsche recomienda el cultivo de la inteligencia fuera de la plaza pública, pero sobre todo porque ahí el ambiente y las ideas están corrompidas. La soledad y el alejamiento proporcionan la visión necesaria para cuestionar lo que pasa en ese espacio tan anhelado por los que respaldan los valores anquilosados. Sin embargo, la inteligencia también provee al portador de un valor destructivo, pues a final de cuentas el primer immoralista lo que busca es la salvación por medio de la destrucción. Una salvación que conduzca a la noción del superhombre. Una élite que dirija a la humanidad a tal objetivo. Esta propuesta más bien apunta a la toma de la plaza. Lo que hace Nietzsche, y que también retomaran los jóvenes mexicanos después, es entrar al mundo con un duelo.¹⁹²

No es de extrañar que las posturas de Schopenhauer y Nietzsche llamaran la atención, en cierto modo, de los jóvenes de principios del siglo XX. Ambas propuestas, una vez sometidas a la reflexión, proporcionan algunas nociones que desarrollaron con ahínco. Si bien asumieron una postura ética que los alejaba del camino egoísta que Justo Sierra condena líneas arriba, y que era más propio de la actitud decadentista, el cultivo de la inteligencia les permitió cuestionar los valores que predominaban en la época (valores que, gracias al grupo de los Científicos, estaban condicionados por un positivismo instaurado). Sin embargo, los jóvenes sí supieron distinguir entre el arte y la vida, pues si por un lado apoyaban la estética modernista y decadentista, por otro lado condenaban el proceder de los integrantes de dichas corrientes respecto a su participación en el entorno social. El compromiso ético de una figura pública será lo que los distanciará a pasos agigantados de sus predecesores, pues encuentran

¹⁹² En *Ecce homo*, reflexiona: “después de todo, no hice más que seguir la máxima de Stendhal que aconseja entrar en el mundo con un duelo” (*op. cit.*, p. 90).

el deber, en sentido schopenhaueriano, de la búsqueda de un bienestar que vaya más allá del individual.¹⁹³ Por eso, para entender la manera en que se desenvuelven sus acciones, hay que tener presentes los conceptos de voluntad, ética, moral y elitismo. Incluso, más adelante, veremos cómo también los jóvenes entran a la plaza pública con un duelo.

¹⁹³ Aunque hay personajes, como Ángel de Campo, Jesús Urueta y Manuel Gutiérrez Nájera, en los que ya se percibe una consciencia social que será indispensable en los jóvenes, la diferencia, tal vez, con esos escritores de fin de siglo, radica en que la acción de la juventud fue grupal y estaba motivada por una ambición más tangible política y culturalmente.

CAPÍTULO II

LA INDIVIDUALIZACIÓN DEL INTELLECTUAL Y SUS RESONANCIAS EN MÉXICO: DREYFUS Y RODÓ

1. El *affaire* Dreyfus

En la historia se pueden encontrar hechos paradigmáticos que sirven como puntos cruciales para aquellos que se aventuran en las investigaciones. Por eso los interesados en el nacimiento y desarrollo del concepto del intelectual no pueden dejar a un lado el caso Dreyfus, pues no es sino hasta finales del siglo XIX cuando el vocablo “intelectual” cobra el sentido preponderante con que ahora lo empleamos, sobre todo porque en su naturaleza de concepto abstracto adquiere sentido en el contexto y el modo en que es empleado.¹

A pesar de lo complejo del término, con el caso Dreyfus sufrió una restricción en su campo semántico. El impacto de éste causó tanta conmoción en Francia que dividió de manera tangible el país en dos bandos: aquellos que creían que Alfred Dreyfus era culpable y aquellos que defendían su inocencia. Pero la relevancia de este hecho no fue contenida por las fronteras francesas, pues la difusión del proceso, y las pruebas y contrapruebas presentadas, hicieron de este caso un suceso internacional.

¹ Cf. Guillermo Zermeño, “El concepto ‘intelectual’ en Hispanoamérica: génesis y evolución”, *Historia Contemporánea*, núm. 27, México, 2003, p. 777. Más adelante sigue el investigador: “el significado de cualquier término es siempre relativo a los espacios de comunicación en los que es utilizado. Así, un término como ‘intelectual’ plenamente identificado y diseminado a fines del siglo XX deja ver su multiplicidad de sentidos al ser observado bajo esta metodología”, y lo que es más importante para este trabajo: “es común en la historiografía utilizar nociones propias de nuestro presente para describir y explicar situaciones ajenas. En estos casos la tendencia general consiste en dar por sentado lo que en realidad debe ser explicado y que constituye propiamente el arranque de cualquier investigación histórica” (p. 778).

La comunicación casi inmediata con América y la atención prestada por algunos de los pensadores y escritores al tema, aunado a la industrialización del proceso de los periódicos (como, por ejemplo, los que estaban a cargo de Rafael Reyes Espíndola), provocó que el caso también tuviera repercusiones particulares en un México que se encontraba bajo el régimen porfirista. Esto es relevante por que incluso ahora, “el célebre affaire sigue siendo ejemplo vivo del trágico conflicto, jamás acallado, entre la idea de la justicia y el sentido de autoridad” y “ha salido de los cuadros episódicos de la historia de un país para entrar en los dominios de los acontecimientos clásicos y adquirir un valor permanente y universal”.² No obstante, para esbozar el impacto de este fenómeno en la vida cotidiana mexicana de finales del siglo XIX y de principios del XX, es necesario hacer, por lo menos, un pequeño recuento de los hechos ocurridos en Francia.

En octubre de 1894, la facción de inteligencia del ejército francés interceptó un comunicado que estaba destinado a la embajada alemana, el cual se ha denominado *bordereau*. El comunicado causó controversia pues contenía información clasificada; por lo mismo, su intersección movilizó a los altos mandos para que se hiciera un arresto lo más pronto posible. A la cabeza de la lista de sospechosos, o acaso sólo en ella, se encontraba Alfred Dreyfus, un militar de apenas 25 años que trabajaba en el Estado Mayor en el Ministerio de Guerra, quien en seguida fue arrestado. Casualmente, también era judío.

Después de un par de meses de interrogatorios, en los que el acusado no proclamaba más que su inocencia, se presentó evidencia, que después resultó ser falsa, para degradarlo de su puesto militar y condenarlo a principios de 1895. A pesar de que el proceso fue a puerta cerrada, las noticias desplegadas en diferentes medios de difusión provocaron la indignación

² Bruno Weil, *El proceso Dreyfus*, Compañía General de Ediciones, México, 1953, p. 7.

y furia del pueblo francés en contra del militar. Esto se percibe de manera clara al dar el veredicto, momento en que Dreyfus es “transferido al puerto de La Rochelle donde es golpeado por la multitud y enviado el 21 de febrero a la Isla del Diablo en las costas de Guyana”.³

Sin apoyo, más que el incondicional de su familia más cercana, su esposa y su hermano, el caso parecía cerrado. Fue hasta julio de ese año, por la curiosidad de un recién promovido teniente-coronel en la rama de contraespionaje, llamado Georges Picquart, cuando la resolución del caso se vio cuestionada, pues el investigador se percató de que la caligrafía del *bordereau* no era la de Dreyfus si no la de Ferdinand Walsin-Esterhazy, el verdadero espía en el gobierno francés. Sin embargo, al presentar la nueva evidencia Picquart es silenciado y retirado del cargo, e incluso algunos investigadores aseguran que fue puesto en prisión.⁴

Lo anterior provocó que Mathieu Dreyfus, hermano del acusado, arreciara sus pesquisas y tomara valor, después de recibir información privilegiada, para acusar a los involucrados por fabricación de evidencias de una manera pública, lo cual a su vez tuvo como consecuencia el despertar de las pasiones en la sociedad. “El caso es ahora nacional y comienza a movilizar a los políticos, aunque pocos se arriesgan a llevarle la contraria al ejército con las elecciones 1898 a punto de llegar”.⁵ La presión social hace que haya un proceso de revisión del caso, ahora con Esterhazy en el banquillo de los acusados. El 11 enero de 1898, sin embargo, éste es declarado inocente para la sorpresa de todos aquellos que veían

³ Andrés Orgaz Martínez, *Boulangier y Dreyfus: las relaciones entre la Institución Castrense y la Tercera República Francesa a través de dos crisis políticas (1870-1905)*, Tesis de Licenciatura en Historia, UAM-I, México, 2009, p. 130.

⁴ Cf. Nedda G. de Anhalt, *¿Por qué Dreyfus? El ensayo de un crimen*, CONACULTA, México, 2003, p. 15.

⁵ Orgaz Martínez, *Boulangier y Dreyfus...*, p. 131.

las evidencias como irrefutables. A pesar de esto, o por esto mismo, en las calles ya se palpa un sentimiento antisemita provocado por el caso.

Ahora bien, el escritor Émile Zola, tal vez uno de los más leídos en ese tiempo, el 13 de enero, tan sólo dos días después del fallo del jurado, publica en el periódico su famoso texto “J'accuse...!”, una carta abierta al presidente de Francia, Félix Faure, donde denuncia las irregularidades del caso y los involucrados en las falsificaciones de pruebas y silencios obligados. El impacto de dicho escrito resonó para la posteridad, pues

300 000 ejemplares de J'Accuse dan nacimiento al Caso Dreyfus al radicalizar todas las opiniones. El mismo día de la publicación, manifestaciones nacionalistas y antisemitas surgen en toda Francia proclamando su respeto por el ejército, su odio por los judíos y por Zola. En Argelia, las manifestaciones toman aspecto de pogrom, mientras que los italianos del sur de Francia son insultados y a veces asesinados (el padre de Zola era italiano). La policía es indiferente o apoya los tumultos. Se fundan (o refundan) asociaciones como la Liga de los Patriotas de Paul Déroulède, y la Liga Antisemítica de Jules Guérin. En las elecciones legislativas de mayo, todo aquel relacionado con los revisionistas es derrotado, mientras que los nacionalistas triunfan y se forma por primera vez un grupo antisemita en el Senado.

Miles de cartas son enviadas a Zola, de Francia y del extranjero, en muestra de respeto y apoyo. Comienzan a circular las peticiones para la revisión del juicio a Dreyfus. Intelectuales y ciudadanos de todos los ambientes unen sus firmas a las listas mientras que grupos e individuos hasta entonces indiferentes intervienen. Socialistas como Jean Jaurès, Jean Allemane y anarquistas como Sébastien Faure y Emile Pouget comienzan a movilizar a sus círculos respectivos. J'Accuse marca también el inicio de las peleas callejeras entre ambos bandos. El 17 de enero de 1898, por primera vez los antisemitas son expulsados de las calles por un grupo de militantes anarquistas y socialistas. Asociaciones de judíos, protestantes y católicos liberales se unen a las demandas de revisión. En febrero se funda la Liga de los Derechos del Hombre cuyo objetivo inicial fue la lucha por la revisión del juicio, pero que también se extendió a la lucha contra la violencia en las colonias y la supresión de las leyes de represión antianarquista.⁶

No es de extrañar que en *El proceso Dreyfus* Bruno Weil comience su recorrido histórico con una anécdota ubicada en 1761 y que involucra a otro distinguido escritor

⁶ Orgaz Martínez, *Boulangier y Dreyfus...*, pp. 132-133.

francés, Voltaire, donde un padre es acusado, sentenciado y ejecutado por el asesinato de su hijo y sólo hasta cuatro años después de este hecho, gracias a los insistentes ataques del escritor, por medio de sus panfletos, el Rey y el consejo reconocen la inocencia del padre, y retribuyen a la viuda los bienes confiscados. Este suceso se mantuvo vigente hasta su resolución, y en cierta medida es similar al que después de más de un siglo le hizo eco. Como registra Weil: “Pasan ciento treinta años. Otro proceso hace estremecer a Francia y, con ella, al mundo entero; de nuevo se alza ante la conciencia del mundo con fuerza abrumadora, con toda la trágica fuerza problemática, palpitante de angustia y preocupación por la suerte de la humanidad, de la dicha y el derecho, esta pregunta: ¿Culpable o inocente...”.⁷ Weil percibe en estos momentos un cuestionamiento, o una encrucijada moral, que matiza la figura del intelectual. En efecto, es la disyuntiva y el riesgo personal y público que conlleva tomar una decisión lo que marca una distancia para aquellos que se van a considerar intelectuales: pero no sólo la decisión, si no el prestigio de quien la toma.

En Francia, después de poco más de cinco años de ser arrestado, y gracias a la presión social en torno al caso, Dreyfus regresa para un segundo juicio; no obstante el veredicto vuelve a ser igual al anterior. Desanimado por las pruebas creadas en su contra, la evidente resolución del tribunal para aceptar que se desestimen, la nueva condena de diez años al infierno que implica la Isla del Diablo, y la casi nula probabilidad de un nuevo juicio que lo declare inocente, el ciudadano Dreyfus acepta el indulto del presidente Émile Loubet y sale libre, aunque culpable, el 19 de septiembre de 1899.

A pesar de dicha decisión, la tensión que el caso provocó no mermó en los siguientes años. Las posturas antidreyfusianas tomaban matices diferentes, más marcados, de

⁷ Weil, *op. cit.*, p. 10.

antisemitismo, nacionalismo o alguna otra variante no menos radical. Los dreyfusianos, por su lado, también fueron adquiriendo posturas más extremas, más apegadas a la política que al principio de justicia y verdad que alguna vez enarbolaron. Esta evolución del pensamiento y la acción que respondía al cariz que se vivía en Francia también se vio reflejada en otras partes del mundo; en México, por ejemplo, respondió a la tensión que se vivía entre la Iglesia y el Estado.

Tanto la incertidumbre como el mal sabor de boca que había dejado el proceso continuaron ya entrando el siglo XX, ya con Dreyfus en libertad, pues su calidad de culpable seguía indignando a aquellos que veían una coerción de manera evidente. No obstante, fue hasta 1903 cuando se lanzó una nueva investigación, alentada por el descubrimiento de nuevas pruebas de más documentos falsificados, y hasta julio de 1906 la corte tuvo que declarar que la primera acusación, la de 1894, había sido un error, por lo que el veredicto de tal juicio se declaró anulado. Finalmente, el 21 de julio de ese año “Alfred Dreyfus fue rehabilitado, reintegrado al ejército y nombrado caballero de la Legión de Honor”.⁸

El entramado y la diversidad de matices que adquirió el caso, visto a lo lejos no fue menos complejo. El solo hecho de involucrarse en la discusión podía provocar el reclamo, indignación o disgusto sobre un tema que cobró tintes nacionalistas y antisemitas de manera rápida y extrema; sin embargo, eso no evitó que pensadores de todo el mundo se levantaran y proclamaran una postura, ya sea a favor o en contra, frente al caso. En México, el ejemplo más evidente de estas intervenciones le corresponde a Justo Sierra, destacado miembro del partido científico y colaborador del régimen porfirista. Las reflexiones de este pensador fueron constantes y, conforme avanzó el caso, mostraron un cambio radical de postura, al

⁸ Andrés Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus en la prensa mexicana (1894-1908)*, UNAM, México, 2015, p. 38.

tiempo que delataban que el fenómeno había arribado a México con repercusiones sobre todo a nivel político. Facciones anticlericales se formaron, mientras el antisemitismo se utilizó como bandera de ataque contra el grupo del que Sierra formaba parte. De esto también da cuenta la prensa nacional, que fue el ariete que utilizaron las diferentes facciones tanto para atacar como para defenderse en un época donde la inestabilidad de la *pax* porfiriana comenzaba a menguar.

Si en Hispanoamérica, en especial México, se vieron afectados por el caso, fue porque a finales del siglo XIX la cultura estaba impregnada por las tendencias francesas. La moda afectó diferentes aristas y tendencias artísticas. Como ejemplo claro, tan sólo hay que recordar que, en mayo de 1894, Manuel Gutiérrez Nájera había hecho el llamado para participar en lo que se puede considerar una de las revistas más representativas del modernismo hispanoamericano; a pesar de la búsqueda de una voz propia, este experimento editorial partió de las propuestas y los escritores franceses como modelos. Y aunque en octubre de ese mismo año fue el arresto del capitán Dreyfus, en la *Revista Azul* no se puede encontrar reportajes o seguimientos del proceso. Esto no implica bajo ningún motivo ignorancia de sus colaboradores, sino un apego fiel a una agenda que no pretendía volcarse o involucrarse en situaciones ajenas a la literatura, pues, como ya se apuntó, esta publicación privilegiaba la belleza sobre todas las cosas, tal como el Duque Job había anunciado en “Al pie de la escalera”.

Esto no impidió que algunos colaboradores de la *Revista Azul* pusieran de relieve temas o sujetos que dirigían la mirada a Francia, la patria espiritual, ya fuera haciendo énfasis en obras de sus artistas preferidos o tratando asuntos, de manera tangencial, que estaban en boga en el Viejo Continente. Por eso, no es de extrañar que a lo largo de sus dos años de vida aparecieran fragmentos de la obra de Zola, escritor que se encontraba a la punta del

movimiento naturalista, corriente a la que los modernistas mexicanos no mostraban ninguna afinidad. De hecho, si alguien prestó atención sobre el naturalista de manera enfática fueron los directores de la empresa modernista. Tan sólo en el primer tomo hay una serie de intervenciones, casi todas detractoras de dicha postura, por parte de estos escritores; ya registra Díaz Dufoo, para calificar la obra del francés: “Un himno soberbio, a largos trechos contaminado con la peste del lodoforno y con el olor de la pólvora”; por su lado, Gutiérrez Nájera escribe que “Zola ve todo muy feo muy grande... y le gusta lo feo”. No obstante, no todo lo escrito se puede calificar como una crítica mordaz o ataques directos, incluso en algún momento Luis G. Urbina considera que, en contraste con la propuesta decadentista que se gesta en México, la estética de Zola es respetable.⁹ También, cabe destacar que, gracias a los rasgos de concordia y cosmopolitismo que la revista enarbola, fragmentos de los textos de Zola conviven junto a textos detractores de la corriente naturalista donde, incluso antes de su “J'accuse...!”, se entreveía una postura que tendía hacia ese hecho crucial para el desenvolvimiento del caso Dreyfus: “Para que un hombre político deje recuerdo suyo, es indispensable que sus actos respondan á la pasión de su siglo”.¹⁰

⁹ Cf. Carlos Díaz Dufoo, “Salammbó”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 6, 10 de junio de 1894, pp. 99-102; Luis G. Urbina, “Caprichos. El artista de hoy”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 26, 28 de octubre de 1894, p. 404; Manuel Gutiérrez Nájera, “La vida artificial”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 12, 22 de julio de 1894, pp. 177-179 y “Leconte de Lisle”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 15, 12 de agosto de 1894, pp. 231-235.

¹⁰ Émile Zola, sin título, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 17, 26 de agosto de 1894, p. 266. Ya en el primer tomo se muestran las tendencias de las intervenciones futuras sobre y de Zola, las cuales no son pocas y merecen un estudio aparte, pues aunque aparezcan de manera tangencial, hacen referencia a algún otro tema y reflejan la postura de quien las presenta. Aquí una muestra para consultar: Federico Gamboa, “De mi diario íntimo”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, pp. 12-15; José Echegaray, “El naturalismo” y “La belleza”, Discurso de recepción en la Academia Española, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 8, 24 de junio de 1894, p. 122; Bolet Peraza, “Lourdes”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 23, 7 de octubre de 1894, s/p. De Carlos Díaz Dufoo [Petit Blue]: “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, pp. 15-16; “Leyendo a Tolstoi”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 4, 27 de mayo de 1894, pp. 53-55; “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 15, 5 de agosto de 1894, p. 224; “El barbero de Sevilla”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 21, 23 de septiembre de 1894, pp. 323-324. De Zola: Émile Zola, “Jorge Sand”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 6, 10 de junio de 1894, p. 94; sin título, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 22, 30 de septiembre de 1894, p. 342.

Ahora bien, la *Revista Azul* fue la primera morada de los decadentistas y también objeto de una dura crítica a la forma en que se desarrollaron en la sociedad. Si bien se respetaba la obra desde un punto de vista estético, Luis G. Urbina y Carlos Díaz Dufoo condenaron más de una vez los excesos en que los jóvenes llegaron a incurrir; sin embargo, ambos encontraban cierta sintonía con el grupo que empezaría a despuntar entrando el siglo, ya fuera por su compromiso social alejado de la vida bohemia, pregonado por Díaz Dufoo, ya por la conformación –o reconfiguración– de la figura del literato, propuesta por Urbina, en la que más que un privilegio destinado para unos cuantos, casi por mandato divino, es resultado de la lectura y el estudio constantes; sólo que todo esto fue matizado, porque una de las figuras de las que se trató de rehuir en las páginas de la *Revista Azul* precisamente fue la del intelectual, es decir, del “escritor militante que usa su nombre y prestigio en la lucha ideológica”, pues “La *Revista Azul* se fundó justamente para evadir por fin esta asimilación”, como “[u]na forma de alejarse de los conflictos que marcaron tanto a la literatura como a la prensa mexicana hasta la estabilidad aportada por el gobierno porfiriano. Una forma de devolver al escritor a su producción artística, evadirse de la realidad y apreciar la literatura por sí misma”;¹¹ esto a pesar de que afuera de este espacio muchos de los colaboradores fueran políticamente activos, o comenzaran a manifestar, sobre todo con el periodismo, una vena crítica que se fue acentuando con el tiempo.

Por lo mismo, es muy significativa la forma en que se desarrolla el caso Dreyfus en la prensa nacional. Ahí las posturas tienen un tinte categórico casi desde un principio, a la vez que es evidente un tratamiento del tema para beneficio de la facción que cada publicación representa. La prensa, como el cuarto poder, tenía un papel preponderante en el desarrollo

¹¹ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 90.

político y social. Por eso, para comprender el impacto del caso hay que tratar de “comprender en primer lugar el periodismo de la época y de explicar las diferencias con los países europeos”,¹² labor que desarrolla Andrés Orgaz Martínez en su estudio *El caso Dreyfus en la prensa mexicana (1894-1908)*. Ahí se puede apreciar una marcada tendencia de los medios, lo cual al mismo tiempo provocaba una reacción que se propagó a nivel internacional y, como apunta el investigador, tuvo una diversidad de consecuencias, debido a las particularidades contextuales, en los países interesados. No obstante, el presente trabajo refiere fechas en las que el investigador no ahondó, y esboza una visión del caso, y no tanto de sus implicaturas, con datos obtenidos de la prensa mexicana y fechados antes del “Yo acuso” de Zola.

He aquí las repercusiones del caso Dreyfus en México. La agilidad con que viajaba la información por medio de los telegramas permitía retransmitir la información en la prensa mexicana casi de manera inmediata, lo cual fomentó “un debate de gran alcance acerca de la naturaleza de la sociedad y de la ideología que la guiaba”; pero también “[e]se debate es una forma de percibir [...] las tomas de posesión mexicanas acerca del mismo, y por tanto las facetas del espectro político mexicano a finales del siglo XIX”.¹³ Lo anterior devela un clima que se intensificaba en su densidad y, al parecer, a principios del siglo entrante era incontenible:

Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia, han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano; pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la generosidad de sus propósitos; pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoísta á que han llegado los caracteres y las conciencias. Todo está postrado, todo está caído, está casi

¹² Ruxandra Chisalita, “El centenario de la *Revista Azul* (1894-1994)”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 527, México, 1994, p. 11.

¹³ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 13.

disuelto; la fe religiosa, la fe política, el amor de la patria, la confianza en los principios, y por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho.¹⁴

Este clima de incertidumbre y pesadez, que parece permear varios aspectos de la vida social hacia finales del siglo XIX, se palpa incluso antes de la primera mención del caso Dreyfus en los medios de comunicación masiva, dato que, según la información que pude recabar, pertenece a *El Correo Español*, pues a menos de un mes del arresto agrega en su sección de “Telegramas” la siguiente nota: “París, Noviembre 2.– La prisión del Capitán Dreyfus, del Estado Mayor General, es la gran sensación del día./ Dícese que el Capitán Dreyfus ha proporcionado a un oficial superior italiano los planos para la movilización del 15vo. Cuerpo del Ejército [...] Acúsasele también de haber proporcionado a agente del Gobierno Italiano los planos de todas las posiciones fortificadas en torno de Brinocou”.¹⁵ *El Partido Liberal*, unos días después, igual de manera breve, anota: “Un alto funcionario militar dice que el incidente del capitán Dreyfus no alterará las amistosas relaciones entre Alemania y Francia”.¹⁶ Este dato se repite el mismo día en la sección “Cablegramas”, de *El Tiempo*. Ahora bien, a casi un mes del arresto del francés, se hace mención en otro órgano, *El Siglo Diecinueve*, sobre los arrestos de un par de alemanes y otro francés cuyo nombre en

¹⁴ G. Nuñez de Arce, “Fragmento de un prólogo”, *El Correo Español*, México, t. IV, año 4, núm. 2059, 8 de abril de 1894, p. 1. Ahí mismo, sigue hablando del mal de siglo como aquí se esbozó en el primer capítulo: “y en nuestros tiempos, la decadencia de los caracteres y el creciente anonadamiento de los ánimos, se inician con el positivismo, que no niega a la metafísica pero que hasta cierto punto prescinde de ella; crecen con el materialismo, empeñado en arrojar a los dioses del cielo, valiéndose de las ciencias naturales, y últimamente se complementan con el pesimismo, ese engendro filosófico, sombrío y desesperado, que acabaría con el mundo”.

¹⁵ *El Correo Español*, México, “Telegramas”, t. VI, año 6, núm. 1331, 3 de noviembre de 1894, p. 2.

¹⁶ *El Partido Liberal*, México, t. VIII, núm. 2873, 8 de noviembre de 1894, p. 3.

un principio no se especifica, pero que ya está presente en *El Correo Español* del 20 de noviembre.¹⁷

La información, si bien llega de manera rápida, es limitada. Los periódicos de México trabajan con telegramas y algunos, no todos, se lanzan a la conjetura, imitando o siguiendo el modo francés, en torno al caso. Esto se puede apreciar, por ejemplo, en *El Monitor Republicano*, cuando éste reproduce que Dreyfus no será juzgado por traición sino por un simple robo, dato que no duda en reproducir *El Correo Español*, *El Universal*, *El Tiempo* y *La Voz de México*.¹⁸ Un mes después, ya no se habla más que de la traición y el inicio del juicio por este cargo. Más bien se escribe sobre posibles cartas, sobre la inocencia declarada por el acusado y sus amigos, la sentencia, la excitación de la opinión pública, el cuestionamiento sobre la sentencia –muchos querían ver muerto a Dreyfus– o bien el rumor de que éste se hubiera suicidado en su calabozo.¹⁹ Este último dato todavía a finales del año lo seguía repitiendo *El Tiempo*.²⁰

En 1885, los periódicos apenas anunciaban la confirmación de la sentencia del capitán.²¹ El caso se siguió cubriendo con casi media centena de menciones en diferentes medios durante los primeros tres meses. Después las referencias directas decayeron y a veces

¹⁷ Cf. *El Tiempo*, México, año 12, núm. 3352, 8 de noviembre de 1894, p. 2; *El Siglo Diecinueve*, México, t. 106, núm. 17074, 17 de noviembre de 1884, p. 3; *El Correo Español*, México, “Telegramas”, t. VI, año 6, núm. 1345, p. 3.

¹⁸ *El Monitor Republicano*, México, año XLIV, quinta época, núm. 280, 23 de noviembre de 1894, p. 4; *El Correo Español*, México, t. VI, año 6, núm. 1348, 24 de noviembre de 1894, p. 3; *El Universal: diario de la mañana*, México, t. XIII, segunda época, núm. 148, 24 de noviembre de 1894, p. 7; *El Nacional*, México, t. XVII, año 17, núm. 122, 24 de noviembre 1894, p. 1 (en primera plana, también, aparece una réplica a Zola sobre el realismo en su obra); *El Tiempo*, México, año 12, núm. 3367, 24 de noviembre de 1894, p. 2; *La Voz de México*, México, t. XXV, núm. 267, 24 de noviembre de 1894, p. 3.

¹⁹ Cf. *El Correo Español*, México, t. VI, año 6, núm. 1371, 21 de diciembre de 1894, p. 3; *El Siglo Diecinueve*, México, t. 106, año 54, novena época, núm. 18001, 21 de diciembre de 1894, p. 3; *El Monitor Republicano*, México, año XLIV, quinta época, núm. 307, 25 de diciembre de 1894, p. 4; *El Correo Español*, México, t. VI, año, 6, núm. 1374, 25 de diciembre de 1894, p. 2.

²⁰ *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XII, núm. 3395, 30 de diciembre de 1894, p. 2.

²¹ *Siglo XIX. Decano de la Prensa Nacional*, México, año 57, t. 207, nueva época, 2 de enero de 1895, p. 3.

el caso quedaba aludido de refilón cuando se trataban otros temas. Sólo se registra un promedio de unas cincuenta entradas a lo largo de lo que resta del año. Un número relativamente escaso, pero justificable debido al silencio en torno a los sucesos que repercutió en todos los ámbitos, incluso en Francia. El año cierra con una nota que refleja la poca importancia con que se consideraba el tema, pequeña entrada que parece ser de tono humorístico, pero que en realidad revela, de acuerdo con testimonios de terceros, las atrocidades a las que el francés fue sometido; en ésta, brevemente, se relata la historia de unos prisioneros que probablemente convivieron con Dreyfus:

Río Janeiro, Octubre 30.— Los prisioneros que se llevaron, de Amapá, los franceses, en Mayo, y que han regresado, después de haber sido puestos en libertad, hacen tristísimos relatos de cómo fueron tratados en Cayenne, por los franceses que —tanto oficiales como soldados— los maltrataron de manera inícuca. —Algunos de estos prisioneros estuvieron en la Isla del Diablo, con Dreyfus. Dicen que éste tiene la cabeza enteramente blanca, y que está muy enfermo. Creen que no vivirá mucho tiempo.²²

El año de 1886 comienza no de manera diferente. Las notas y conjeturas son un reflejo de la desinformación en torno al caso por parte de la prensa francesa, que se incrementa al llegar a México. Tal vez por lo mismo la cobertura disminuye casi un cincuenta por ciento. Incluso, en *La Raza Latina*, periódico que registra la primera nota en este periodo, se estipula uno de los rumores menos fundamentado en torno al caso, dada la expiación de la pena en la Isla del Diablo: “En Francia ha corrido por estos días el rumor de que el ex-capitán Dreyfus, condenado á deportación perpetua por traidor, se ha escapado del presidio de la Guyana francesa”.²³

Después de esto, el silencio se propaga hasta el mes de abril cuando *The Mexican Herald* saca una nota que habla de la fragilidad del preso: “I am told thad Dreyfus, who is

²² *La Patria. El Diario de México*, México, año 9, núm. 5698, 1 de noviembre de 1895, p. 1.

²³ *La Raza Latina. Diario de la Mañana*, México, t. II, núm. 105, tercera época, 19 de enero de 1896, p. 4

the only prisoner on the island, will not long survive the rigid discipline and terrible monotony of his captivity”, y sigue “Hes is permitted to see no one but a prison doctor from the mainland, and while he is never for a moment out of sight by night or day [...] all are expressly forbidden, under pain of imprisonment, to converse with him”.²⁴ A pesar de las circunstancias que se describen sobre la situación del exiliado, la nota no tiene eco en otras publicaciones por esas fechas. De hecho, después de ésta pasa otro lapso bastante largo de tiempo sin mención alguna en los periódicos nacionales y cuando regresa, a mediados de agosto, es otra vez con la ligereza acostumbrada del telegrama reproduciendo datos que parecen sólo buscar una reacción de malestar contra el exiliado, donde se especifican los gastos que el gobierno ha tenido que destinar durante el proceso y cómo sería mejor buscar otras opciones en estos casos:

Extractamos de un informe:

“El transporte y la instalación del Capitán Dreyfus cuesta al Gobierno la suma de 83,000 francos.

Hay que agregar a esa suma una anualidad de 40,000 francos por gastos de vigilancia, etc.

Un hospital de leprosos, que estaba en la Isla del Diablo, fue trasladado a la Isla Maroni.

La casita del ex-Capitán fue construida en Cayenne y hubo que construir otras seis para los seis guardas que lo vigilan y sus familias.”

Algunos periódicos dicen que valdría más ejecutar a los espías.²⁵

A inicios de septiembre, a pesar de las circunstancias de cautiverio y las debilidades físicas que el exiliado enfrentaba, empieza a circular la noticia de que éste podía haber escapado: “Circula la noticia de que el ex-Capitán Dreyfus se ha escapado [...] El gobierno

²⁴ “The fate or Capt. Dreyfus”, *The Mexican Herald*, México, vol. II, núm. 38, 7 de abril de 1896, p. 6.

²⁵ *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1867, 15 de agosto de 1896, p. 3. La nota también aparece reproducida en *The Two Republics*, México, t. XLIII, núm. 36, 14 de agosto de 1896, p. 1; *El Municipio Libre*, México, t. XXII, núm. 191, 15 de agosto de 1896, p. 3; *El Monitor Republicano*, México, año XLVI, núm. 196, quinta época, 15 de agosto de 1896, p. 3; *El Faro*, México, t. XII, núm. 17, 1 de septiembre de 1886, p. 3.

no ha recibido la confirmación de tal noticia”.²⁶ Sin embargo, no se tarda en divulgarse que la información propagada por los medios es falsa: “Un despacho recibido por el Ministerio, del Gobernador de Guayana, dice que Dreyfus sigue en la Isla del Diablo y que no ha hecho la menor tentativa para fugarse”.²⁷

En cambio, *El Universal* reproduce la carta que la esposa de Dreyfus hace llegar a la cámara de diputados donde pone de manifiesto la posibilidad de pruebas irrefutables a favor de la inocencia de su marido, lo que provocará más adelante una cadena de sucesos que cuestionarán todo el proceso con más ahínco:

“Señores Diputados: El periódico L’Eclair, en su número del martes 15 de septiembre, que apareció el lunes por la mañana, publicó, desafiando cualquiera contradicción, que había una prueba material e irrefutable de la culpabilidad de mi marido; que esta prueba estaba en manos del ministro de la Guerra, quien la había comunicado confidencialmente, durante la deliberación, a los jueces del consejo de guerra, cuya convicción formó sin que el acusado ni su defensor hubiesen tenido conocimiento del hecho [...] Eso es la negación de toda justicia”.²⁸

Uno de las primeras conjeturas, ante las evidencias presentadas, según los periódicos, es que Dreyfus es la víctima de un encubrimiento por parte del propio Gobierno, o así lo empieza a descifrar un despacho ubicado en Berlín: “probarán que el Capitán Dreyfus, deshonorado y sentenciado a presidio perpetuo por haber revelado secretos de interés de su patria Francia, a Alemania, es la inocente víctima de un odioso complot”.²⁹ Declaración que en seguida será opacada por una serie de telegramas que anuncian el posible descubrimiento de los cómplices de Dreyfus en la sustracción de información privilegiada, y que una vez

²⁶ *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1885, 5 de septiembre de 1896, p. 3. La nota se repite en *El Monitor Republicano* del mismo día y *El Tiempo* del día siguiente.

²⁷ *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1887, 8 de septiembre de 1896, p. 3. La misma información la imprime *El Monitor Republicano* y *La Voz de México*.

²⁸ “Petición de Mme. Dreyfus”, *El Universal*, México, t. VIII, núm. 1008, segunda época, 15 de octubre de 1896, p. 1.

²⁹ *El Tiempo*, México, año XIV, núm. 3947, 10 de noviembre de 1896, p. 2. La nota la reproduce también *El Municipio Libre*.

destapados serían castigados.³⁰ El enfrentamiento desde los bandos contrarios se tornaba cada vez, en las páginas, más sarcástico y atrevido, bilis que se propagaba a las calles, e incluso provocaba enfrentamientos que ponían a los civiles involucrados en riesgo:

A Bloodess duel

París, nov. 22.- A duel was fought yesterday afternoon in a park, between M. Millevoeye, editor of La Patria, and Dr. Goldman, The Paris correspondent of the Frankfurter Zeitung. Two shots were exchanged with no result. The meeting was a sequel to the discussion over the Dreyfus affair.³¹

Ante los reclamos y las múltiples manifestaciones sobre la inocencia en los medios y por parte de los familiares de Dreyfus, el Ministro de Justicia por fin cede y ordena una nueva averiguación del caso.³² Para final de año, se publica que las peticiones han sido negadas. Es decir, la información que llega a México siempre parece contradecirse; sin embargo, esta contradicción sirve para mantener a las personas intrigadas acerca de lo que pasa en Francia en torno a Dreyfus y los simpatizantes de ambos bandos.

La tensión sobre el caso y la seguridad que gira en torno al recluso de origen judío dan pie a las notas con las que el año de 1897 comienza. En *The Mexican Herald*, una pequeña intervención habla específicamente sobre la importancia de incrementar el sistema de seguridad que vigila a Dreyfus,³³ información que repite lo de meses antes. Para este punto, el caso parece haber perdido total interés para la prensa mexicana, tanto así que no se refleja nada en sus páginas durante los próximos meses, hasta que una nota más amplia en *El Mundo* hace el recuento del proceso, poniendo énfasis en el lugar donde está recluido y el papel que

³⁰ Cf. *El Monitor Republicano*, México, año XLVI, núm. 279, quinta época, 20 de noviembre de 1896 p. 4; *La Voz de México*, México, t. XXVIII, núm. 5?, 21 de noviembre de 1896, p. 3; *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1949, 21 de noviembre de 1896, p. 3; *El Mundo*, México, t. I, núm. 50, 21 de noviembre de 1896, p. 3.

³¹ *The Mexican Herald*, México, v. III, núm. 266, 23 de noviembre 1896, p. 4.

³² Cf. *El Mundo*, México, t. I, núm. 51, 22 de noviembre de 1896, p. 2; *The Mexican Herald*, México, v. III, núm. 267, 24 de noviembre de 1896, p. 4.

³³ *The Mexican Herald*, México, vol. III, núm. 306, 3 de enero de 1897, p. 4.

ha jugado la esposa en el proceso judicial: “Desde que el capitán Dreyfus fue sentenciado su esposa trató de influir con los personajes del gobierno para que se juzgara de nuevo a su marido, presentando multitud de documentos que comprobaban que Dreyfus era inocente. **Nadie quiso ayudar a la angustiada esposa, tanto porque casi todos creían culpable a Dreyfus cuanto por no aparecer cómplices de un individuo a quien toda Francia señalaba como traidor**”.³⁴ Aquí, ya se puede apreciar de mejor manera la dicotomía en el pensamiento en torno al caso, una que desairaba cualquier posibilidad de justicia (en términos de equidad en el juicio) y libertad (si se encontrara inocente de los cargos). La verdad es que la población no estaba dispuesta a interceder por un personaje que se encontraba sumergido en una polémica tan pública.

El 20 de mayo de ese año, la opinión del chileno Alfredo Irarrázaval Zañartu (1867-1934) cambia un poco la dinámica de las publicaciones que se venían dando en la prensa mexicana. Si antes dependían de la información procedente de los intercambios telegráficos, ahora el texto es redactado por un testigo que presenta la descripción del suceso con una forma casi literaria, pues si bien el epígrafe con que abre el escrito es una reproducción de una nota periodística, sólo sirve de pretexto para presentar más adelante una versión “más adornada” de los sucesos. El epígrafe es el siguiente:

Londres, Mrazo [sic] 10,

La agencia noticiosa *Central News* ha recibido un telegrama de París, que dice lo siguiente: “Mañana se anunciará en forma diplomática que una averiguación hecha en las oficinas militares de todos los Gobiernos Europeos resulta que el asunto del Capitán Dreyfus, ordenándolo a la degradación y a presidio perpetuo por traición a la patria, constituye un doloroso error judicial, pues está probado que Dreyfus no reveló a nadie secretos militares de ninguna especie.

Dreyfus debe la comprobación de su inocencia a la tenacidad y energía de su esposa, quien no descansó hasta hacerse oír del Gobierno francés y logró interesar

³⁴ “El Capitán Dreyfus en la Isla del Diablo”, *El Mundo*, México, t. II, núm., 164, 4 de abril de 1897, p. 4. *Las negritas son mías.

al Emperador de Alemania, al Czar de Rusia, al Rey de Grecia y principalmente al Papa León XIII.

Todos los Soberanos influyeron para que se reabriera el sumario.

El texto del chileno, además de hacer un recuento, destaca porque es el primero que registra con firma. Y aunque no lo parezca, la firma agrega un peso sobre la noticia, pues la responsabilidad, más allá del diario que la reproduce, recae sobre un individuo. La perspectiva, por tanto, pasa de una nota impersonal a una crónica-narración de ese narrador testigo que aporta verosimilitud sobre lo que plasma. La calidad de visitante que tiene el chileno también deja entrever posturas de aquellos que no están insertos de manera directa en el fenómeno, después de todo, como apunta: “El que esto escribe, se encontraba accidentalmente en París”.³⁵

La perspectiva personal también da pauta para agregar calificativos que en otras notas no estaban presentes, lo que permite al lector identificarse empáticamente tanto con la noticia como con los involucrados: “La Francia entera se conmovió hondamente, el patriotismo francés pareció abatirse pesadamente al choque de aquella revelación imprevista y brutal. ¡Que hubiera un francés capaz de vender los secretos de la defensa nacional, que este francés fuese un oficial del Ejército....!” La claridad con que este foráneo presenta los motivos para que Dreyfus fuera imputado es desconcertante, pues se aleja de la escritura parca pero retórica que se manejaba sobre complots y redes de inteligencia en las que el acusado supuestamente estaba involucrado y apunta con severidad que:

Una sola explicación cabía:

Aquel francés, aquel Capitán era.... judío... un miserable judío; un hijo de aquella raza de parias que no tiene patria, ni afectos, ni honor, como decía Mr. Drumont, el redactor en jefe de *La Libre Parole*, el compañero de aquel Marqués de Morés que durante seis meses mantuvo insomne la atención de la Francia, mató en duelo a un Capitán judío partiéndole el corazón de un sablazo, y vino a

³⁵ Alfredo Irrarázaval Zañartu, *El Nacional*, México, año 19, t. XIX, núm. 262, 20 de mayo de 1897, p. 2. El mismo artículo lo reproduce *El Mundo* y *El Imparcial*, dos días después.

morir, por fin, en los desiertos africanos, en el curso de una expedición penosa a la cual lo arrastró su espíritu insaciable de aventura.
Por aquellos días la excitación tocó en París los límites de la locura.³⁶

Pero no sólo eso, Irarrázaval Zañartu declaraba abiertamente lo que otros medios ni siquiera se atrevían a insinuar, como que “El Ejército entero pareció ponerse de acuerdo para pedir la muerte del acusado”, o bien el papel crucial de la opinión pública y el ejercicio de una libertad de expresión que la prensa ejerció para inclinar la balanza en el caso: “Las mujeres –que son tan crueles– no admitían excusas, no querían consentir ni por un momento en la posibilidad de una inocencia del circunciso. Sin embargo, la Prensa –que era inflexible para con el acusado– no daba al respecto pruebas concluyentes”, y cómo, a pesar de limitar la información, o debido a esta restricción “Lo que la prensa callaba lo suplía la maledicencia popular”.

Se dijo entonces –se repitió en los círculos diplomáticos, bajo la mayor reserva– que la historia de Dreyfus era la siguiente:

Un portero de la Embajada de este gobierno era francés y el Ministro de la Guerra aprovechó esta circunstancia para inclinar a su compatriota a ejercer la más cautelosa vigilancia en la Embajada a cuyo servicio estaba.

Un día llegó el portero trayendo al Ministro de la Guerra una carta que había encontrado en el canasto de los papeles inútiles del Embajador.

Esta carta contenía graves revelaciones y comunicaba secretos de mayor gravedad.

El Ministro reconoció la letra de uno de sus secretarios de mayor confianza: el Capitán Dreyfus.

Inmediatamente hizo venir al Capitán, que compareció a su presencia irrefutablemente uniformado.

El General cerró la puerta con doble vuelta de llave y dijo al Capitán:

–tome usted una pluma, voy a dictar.

Ocupó un asiento el subalterno, mientras el General dictaba lentamente:

–“Señor Embajador: Envío a usted, como le ofrecí el miércoles pasado, copia de las comunicaciones mandadas por el Ministerio al tercer Cuerpo de Armada, y un plano de las fortificaciones de los Alpes en...”

Cada palabra del General parecía caer pesadamente sobre la conciencia del subalterno y detener –petrificándole– su mano.

De pronto Dreyfus cayó de rodillas, dejó caer la pluma y entre sollozos confesó su crimen.

³⁶ *Idem.*

Por toda respuesta, el General puso sobre la mesa un revólver y abandonó la estancia que cerró tras sí.³⁷

Pero Dreyfus no se mató, y entonces “comenzó aquel proceso famoso que conmovió hasta las lágrimas y hasta la desesperación al patriotismo francés”.

Era una mañana de Otoño.
El regimiento entero en formación correcta y en traje de parada.
El pabellón –el tricolor francés– batiendo el aire.
Sopla un viento frío, glacial, que estremece las filas y que muerde los huesos.
Las cornetas tocan atención.
Un carruaje –una jaula cerrada– entra a gran trote en el patio del cuartel.
Desciende de ella un militar en gran uniforme: Dreyfus.
Dos jefes se colocan a su lado, la corneta hace oír algo así como una marcha fúnebre y comienza el paseo de aquel desgraciado, frente a las filas del Regimiento.
Al pasar junto a una Compañía un sargento le arrancó las presillas.
L'espion empalidece más aún, sus ojos azules y pequeños se clavan con fijeza en el ejecutor, sus piernas tiemblan, sus labios se aprietan convulsivamente y sigue el paseo, el paseo interminable, el paseo de la infamia y de la degradación en presencia de los compañeros de armas.
Junto a la segunda Compañía el sargento arranca los galones.
Y Dreyfus tiembla y tiembla como un poseído y sus dientes se entrechocan como si fuera a morir de frío, mientras la corneta continúa llenando el aire de melodías que parecen lamentos.
Hay instantes en que levanta los ojos, en que parece rebelarse y luego vuelve a juntar los párpados, como si lo que quemasen la mirada de mil veteranos que arrojan al rostro sin pronunciarla la palabra ¡traidor!...
Y continúa aquella marcha interminable y ya los Oficiales de graduación que lo acompañan, necesitan sostenerlo.
De pronto Dreyfus fija la vista en la bandera, en la querida bandera, emblema del honor, emblema de la Patria.
Una voluntad superior le ha clavado sobre el suelo.
Un sacudimiento extraño, una conmoción súbita parece sublimarlo y fijando los ojos en la fila que está ahí inmóvil, indignado, petrificado:
–¡Soy inocente! grita, soy inocente! Nunca he traicionado a Francia.³⁸

Un grito que en la prensa mexicana tendrá un silencio de más de cinco meses, sólo roto hasta que un periódico escrito en inglés regresa al recurso del telegrama y sugiere, una

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

vez más que, ante las posibilidades de escape, se le ha confinado dentro de una especie de celda, con una reja de seis metros de alto construida con rieles de tren y curvaba en el tope para prevenir que el capitán escape, y como toda actividad futura tendrá lugar dentro de ese confinamiento también servirá para que no haya intentos de suicidio ahogándose en el mar. La celda, caja, o como quieran llamarle a esta invención de la prensa, tiene otro fin: la no comunicación con los amigos influyentes del capitán tanto de Europa como de América que tienen fe en su inocencia, para ello también han arrebatado toda lectura y medio de escritura del prisionero.³⁹

El silencio ahora es breve, pues en *El Nacional*, seguido de la historia del “cínico y desvergonzado Rochefort” que había contraído por tercera vez matrimonio, se vuelve a referir, de manera tangencial, el caso Dreyfus, consciente de su pocas menciones: “Ya no se acordarán ustedes de Dreyfus, el famoso cuanto traidor Capitán [...] Sin embargo, estos días corre un extraño rumor. Parece ser que desde hace algún tiempo un vapor se acerca a la prisión de Dreyfus y se aleja para volver después. Nada tendría de extraño que se tratara de una fuga, ya que el ex Capitán es judío, y de los judíos es la tierra”.⁴⁰

Hacia mediados de noviembre, empiezan a aparecer pequeñas notas sobre la improcedencia para abrir el caso, la negativa total a la interpelación y una sobreexcitación por parte del público que culmina en un duelo a espada entre Sir Robert Peel y el Conde de Cerlol; el primero, según las notas, defendía el honor del traidor Dreyfus. Excitación que se acrecienta a partir de la declaración del señor Scheuer-Kestner, según la cual existían pruebas irrefutables sobre la inocencia del capitán, y urgía la necesidad de abrir el caso. A esto

³⁹ *The Evening Telegram*, Londres, vol. I, núm. 88, 13 de octubre de 1897, p. 3.

⁴⁰ “París”, *El Nacional*, México, año 20, t. XX, núm. 93, 19 de octubre de 1897, p. 1.

contribuye la acusación que Mathieu Dreyfus, hermano del capitán, presentó en contra de Esterhazy, acusándolo de haber sido el autor del crimen y no Dreyfus.

Y aunque la opinión pública presiona al gobierno desde ambas posturas, el caso se mantiene cerrado; no obstante, la prensa mexicana incrementa considerablemente el seguimiento. Casi un centenar de notas fueron publicadas en el mes y medio que le resta al año de 1897, las cuales ya ofrecen al público información más detallada y amplia. La última nota que he registrado, fechada el día 30 de diciembre, alude a varios aspectos del caso, haciendo énfasis en la posible culpabilidad de Esterhazy, y declarando en uno de sus apartados que “Dreyfus es inocente. Una nueva hipótesis. Estafa y no traición”. Sin embargo, más significativo es el título del artículo, que no dice tanto como su subtítulo: “El escándalo Dreyfus. **Que acabe pronto.**”⁴¹

Pero no acabó: el año de 1898 sería crucial para el proceso. En México, las primeras notas ya reflejan un odio antisemita que va a justificar varios de los acontecimientos más sangrientos del siglo XX, en la *Gaceta Eclesiástica Mexicana* fechada el día primero de enero: “Humilló a esa nación vencéndola y mutilándola. Este enemigo no es otro si no la misma judería personificada en el excomandante Dreyfus”.⁴² “No basta contra la preponderancia judaica procesar y condenar a los Dreyfus y a los Zola: es preciso salvar a la sociedad entera negando a sus correligionarios todo género de ascendiente en la vida social”.⁴³ “Todavía no se han apagado enteramente los mueras proferidos en la capital de Francia contra el mal aconsejado novelista que después de haber difundido en sus

⁴¹ “El escándalo Dreyfus”, *El Nacional*, México, año 20, t. XX, núm. 151, 30 de diciembre de 1897, p. 1.

⁴² *Gaceta Eclesiástica Mexicana*, México, t. II, enero de 1898, núm.15, pp. 474-481.

⁴³ *Idem.*

producciones el más abyecto y pernicioso realismo, ha querido asumir, sin título ni misión alguna, el oficio de patrono y defensor del judío Dreyfus”.⁴⁴

Pero más aún, la firme creencia de estar en el lado correcto de la historia es apabulladora:

Felizmente el tribunal militar que extendió en el proceso contra Estherazy, después de prolijo examen y deliberación, declaró a este militar inocente, confirmando de esta suerte aunque indirectamente el fallo dictado contra Dreyfus, y desbaratando por consiguiente la trama urdida por los oficiosos patrocinadores de este desventurado judío.

Pero los defensores de él no se dieron con esto por vencidos, antes uno de ellos, el más osado y probablemente el más orgulloso y altivo, pues imaginó que Francia entera se pondría de su parte; se arrojó a lanzar las columnas de un periódico no menos insolente que él, una acusación notoriamente injuriosa y calumniosa contra los oficiales generales del ejército que absolvieron al comandante Estherazy: Yo les acuso, venía a decir, de haber sacrificado los fueros de la justicia ante una orden superior que el honor y la conciencia les obligaban a despreciar.⁴⁵

Después del “Yo acuso”, de Zola, todo cambió. Las colaboraciones comenzaron a ser firmadas, y la presencia del caso en la prensa mexicana, tan sólo en el año de 1898 (como prueban las menciones que arroja la Hemeroteca Nacional Digital de México), tuvo un incremento del mil por ciento, aproximadamente. Una voz, animada por ese artículo, comenzó a elevarse.

Sin embargo, no es de extrañar que –a la par de los datos que se despliegan en las secciones de telegramas– diferentes reflexiones se fueran produciendo en otros países que prestaban atención al caso. Por ejemplo, las declaraciones antisemitas que se hacían en Europa empiezan a reproducirse en los periódicos mexicanos. Si en primer lugar el caso giraba sobre los temas de robo y traición, después de la primera asociación explícita que tengo registrada, que aparece en *El Relámpago. Diario Independiente* a finales de 1894, todo cambia:

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ *Idem.*

La prensa parisiense y el incidente Dreyfus Cruzada antisemítica

Las enfáticas declaraciones de la Embajada de Alemania, en esta capital, sobre el incidente Dreyfus, y la creciente animosidad de la prensa alemana, han hecho que la prensa parisiense haya llegado a un grado extraordinario de violencia en sus ataques.

Todos los periódicos de anoche, y los de esta mañana, piden que la degradación de Dreyfus sea pública, y que se arranquen sus insignias en Longehanps o en Vincennes, para que todo el mundo presencie su deshonor, no haciéndose esto en las sombras de la prisión.

La prensa antisemítica predice una verdadera cruzada contra los judíos, a consecuencia de que Dreyfus es de origen israelita.

La Libre Parole dice que los judíos, que pretenden creerse iguales a los ciudadanos franceses y que pueden competir con ellos en todo los actos de la vida pública, van hacia un gran desastre, el más trágico que registrará la historia de su raza.⁴⁶

Poco a poco, los datos que van surgiendo en la prensa francesa se espejean en las páginas de la prensa nacional; sin embargo, lo que se va dibujando es un entramado con implicaciones políticas que sobrepasan el mero asunto de traición, y se van tomando tintes más marcados de antisemitismo, nacionalismo, libertad de expresión, justicia, etc.

Más allá de los murmullos y rumores mal fundamentados, también se utiliza el caso como ejemplo para reflexionar sobre temas de más trascendencia, sobre todo aquellos que giran en torno a la responsabilidad moral y responsabilidad pública; como se puede apreciar, por ejemplo, en un artículo titulado “Observaciones que la Redacción de la Revista de Legislación y Jurisprudencia hace a la Iniciativa de Reforma del art. 23 de la Constitución Federal”: “el delito cometido por el célebre militar francés Dreyfus. La traición no era un ataque formidable á la integridad del país? [...] El traidor á la patria ataca la existencia nacional de una manera directa, de una manera profunda, de una manera amplia”. Y sigue:

⁴⁶ *El Relámpago. Diario Independiente*, México, t. I, núm. 138, 30 de diciembre de 1894, p. 2.

“Si su responsabilidad moral es ó puede ser mínima, su responsabilidad social es ó puede ser máxima”.⁴⁷

En México, el caso pone sobre la mesa de discusión algunos de los conflictos que se han desarrollado durante la segunda mitad del siglo XIX; el resultado es un enfrentamiento descarnado entre las facciones y sus respectivos periódicos. Uno de los ejemplos más claros, según Orgaz Martínez, se produjo entre los órganos eclesiásticos, los jacobinos y las relaciones con el poder.

El cuestionamiento del *status quo* y de las múltiples opciones que se presentaban como propuestas para el cambio provocó, si no es que obligó, a que la sociedad mexicana se volcara en un trabajo de reflexión. La calidad de los discursos con los que se enfrentaban tenía, por fuerza, que explotar una argumentación que fuera más allá de la denostación y puesta en ridículo. Sin embargo, esto no quiere decir que el caso Dreyfus, que provocaba una reflexión en torno a los conceptos de justicia y libertad en esencia, no fuera explotado para fines particulares. Es claro el ataque contra el grupo de los científicos con el fin de mermar su poder político, y de este modo perjudicar también el régimen que sustentaba a la dictadura. Pero esto sólo fue una de las facetas de un enfrentamiento más diverso, como apunta Orgaz Martínez:

La búsqueda de respuestas obligó a los interesados a dar maromas para hacer encajar las piezas francesas en el sistema de pensamiento mexicano: los masones defienden a Dreyfus y los judíos, atacan a la Iglesia mediante campañas anticlericales, venden la causa cubana, defienden los intereses estadounidenses por encima de los del pueblo católico mexicano. Los oficialistas mexicanos toman partido por Dreyfus, por la República anticlerical, contra el antisemitismo y contra España. Ergo, son masones judaizantes, encarnaciones nacionales de una amenaza mundial. Los rencores de 1857 se combinan con los nuevos avatares de la política europea.⁴⁸

⁴⁷ *El Foro. Diario de derecho, legislación y jurisprudencia*, México, año 6, t. XLVI, núm. 30, 21 de enero de 1896, p. 1.

⁴⁸ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 130.

La bandera de reforma que los Científicos enarbolaron se encontraba en serio cuestionamiento. Los órganos oficiales, como *El Mundo* y *El Imparcial*, no tuvieron la fuerza necesaria para combatir los ataques desde otros frentes. Las múltiples acusaciones, ya fuera de los reyistas o de los maderistas en ciernes, se acumulaban. Los Científicos eran juzgados públicamente en medios por abuso de poder, pues a finales del siglo XIX el grupo que se formó y defendió la doctrina positivista impuesta por el Gobierno y timoneada por Gabino Barreda ya se encontraba asentada en los puestos de más prestigio e influencia del régimen porfirista; lugares en los que fueron colocándose como los “expertos” en cada una de las ramas que representaban. Las acusaciones también eran por vender los intereses del Estado al extranjero para beneficio propio y de controlar, por medio de la monopolización de la prensa, la libre expresión. Los ataques vinieron desde las plataformas públicas, lo que hacía que su efectividad tuviera más impacto, pues develaba –aunque había estado manifiesta en publicaciones como *La Voz de México*, *El Monitor Republicano* y *El Tiempo*– un ímpetu crítico que iba creciendo exponencialmente.

Debido a las múltiples asociaciones hechas por los periódicos antidreyfusistas y las descripciones antisemitas que ahí desplegaron, no extrañó que en México pronto se emparejara al grupo de los Científicos con los judíos, a final de cuentas “el judío y el Científico sirven de estandarte adverso al cual señalar. Importan poco sus identidades reales, si es que se pueden reducir a una para cada uno. Importa lo que sus adversarios ven en ellos”.⁴⁹

Si en Europa la campaña que se había entablado contra Dreyfus y la facción que lo apoyaba, acá, con el mismo afán, el antisemitismo sirvió como pretexto para un ataque

⁴⁹ *Ibid.*, p. 134.

direccionado. “En las acusaciones en contra de los abusos efectivos del régimen porfirista se colaron conspiraciones de origen mucho más dudoso”.⁵⁰ Ciertamente, el intrincado movimiento político, y las tácticas desplegadas desde las diferentes plataformas públicas se centraban, principalmente, en preservar u obtener el poder. El caso Dreyfus, en este sentido, cobra un sentido cardinal, pues la toma de posturas de muchos pensadores estaba justificada por ese afán de justicia y verdad que pregonaban los intelectuales franceses que encontraron ilegalidades y faltas en el procedimiento. Orgaz Martínez indica que “Al denunciar a los Científicos, la oposición hacía lo más cercano para denunciar al régimen mismo. El ataque de un grupo indefinible e idealizado permitió dar rienda suelta a las críticas de una oposición en busca de formas de expresión prohibidas por el dictador”.⁵¹

Las implicaciones del caso repercutieron en la manera de pensar de muchos de los pensadores que ya empezaban a confeccionar la Revolución; también, en aquellos jóvenes que se formaban en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria bajo la tutela de profesores como Jesús Urueta, cuyo compromiso social a principios del siglo XX lo distanciaba del grupo decadentista liderado por Tablada. Ahora bien, la visión de Urueta estaba emparejada con el pensamiento de una figura más trascendental para los jóvenes, a pesar de la abismal diferencia de edades, pues hizo el papel de guía espiritual y moral más que de maestro: Justo Sierra.

La visión particular de este pensador, a menudo catalogado sólo como Científico, es un reflejo de la tendencia humanista en la que estos jóvenes incursionaron. Una perspectiva crítica, producto de la reflexión constante, puede apreciarse en el pensamiento de este campechano, uno de los personajes más interesados en el caso Dreyfus, del cual opinó desde

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Ibid.*, p. 136.

las páginas de *El Mundo*.⁵² En estas crónicas se ve cómo la postura de Sierra acerca del caso va mutando de acuerdo con la nueva información que va recopilando, y no toma partido más que el que puede inferir de las posibles evidencias que ahí se manifiestan; por eso no es de extrañar que Andrés Orgaz Martínez le dedique un apartado bastante amplio en su libro sobre el caso.

No obstante, las crónicas que redacta Sierra para el periódico de Reyes Spíndola sólo se dan después de que Zola escribiera su “J’accuse...!”, cuando un nuevo interés retomó el caso de manera global. Comenta Orgaz Martínez: “De alrededor de cincuenta crónicas en dos años, unas quince mencionarán ampliamente el Caso Dreyfus, uno de los temas al que puso más atención y al cual dedicó más espacio cada que lo mencionó”.⁵³ Como comenta el investigador, el interés probablemente no fuera resultado del texto que publicó Zola en 1898, sino de la reacción que éste provocó en los diferentes estratos sociales, desde los letrados hasta un público general que explotó en manifestaciones que no pocas veces tomaron tintes de violencia.⁵⁴

Sierra, al mismo tiempo, proporciona un claro ejemplo de la importancia de los intercambios epistolares entre los dos continentes. Si bien, como se ha visto arriba, a menudo los periódicos ofrecen información que se obtiene por los telegramas, ésta casi siempre es breve y, muchas veces, incorrecta; en cambio, las epístolas dan la oportunidad de expresar reflexiones más complejas sobre el tema y dibujar un panorama que permite imaginar o reconstruir lo que pasaba contextualmente en Francia. Esto se puede apreciar en la colaboración de Sierra del 27 de agosto de 1899 en *El Mundo*:

⁵² Estas crónicas están compiladas en *Obras Completas. El exterior*, t. VII, ed., notas y pról. de José Luis Martínez, UNAM, México, 1984. Cito de esta fuente al menos que indique lo contrario.

⁵³ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 139.

⁵⁴ Cf. *Ibid.*, p. 140.

Tengo un excelente amigo, francés por más señas y escritor elegantísimo por añadidura, que, naturalmente, está veinticinco veces más al tanto que yo en los asuntos de su patria, y que suele, entre bromas y veras, formularme estas preguntas: ¿Por qué no siendo usted francés es usted calurosamente dreyfusista? ¿Por qué cree usted a los periódicos americanos de la Prensa Asociada, comprados por “el sindicato judío”, y no a los periódicos franceses que, ecos del sentimiento público, sostienen, como siete u ocho de los primeros nombres del ejército y de los civiles que mejor conocen el ejército, Cavaignac, Freycinet, que el prisionero de la Isla del Diablo es culpable?

Una pregunta justa y apropiada que refleja la injerencia de la prensa internacional sobre la opinión pública, pero que más que eso también da pauta para el cuestionamiento no sólo del caso si no de la opinión de un pueblo sobre éste, que como hemos visto trasciende a otros temas como las cuestiones antisemitas o el nacionalismo. Sobre ello, Sierra le concede a su interlocutor la siguiente respuesta:

–No tengo la culpa, no tenemos la culpa los extranjeros de interesarnos casi apasionadamente en los asuntos de Francia; depende eso del genio comunicativo, expansivo y simpático de que los franceses se vanaglorian; depende de nuestra educación; depende de que todos los latinos tenemos dos patrias y la segunda es siempre Francia; depende de que dan los franceses a sus asuntos particulares tan extraordinaria resonancia y tenéis tal arte en vuestra lengua y vuestro talento para transformarlos en asuntos humanos, que obligáis a todos a volver la cabeza hacia ellos, a mirarlos atentamente, a estudiarlos y a tomar un puesto en pro o en contra como si fueran nuestros asuntos propios. Y esto es irremediable.⁵⁵

La cual está en consonancia con la visión de mundo que predominó durante la segunda mitad del siglo XIX, central en la vida social, política y cultural de México. Francia fue la patria espiritual de los escritores, sí, pero también el referente más importante del régimen de Porfirio Díaz. Como epicentro cultural, todo lo que ahí acontecía repercutía, de manera inevitable, en Latinoamérica. La importancia del caso parece ser clara para Sierra desde su primera intervención en *El Mundo* en abril de 1899, donde declara que a todos aquellos que conozcan la historia de este pueblo no les debe extrañar el curso que había

⁵⁵ Sierra, *El exterior*, p. 93.

tomado, pues en “En él hay dos grandes y dos nobles pasiones en juego: la pasión de la justicia, sin la cual Francia dejaría de ser un país civilizado” y “la pasión del honor, sin la cual Francia perdería su personalidad histórica”.⁵⁶

No obstante, Sierra pensaba que, a pesar del escrito de Zola, el caso en sí ya no daba para más, pues se percibía una falta de interés por parte del público, una noción que más adelante rectificaría: “por cansancio o por falta de interés, como en otra ocasión dijimos, este enervante asunto Dreyfus, *l'affaire*, está condenando a apagarse dentro de poco tiempo: la Exposición lo encontrará vuelto ceniza”.⁵⁷

No obstante, el pensador campechano veía en los rezagos de los contendientes la verdadera repercusión, ahí, donde se debatieron ideas y se presentaron argumentos o calumnias, era precisamente donde radicaba la importancia del caso: “Muchos y muy largos rastros de pasión y odio dejará, como que no ha sido más que el pretexto para poner en contacto y choque dos electricidades contrarias de que hace años se están cargando sendos grupos de la sociedad francesa”.⁵⁸ Siempre bajo la sospecha de que trasfondo de la batalla de los periódicos y el público existía, sin duda, una cuestión religiosa.⁵⁹

A pesar de las similitudes y correspondencias que otros han encontrado con el caso mexicano, Sierra no estableció un vínculo entre lo que se desarrollaba en las dos naciones, registra Orgaz Martínez: “por más que exista un orden ideológico común para el nacionalismo antirrepublicano y el positivismo mexicano, por más que el racismo haya tenido su lugar en el pensamiento porfiriano, no parece existir un auténtico enlace entre ambos”, y sigue “O al menos, las diferencias históricas permitieron que dos escuelas independientes

⁵⁶ *Ibid.*, p. 14

⁵⁷ *Ibid.*, p. 32.

⁵⁸ *Idem.*

⁵⁹ *Cf. Ibid.*, p. 32 y 98-99.

encararan sus problemáticas sin depender demasiado una de otra”.⁶⁰ Probablemente el pensador tuviera razón y lo que aconteció fue solamente un malestar que se gestó de manera separada. Lo que sí es claro es que el caso Dreyfus ayudó para acelerar el proceso que llevaría a un enfrentamiento abierto. En noviembre de ese año, puntualiza sobre este punto: “no en el proceso, que no fue más que la causa determinante de la explosión, sino en la terrible disensión civil, ‘que es al proceso lo que la mar al navío’, hay una lucha que tiene su raíz en toda la historia de Francia, ‘entre dos modos distintos de concebirla’; entre dos maneras distintas de comprender la vida nacional”.⁶¹

En 1899, era casi indudable para el resto del mundo que Dreyfus no era culpable de alta traición, o por lo menos la duda ya no asaltaba al autor de *Juárez. Su obra y su tiempo*: “Todo parece en Francia encaminarse al resultado que muchos, yo el último, habíamos anunciado: habrá revisión del proceso Dreyfus; un tribunal de guerra engañado lo condenó; otro tribunal de guerra debe absolverlo”,⁶² postura que a la vez refleja la confianza que Sierra tiene en el Gobierno, del cual en varias ocasiones declaró necesario cierta dureza para mantener la paz y el equilibrio necesario para la sociedad;⁶³ prosigue: “nos atrevemos a decir esto, porque fuera de Francia, fuera de las preocupaciones y las pasiones de Francia, la inmensa mayoría de cuantos han estudiado los elementos principales de este asunto ha llegado a esta conclusión: Dreyfus no es culpable del delito de alta traición”,⁶⁴ y termina con una postura que evidentemente apoya al Gobierno (o, más bien, a una forma de Gobierno,

⁶⁰ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 150.

⁶¹ Sierra, *El exterior*, p. 143.

⁶² *Idem*.

⁶³ Cf. Orgaz Martínez, “El caso en la obra de Justo Sierra”, en *El caso Dreyfus...*

⁶⁴ Sierra, *El exterior*, p. 41.

que se identifica con el régimen de México). “Y nadie fuera de Francia ha creído que el honor del ejército francés estuviera identificado con la no revisión del proceso, nadie”.⁶⁵

El cambio de pensamiento del escritor de *Juárez, su obra y su tiempo* que va de una certeza de culpabilidad hasta la de inocencia del capitán Dreyfus fue acompañado por reflexiones sobre varios aspectos de la vida social francesa, que al mismo tiempo reflejaban una manera de ser y estar con el Gobierno, ya no del francés sino del mexicano. Por eso no debe extrañar que se aproximara a temas polémicos con cierta delicadeza, como la relación Iglesia-Estado o bien la pertinencia y valor de las Instituciones, o incluso una de las pasiones a la que dedicó la mayor parte de su vida: la educación; sin embargo, si sus intervenciones mantenían de manera precavida la distancia, y si Francia fungía hasta entonces como patria espiritual y ejemplo, Sierra no pocas veces enfatizó los logros mexicanos en comparación con los franceses, ya fuera de manera gubernamental o social.⁶⁶

Asimismo, en algunas de sus crónicas habla sobre el nuevo papel que desempeña la prensa. Estas intervenciones tal vez sean las más subidas de tono, pues el caso Dreyfus había puesto en evidencia el poder de esta plataforma que, tanto en Europa como en América, había desarrollado, gracias a la nueva tecnología, un alcance e influencia nunca antes vista. Esto, para Sierra, podría ser utilizado para beneficio de la Patria, siempre y cuando se restringiera la libertad de expresión en todos los medios, pues temía que los periódicos fueran utilizados para poner en duda los logros o exaltar las desgracias del gobierno, lo que sin duda llevaría a una inestabilidad que causaría más daños que beneficios. Sólo un fragmento da cuenta de la tonalidad del campechano:

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ Para más sobre esto se puede ver el estudio de Orgaz Martínez, ampliamente aquí citado, o bien las diferentes crónicas compiladas por José Luis Martínez.

Debajo de estos portavoces de los hierofantes está la chusma de cierta prensa, la más frenética, la más procaz, la más desesperadamente despreciable, la más irredimiblemente abyecta que pueda imaginarse. Esta prensa se bate sin una sola razón, sin una sola idea, sin un solo sentimiento nacido una línea más arriba del bolsillo, por el miserable céntimo que cae de manos del noble, del burgués, del obrero, del vagabundo, de todos cuantos forman el populacho moral que hierve en el fondo de nuestra civilización, ávido de escándalo, con avidez rayana en la hidrofobia.⁶⁷

Si los decadentistas habían encontrado que las plataformas periódicas les permitían llegar a más personas, Sierra preveía que estas mismas plataformas tenían el poder para minar cualquier obra.

Más allá de esto, cabe recalcar que las reflexiones de Sierra también ponen de manifiesto la veta humanista que repercutió en los jóvenes de principios del siglo XX. Y si establecía una distancia entre la gente culta y el vulgo, también perseguía la idea, y la legitimaba, de la diferencia del individuo, sólo que de una manera incluyente. Orgaz Martínez señala que “legitima la desigualdad universal de los individuos, consecuencia de capacidades físicas y mentales y de niveles de progreso social distintos. Pero siempre sujeta a cambiar gracias al progreso y a la educación”,⁶⁸ una premisa que todavía refleja su educación positivista.

Algo queda claro: si antes Sierra no percibía las correspondencias con lo que pasaba en Francia y el movimiento que se empezaba a gestar en México, ahora, a dos cambios de siglo, las conexiones parecen más evidentes. El caso Dreyfus, desde sus inicios hasta su desenlace, provocó una oleada de reflexiones entorno a temas que fueron pilares a principios del siglo XX: la justicia, el derecho, la responsabilidad moral y civil, la prensa y, sobre todo, el lugar y pertinencia de la figura del intelectual.

⁶⁷ Sierra, *El exterior*, p. 33.

⁶⁸ Orgaz Martínez, *El caso Dreyfus...*, p. 156.

Si bien la presencia de Dreyfus en la prensa mexicana fue constante (con telegramas y pequeñas notas que informaban sobre el caso), no ocupó las páginas de las revistas donde colaboraron los ateneístas, *Savia Moderna* y *Revista Moderna de México*. Esto pareciera indicar que el caso no fue de interés para los jóvenes; sin embargo, su repercusión va más allá de unas cuantas líneas en este o aquel artículo, pues reconfigura una visión en torno a la figura del intelectual, sobre todo a partir del escrito de Zola en la prensa francesa. Rafael Gutiérrez Girardot explica que “ese ‘Manifiesto’ dio una relevancia histórica y social a la actividad intelectual. El caprichoso reaccionario Brunetière –zoólogo de la literatura– se burló de la creación de la palabra intelectuales y, como cualquier leninista pequeñoburgués, rechazó más tarde el que ese nombre sirviera para designar una especie de casta nobiliaria, a la categoría de superhombres”.⁶⁹ Si Gutiérrez Girardot encuentra esta última postura del francés como exagerada, también que

pese a esa exageración, como los que firmaron el Manifiesto eran superhombres, comparados con Brunetière, la peculiar innovación lingüística se impuso, y el nombre de intelectual nació primeramente no como designación de sabios, filólogos, profesores y escritores que se querían elevar a la categoría de superhombres, sino de un estrato social, o al menos de un grupo social, que consecuente con su actividad intelectual protestaba contra la arbitrariedad y criticaba la inhumanidad. Tenía, pues, un color político.⁷⁰

Sin embargo, el colombiano también apunta que con el pasar de los años, y gracias principalmente a la sociología, el término fue más incluyente, y después de un tiempo cualquiera que hubiera cursado la universidad o tenido alguna especie de educación se le consideraba como un intelectual, lo que provocó una mayor confusión respecto del término. Sin embargo, esta degradación del concepto no atenta contra la concepción que el colombiano ofrece de la figura, pues “Los intelectuales son los que ‘en sentido más amplio

⁶⁹ Gutiérrez Girardot, *op. cit.*, p. 142.

⁷⁰ *Idem.*

realizan trabajo espiritual, inmaterial, especialmente los formados universitariamente'. No todos éstos crean cultura, no todos los intelectuales son inteligencia. Y los muchos intelectuales que crean cultura –cabe deducir– lo son no en cuanto realizan trabajo inmaterial, sino en cuanto crean haberes de la cultura representativa”.⁷¹

El colombiano sigue a Geiger para poner distancia entre esos dos términos que parecen tan cercanos Inteligencia e Intelectual, y apunta que la primera produce saberes o conocimientos representativos de la cultura, mientras que los “intelectuales aplican estos saberes, en la medida que son aplicables, o los consumen (es, por ejemplo, el abogado que lee las investigaciones jurídicas y no ignora la existencia de un Antonio Machado). Los intelectuales –en cuanto no son analfabetos profesionales– tienen de común con la inteligencia la mentalidad y la concepción de la vida. Lo que los separa es la diferencia de las funciones sociales”.⁷² Por ello no es de extrañar que las figuras intelectuales encuentren representantes de valía en diferentes momentos de la historia, con presencia e influencias variables; sin embargo, lo que el colombiano recalca es que las múltiples justificaciones de ambos términos, ya sean pasadas o actuales, no niegan que el momento en que el intelectual cobró relevancia social e histórica fuera aquel que culminó con el *affaire Dreyfus*.⁷³

Del mismo modo, es significativo que Gutiérrez Girardot tenga presente un personaje y una obra que en Latinoamérica impactaron profundamente en el desarrollo de la figura del intelectual, José Enrique Rodó y su *Ariel*.

⁷¹ *Ibid.*, 143.

⁷² *Ibid.*, 144.

⁷³ *Cf. Ibid.*, p. 151.

2. El *Ariel* de Rodó

Al iniciar el siglo XX, una forma de pensar comenzó a hacerse manifiesta por medio de la pluma de varios escritores y literatos que veían en Estados Unidos, principalmente, una amenaza contra sus países; pero también encontraban en estos pueblos latinoamericanos una posibilidad de grandeza y éxito que –a fuerzas de ser ignorada por sus propios gobiernos o truncada por los extranjeros– había que perseguir. La unidad y fuerza del pueblo latinoamericano y el concepto del panlatinismo se manifestó en una pluralidad de voces que pronto se identificaron como guías, maestros o incluso apóstoles de la intelectualidad del momento.

En el caso mexicano, en 1845, se anexó el estado de Texas al país del norte, lo que provocaría la guerra entre las dos naciones con un resultado que costó más de la mitad del territorio geográfico a México. La firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, el cual se firmó en 1848, cedía los territorios de California y Nuevo México a Estados Unidos por una compensación económica de 15 millones de pesos. Esto puso en perspectiva el poder de Estados Unidos y sus alcances en el mundo latino; sin embargo, fue el enfrentamiento de éste con España hacia finales de siglo lo que provocó reacciones más significativas, pues, como señala Fernán Gustavo Carreras:

Estos hechos producen un giro significativo en la posición de los intelectuales latinoamericanos. Estados Unidos, que en las generaciones anteriores había sido mirado como “modelo” a seguir, empieza a ser percibido cada vez más como una amenaza. Comienza el desarrollo de un antiimperialismo Yanki que, rechaza el Panamericanismo Monroico, a la vez que propicia la unidad hispanoamericana siguiendo el ideal bolivariano.⁷⁴

⁷⁴ Fernán Gustavo Carreras, “La afirmación del nosotros y la formación estética en el *Ariel* de José Enrique Rodó”, *Diálogos*, vol. 10, núm. 1, 2006, p. 45.

El investigador prosigue anunciando que la ruptura también tuvo repercusiones en el ámbito cultural, pues como las naciones eran jóvenes –casi todas independizadas en la primera parte del siglo XIX– trataban todavía de encontrar una identidad propia, alejada de la opresión colonial. Esto implicó una revisión de las culturas prehispánicas y una exaltación de lo nacional; sin embargo, el incremento de la presencia del país del norte en los asuntos de sus vecinos sureños replanteaba la visión nacionalista con otra panlatinoamericanista, pues, para muchos, sólo unidos los pueblos tenían oportunidad de enfrentar tal amenaza. De ahí que el concepto de “nosotros”, como país, se convirtió en algo más abarcador, más incluyente, un recurso de unión,

que parte de ciertos elementos culturales a los que considera como propios, supone una definición del hombre americano por afirmación. Sus desarrollos más amplios tienen origen en aquellas ideologías a las que podemos denominar en general como “americanistas” y el “hispanoamericanismo”, todas las cuales se extienden desde los albores del siglo XIX y cobran mayor fuerza alrededor del 1900. El desarrollo de todas ellas ha tenido un curso de signos diferentes a lo largo de gran parte del siglo XX, sirviendo como recurso liberador en algunos contextos o convirtiéndose también en instrumentos opresivos en otros.⁷⁵

Este concepto, para los ateneístas, también sirvió como motivo para identificarse, pues ponía distancia con el vulgo (pues los identificaba como un grupo de élite que cultivaba la inteligencia), pero también con aquellos grupos que se encontraban en el poder, ya fueran los científicos en el gobierno o los modernistas en el arte. En tanto movimiento hispanoamericano, ese “nosotros” representaba a todos como un frente que se oponía al país del norte, y las voces que más figuraron lo emplearon con ese fin.

Ahora bien, de entre la pluralidad de voces que se fue alzando hacia finales del siglo XIX, una de las más representativas fue la del cubano José Martí que, el primero de enero de 1891, publicaba en *La Revista Ilustrada de Nueva York* una obra capital titulada “Nuestra

⁷⁵ *Ibid.*, p. 47.

América”. El texto se reprodujo a finales de ese mes en *El Partido Liberal*, un periódico mexicano, y sus repercusiones, incluso después de un siglo, son palpables. Sobre este impacto, comenta Mario Alberto Nájera Espinoza: “El texto martiano se agiganta, ya no es una llamada o una advertencia, el vecino avieso que por el norte acecha insiste en engullirse a todas las naciones del continente y más allá; el capitalismo global desarma al débil, después usa la fuerza, y sus aliados en cada región le abren las puertas”.⁷⁶

Sin duda ahora, a lo lejos, se puede apreciar con más claridad los alcances del sistema capitalista diseñado para aprovecharse de las naciones que en el siglo XIX apenas comenzaban a encontrar una identidad propia, o incluso sólo habían logrado la independencia de sus conquistadores europeos, pero el texto de Martí alertó con bastante premura sobre dicha manipulación. Ahora bien, si uno de sus logros es la audacia crítica, otro es presentar ésta de una forma literaria típica de su tiempo, pues, como señala Cintio Vitier, “quizás el lenguaje metafórico, especialmente concentrador de realidades históricas y sociales en estas páginas, deslumbre en exceso las pupilas poco acostumbradas a esta fusión típicamente martiana del análisis político y la expresión poética”.⁷⁷

La forma en que Vitier presenta la obra de Martí es todo menos exagerada, sólo las primeras líneas de “Nuestra América” han encontrado un lugar, a fuerza de reiteraciones, ya por su robustez ya por su vigencia, en la historia literaria de América Latina: “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden

⁷⁶ Mario Alberto Nájera Espinoza, “Prólogo”, en José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002, p. 9.

⁷⁷ Cintio Vitier, “Presentación”, en José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002, p. 9.

universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima”.⁷⁸

Más aún, la visión de Martí en cuanto a la forma de gobernar –tan desajustada a lo que “debería ser”–, a la desigualdad social, a la falta de formación intelectual en la población, se palpa en todo su texto. De todos estos puntos, me gustaría resaltar la concepción del cubano en torno a la juventud y su papel en el desarrollo o, más bien, en la reestructuración social. Los jóvenes, al no estar todavía viciados por la maquinaria de la política desgastada, totalmente vertida en la imitación de gobiernos extranjeros e influida por las tendencias que éstos marcan, son para el cubano la mejor vía para salvar a los pueblos latinoamericanos del derrotero en el que se habían enfilado, y lo expresa en las siguientes palabras: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y se levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación”.⁷⁹

Lo anterior, aunado a un llamado al pensamiento crítico, es uno de los requisitos fundamentales para el cambio. La crítica, esa práctica que bajo los regímenes dictatoriales se ve truncada o comprada, como elemento central en la práctica política, permitirá ver con un nuevo lente las funciones y omisiones de los gobiernos en turno, sobre todo porque “Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es salud, pero con un solo pecho y una sola mente”.⁸⁰ También, la labor crítica, según Martí, permite rescatar lo mejor del hombre y eliminar aquellos vicios que han ido condenado –avaricia, hipocresía, indiferencia– a los pueblos gracias a los destellos y promesas de nuestro vecino norteamericano.

⁷⁸ José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002, p. 15.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 20.

⁸⁰ *Idem.*

La crítica, en este sentido, es una herramienta para combatir la ignorancia, la peor enemiga de los pueblos y las tierras latinoamericanas, pues, como apunta, “Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece”.⁸¹

En el texto, se encuentra una marcada apuesta para una regeneración moral que, en varios aspectos, está acorde con el pensamiento de los otras figuras cardinales del modernismo, como Gutiérrez Nájera en México, aunque con un tinte político más marcado, pues a diferencia del resto de los países latinoamericanos, Cuba comienza la lucha por su independencia hasta 1895 y la consigue en 1898. Martí murió unos meses después de comenzar la revuelta, pero su influencia literaria y política es incuestionable, lo cual le ha ganado los sobrenombres de “El apóstol de la independencia” o “El maestro de América”.

Como se ha apuntado, a la par del discurso martiano, hay otros discursos que todavía tratan de forjar una identidad latinoamericana que puede apreciarse en la poesía de José Santos Chocano, por ejemplo, el poeta peruano que en alguna ocasión se comparó con Walt Whitman con la conocida frase “Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur”,⁸² y que dirigía sus versos tanto a los tiranos como a los héroes indígenas de antaño,⁸³ textos que se mezclan con otros, más cercanos a la reciente experiencia europea que estaba cimbrada tanto por el caso Dreyfus como por la derrota de España, en el año de 1898, contra Estados Unidos:

⁸¹ *Ibid.*, p. 21. La línea anterior muestra la certeza, el temor, del peligro que representaba Estados Unidos: “El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe”.

⁸² Cf. Roberto Meza Fuentes, *La poesía de José Santos Chocano*, Prensas de la Universidad de Chile, Chile, 1935, p. 12.

⁸³ Cf. *Ibid.*, p. 11.

La guerra [...] provocó una explosión de antiamericanismo en la sociedad española. Todos los estereotipos y prejuicios sobre EE. UU. que se habían ido gestando desde finales del siglo XVIII prorrumpieron durante la crisis que finalmente condujo a la guerra entre los dos países. Este episodio bélico y sus consecuencias ulteriores se vivieron con un intenso dramatismo por parte de la intelectualidad...⁸⁴

Como apunta Andrés Kozel, dentro de los discursos antiimperialistas más destacados no puede faltar el “El triunfo de Calibán”, “A Roosevelt” y “Los cisnes”, de Rubén Darío; la disertación de Roque Sáenz Peña sobre la doctrina Monroe, *Los Estados Unidos en Sud-América. La doctrina Monroe y su evolución*, donde responde a la frase “América para los americanos” (americanos en el sentido que lo entienden los ciudadanos de Estados Unidos) con una reconfiguración más amplia “América para la humanidad”, y algunas reflexiones de Manuel Ugarte, ese espíritu afín a Jesús Urueta, como “El peligro yanqui” y “La defensa latina”.⁸⁵

Darío, ese escritor principal del modernismo, y su poema “A Roosevelt” representan con claridad una plena consciencia del clima político de Hispanoamérica. Este texto, incluido en *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas* (1905) y publicado en Madrid, no deja nada para la imaginación:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.⁸⁶

En este escrito, el nicaragüense reconoce todos los valores y recursos por los que el país del norte se ha posicionado como potencia, pero también ve un país que no sólo busca

⁸⁴ Daniel Fernández de Miguel, *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Genuve Ediciones, España, 2012, p. 70.

⁸⁵ Andrés Kozel, “Estaciones del antiimperialismo rioplatense”, en *El imaginario antiimperialista en América Latina*, Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni (coords.), CLACSO, Buenos Aires, 2015, p.26.

⁸⁶ Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, Asamblea Nacional, Nicaragua, 2005, p. 20.

influencia en Hispanoamérica sino, más bien, dominación,⁸⁷ al que le recuerda que no se enfrenta a pueblos jóvenes, tal vez naciones jóvenes, pero no pueblos, pues hay una tradición más vieja que nos compone:

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida [...] la América en que dijo el noble Guatemoc:
“Yo no estoy en un lecho de rosas”; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!,
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!⁸⁸

Esta oda, que Pedro Henríquez Ureña califica como un himno casi indígena, expone una dualidad en la forma de pensamiento del nicaragüense, una dualidad, sobre todo, de orden moral. Lo cual se refleja en el cuestionamiento de una moralidad “fija” y un replanteamiento desde un punto de vista pragmático. Lo moral será, para los ateneístas, por lo menos, un punto de contraposición respecto a los decadentistas, pero también un espacio de renovación intelectual y posicionamiento cultural.

Ahora bien, Henríquez Ureña afirma que el presidente norteamericano leyó el poema, pero el gesto no mereció una contestación; por eso, aunado a que algunos escritores como Juan Ramón Jiménez se negaban a aceptar la propuesta de Darío como algo factible, “su propio autor lo calificaría de ‘un trompetazo’ (reduciéndolo a eso: un sonoro, aunque

⁸⁷ Cf. Rubén Darío, *La caravana pasa*, pról. de Alberto Ghirardo, Mundo Latino, Madrid, 1917, pp. 257-267.

⁸⁸ Darío, *Cantos de vida y esperanza*, p. 21.

grandioso, anatema de la política invasora de los Estados Unidos, en defensa de nuestro continente mestizo)”.⁸⁹

Sin embargo, está en el ambiente ese sentimiento de angustia e inconformidad que provoca que otros tomen la misma senda que el nicaragüense, alejándose de la literatura, o más bien haciendo uso de ésta y de los espacios que proporciona para manifestar el desconcierto ante las políticas internas y extranjeras perjudiciales, al tiempo que alientan al pueblo hispanoamericano a reaccionar y reconocer dichas amenazas. Esto provoca que haya un surgimiento de “textos y discursos que, siendo ‘literarios’ o muy cercanos a la expresión literaria [que] constituyen textualidades de la misma relevancia que las formas literarias canónicas como expresión de un sistema cultural y su vinculación al proceso de la historia de las ideas”,⁹⁰ algo que si bien ya se percibía con pléyades anteriores con el Ateneo de la Juventud se vuelve paradigmático.

Tal vez por lo mismo, no es extraño encontrar que varios escritores coincidan al emplear recursos similares en sus escritos. Por ejemplo, los personajes principales que William Shakespeare creó para su obra titulada *La tempestad* (Próspero, Calibán y Ariel) serán utilizados de manera constante, aunque con matices diferentes, durante la época. Irmtrud König explica que “en las letras latinoamericanas las figuras de Ariel y Calibán han tenido una presencia recurrente, aunque cambiante en su valoración como símbolos de identidad, de acuerdo a las diferentes lecturas y contextos históricos”. Tal vez por eso “se

⁸⁹ Jorge Eduardo Arellano, “Dos poemas políticos de Rubén Darío”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 40, 2011, p. 123.

⁹⁰ Irmtrud König, “Apuntes para una comparatística en Latinoamérica. El simbolismo de Ariel y Calibán en Rodó”, *Atenea*, núm. 498, segundo semestre, 2008, p. 81.

trata de figuras o símbolos que hoy por hoy tienen un arraigo sólido en el imaginario colectivo latinoamericano”.⁹¹

No obstante, los personajes que se replantean parten de la concepción shakespereana en la obra inglesa: Próspero, el duque legítimo de Milán, es expulsado por su hermano y naufraga hacia una isla; ahí se dedica al estudio de artes ocultas, lo cual le da las herramientas para controlar a Ariel, el espíritu fantástico que conjura la tormenta que le permitirá restaurar a su hija Miranda en el lugar que le pertenece al eliminar a su hermano Antonio y al rey Alonso de Nápoles; Calibán, en esta obra, hijo de Sycorax y nativo de la isla, aparece como un ser inferior y deforme, cuyo propósito es el de servir al mago a pesar de odiarlo. María Andueza opina que mientras Ariel supone la “parte noble y alada del espíritu” sólo lo hace en contraposición de ese otro ente, Calibán, que simboliza “la sensualidad y la torpeza”,⁹² es decir, los considera opuestos, como el bien y el mal, el blanco y el negro, el Sol y la Luna, elementos que no se reconcilian pero se complementan. Es la maleabilidad de esta dicotomía lo que sirve para reconfigurar metafóricamente los personajes shakesperianos para hablar de una realidad social que aquejaba a los sectores intelectuales de América Latina.

Sobre los hispanohablantes que recurren a la obra, Fernando Curiel apunta que “le clavan el diente, para gustarlo del todo o a medias”, Leopoldo Alas “Clarín”, Pedro Henríquez Ureña, Miguel de Unamuno, Francisco García Calderón, Rafael Altamira y Crevea, Alfonso Reyes, Luis Ruiz Contreras y Alcides Arguedas, y sigue con una “Lista interminable porque funde camadas de aquí y allá: modernistas hispanoamericanos, noventayochóistas españoles, ateneístas mexicanos. Hispanoamérica y/o Latinoamérica

⁹¹ *Ibid.*, p. 92.

⁹² María Andueza, “Los hijos de Ariel”, en *Arielismo y globalización*, Leopoldo Zea y Hernán Taboada (coords.), IPGH/UNAM/CCYDEL/UNESCO/FCE, México, 2002, p. 108.

concitadas en un solo texto”.⁹³ Tanto así que, todavía en 1924, uno de los ateneístas por asociación se acercaba al tema con un diálogo, género en el que varios de sus compañeros incurrieron, entre Ariel y Calibán, publicado en *Conozca Ud. a México*, donde revelaba “su profundo desencanto vital”.⁹⁴ Por su lado, Kozel plantea que:

A comienzos de la década del noventa, Paul Groussac, intelectual francés afincado en la Argentina que estuvo en Chicago en 1893, contribuyó al bestiario al asociar abiertamente a Estados Unidos con la criatura enorme y primitiva como el Mamut. Hacia 1894, Rubén Darío, animador del medio cultural porteño, se refirió, en un ensayo sobre Poe, a Estados Unidos como el país de Calibán. Según nos deja saber el propio Darío, el parangón había sido introducido poco antes por Joséphin Peladan, “el raro Sar”, decadentista francés, ocultista, fundador del Salón de la Rosa Cruz. Para el poeta nicaragüense, Calibán es el rey de aquel país, allí ha establecido el imperio de la materia desde su estado misterioso (Edison) hasta la apoteosis del puerco (Chicago); saturado de whisky, sin un Próspero que lo esclavice ni un Ariel que lo martirice, engorda y se multiplica, haciéndose legión.⁹⁵

Ahora bien, de todos aquellos que utilizaron los personajes shakespearianos, uno de los ejemplos más evidentes y con más repercusiones en el ámbito mexicano es el *Ariel* (1900), de José Enrique Rodó, el cual se publica, motivado por los cambios históricos, precisamente en el vértice del cambio de siglo, y también resultará uno de los textos más significativos para el grupo de jóvenes mexicanos que se insertan en estos tiempos convulsos,⁹⁶ pues sirve tanto de asidero como de guía ideológico y moral, gracias a una actualidad que no ha mermado pues, como refiere Leopoldo Zea, “un siglo después, [dentro] el pensamiento filosófico de destacados exponentes de la inteligencia americana, de la región

⁹³ Fernando Curiel, “Prólogo”, en *Ariel*, Factoría Ediciones, La Serpiente Emplumada 19, México, 2000, pp. X-XI.

⁹⁴ Beatriz Espejo, “Nota introductoria”, en Carlos Díaz Dufoo Jr., *Material de lectura*, UNAM, México, 2009, p. 6. 3-7

⁹⁵ Kozel, *op. cit.*, p. 27.

⁹⁶ Juan Antonio Rosado se une a toda facción de investigadores que encuentran en el *Ariel* una suerte de inspiración para el grupo ateneísta (cf. Juan Antonio Rosado, “Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: vidas paralelas”, *La Experiencia Literaria*, UNAM, núm. 12-13, 2005, p. 209).

que José Martí llamó ‘Nuestra América’, se presenta como una extraordinaria profecía respecto de nuestro tiempo”.⁹⁷

Una de las razones por las que este ensayo llama la atención de grandes figuras del pensamiento es la ecuanimidad de su propuesta. Leopoldo Alas “Clarín” lo reconoce como un pensador de valía en el prólogo que dedica a la obra, donde también recomienda “el estudio de este espíritu americano, tan joven y ya tan equilibrado: sereno e imparcial, sin mengua del entusiasmo, enamorado del porvenir, pero con veneración por el pasado y con el conocimiento positivo del presente”.⁹⁸ Esta caracterización la hace el español al tiempo que establece una relación entre la propuesta del uruguayo con la del representante de la corriente filosófica del irracionalismo –que ya se ha mencionado en un apartado pasado– “al más genial de los pensadores inspirados en tales egoísmos, a Nietzsche, con su clara y terminante idea del sacrificio de los más al placer y progreso de unos pocos”.⁹⁹

Asimismo, hay quien encuentra, como el investigador Irmtrud König, un eco en la obra de Ernest Renan, *Calibán* (1878), con quien el uruguayo tiene afinidades temáticas y confluyen al emplear los personajes shakesperianos para hacer una “traducción” de su entorno social. Sólo que para Renan, “El triunfo de Calibán significa [...] el triunfo de la democracia, lo que para el filósofo francés equivale a la aniquilación de toda elevación intelectual y espiritual –cualidad propia y privativa de la elite aristocrática– y la definitiva instauración de la mediocridad, castradora de toda idealidad y progreso”. En la misma línea,

⁹⁷ Leopoldo Zea, “Ariel, un siglo después”, en *Arielismo y globalización*, Leopoldo Zea y Hernán Taboada (coords.), IPGH/UNAM/CCYDEL/UNESCO/FCE, México, 2002, p. 5. Sin embargo, su vigencia también ha sido puesta en cuestión, o más bien matizada, por ejemplo, por Roberto Fernández Retamar más de media centuria después, en su ensayo *Calibán*, donde este personaje representa a la cultura latinoamericana de corte socialista. Sobre ello habla Abelardo Villegas en el prólogo que hace a la obra de Rodó y Fernández Retamar (*Ariel/Calibán*, SEP/UNAM, México, 1982, pp. 1-8).

⁹⁸ Leopoldo Alas “Clarín”, “Prólogo”, en *Ariel*, Editorial Sopena, Buenos Aires, 1949, p. 10.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 12.

König plantea que el renunciar “a sus impulsos sediciosos y prefiera pactar con la aristocracia tradicional, para aprovecharse de las capacidades representadas por Próspero” es parte del aprendizaje de Calibán; pero, “a su vez, también la aristocracia se acomoda a la existencia de Calibán, puesto que en su nueva percepción ‘bien peinado, bien lavado, Calibán llegará a ser bastante presentable’”.¹⁰⁰

Las diferencias entre ambas propuestas, la de Renán y Rodó, son tangibles. El énfasis que cada uno de los pensadores hace en los personajes denota un tono discursivo especial. Como figuras antitéticas de materialidad e idealidad, Ariel y Calibán, sugieren posturas diferentes, “si para Renan expresa un antagonismo de clases sociales [en] Rodó, en cambio, expresa un antagonismo de polos subjetivos de cada personalidad individual, cualquiera sea la clase a que se pertenezca”.¹⁰¹ Ahora bien, para Rodó el personaje de Ariel es central, y se aleja de la postura de Renan que consideraba exclusivos los atributos de ese ser para las clases superiores económicamente, pues considera que las condiciones sociales correctas pueden colocar a cualquiera en la posición de Ariel. Este distanciamiento por parte de Rodó, a pesar de tener un respeto inmenso por Renán (incluso se anota que lo citaba mucho y lo llamaba “dulce maestro”) refleja un ejercicio de razonamiento que no se identifica con las circunstancias en las que se compuso *Calibán* veintidós años antes; también ejemplifica la maleabilidad de los personajes de Shakespeare para reflejar diferentes circunstancias y contextos.¹⁰²

¹⁰⁰ König, *op. cit.*, p. 87. Más adelante, en su prólogo a los textos de Rodó y Fernández Retamar, Abelargo Villegas hace una reflexión sobre las contraposiciones de las figuras de Ariel y Calibán a la que vale la pena acercarse (*vid.* “Prólogo”, en José Enrique Rodó y Roberto Fernández Retamar, *Ariel/Calibán*, SEP/UNAM, México, 1982, pp. 1-8).

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 88.

¹⁰² *Cf. Ibid.*, p. 86.

También, hay que distinguir la propuesta del uruguayo respecto a otras que confluyen en la misma época, ya sea de autores peninsulares como americanos, pues mientras los primeros se enfocan en defender un hispanismo y los segundos en enaltecer un criollismo, Rodó “en la senda de Darío y contra las prevenciones respecto de las ‘galomanías’ modernistas, autoriza la literatura latinoamericana en un cosmopolitismo crítico y selectivo como índice de modernidad y descolonización respecto de la literatura peninsular”.¹⁰³ Una visión que ya se entrevé desde la participación de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, la cual fundó junto a Víctor Pérez y los hermanos Vigil, pues ahí, como señala la investigadora Florencia Bonfiglio, sus artículos presentan preocupaciones bastante marcadas: “los alcances del Modernismo y la definición de un Americanismo desde el cual ejercer la asimilación de la literatura extranjera”.¹⁰⁴

Esta visión cosmopolita, integradora, se encuentra en cierto sentido emparejada con la propuesta de Manuel Gutiérrez Nájera; pues el uruguayo anota: “El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en al refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”.¹⁰⁵ Sin embargo, también hay que tener en cuenta que el papel de Próspero en el ensayo de 1900 es el de un maestro que, por medio de un monólogo, se despide de sus alumnos, encomendando la tarea de seguir en la búsqueda de esa “perfección”

¹⁰³ Florencia Bonfiglio, “Los principios hispanoamericanos: la crítica de José Enrique Rodó y la literatura peninsular”, *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*, vol. 1, Mercado Editorial, La Plata, 2011, p. 1.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 2.

¹⁰⁵ José Enrique Rodó, *Ariel*, pról. de Leopoldo Alas “Clarín”, Imprenta de Dornaleche y Reyes, Montevideo, 1900, pp. 103-104.

intelectual que se debe buscar bajo cualquier condición, todo esto a la sombra del busto de Ariel, que representa el ideal que está encomendando.

Esto, aunado al enfoque del discurso que propone dirigido “A la juventud de América”, puede explicar la simpatía y apego con que el grupo de ateneístas leyó al escritor uruguayo. No es gratuito, para nada, que Rodó, un pensador que ya gozaba de cierto prestigio dentro de la red de escritores latinoamericanos, dirigiera sus reflexiones hacia este grupo y no hacia sus pares. Desde las primeras líneas de su escrito, explica el por qué de este público: “Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación”.¹⁰⁶ Y retomando las palabras de su maestro Renán dice: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida”, y para completar la idea:

el descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén de desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.¹⁰⁷

Sin embargo, también carga sobre los hombros de esta facción una responsabilidad enorme, pues corresponde a ellos provocar el cambio que se necesita en la sociedad.¹⁰⁸ No obstante, también utiliza el término juventud para definir a esta sociedad, pues como los individuos, las sociedades también se enfrentan a un proceso evolutivo y teniendo en cuenta

¹⁰⁶ Rodó, *op. cit.*, p. 24.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 26.

¹⁰⁸ *Cf. Ibid.* p. 27.

que la mayoría de los países latinoamericanos encontraron su independencia en el transcurso del siglo XIX se les podría considerar jóvenes. En palabras de Próspero: “La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como nosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir”.¹⁰⁹ En su monólogo, Próspero se cuestiona, y cuestiona a sus interlocutores, casi a manera de reto:

¿no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que desenvuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas, las cobardías morales que se nutren a los pechos de la decepción y de la duda? ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como es de la vida individual?¹¹⁰

Sabe que los papeles de la juventud “son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas de lo que deberían ser”; pero se dirige a la juventud porque percibe que tiene todo el potencial y las lecturas y la posibilidad de innovar y construir algo nuevo; también porque considera que América está estancada con una visión añeja, que crea la necesidad de una relevación de fuerzas; sin embargo, la propuesta no implica una ruptura sino una renovación: “La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro”.¹¹¹

Al emparejar el espíritu de Ariel con la juventud, la inteligencia es lo que les permite distanciarse de aquellos a los que les corresponde guiar, pues esta cualidad, para Rodó, será lo que consienta poner en cauce una civilización que va descarrilada. No es necesario que

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 28.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 34.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 38.

todos cambien, sabe de la imposibilidad que esto conlleva, sino dirigir la responsabilidad a aquellos privilegiados que pueden cultivarla, aquellos que pueden manipularla de tal forma que sirvan como pastores de este pueblo, como guías o punteros, por medio del ejemplo.

Próspero deja caer el peso de un futuro que parece incierto sobre ellos:

A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo.

Anuar Jalife Jacobo pone a Rodó a la par de otras dos figuras que “lanzan discursos y arengas encaminados a formar moralmente a los jóvenes y a despertar en ellos una conciencia social; de ahí, también, la alarma y el ánimo de censura que provocaba la aparición de juventudes reticentes a seguir esos llamados como ocurrió con los decadentistas”;¹¹² las otras dos figuras serán también modelos para el grupo ateneísta, por un lado, Manuel Altamirano, con su llamado a la concordia, y por otro, Justo Sierra, que les sirve como guía en el ámbito cultural y político.

Si algo tienen en común estos personajes, también, es que promulgan la construcción o reconstrucción de una figura que a veces parece estar en duda: el intelectual. Altamirano, el primero de ellos, cronológicamente, se encuentra en posición privilegiada como rezago o recompensa por un movimiento armado, y comienza a forjar su prestigio intelectual con base en un esfuerzo literario que tiene como uno de sus elementos principales la concordia, que, debido al momento, tenía propósitos que iban más allá de la propia literatura, pues trataba de unificar y cimentar un país en plena construcción. *El Renacimiento* es el mejor ejemplo de su visión; Sierra, por otro su lado, pertenece a ese grupo que se incorpora en el cambio

¹¹² Jalife Jacobo, *op. cit.*, p. 11.

paradigmático, propuesto por Gabino Barreda en la educación nacional, y que repercutió en la formación de la juventud de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, aunque lo hizo sin llegar a ser dogmático, pues se caracteriza por un sentido bastante progresista que se basa principalmente en una visión humanista; por último, Rodó, ese personaje más joven en edad, promulga con el *Ariel* que esa figura desgastada se refuerce, pues son los jóvenes los que tienen la oportunidad de cultivar la inteligencia; pero serán también los que se consagren como intelectuales los que cargarán con la responsabilidad de fungir como guías sociales.

Sobre la inteligencia y el intelectual, Rodó abunda casi en la misma proporción que en el tema de la juventud. Desde las primeras líneas discurre sobre la relación entre ambas, sobre todo al distinguir las cualidades de Ariel sobre las de Calibán: “Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia”. Y sobre esta última sigue: “el termino ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y torpeza, con el cincel perseverante de la vida”.¹¹³

Rodó propone, más que una volcadura ciega hacia los estudios, una ecuanimidad en la forma de vida, un despertar de la consciencia, pues encuentra que aquellos que gozan de una educación sirven a un sistema capitalista de manera infructífera, pues no plantean nada nuevo, o bien se alejan tanto de la realidad por la línea libertina que sus propuestas se vuelven infértiles:

Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas,

¹¹³ Rodó, *op. cit.*, p. 22.

permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. Y bien: este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu.¹¹⁴

Este equilibrio para Rodó es primordial, pues si encuentra que antes la inteligencia estaba en completa relación con el ocio, el uruguayo concibe un doble filo en la vida moderna el abandonarse a éste. Por eso insiste: “el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema”.¹¹⁵ Y esa finalidad es la que va a poner una zanja entre el vulgo y esa clase aristocrática formada en la inteligencia. Rodó, para ello, sigue a otros pensadores, como Taine, Carlyle o Emerson:

Taine [...] su concepción de la sociedad como organismo, le conduce lógicamente a rechazar toda idea de uniformidad que se oponga al principio de las dependencias y las subordinaciones orgánicas, por otra parte su finísimo instinto de selección intelectual le lleva a abominar de la invasión de las costumbres por las multitud. La gran voz de Carlyle había predicado ya, contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo*, entendido por tal el culto de cualquier noble superioridad. Emerson refleja esa voz en el seno de las positivista de las democracias. La ciencia nueva habla de selección como de una necesidad de todo progreso.¹¹⁶

El distanciamiento supone una fractura, pero una necesaria para una marcha armónica en la sociedad. Con esto se opone a esa democracia, mal presentada, que provoca un desarrollo que, por fuerza, se ve condenando en su propio funcionamiento. Su discurso prevé esto, y por eso insiste en una reacción, pues “La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 47-48.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 54.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 85-86.

violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual”, y, con talante de sentencia, continúa: “Pero, a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre arte e innoble, el igualitarismo, es la forma mansa de la *tendencia a lo igualitario y lo vulgar*”.¹¹⁷

Justo en este punto, como se menciona arriba,¹¹⁸ se distancia del que considera su maestro, Ernest Renan, y su propuesta, ya que ahí postula una democracia donde todos gozan los mismos derechos. Rodó está consciente de que la igualdad, tal como la describe el francés, implica que no puede haber un dominio de una élite intelectual y, por lo tanto, estaríamos condenados a la mediocridad que conlleva la tasa promedio.¹¹⁹ Por eso apunta:

Siendo, pues, insensato pensar, como Renán, en obtener una consagración más positiva de todas las superioridades morales, la realidad de una razonada jerarquía, el dominio eficiente de las altas dotes de la inteligencia y de la voluntad, por la *destrucción* de la igualdad democrática, sólo cabe pensar en la *educación* de la democracia y su reforma. Cabe pensar en que progresivamente se encarnen, en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.¹²⁰

A pesar de promover una aristocracia de la inteligencia, Rodó también reflexiona sobre el tema de la educación de una forma que se ajusta a la visión, por lo menos mexicana, que se propagaba desde las plumas de algunos pedagogos de renombre y que se irá concretando, poco a poco, como laica y gratuita de manera constitucional en 1917. Pero el proceso fue lento, y comienza aunado al pensamiento liberal que se desprende de la independencia, y continúa con la reforma de Barreda y, más adelante, con Sierra y otros

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 84.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 88-89.

¹¹⁹ *Cf. Ibid.*, p. 88.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 89.

personajes en el timón de las instituciones de educación del país. La transición con la que los jóvenes ateneístas estaban familiarizados y en la cual se formaron, encontró también en las palabras de Rodó una nueva forma de posicionarse en el tema, lo cual se concretará con el servicio activo años más adelante en la Universidad Nacional y la Universidad Popular, pues no tardaron en responder a la arenga del Ariel. Ahí, Rodó es puntual:

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, como siempre que se la mira con el pensamiento del porvenir, un interés supremo. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que se consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentido de las legítimas autoridades morales.¹²¹

Al respecto, Mario de la Cueva nos recuerda que Rodó no ignoraba y tampoco denostaba los logros del desarrollo tecnológico que se había logrado a lo largo de la historia y había despuntado en el siglo XIX; después de todo, era gracias a esos avances que se podía acceder a cierta forma de vida que abría paso al desarrollo humano que él promulgaba; sin embargo, también estaba consciente de que la comodidad había pasado de una distracción a un fin, y él pretendía evitar esta manera de concebir el trabajo ya que implica un estancamiento, pues el “confort” no “debe ser el ideal de una generación de hombres que pretenden contribuir a la formación de la historia”; en esta línea, prosigue: “la humanidad vive para realizar su espíritu y a éste es ajena la utilidad. Lo útil es un episodio en la vida del hombre, pero no su destino”.¹²²

Por eso, más que estar en contra de un utilitarismo Rodó sugiere una línea de pensamiento práctica que se rigiera por la moral: “a medida que la humanidad avance, se

¹²¹ *Ibid.*, pp. 89-90.

¹²² Mario de la Cueva, “Prólogo”, en José Enrique Rodó, *Ariel*, UNAM, México, 1942, p. XXII.

concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía”.¹²³ Tal vez por eso disenta con la postura de los jacobinos, la facción que contraponía de manera más descarnada a la Iglesia, pues ésta, a final de cuentas, proponía una especie de faro moral, sin el cual todos corrían el riesgo de perderse en libertinaje, lo que implicaría a su vez un “extravío del gusto” y para él: “Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una aptitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es “una rienda firme de criterio”.¹²⁴ Por lo mismo, Rodó encuentra que “hay una relación orgánica, una natural y estrecha simpatía, que vincula a las subversiones del sentimiento y de la voluntad con las falsedades y las violencias del mal gusto”.¹²⁵

Un punto que me llama la atención en el monólogo de Próspero es la puesta en duda de toda afirmación, el ejercicio del cuestionamiento y la crítica, pues “Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria”.¹²⁶ La puesta en duda favorece el ejercicio de la inteligencia, el desarrollo personal y, por tanto, social: “todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda: toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que les dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable”.¹²⁷

¹²³ Rodó, *op. cit.*, p. 60.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 64.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 65-66.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 36.

¹²⁷ *Idem.*

Todos estos puntos, el elitismo intelectual, el restablecimiento de la moral, la educación popular, apelaban a toda esa horda de jóvenes que se encontraban todavía en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria; sin embargo, la recepción de *Ariel* en México fue un proceso lento. Incluso, Alfonso García Morales apunta que “A juzgar por la *Revista Moderna* [y *Revista Moderna de México*], José Enrique Rodó era prácticamente desconocido en México antes de 1907”.¹²⁸ Declaración significativa si se toma en cuenta que el papel de las empresas de Valenzuela se puede considerar el de mayor importancia, por su presencia, nómina y alcance, en la primera década del siglo XX. García Morales registra que hasta 1907 no se publican “nada de él ni sobre él, sólo se citan dos de sus obras en las notas bibliográficas que realizaba José Juan Tablada”;¹²⁹ por su lado, Carlos Real de Azúa confronta, desde la información epistolar del uruguayo, que para 1903 ni siquiera se leía en México y que un personaje como Enrique González Martínez lo desconoce incluso para 1907.¹³⁰

Sin embargo, en otros medio impresos sí hay un par de registros que, aunque no justifican una lectura masiva, sí indican el conocimiento de la obra antes de lo que el investigador español señala. Si García Morales encuentra que Rafael Altamira reseña la obra del uruguayo en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas* en el mismo año en que la primera sale publicada, desconoce, acaso por ser una revista mexicana a la que pocos investigadores han puesto atención, la colaboración de Altamira en la *Revista Positiva* en abril de 1901 titulada “Latinos y anglosajones”. El editor de *Revista Positiva* pone a pie de página la siguiente advertencia: “De la obra del

¹²⁸ Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1992, p. 119.

¹²⁹ José Juan Tablada, “Notas Literarias y Artísticas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año II, núm. 5, mayo 1899, p. 160; sobre Ariel, en “Notas bibliográficas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año IV, núm. 6, segunda quincena de marzo, 1900, pp. 101-102. En esta última sólo registra que es un libro que ha llegado, no que lo ha leído.

¹³⁰ Cf. García Morales, *El Ateneo*, p. 119.

inteligente catedrático de la Universidad de Oviedo (España) D. Rafael Altamira, intitulada ‘Cuestiones hispano-americanas’ tomamos este artículo que forma el capítulo IV del libro, y cuyo conocimiento es de importancia para todo lector reflexivo”.

En este artículo, Altamira prueba la existencia de una opinión contraria al país norteamericano en los territorios de Hispanoamérica por medio de la obra de Rodó y la de Víctor Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*.¹³¹

Sobre este último, Carlos Dardé escribe:

En 1900, el uruguayo Víctor Arreguine se opuso tajantemente a Demolins sobre en qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones. La superioridad de aquellos sobre éstos se manifestaba, según Arreguine, en doce cuestiones: en su mayor altruismo y poder de generalización; su espíritu revolucionario, en el orden científico, político, religioso, que le impedía estancarse en la rutina; su mayor sensibilidad moral; la expansividad de su genio; el mayor desenvolvimiento de sus facultades artísticas; su mayor sobriedad; su concepto de la justicia, de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad; y, finalmente, el más armónico desenvolvimiento de sus facultades.¹³²

En el reproducido en la *Revista Positiva*, Altamira considera que la obra rodoniana se aproxima a cuestiones que han calado, de una u otra forma, en la concepción que se ha formado sobre la figura del intelectual en la historia, pero también al espíritu clásico que se desprende de la cultura occidental europea y que ha repercutido de manera considerable en las naciones que en el siglo XIX se fueron conformando en América, pues justo el Ariel refleja ese lazo entre la cultura clásica y las nuevas reflexiones latinoamericanas. Por otro lado. Además, Altamira considera:

Como obra de arte, no creo equivocarme al decir que Ariel está cien codos sobre muchas producciones modernas de la literatura americana, y que es preciso recordar aquí a Valera, a Leopoldo Alas y Menéndez Pelayo en ciertos estudios, para hallarle superiores. La solemne elocuencia, que no cae jamás en afectación;

¹³¹ Víctor Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*, La Enseñanza Argentina, Buenos Aires, 1900.

¹³² Carlos Dardé, “América en la conciencia española de la Restauración, 1875-1902”, en *Menéndez Pelayo. Cien años Después, Actas del Congreso Internacional*, UIMP, Santander, 2012, p. 428.

la sobriedad viril que no daña, antes realza la vivacidad de la pintura; la elegancia majestuosa de las comparaciones y de los finales de período; la penetrante seriedad de la idea, que asoma constantemente, sin fatiga para el que lee, por bajo de la forma retórica, comunicándole una nobleza simpática y avallasante [sic]; la honda y bien sentada cultura que nunca se revela en inoportunas erudiciones, sino que acude siempre naturalmente, cuando hace falta, robusteciendo el vigor del razonamiento...¹³³

Este estudio, aunque de un autor español, cuenta como el primer acercamiento amplio a la obra de Rodó en un espacio literario mexicano, y tiene un valor mayor “precisamente por la decadencia actual” en la que se encontraba la humanidad.¹³⁴

Después de eso, en *Revista Moderna*, Victoriano Salado Álvarez hace una pequeña alusión al escribir sobre la poesía en el periodo industrial, no al texto, pero sí a la forma en que empleó los personajes el autor uruguayo, lo que indica que probablemente conocía el escrito de 1900: “El tiempo actual es de transición en materia de arte. Todavía no somos Ariel ni podemos dejar del todo la esencia de Calibán; ha llegado ya la primavera, pero aún no caen las hojas del otoño”.¹³⁵ Y en concordancia con las opiniones que había manifestado sobre las nuevas tendencias poéticas de algunos modernistas y, sobre todo, del grupo decadentista, apoya el regreso de la mirada al mundo clásico: “Esa indecisión, esa vaguedad, esa timidez, se echan de ver en los insignificantes tanteos con que se aventuran los artistas por los nuevos caminos, y en la resurrección de estilos, de formas y pensamientos olvidados”.¹³⁶ Esto último se puede apreciar en un renovado interés por el mundo helénico que se va a manifestar primero en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y después será una de las facetas más emblemáticas del grupo ateneísta. Hay que aclarar que, aunque otras figuras como

¹³³ Rafael Altamira, “Latinos y anglosajones”, *Revista Positiva, Científica, Filosófica, Social y Política*, México, t. I, núm. 4, abril de 1901, pp. 139-140.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 143.

¹³⁵ Victoriano Salado Álvarez, “Papel de la poesía en el periodo industrial”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año 5, núm. 11, 1ra. quincena de junio 1902, p. 170.

¹³⁶ *Idem.*

Manuel Gutiérrez Nájera tuvieron un interés por los clásicos, la magnitud grupal con la que los jóvenes se volcaron a estos temas fue algo que no se había presentado antes.

También, antes de 1907, otro español ocupa un espacio para discutir sobre Rodó, esta vez cuando escribe sobre la obra del peruano Francisco García Calderón. En su artículo “Literatura Hispano-americana”, Miguel de Unamuno declara “La obra del meritísimo Rodó empieza a rendir frutos en América latina; los discípulos del admirable maestro uruguayo están realzando su labor. He aquí uno, el peruano García Calderón, que lleva a su trabajo la serena reflexión y la alta espiritualidad del maestro”.¹³⁷ Después de referirse a los cinco ensayos que el peruano aborda, Unamuno se detiene en el último, titulado “Hacia el porvenir” para señalar que

es un vivo y con resonancias propias; pero un eco del “Ariel” de Rodó. El autor ensalza lo nuevo. Y hace bien. Lo nuevo es bueno tan sólo por ser nuevo, si es verdaderamente nuevo, si es distinto, si es *otro*. Acaso el progreso consista en añadir algo distinto a lo que había, sin que importe que lo añadido sea peor o mejor, juzgándolo con este o el otro criterio. El progreso humano depende, en primer lugar, de que cada hombre que nace es distinto de los hombres que existieron –por pequeña que la diferencia sea;– de que cada uno es único e indiscutible.¹³⁸

Ahora bien, García Morales encuentra en que el texto de Rodó ofrece una visión nueva para el conflicto entre las posturas idealistas y positivistas de finales del siglo XIX y, por lo mismo, justifica el interés en su obra de personajes krausopositivistas como Leopoldo Alas “Clarín” y Rafael Altamira. Del mismo modo, considera que fue este motivo por el que se publicó por primera vez fuera del Uruguay, en “el círculo de normalistas dominicanos, seguidores del también krausopositivista Hostos”.¹³⁹

¹³⁷ Miguel de Unamuno, “Literatura Hispano-americana”, *Revista Moderna de México*, México, t. IV, núm. 28, diciembre de 1905, pp. 220-221.

¹³⁸ *Idem*.

¹³⁹ García Morales, *El Ateneo*, p. 122.

Por los motivos anteriores, no es de extrañar que el primer ateneísta en acercarse al texto, como registra la investigadora Susana Quintanilla, fuera el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien

leyó *Ariel* en Santo Domingo durante 1900, que fue el año decisivo en la formación de su gusto literario. La lectura ocurrió en al casa de las hermanas Feltz, especie de Salón Goncourt en la República Dominicana, cuando el padre de Pedro Henríquez Ureña era ministro de Relaciones Exteriores y se creía que la era de los tiranos incultos había acabado. *Ariel* les hizo gustar a estos lectores el nuevo estilo castellano, mientras que la lectura, ahora en español, de William Shakespeare y la iniciación en la poesía de Gabriel D'Annunzio, leída en francés, les advertía sobre la perdurabilidad de los clásicos.¹⁴⁰

Si la lectura de Rodó fue casi inmediata, los hermanos Henríquez Ureña, años adelante, durante su estancia en Cuba, también promovieron en este país una edición del libro.¹⁴¹ Esto demuestra un interés que no mengua sobre la obra rodoniana. Lo cual se ve reforzado con la publicación del primer libro del mayor de ellos, *Ensayos críticos*, publicado también en la isla, y que incluye un ensayo sobre *Ariel*, donde el dominicano sincretiza su lectura y opinión.

En la primera parte de este escrito, Henríquez Ureña se enfoca en el aporte del dramaturgo inglés que ha sido retomado por un puñado de pensadores para esbozar los contrastes sociales en los que están insertos. Sobre esta propuesta, escribe “De la imaginación fecunda y espléndida de aquel genio que domina, único y sin rivales, en la cumbre del arte literario, surgió un día a la vida inmortal el fulgurante cuadro simbólico *La tempestad*, obra armoniosa, serena y animada como los frisos del Partenón”.¹⁴² Y sobre el efecto de la configuración de los personajes, sigue: “Pensadores y artistas han indagado después qué

¹⁴⁰ Susana Quintanilla, “Dionisio en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, *Historia Mexicana*, México, vol. LI, núm. 3, enero-marzo, 2002, pp. 647-648.

¹⁴¹ Cf. García Morales, *El Ateneo*, p. 122; Quintanilla, *op. cit.*, p. 648. La investigadora incluso afirma que Pedro Henríquez Ureña pidió permiso a Rodó para hacer esta edición.

¹⁴² Pedro Henríquez Ureña, “Ariel”, en *Obra crítica*, FCE, México, 2001, p. 23.

quiso simbolizar el poeta en Calibán, el monstruo que tiene todos los vicios degradantes, y en Ariel, el genio que posee todas las virtudes milagrosas. Se ha dicho que el uno es la bestia humana y el otro la inteligencia”.¹⁴³ Ésta última, según el dominicano, ya haciendo referencia directa a la obra de Rodó, cruzó el Atlántico para posarse sobre la cabeza de ese otro personaje que habla a la juventud en forma de monólogo: Próspero, pues viene a “ayudarlo a triunfar de Calibán, que pretende adueñarse de esa isla desierta de la civilización que se llama América”.¹⁴⁴

La radiografía que sigue a esta pequeña introducción, probablemente sea equiparable a aquellas más tempranas de los españoles, Rafael Altamira y Leopoldo Alas, a quienes sigue en varios de sus argumentos. Incluso, encuentra un paralelismo entre el problema de la civilización que aqueja en la renovación de España y la propia Latinoamericana: “como estudian Rafael Altamira en su *Psicología del pueblo español* y Eloy L. André en *Nuestras mentiras convencionales*: es, en las palabras de Américo Lugo sobre Santo Domingo, que ‘la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios’”.¹⁴⁵

Varios son los puntos que enfatiza el dominicano, de entre ellos destaca lo acertado que es dirigirse a la juventud, pues todavía están en posibilidad de tomar decisiones acerca de su manera de proceder, es decir, aquello en lo que se enfoca Próspero: “sobre el desarrollo de la personalidad, sobre el cultivo del jardín interior, sobre el valor inestimable de la fe en el porvenir y de la alegría”,¹⁴⁶ sin embargo, a la par y casi con el mismo entusiasmo, habla sobre el rescate de la cultura griega que hace Rodó, pues la considera, junto al cristianismo, uno de los grandes movimientos que han sido fecundos para la creación. Si el primer punto

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ *Idem.*

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴⁶ *Idem.*

exige al lector de la obra rodoniana un compromiso con el desarrollo personal, el regreso a una forma de concebir el estudio en la cultura griega parece ser una contradicción, pues ésta a menudo se relacionaba con el ocio. No obstante el dominicano parte de equilibrio que ya he mencionado arriba, una ecuanimidad del pensamiento, que permite, es más, que exige, una combinación entre ambas posturas: “nunca debe la absorción en el trabajo de una vida forzosamente utilitaria excluir los momentos del ocio griego que deben consagrarse al reino interior, al culto de las cosas elevadas y bellas que da el sentimiento superior de la vida”.¹⁴⁷

Junto con Rodó, Henríquez Ureña encuentra un malestar que aqueja no solamente a la literatura sino a la cultura misma y que está en completa relación con las tendencias modernistas que, llevadas a un extremo, como en el caso mexicano, tomaban el derrotero del grupo decadentista. Por eso el llamado de *Ariel*, para el dominicano, es una consecuencia necesaria del contexto en crisis que se da en los diferentes países de Latinoamérica. Lo expresa de la siguiente manera:

Es así, puesto que para nuestros pueblos es crítico este momento histórico en que la ley de la vida internacional les impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas.

Por eso, Rodó se dirige a los jóvenes, indagando si conciertan en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesario para la magna obra.

La duda es grave. Muchas veces, ante el pesimismo que amarga muchas manifestaciones (no solamente literarias) de nuestra juventud, he pensado que éste es síntoma alarmante de un desfallecimiento espiritual. Es, como se releva en ciertos poetas decadentes, un pesimismo misantrópico y egoísta. Pero el egoísmo, resto de virilidad casi siempre, es sin duda cantidad aprovechable. Puede, modificándose, transformándose en culto del yo predicado por los pensadores modernos.¹⁴⁸

¹⁴⁷ *Idem.*

¹⁴⁸ *Idem.*

La distancia que pone el uruguayo entre el genio “natural”, del privilegiado tocado por los dioses, y el intelectual, aquel que ejercita la inteligencia por medio del trabajo, para un temple como el de Henríquez Ureña probablemente sería uno de los motivos más coherentes y seductores de la propuesta rodoniana. Tan sólo hay que apreciar si no el desprecio sí la ruptura en las declaraciones, sobre todo morales, contra los grupos o las personas que privilegiaron al libertinaje sobre el estudio. También por eso, insta de manera constante a la juventud a enfocarse en el gran ideal.

Ahora bien, Pedro Henríquez Ureña firma junto a Arturo R. de Carricarte, en *Revista Crítica*, todavía en Cuba, un artículo que hace eco a los discursos antiimperialistas de final de siglo, pero sobre todo al llamado rodoniano a la juventud, titulado “La intelectualidad hispanoamericana”. En sus *Memorias*, Pedro Henríquez Ureña afirma que el texto, que a su vez hace de programa para la revista, es de la autoría de Carricarte solamente; no obstante, hay un fragmento que refleja fielmente una postura que el dominicano cultivó, promulgó y persiguió durante su vida:

Si los que escriben y piensan en América, a regenerar a América consagrarán sus esfuerzos, si las desesperantes millonadas de analfabetos que pueblan nuestros estados tuvieran maestros que los educaran, si al descarriado poetaastro que jamás llegará a subir se le cerraran las puertas del libro y del diario induciéndolo a tareas que dándole a él más fruto beneficiaran también, en proporción estrechamente directa, a su país, entonces nos sentiríamos en América como en nuestro verdadero territorio, querríamos saber de Europa como de tierra fraternal, no como de tierra maestra; lucharíamos en América por América y para América, nuestra hermosa América nos bastaría...¹⁴⁹

Del mismo modo, el artículo encuentra un estado de pesadez y estancamiento que afecta todas las facetas de la sociedad latinoamericana, pero tienen confianza en que el trabajo es la vía para lograr el potencial que merecen estas naciones. Según el dominicano, su partida

¹⁴⁹ Arturo R. de Carricarte y Pedro Henríquez Ureña, “La intelectualidad hispano-americana”, en Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, México, 1989, p. 17.

de Cuba se debe justamente a que la sociedad cultural de la isla estaba infectada por este malestar, incluso el mismo Carricarte. El 7 de enero de 1906 comienza su incursión por suelo mexicano.¹⁵⁰ Cuatro meses estuvo en Veracruz, antes de partir para la Ciudad de México, donde enseguida ingresó en las filas de *El Imparcial*. Ahí conoció a dos figuras centrales de la literatura mexicana, Carlos Díaz Dufoo y Luis G. Urbina, que otrora estuvieran timoneando la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera; sólo para después conocer a los colaboradores de *Revista Moderna de México* en casa de Jesús E. Valenzuela y algunos de los jóvenes que ahí se arremolinaban y estaban lanzando su propia empresa llamada *Savia Moderna*, y con los que encontró, por fin, cierta afinidad intelectual.¹⁵¹

Para algunos jóvenes, la figura de Henríquez Ureña ya era conocida por su libro *Ensayos Críticos*, pero las reseñas de éste comenzaron después de su llegada a la ciudad. La primera que registro es de Francisco García Cisneros, en las páginas de *El Contemporáneo*, donde el reseñista señala influencias literarias con las que los jóvenes mexicanos también se identificaban:

Su atavismo de raza le hace abrir las cortinas escarlatas del Emperador del Color, del optimista cándido y sensual, que unió al arte sagrado del Dante, el maravilloso modo de traducir en versos las emociones y las sensaciones de los sentidos: unió en tres grandes ofrendas, tres alegorías suntuosas de amor y de arte; presentó en tres grandes óleos tres estilos acabados, tres perfecciones diversas: Gabriel D'Annunzio, Oscar Wilde y Rubén Darío.¹⁵²

¹⁵⁰ Para datos detallados sobre el desenvolvimiento del dominicano en las diferentes facetas e instancias culturales de México consultar la obra de Alfredo A. Roggiano, *op. cit.* Ahora bien, la investigadora Emma Susana Speratti Piero hizo la increíble tarea de recopilar toda la bibliografía del dominicano en un texto que sirve de guía para todo aquel que quiere profundizar sobre algún aspecto específico de su obra *vid.* "Crono-bibliografía de don Pedro Henríquez Ureña" (*Revista Iberoamericana*, vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 145-292).

¹⁵¹ Cf. Roggiano, *op. cit.*, pp. 33.34.

¹⁵² Francisco García Cisneros, "Crítica de críticas. A propósito del primer libro de Pedro Henríquez Ureña", *El Contemporáneo. Diario de la tarde*, México, t. XII, núm. 2410, 26 de octubre de 1906, p. 3.

Aunque más significativa, es la mención que hace sobre el apartado que el dominicano dedica a la obra de José Enrique Rodó, “al Maestro Niño, al Próspero mancebo, al que en Ariel predicó a la juventud de esa fogosa América un culto por la serenidad intelectual, y una religión por la tranquilidad de la conciencia”,¹⁵³ y después de mostrar el mismo temor por “potencia positiva y comercial”, García Cisneros, escribe: “temores que hace años yo traté de desvanecer y que hoy mi amable amigo convence con su rica erudición y su elocuente manera de hacer brillar el astro que más resplandece en su estilo: la Verdad”.¹⁵⁴

Si bien es cierto que la presencia de Pedro Henríquez Ureña aumentó o cimentó la lectura de *Ariel* en el ámbito mexicano, no menguaron los comentarios de algunos españoles que encontraban en el texto una propuesta que cambiaba las reglas del juego, porque, al otro lado del Atlántico, se percibía un movimiento efervescente en las letras y el pensamiento latinoamericano.

Entrado el año de 1907, Unamuno, en su texto “Don Quijote y Bolívar”, se cuestiona sobre la unidad que debería tener América, pues desde la distancia muchas de las manifestaciones intelectuales parecen ser independientes. Por lo mismo, retoma las palabras que Rodó empleó en el funeral de un literato chileno: “si es alta la idea de la patria, en los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tanto vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria y es la idea de la América”.¹⁵⁵

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ Miguel de Unamuno, “Don Quijote y Bolívar”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 47, julio de 1907, p. 263.

Unamuno equipara las ideas del uruguayo con Simón Bolívar, esa figura máxima de los movimientos independentista latinoamericanos, pues el ideal que va propagando le parece el adecuado para dar forma a las múltiples discursos que se gestan aquí y allá con un denominador común:

la idea de la América como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, como sus héroes, sus educadores, sus tribunales; desde el golfo de México hasta los sempiternos hielos del sur”. Y añadía: “Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, si no los ciudadanos de la intelectualidad americana”. Palabras tan altas y nobles cuando es noble y alto el espíritu del pensador de “Ariel”.

No sé si esto es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad a Cuba y Puerto Rico y “establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español”.¹⁵⁶

Esta manera de concebir el papel de la juventud tuvo repercusiones trascendentales en suelo mexicano. La tensión que se percibía en el ambiente político, una resistencia hacia una dictadura que se debilitaba poco a poco, a la par de un pensamiento positivista impuesto en las aulas escolares, hacía que los jóvenes empezaran a cuestionar su situación desde otras corrientes de pensamiento más propias para la crisis de fin de siglo, pero, sobre todo, más propias para la renovación que exigía el siglo XX. Tal vez por eso, encontraron refugio en los clásicos, pues de la amalgama de corrientes y posturas que convergían hacia finales del siglo, un humanismo renovado parecía ser la opción correcta. Como apunta la investigadora Edith Castañeda:

La lucha [...] por la belleza es también una lucha humanista inspirada en la cultura griega para lograr el mejoramiento del hombre y la consolidación de la cultura nacional. El ensayo de José Enrique Rodó, Ariel, publicado en 1900, incita a los modernistas a la expresión artística que privilegia lo americano. La Grecia antigua es un modelo para Latinoamérica por la importancia atribuida al ideal de la belleza y al sustento humanístico de su cultura. Rodó concibe el anterior planteamiento frente al imperialismo estadounidense que representa el materialismo en su máxima expresión. Destaca el valor espiritual en la sociedad

¹⁵⁶ *Idem.*

para consolidar un nuevo orden social basado en la exaltación de valores estéticos, surgidos de América Latina para el mundo. Los ateneístas influidos por *Ariel* enfocan su interés estético y humanista hacia lo mexicano y lo hispanoamericano, con el fin de consolidar la cultura nacional.¹⁵⁷

Lo último puede aplicarse a una buena parte del grupo ateneísta, pero no a todos los integrantes de la avanzada. Su formación como grupo permite que confluyan entre las filas una variedad de posturas que incluso pueden resultar antagónicas. Esto se puede apreciar con claridad cuando el movimiento armado estalló en México y miembros del grupo tomaron diferente partido, del mismo modo que otros se caracterizaron por una indiferencia hacia la Revolución y otros más apostaron por una visión del arte más bien cosmopolita, una postura que si bien no implicaba un antinacionalismo, más adelante, provocaría ciertas polémicas literarias sobre el “deber ser” de la literatura en un país en reconstrucción.

Por lo anterior, hay que tener en cuenta que en el año de 1907, Henríquez Ureña ya se había asentado en la Ciudad de México, después de una recepción por demás aceptable, y había hecho migas con los jóvenes que se arremolinaron en torno a la revista *Savia Moderna*; además de que el dominicano, siguiendo el discurso rodoniano, se veía a sí mismo, y se había posicionado con respecto a los demás, como una especie de Próspero, o por lo menos así lo percibe la investigadora Susana Quintanilla:¹⁵⁸

Pedro Henríquez Ureña aún no había desarrollado del todo su teoría de la obra intelectual como producto de un pequeño grupo que vive en alta tensión, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente. Sin embargo, su naturaleza afable, su vocación magisterial y sus intereses particulares hicieron que desde sus primeros días en México buscara el trato íntimo con los demás. “Vivía entre sus discípulos [es necesario confesarlo] en un mundo de pasión”. No era varón de muchas palabras, aunque sí de veredictos y de ejemplo. Pertenecía al género de maestros que, según Jorge Luis Borges, no sólo exponían la ley, sino que eran la ley. Julio Torri recordaría que estar incluido en una de sus

¹⁵⁷ Edith Castañeda, “Humanismo ateneísta”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 2, enero-junio de 2002, p. 29. pp. 21-31.

¹⁵⁸ Cf. Quintanilla, *op. cit.*, p. 650.

temidas “listas” y haber obtenido su aprobación era como tener la celebridad en el bolsillo. Hacía comentarios incisivos, no siempre inteligentes ni justos, acerca de todo y de todos. En lo peor de sí mismo, lanzaba golpes bajos que percutían en las canchas literarias de la capital del país. “Cerca de sí no había sino devotos y maldicientes”.¹⁵⁹

El papel del dominicano resulta, pues, central en la lectura que se hace del *Ariel* en México. García Morales considera su papel decisivo para las edición que los jóvenes hicieron del libro en el año de 1908. Con una tirada de 500 ejemplares, esta edición se imprimió en Monterrey,¹⁶⁰ gracias al patrocinio del entonces gobernador del estado Bernardo Reyes, padre de ese otro espíritu inquieto Alfonso Reyes, el cual hizo mancuerna con el dominicano desde los albores de su estancia en México. García Morales incluye en su libro una “Nota de la edición mexicana”, la cual “consta de una parte general en la que se informa de la personalidad de Rodó, cuándo se publicó Ariel, su éxito y difusión en España y América; y una segunda parte, en la que conviene especialmente reparar, sobre los motivos de la edición”,¹⁶¹ y de la que vale la pena reproducir aquí por lo menos el último párrafo que el investigador español no duda en atribuir a la pluma del dominicano:

Al dar a conocer a ARIEL en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norte-americano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud del estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que ARIEL sea la

¹⁵⁹ *Ibid.* 652-651.

¹⁶⁰ José Enrique Rodó, *Ariel*, Talleres Modernos de Lozano, Monterrey, México, 1908. En una carta Pedro Henríquez Ureña pregunta a Reyes: “¿Qué hay del *Ariel*? No olvides enviarnos un ejemplar especial con tu firma para firmarlo todos *Nosotros* y enviárselo a Rodó”. A lo que el norteño le responde: “Yo no quiero escribirle sino cuando pueda darle una buena noticia. Se me había pasado decirte que *Ariel* va atrasadísimo, pero que ya me ocupo yo de él, y yo soy *muy activo*. Saldrá elegante” (Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, FCE, México, 1986, pp. 58 y 60).

¹⁶¹ García Morales, *op. cit.*, p. 123.

más poderosa inspiración de ideal y esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren.¹⁶²

Esta nueva edición, promovida por los jóvenes que ya se habían zanjado camino en la vida cultural mexicana, propició un renovado (para aquellos que lo siguieron desde su publicación) o nuevo entusiasmo por el discurso de Rodó. Por eso no es de extrañar que las menciones del uruguayo y su obra tuvieran un aumento significativo en diferentes espacios impresos durante esos años.¹⁶³ Tampoco es de extrañar que Porfirio Parra, director de la Escuela Nacional Preparatoria, después de la apoteosis a cargo de los jóvenes, aprovechara el momento para sacar una edición del texto, después de todo éste estaba a la par de los fundamentos de su maestro y guía, Justo Sierra, que consideraba que “el ideal de la educación nacional no podía satisfacerse con la sola instrucción científica, sin desarrollar a un tiempo las facultades morales y estéticas de los jóvenes”.¹⁶⁴

Ahora bien, no cabe duda de que la juventud, a pesar de recibir algo tarde la lectura, se siente identificada con la visión del uruguayo, sobre todo porque les da la unción para fungir como guías espirituales en el proceso de renovación latinoamericana; es decir, los valida como intelectuales; sin embargo, de acuerdo con García Morales: “Ariel no fue, no

¹⁶² *Ibid.*, p. 124.

¹⁶³ Algunas de las menciones sobre *Ariel* en la prensa nacional: “Sr. Ingeniero José M. Espinosa y Cuevas. México”, *El Contemporáneo*, México, t. XIV, núm. 2780, 24 de enero de 1908, p. 2; “Ideal de la civilización de América”, *El Contemporáneo*, México, t. XV, 25 de abril de 1908, núm. 2852, 25 de abril de 1908, p. 1; “La democracia cubana y el problema de la razas”, *El Imparcial*, México, t. XXV, núm. 4397, 2 de octubre de 1908, p. 3; “Bibliografía”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXVI, núm. 8415, 13 de noviembre 1908, p. 1; “Obras recibidas. Librería Andrés Botas”, *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, México, vol. VI, núm. 817, 8 de enero de 1909, p. 5; “Rodó el moralista idóneo de la filosofía”, *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, México, vol. VI, núm. 1387, 24 de agosto de 1910, p. 4; Carlos González Peña, “Ir al pueblo”, *El Mundo Ilustrado*, México, año XIX, t. 1, núm. 5, 4 de febrero de 1910; “Un nuevo libro de José Enrique Rodó”, *El Imparcial. Diario Ilustrado de la Mañana*, México, t. XXXII, núm. 6651, 17 de junio de 1912, p. 6.

¹⁶⁴ García Morales, *op. cit.*, p. 126. Las cartas intercambiadas entre Rodó y Parra en enero de 1909 respecto a esta publicación se pueden consultar en la Hemeroteca Digital de México (*Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, t. 1, núms. 5-6, enero-febrero de 1909, pp. 129-131; también las reproduce García Morales, pp. 127-129). El informe del subdirector J. Mancilla del Río, escrito en marzo, se reproduce en el boletín del número de abril, donde da cuenta, otra vez, de la importancia de esta edición (*cf.* “Informe del subdirector”, *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, t. 1, núm. 9, 1 de mayo de 1909, pp. 201-205).

pudo ser para ellos una obra original, inobjetable y definitiva, sino un símbolo: la expresión americana del renacimiento idealista contemporáneo; la representación y la justificación de la vida intelectual a que aspiraban”.¹⁶⁵ Renovación que, a final de cuentas, resultó de una mezcla estudiada de corrientes de pensamiento, estrategias grupales y una comprensión de la temperatura social en la que se encontraban insertos.

La afinidad con el pensamiento rodoniano, también, se verá manifiesta en el trascurso de la primera década del siglo XX, pues éste unifica las diferentes personalidades en la búsqueda del Ideal. Así, las distancias que podrían ser antagónicas y motivo de fractura, más bien se explotan para un beneficio grupal. Esto potencializa el alcance del grupo, pues da acceso, de una u otra forma, a las diferentes esferas políticas y culturales que estaban en conflicto.

Ahora bien, esto aunado a la visión que tuvieron del caso Dreyfus toma un matiz bastante particular pues supieron aprovechar el momento y el gesto ejercido por Zola para buscar otra manera de integrarse al grupo, pues más que un acto desinteresado y de amor por la figura de Gutiérrez Nájera o Gabino Barreda, como veremos adelante, encuentran un valor de posicionamiento en la acción de levantarse en contra de lo que consideran una injusticia.

¹⁶⁵ García Morales, *op. cit.*, p. 122.

CAPÍTULO III

EL INTELLECTUAL EN EL CAMPO DE BATALLA:

INSTITUCIONES, REVISTAS Y FOROS

En los capítulos anteriores se esbozaron algunas de las corrientes y hechos fundamentales para el desarrollo del pensamiento y formación de la figura del intelectual en México. Esas páginas, para nada exhaustivas, pretenden matizar en el presente capítulo, de una u otra forma, cómo las diferentes propuestas de fin de siglo fueron asimiladas, reinterpretadas o, más aún, manipuladas por los jóvenes que se arremolinaron en torno a la revista *Savia Moderna* y que después se congregaron bajo el nombre del Ateneo de la Juventud. Es decir, si los apartados pasados dan cuenta de una forma de pensar que corresponde a otros grupos o corrientes, en este capítulo se verá cómo los proto-ateneístas rescatan de ellos ciertos ademanes, actitudes y formas de pensar con el fin de violentar su entrada al mundo cultural y, una vez ahí, consagrarse como la nueva intelectualidad mexicana.

3.1. La Escuela Nacional Preparatoria. Semillero de personalidades

La personalidad adquiere características significativas en el periodo de la adolescencia, etapa en la que generalmente el ser humano se va armando de un aparato crítico que pretende ser independiente al tomar distancias o acercamientos de las diferentes formas de pensar y comportarse que la experiencia le ha puesto en el camino, pero también por indagar alternativas que se alejen, por desconocimiento o censura, de aquello que está aprobado socialmente. Por eso, no es de extrañar que la exploración de espacios y lecturas vaya

estableciendo nuevas tendencias, y también que éstas acerquen a los espíritus afines, que al compartir opiniones y gustos se vayan conformando como grupos con características generales que los definen, pero en los cuales, por su misma naturaleza como grupo, la individualidad juega un rol esencial. A pesar de ello, los espacios oficiales, como las escuelas, son los más comunes y propicios para que los jóvenes establezcan un primer contacto que podrá desarrollarse en una amistad solamente lúdica o bien literaria e intelectual.

En México, el papel que juega la Escuela Nacional Preparatoria es crucial para entender buena parte de literatura mexicana de fin de siglo XIX y principios del XX, pues ahí, desde la segunda mitad del siglo XIX, con la reforma impuesta por Gabino Barreda, se pueden establecer líneas y guiños que acercan a personajes y grupos paradigmáticos en el desarrollo de ésta. En el siglo XX su papel no mengua, los miembros del Ateneo de la Juventud, la generación de 1915 —o los Siete Sabios—, Contemporáneos y Taller, por decir algunos de los grupos más relevantes, encuentran en las aulas o patios de la ENP los primeros contactos que después se manifestarán en esas colectividades que tuvieron una repercusión significativa en la historia de la literatura.¹

Ahora bien, de la nómina ateneísta de 69 personas que proporciona Alfonso García Morales, el mayor de los miembros, Luis G. Urbina, nació en el año de 1864 y el más joven, Enrique Jiménez Domínguez, en 1891; una diferencia de 27 años que da pauta para que

¹ Para ver las relaciones en la ENP del grupo Contemporáneos es indispensable ver la obra de Guillermo Sheridan, *Contemporáneos ayer*, FCE, México, 2003; base que Anuar Jalife utiliza para profundizar sobre la importancia de este recinto en su estudio sobre la juventud en las revistas literarias (*cf. op. cit.*). Del mismo modo, Salvador García Rodríguez reflexiona en *La promoción de la revista Taller, entre la tradición mexicana y el llamado del mundo*, sobre el rol fundamental de la ENP: “Por su simpatía y edad, tenía 23 años, alrededor del recién graduado se reunieron diversos amigos que habían entablado amistad en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP). A pesar de compartir experiencias y una formación similar, los asistentes se reconocían como integrantes de dos grupos diferentes. El primero se había formado alrededor de las revistas *Barandal* (1931-1932) y *Cuadernos de los Valle de México* (1933-1934), y estaba compuesto por los mayores, en cuanto a nivel educativo [...] Al segundo de los círculos, nacido a la luz de *Taller Poético*, pertenecían el veracruzano Rafael Solana junto a los jóvenes poetas Efraín Huerta y Alberto Quintero Álvarez” (*cf. Tesis doctoral, COLSAN, S.L.P., México, 2016, p. 14*).

dentro de sus líneas se encuentren personalidades de una amalgama muy variada.² Sin embargo, el mayor contingente, 45 integrantes, nació apenas en un lapso de 11 años, 1878-1889, y durante su juventud la mayoría de ellos compartieron experiencias, lecturas y espacios. La Escuela Nacional Preparatoria funge como uno de los lugares paradigmáticos, porque es uno de formación donde la mayoría llegó a concurrir, más aún en el periodo de finales del siglo XIX y la primera década del siglo XX, cuando las corrientes de pensamiento oficiales se empezaban a cuestionar de manera ferviente y el país se encontraba en una encrucijada política irremediable.

Siguiendo la idea de Gabino Barreda, la ENP se convirtió en un centro cultural de relevancia nacional, debido a que algunas de las mentes más brillantes del periodo confluyeron en sus aulas para impartir clases, dentro de las que destacan “José María Marroqui, José y Francisco Díaz Covarrubias, José María Vigil, Rafael Ángel de la Peña, Leopoldo Río de la Loza, Ignacio Ramírez El Nigromante, Ignacio M. Altamirano, Manuel Payno, Alfonso Herrera, Porfirio Parra, Carlos Pereira, Manuel Orozco y Berra, Manuel M. de Barra, Luis G. Urbina, Amado Nervo, Protasio Tagle, Justo Sierra, Miguel E. Shultz, Francisco Bulnes, Ezequiel A. Chávez, Nemesio García Naranjo y tantos otros que dieron brillo y fulgor al país”.³ Cabría agregar a Jesús Urueta que, junto con Urbina, fue miembro del Ateneo y estuvo al frente del salón de clases entrando el siglo XX como maestro de algunos de los integrantes. La nómina de profesores, de posturas variadas, a pesar de que el positivismo fuera la corriente oficial, hizo que los alumnos se enfrentaran a una dinámica que se veía en una constante pugna por timonear ese aparato creado para formar a la juventud mexicana.

² Cf. Álvaro Matute, *El Ateneo de México*, FCE, México, 1999, pp. 28-35

³ González Cárdenas, *op. cit.*, p. 14.

Aunque los estudios sobre el Ateneo de la Juventud, casi en todos los casos, no parten sus estudios de este espacio, su importancia en su desarrollo intelectual es crucial, pues, como advierte Octavio González Cárdenas:

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que la Escuela Nacional Preparatoria fue hija legítima de la Reforma y hasta el momento de estallar la Revolución de 1910, la escuela superior del liberalismo mexicano. Ese carácter liberal de nuestra Escuela explica el papel histórico que desempeñó en las postrimerías del Porfiriato, ya que actuó como precursora de la Revolución de 1910, pues ya para 1908 estudiantes preparatorianos efectuaban mítines o asambleas proclamando a toda la República, que el dictador de México, Porfirio Díaz, no era ya el caudillo liberal y continuador de la obra consumada por el presidente Benito Juárez. A la vez que participaban en desfiles, pronunciando discursos incendiarios en contra de la dictadura porfirista, descontento que señalaba el amanecer de la Revolución Mexicana.⁴

Pero esto no sucedió de la noche a la mañana, sino que fue un proceso lento que se fue gestando al interior de las aulas desde finales del siglo XIX. A la par de la filosofía positivista, empezaron a surgir ciertos autores que no se distanciaban de esta tendencia, pero que harían una escuela que cuestionaba sus fundamentos “determinando en las almas jóvenes un estado de conciencia poética con la relevación de los fenómenos naturales y las generalizaciones de maestros como Comte, Stuart Mill y Baine, viniendo a dar franca salida a las divagaciones imaginativas de Herbert Spencer con su celebre postulado universal”.⁵

Por otro lado, Clementina Díaz y de Ovando en su libro, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1897-1910)*, proporciona un recorrido histórico que desentraña el funcionamiento de este organismo institucional. También, registra que para el año de 1885 ya se manifestaba ese cierto descontento en los periódicos nacionales con la filosofía instaurada por Barreda, lo cual se esclarece al rescatar cierto tipos de notas con una

⁴ *Ibid.*, pp. 15-16.

⁵ Jesús E. Valenzuela, “Los modernistas mexicanos (de *El Universal*)”, dirigida a José Juan Tablada, *Revista Moderna. Literaria y Artística*, México, año 1, núm. 9, 1ro. de diciembre de 1989, p. 139.

tonalidad más incendiaria, como el de *La Moralidad*, que enfatiza que “El deber de la prensa honrada, era lograr que la opinión pública se alzara contra la minoría oligarca que sostenía el positivismo. Era deber de los diez millones de mexicanos oprimidos salvar a la patria, el alma y libertad, luchando contra el positivismo”.⁶

Siguiendo el derrotero marcado por este libro, que da asomos a las tendencias que apoyaban el régimen, por lo tanto el positivismo –y las que querían terminarlo–, e indagaban otras corrientes de pensamiento, se puede bosquejar el ambiente turbulento al que los jóvenes se enfrentaron y las posturas que tomaron ante éste. Del mismo modo, se pueden rastrear algunos gestos que destacan por ser rectores en el pensamiento de la pléyade que después integró el grupo ateneísta en 1909, pero que vienen calando en el escenario desde años antes. Un ejemplo claro es el regreso de la mirada hacia el mundo clásico: “En 1886 ya era notorio en el ambiente un descontento con el régimen porfirista por parte de una parte del alumnado de la Escuela Nacional Preparatoria. Ejemplo de ello es la composición de Gabriel González Mier, “Oda a Atenas”, en honor a Sebastián Lerdo de Tejada, donde el estudiante velaba un ataque al gobierno bajo referencias griegas”.⁷

A pesar de las divergencias en el seno de la institución, ya fuera de alumnos o de profesores, queda constancia de un agradecimiento por parte del alumnado a algunos de esos guías que consideraron cruciales, esto, incluso, a pesar de no congeniar del todo con sus ideas

⁶ Díaz y de Ovando, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1867-1910)*, UNAM, México, 1972, p. 155. También cabe apuntar que en esos años la renovación en la prensa fue crucial, tanto el papel de periódicos, como *El Nacional*, tratando de derrocar el positivismo, como los de Reyes Spindola *El Imparcial* y *El Mundo*, que marcaron los rumbos modernos de la prensa mexicana; sobre ello Manuel Caballero, en *El Nacional*, el 31 de diciembre de 1896, comentaba las vicisitudes a las que se enfrentó el medio “En este año –decía Caballero– han desaparecido *El Partido Liberal*, *La Revista Azul*, *La Paz Pública*, y habían visto la luz *El Mundo*, *El Imparcial*, *Le Courier Francais*, *El Fígaro Mexicano*, *La Revista de Instrucción Pública*, *Flor de Lis*, *El Boletín de Relaciones...* (cf. *Ibid.*, pp. 198-199). Además hay que anotar que el descontento que aquí apunto no fue espontáneo, más bien no todos estuvieron de acuerdo desde el momento en que la filosofía positivista se instauró; sin embargo, los alcances y manifestaciones de descontento que registra la investigadora en la prensa nacional parece ser que comenzaron hasta tiempo después.

⁷ *Ibid.*, p. 163-164.

más trascendentales. Los propios ateneístas confiesan en sus escritos quiénes eran esos maestros:

Antonio Caso cuenta que de la cátedra de retórica de don José María Vigil su generación recibía como antídoto al positivismo la evocación de los poetas latinos “que sabía traducir, preciosamente”, así como los “elementos de la estética krausista, cuyo sistema conocía con perfección”. Que don Ezequiel A. Chávez, “no obstante que meditaba dentro del marco del empirismo”, los hacía pasar a través de sus lecciones de psicología, de Comte a Spencer. Para él “Comte no era ya un fetiche”. Inclinábase en su preferencia hacia el “pensamiento psicológico de Spencer”. Que don Justo Sierra en su cátedra de historia los llevaba del escepticismo de la ciencia positivista al terreno de lo que “es la cultura. Sus bienes y valores; sus vicisitudes, sus triunfos y sus héroes”. Y que los propios campeones del positivismo aplaudían sus esfuerzos de juventud, y los alentaban con su ejemplo.⁸

Díaz y de Ovando esboza este sentir sobre todo con dos figuras, Gabino Barreda y Justo Sierra, sólo opacada, según lo recogido por la investigadora, por Guillermo Prieto “uno de los profesores más queridos, más batalleros de la Escuela Nacional Preparatoria, ‘El liberal, el historiador, el tribuno’ y el más admirado poeta popular de México, ‘gloria indiscutible del partido liberal y de la literatura patria. [...] Ninguno de los profesores de la Escuela Nacional Preparatoria, ni siquiera Barreda, Ramírez o Altamirano, tuvieron unos funerales tan suntuosos y magníficos como los de Guillermo Prieto, uno de los auténticos buscadores de nuestra expresión nacional”.⁹

Si bien los alumnos muestran un admiración incomparable por Prieto, el pensamiento de Barreda y Sierra tiene repercusiones más significativas. De este último, Jesús Flores recuerda una anécdota que demuestra tanto la admiración de los alumnos como las rencillas en el magisterio: “las clases de historia [...] quien con su poderosa voz y el torrente de su palabra fascinaba a los estudiantes ‘sin que nos importara la personalidad política de don

⁸ Hernández Luna, *op. cit.*, p. 8.

⁹ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 203-204.

Justo, como le decíamos’, hasta que un día ‘los aplausos con los que pagábamos de deferencia al maestro’, so pretexto de desórdenes, el director de la preparatoria, prohibió los aplausos”.¹⁰

Juan Hernández Luna se da a la tarea de recopilar algunas de las opiniones de los ateneístas respecto a su experiencia en la ENP, pero sobre todo las que versan sobre sus maestros, lo cuales se han puesto como antagonistas, sobre todo porque catalogar a estos personajes de forma categórica parece ser uno de los errores más constantes. Ni a Justo Sierra se le puede nombrar sólo como Científico ni a Jesús Urueta se le puede clasificar como decadentista o liberal; ambas personalidades, como la de muchos de sus contemporáneos, van evolucionando en su forma de pensar y su manera de posicionarse ante el público y el mundo. El Urueta de la segunda década del siglo XX, maderista acérrimo, alguna vez fue parte de “un grupo de estudiantes reeleccionistas” que “lanzó un manifiesto a la nación, apoyando a Díaz”, no sólo como miembro si no que firmó como secretario (sólo bajo la firma del presidente Ezequiel A. Chavéz).¹¹ Y de Justo Sierra, Beatriz Ruiz Gaytán afirma que “Cambió de opinión varias veces, sus ideas fueron tomando forma, evolucionando, jamás se desposó de ellas de modo indisoluble” y luego sigue, para mostrar la objetividad del maestro y su “lucidez para deslindar intereses y despojarse de lo que no consideraba constructivo, la intachable actitud de su republicanismo radical frente a las ideas monárquicas del padrino a quien tanto debía” pero ciertamente “nunca perdió esa objetividad, pero, cuando ya maduro, se metió en el trabajo de integrar la educación nacional, no hubo obstáculo que no venciera para conseguir todo aquello que consideró indispensable”.¹²

¹⁰ *Ibid.*, p. 179. También ver: Álvaro Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, UNAM, México, 2005, pp. 429-444,

¹¹ Cf. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 172. La investigadora encuentra que las firmas de este manifiesto: Ezequiel A. Chavéz, Jesús Urueta, José Peón del Valle, Ángel del Campo, Antonio de la Peña y Reyes, José María Luján, Carlos Pereyra y otros, coinciden con los miembros del Club Central Porfirista de la Juventud (cf. *Ibid.*, p. 174).

¹² Beatriz Ruiz Gaytán, “Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios, *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 4, abril-junio de 1967, p. 545.

Por otro lado, en la figura de Gabino Barreda la juventud se detiene a reflexionar constantemente, y aunque se distancian de la postura por él instaurada reconocen la labor que el pedagogo realizó. Pruebas de ello están desde el panegírico que le dedica Jesús Urueta y del que Díaz y de Ovando registra:

El Imparcial, el 11 de marzo, dio cuenta de la manifestación en honor de Barreda el día 10 de marzo en el Panteón de Dolores, los alumnos de la Preparatoria fueron todos vestidos de negro, “observando el orden y compostura natural al acto que iban a asistir”. Ezequiel A. Chávez pronunció la oración fúnebre. Por la noche en el Teatro del Conservatorio tuvo lugar una velada presidida por el ministro de Fomento, a la que asistieron los profesores y alumnos de la preparatoria. Hablaron en tan solemne ocasión Miguel E. Schulz, Pablo Macedo, Porfirio Parra y por último Jesús Urueta “terminó tan importante ceremonia pronunciando uno de esos discursos que deslumbran por la brillantez de imágenes y que son modelos de verdadera elocuencia y filigranas de oratoria”.¹³

A parte de los homenajes, se encuentran las opiniones en epístolas y diarios, hasta una conferencia sobre su persona, en el aniversario de la Independencia, realizada por José Vasconcelos. Titulada “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, esta conferencia se enfoca en rescatar las enseñanzas que el ateneísta considera de tuvieron valor para “encaminarnos por la senda en que se logran las visiones elevadas del mundo y nuestro ser”.¹⁴ Si Vasconcelos critica algunas de las posturas de Barreda, como una figura polémica que fue, no niega que construyó una institución con una plana magisterial –si bien no se entendía del todo en tanto a la filosofía impuesta– que contenía algunas de las mentes más relevantes de finales del siglo XIX. Esto tuvo una repercusión en aquellos que se instruían en estas aulas, pues el ambiente era propicio no para seguir ciegamente sino para cuestionar el orden asignado. Eso es lo que enfatiza Vasconcelos, pues “La doctrina que solamente crea sectarios

¹³ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 213.

¹⁴ José Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, p. 95. Hay un texto de finales del siglo que puede agregar al esbozo de la figura de Barreda: Manuel Flores, *Dr. Gabino Barreda. Propagador del positivismo en México y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria*, Biblioteca de México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, México, 1880.

y convencidos mata la espontaneidad y como que anula otras vidas”;¹⁵ sin embargo, el ambiente de la ENP significó otra cosa, pues se gestaron posibilidades que de haber sido más estricta la campaña positivista no se hubieran dado. Reflexiona sobre este cariz intelectual, así:

Y nos ha tocado en suerte, a los hombres de la actual generación vivir en un tiempo en que lejos, de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el ministerio fecundo; edifican la novedad que ha de ser nuestra expresión, y de esta manera el ideal se realiza, obra en las almas y esclarece el exterior, donde, no obstante cierta disolución aparente, predomina un sentimiento de confianza, propio de los periodos exaltados en que los dolores se olvidan y las dudas se iluminan, de los instantes de claridad y de mensaje en que el sentir profético anuncia un advenimiento y la elaboración de los credos que guían generaciones.¹⁶

Probablemente sea esto uno de los legados más significativos de Barreda, o por lo menos así lo destaca Vasconcelos, aspectos morales que fueron decisivos: la solidaridad y el altruismo; el primero “permite la vida colectiva en que la civilización se desarrolla”; el segundo es una “inclinación social a obrar en beneficio de de los demás por el provecho que con ello nos resulta”, y todo esto, concluye el joven, lleva a “la inmortalidad que se alcanza en la memoria de las generaciones venideras”.¹⁷

Vasconcelos encuentra necesaria la intervención de Barreda, pues se da en un tiempo en que la nación se encuentra en un periodo de reconstrucción, en la que, más aún, las personalidades y pensamientos son tan disimiles que no encuentran un punto en común. La instauración del positivismo en un suelo donde todos eventualmente convergen proporciona esto, una sociabilidad que dará otros frutos, tal vez diferentes a los propuestos, que serán

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 96.

¹⁷ *Cf. Ibid.*, p. 99.

resultado de ese primer contacto en un espacio ineludible y que marcaron el derrotero del pensamiento moderno:

Dichas enseñanzas no sólo capacitaron a la civilización mexicana para las conquistas prácticas del orden económico e industrial, adiestrando generaciones en la aplicación de conocimientos científicos útiles, sino que también, en el orden mental, nos legaron una disciplina insustituible cuando se trata de orientar las esperanzas sobre el destino y el progreso de los acontecimientos.

Gracias a esta educación demostrativa y sincera, hemos podido evitar reacciones interiores que pudieron llevarnos a viejos conceptos que ya no tienen verdadero poder de exaltación; y de esta manera, si Barreda y el positivismo no nos dieron cuanto anhelábamos, sí impidieron que retrocediésemos en el camino del mejoramiento; y sin sospecharlo, en virtud de sus propios postulados limitativos del dominio de la especulación, nos obligaron a explorar otras virtualidades de nuestro ser, para ellos cerradas en su ensimismamiento científico, para muchos otros abiertas y fecundas en el mismo tiempo en que ellos vivían, ricas hoy, más aún, en sugerencias ilimitadas.¹⁸

Ahora bien, tal como se anuncia en *El Imparcial* en 1903, veintidós años después de la muerte del profesor, al escribir sobre la primera estatua erigida en su honor, la obra de Barreda se puede comprimir en una sola línea: la educación de la juventud. En ese artículo se enaltece la labor del reformista, haciendo hincapié que su obra más que sectaria (como algunos la vieron) trataba más bien de “erigir sobre bases sólidas la educación intelectual, la de construir, desde los cimientos hasta la cúspide, la Escuela Preparatoria en la cual toda una juventud ha aprendido a inducir, a analizar; donde ha aprendido los métodos de indagación que más seguramente conducen a la averiguación de la verdad”.¹⁹ Y después, sigue con una

¹⁸ *Ibid.*, pp. 99-100. Sobre ello apunta Díaz y de Ovando: “Los críticos de Barreda más autorizados, como Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y algunos otros, han reconocido y apuntado los logros de la reforma educativa en la Preparatoria, entre los que destacan su empeño en liquidar por medio de la educación la anarquía, el desbarajuste y las constantes rebeliones; conducir a la Escuela y a la educación superior hacia el pensamiento moderno, y querer, al implantar el laicismo, que desaparecieran los antagonismos religiosos y su nefasta consecuencia: la pasión y la cizaña. Y la Escuela Nacional Preparatoria, fortaleza laica siempre amenazada y siempre victoriosa, fue la muralla donde se estrellaron todos los alardes de las fuerzas conservadoras –para Barreda- las fuerzas del retroceso” (*op. cit.*, p. 349).

¹⁹ S/f, “La obra de Barreda: la educación de la juventud”, *El Imparcial*, México t. XIV, núm. 2448, 3 de junio de 1903, p. 1.

descripción de la personalidad del maestro, que corresponde con la imagen consagrada que que, de una u otra forma, los jóvenes ateneístas quisieron construir:

Barreda fue un espíritu admirablemente cultivado. Había adquirido un caudal inmenso de conocimientos científicos, y con el entendimiento disciplinado por la lógica más rigurosa, pudo ordenar aquellos, clasificarlos, discutirlos minuciosamente, sanear enteramente su inteligencia de todo lo que no fuera debidamente comprobable.

Tales cualidades, las unas naturales y las otras adquiridas, son las que quiso cultivar en la juventud a cuya educación se consagró [...] Todo esto fue el programa de su obra, importantísima y trascendental, puesto que significaba nada menos que educar a la juventud al abrigo de la preocupación, de los defectos de investigación y de raciocinio que extravían tan fácilmente el juicio.

[...] esta obra es grandiosa porque lleva al progreso, porque conduce a la verdad, no puede ser obra de sectario, ni de demoledor, ni merece ser invocada como arma de partido: es algo más grande, más duradero que los intereses de partido.²⁰

La ENP se encontró en años de muchas polémicas, los cambios en los planes de estudio y las opciones de los directores para plazas de profesores eran cuestionadas contantemente. La confluencia en la plana, también, de maestros con diferencias posturas abonaba para una educación más fuerte y plural, pero la obligación de apearse a un plan de estudios con el que no todos estaban de acuerdo causaba rencillas y fricción que después se trasmitía al alumnado.

Ahora bien, otra figura que está ahí en las alturas para los ateneístas, al mismo nivel que Barreda, es Justo Sierra. Una figura de maestro, pero que más bien funge como guía intelectual de la nueva pléyade entrando el siglo XX desde una posición privilegiada, ya fuera como figura de importancia en la ENP o bien, ya entrando el siglo, desde los cargos públicos donde podía maniobrar con más libertad en pro de la cultura y la educación, el objetivo cardinal de su vida. Alfonso Reyes nos deja una estampa que plasma la admiración e importancia que tuvieron por la figura del Secretario de Instrucción Pública:

El último retrato de Justo Sierra, comunicado desde Europa a las hojas periódicas

²⁰ *Idem.*

nos lo presenta como era: un gigante blanco. De corpulencia monumental, de rasgos tallados para el mármol, su enorme bondad hacía pensar a Jesús Urueta en aquellos elefantes a quienes los padres, en la India, confían el cuidado de los niños. De los jóvenes era el tutor natural y entre los ancianos era el más joven. Viéndole mezclarse a la mocedad, los antiguos hubieran dicho que desaparecía, como el dios Término, entre el revoloteo de las Gracias: y viéndole guiar a los otros, a veces con sólo la mirada o con la sonrisa, lo hubieran comparado con Néstor, de cuyos labios manaban la sabiduría y la persuasión. Todo él era virtud sin afectaciones austeras, autoridad sin ceñó, amor a los hombres, comprensión y perdón, orientación segura y confianza en el bien que llegaba hasta la heroicidad. Cierta buen estilo zumbón y la facilidad en el epigrama sin hiel disimulaban, para hacerla menos vulnerable, su ternura.²¹

Más aún, así como se mostró en el caso Dreyfus páginas arriba y la revisión de Sierra sobre el caso, este último siempre mostró una inquietud por lo actual, ya fuera en noticias o lecturas; su apego a la ENP y la filosofía reinante no lo privaron de inquirir por esas otras lecturas que tuvieron una censura por parte de las facciones más radicales del positivismo. Éstas fueron fundamentales en la formación intelectual de los más jóvenes, los cuales pronto notaron que el profesor tenía un estilo, “como lo quería Walter Pater, para seducir al humanista saturado de literatura, reminiscencias, casos y cosas. Su oratoria, aun en los discursos oficiales, está cruzada por todas las preocupaciones filosóficas y literarias de su tiempo. Es el primero que cita en México a D’Annunzio y a Nietzsche. En sus discursos hay un material abundante de estudios y meditaciones, y el mejor comentario acaso sobre sus empeños de educador”.²²

A pesar de estar ligado, de manera irremediable a su predecesor, Sierra no temió el cambio, incluso “puede decirse que el educador adivinaba las inquietudes nacientes de la juventud y se adelantaba a darles respuestas”.²³ Y se daba a esta tarea más que como un

²¹ Alfonso Reyes, “Justo Sierra y la historia patria”, en *Obras completas*, t. XII, FCE, México, 1997, pp. 242-243.

²² *Ibid.*, p. 244.

²³ *Ibid.*, p. 245.

maestro como un guía que indica un camino como una posibilidad, por lo que nunca forzó de forma dogmática a los jóvenes a tomar la senda pero promocionaba la reflexión crítica de los mismos y los dejaba con la opción. Por eso no debe extrañar que Reyes recuerde que “el propio Ministro de Instrucción Pública se erigía en capitán de las cruzadas juveniles en busca de la filosofía, haciendo suyo y aliviándolo al paso el descontento que por entonces había comenzado a perturbarnos. La Revolución se venía encima. No era culpa de aquel hombre: él tendía, entre el antiguo y el nuevo régimen, la continuidad del espíritu, lo que importaba salvar a toda costa, en medio del general derrumbe y de las transformaciones venideras”.²⁴

Por otro lado, en la ENP hubo figuras cardinales en el desenvolvimiento intelectual de esa facción más gruesa del grupo formado en 1909, maestros que después se incorporaron a las filas ateneístas: Luis G. Urbina y Jesús Urueta (recién llegado de su viaje por Europa). El primero figura principal durante la última década del siglo XIX, secretario de redacción de la *Revista Azul*, mantuvo una constante presencia en algunos de los medios impresos, pero cuando protestó, el primero de julio de 1903, como profesor en la ENP mantuvo un contacto más próximo con la juventud con la que tenía una agenda en común. Este nuevo puesto, según afirma Gerardo Saenz, “no le impidió que siguiera escribiendo en *El Mundo Ilustrado*”, y que también colaborara en la *Revista Moderna de México*. Sólo que como nunca se sintió afín al espíritu modernista de la avanzada más extrema, esto le ganó embestidas gratuitas, sobre todo por apegarse a la tradición: “Era el ‘Viejecito’ hasta objeto de ataques, ya privados, ya públicos, aunque la revista publicara escritos suyos. Y tal vez algunos de los ataques le venían [...] porque no sólo tenía una prominencia envidiable en los círculos

²⁴ *Idem.*

literarios capitalinos, sino que también gozaba de grandes prerrogativas con don Justo Sierra”.²⁵

Precisamente por lo anterior, Luis G. Urbina pudo encontrar un lugar en la nueva avanzada entrando el siglo XX –si bien ya su lugar no era como el “ruiseñor de los poetas”– pues los jóvenes, aunque no menospreciaban la poesía, tenían un gusto que privilegiaba la prosa, algo en lo que Urbina se empezó a abrir brecha con los años, como otros modernistas, hasta convertirse en uno de los representantes más significativos de las letras hispánicas. Con una presencia en diferentes ámbitos culturales, desde Cuba, hasta España o Argentina, “El Viejecito” se fue haciendo un lugar. Sin embargo, en México, puede ser que “para algunos no era esto lo que de él les importaba”, sino, más bien, “el hecho era que ya tenía cierto poder político con el que solía ayudar a los que lo necesitaban. Por esta razón, para muchos, antes que nada, Urbina era el secretario particular de don Justo Sierra y con este puesto se le identificó largos años”.²⁶

Ahora bien, tanto Sierra como Urbina tenían una visión en cuanto a la educación bastante similar, con una tendencia humanista notable. Por eso, más que estar subordinado, Urbina se encontraba en su posición por empatía con el pensador, hecho que se puede apreciar en su crónica del *El Imparcial*, el 3 de julio de 1903, “El primer ministro de Instrucción Pública.”: “voy a dar cuenta de un suceso que ha producido un sacudimiento prolongado en el ambiente intelectual, y moral de esta sociedad: el nombramiento de mi maestro Justo Sierra; su salud moral y nobleza de espíritu, su inteligencia privilegiada, su

²⁵ Gerardo Saenz, *Luis G. Urbina. Vida y obra*, Ediciones de Andrea, México, 1961, p. 42.

²⁶ *Ibid.*, p. 43.

bondad, maestro, en una palabra, eso ha sido para la niñez y la juventud mexicana: un director, un alentador, un educador”.²⁷

Ya fuera por su distinguida labor como poeta, prosista o como crítico de teatro —donde también se había consagrado— o bien como mano derecha de Sierra, se puede también encontrar que la relación que establecieron los jóvenes con su maestro tenía más que ver con una alineación de pensamiento, pues Urbina, incluso desde las colaboraciones en *Revista Azul*, mostró una vena que se inclinaba a la crítica, a la filosofía y la reflexión, algunos de los valores que el Ateneo rescató durante la primera década del siglo XX, algo que se esbozó en el primer capítulo de este estudio.

Sobre ello recuerda Alfonso Reyes, que lo consideraba “aliado de los jóvenes”, pero que lo posicionaba con la generación anterior de literatos y después asegura que con ellos “comenzó como niño precoz”.²⁸

De propósito cité a Rafael López. Él y González Martínez son el tránsito entre la generación pasada y la venidera: o, más brevemente, son la generación actual: de los pasados, de Nervo, Tablada, Urbina, Urueta, tienen las excelentes facultades literarias, las virtudes técnicas, las facilidades, que en la nueva legión, la que hoy apenas se nutre y alista, parecen un tanto adormecidas. De ésta, en cambio, anuncian ciertas condiciones de seriedad, de castidad artística, que no supieron mantener los pasados. Con una excepción ilustre: Luis G. Urbina, quien, bajo la máscara de la vida, sofoca una virginidad resplandeciente y publica libros cada vez mejores. Éstos son, pues, los actuales; pudiéramos decir: los vivos. Y “los vivos siempre tenemos razón”, ha dicho Schiller.²⁹

²⁷ *Apud* Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 252.

²⁸ *Cf.* “Los literatos en el servicio exterior de México”, en *Obras Completas*, t. IX, FCE, México, 1996, p. 123.

²⁹ Alfonso Reyes, “Los senderos ocultos”, en *Obras Completas*, t. I, FCE, México, 1996, pp. 303- 304. En “Arquilla de Mariano”, Reyes habla de la continuidad de las conferencias del Ateneo y el papel de los jóvenes que empiezan a producir obras, resaltando los logros individuales, y rescatando el papel de Urbina como su aliado (*cf.* Alfonso Reyes, “Arquilla de Mariano”, en *Obras Completas*, t. VII, FCE, México, 1996, pp. 465-466). Sobre una noción más amplia de la relación que desarrolló Reyes con el mayor del grupo, Luis G. Urbina, se puede consultar el texto de Alfonso Rangel Guerra, “Cartas de Luis G. Urbina a Alfonso Reyes”, *NRFH*, México, vol. XXXVII, núm. 2, 1989, pp. 559-601.

Tal vez los escritos del polígrafo de Monterrey sean una de las fuentes de información de primera mano más prolífica sobre el grupo ateneísta, pues muestran una apreciación que evoluciona desde el joven preparatoriano hasta el consagrado escritor, evidenciando en el proceso estampas de los personajes que se enfilaron con el Ateneo y otros que fueron afines a sus propuestas, pero también de eventos significativos, publicaciones de libros, viajes diplomáticos y relaciones internacionales que revelan una red intelectual, compleja y funcional, en el mundo hispano. Ahora bien, por su edad, de los más pequeños del grupo, es normal que la distancia con los mayores sea más marcada, y encontremos entre sus documentos declaraciones como:

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o “decadentes”, los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tuteamos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.³⁰

Por otro lado, la figura de Jesús Urueta, más joven que “El Viejecito”, se desenvolvía con naturalidad con el grupo modernista de la *Revista Moderna* de Jesús E. Valenzuela, pero también, gracias a su visita a Europa, con otros grupos que se preocupaban por la vida política del país. Esto porque en Europa se respiraba un aire impregnado de las ideas socialistas, principalmente las de Karl Marx y Friedrich Engels, que, aunque incurren en campos distintos (sociología, economía y política), sostienen principalmente que sólo por medio de la lucha de clases es que las sociedades tienen oportunidad de avanzar.

³⁰ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *Obras Completas*, t. 12, FCE, México, 1997, p. 206.

Sobre lo anterior, Matías Maltrot³¹ registra que a finales del siglo XIX, Urueta, Rubén Darío, Amado Nervo y Manuel Ugarte, latinoamericanos en tierras extranjeras, encontraron “las inteligencias al servicio de la humanidad, perturbadas por los grandes acontecimientos que habían pasado y por el presagio de los majestuosos acontecimientos del porvenir, se sentían arrebatadas por constante inquietud, por un anhelo acucioso de claridad”.³² También, y no porque los modernistas en México fueran totalmente ajenos a ello, la cercanía que tuvo Jesús Urueta al proceso Dreyfus es más que relevante, pues es uno de los fenómenos finiseculares formativos y definitivos para el intelectual del siglo XX.³³

El viaje a Europa pudo ser la razón para que el joven, entrando el nuevo siglo, se encontrara cuestionando ese mismo régimen que pocos años antes apoyaba con entusiasmo. Dicho cambio, que muestra una tendencia de pensamiento y acción que no se desviará hasta el final de sus días, es consecuencia directa, por un lado, de la experiencia del viaje y un primer contacto con las posturas filosóficas que despuntaban en Europa y tienen repercusiones en los diferentes discursos antiimperialistas que se gestaban en Latinoamérica, así como su relevancia en el contexto mexicano, donde el régimen porfirista ya encontraba detractores intelectuales de relevancia significativa para crear un movimiento que después se convertiría en el revolucionario.

³¹ Matías Maltrot es el seudónimo de Santiago Urueta Sierra, hijo de Jesús Urueta (María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM, México, 2014, p. 2196).

³² Matías Maltrot, *Jesús Urueta. Su vida-su obra*, México, 1931, p. 47. Sigue Maltrot: “Allí Enrico Ferri hablaba del problema social; Jean Jaurés hacía la interpretación socialista del arte; Anatole France hablaba del arte como unidad social; Mirbeau recitaba poemas inmensos; Laurent Tailhade pronunciaba sus arengas de fuego contra el capitalismo. Recordando el discurso de Tailhade, dice Urueta 'Fue un asalto. Valiente, rudo, sin cuartel. Hizo de sus frases batallones entusiastas y los lanzó sobre la Bastilla, sobre la burguesía. Aquello no era razonar, era fustigar. La cláusula no tenía argumentos, sino nudos duros y puntas aguzadas'” (p. 49).

³³ Esta relación la aborda Marco Antonio Chavarín en su texto “El arte, el artista y el intelectual: Jesús Urueta en la primera etapa de la *Revista Moderna* (1898-1903)” (en *Literatura y prensa periódica siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, Colsan/UNAM, México, 2017, pp. 219-238).

No obstante, la madurez intelectual –a diferencia de los jóvenes que apenas se estaban agregando, de una u otra forma, al campo literario y cultural mexicano– no está peleada con las reminiscencias de un pasado decadentista, el cual se sigue manifestando en la vida privada del chihuahuense. La forma de mantener ambos hemisferios de su vida separados revela una consciencia sobre el deber y hacer que va a marcar profundamente a los futuros miembros del Ateneo de la Juventud,³⁴ pues esto puso una distancia con la postura del grupo de Tablada (con quien además tuvo un enfrentamiento por ideas políticas a comienzos de la centuria), esa juventud de finales del XIX, que “echaba una cana al aire y sacudía el ostracismo a que habíasele relegado sin que se le tuviese en cuenta para nada” en un tiempo que “El grupo que se cernía en las alturas políticas despreciaba a los intelectuales porque a su juicio no servían para nada más que para perder el tiempo en componer versos o frases sin objeto”;³⁵ ante ello, Urueta modificó su discurso y lo comprometió en busca de un cambio social, adoptando así la postura pública y crítica que los jóvenes ateneístas van a enarbolar con entusiasmo.

Sobre el chihuahuense, Alfonso Reyes recuerda: “Jesús Urueta, nuestro incomparable prosista, a quien, con cierta sal de humanismo, los mexicanos acostumbraban llamar ‘el divino Urueta’”.³⁶ Pero más significativa, por la noción de hombre público a la que se apegan los jóvenes, es esta otra remembranza que hace el de Monterrey sobre el arte de hablar y una traducción de *La palabra en público* de Maurice Ajam, “la cual mereció los honores de la traducción por la elegante pluma del príncipe de la epidíctica mexicana, Jesús Urueta” y en la que registra que “Urueta añadió algunas páginas del inolvidable maestro Sánchez Mármol

³⁴ Se pueden consultar un par de trabajos en donde he desarrollado el significativo papel de Jesús Urueta en torno al Ateneo: “Jesús Urueta, actor y maestro de su tiempo”, Colsan, en proceso de publicación, y “Las correrías de Jesús Urueta en la primera década del siglo XX”, *Interpretextos. Revista semestral de creación y divulgación de las humanidades*, año 11, núm. 19, primavera 2018, Universidad de Colima, pp. 27-41.

³⁵ Campos, *op. cit.*, p. 151.

³⁶ Alfonso Reyes, “El camino de Amado Nervo”, en *Obras completas*, t. VIII, FCE, México, 1996, p. 28.

sobre los oradores de México, y aun recordamos con una leve sonrisa los extremos admirativos de Urueta ante cierta metáfora usada por Sánchez Mármol a propósito, creo, de Zamacona, el gran tribuno y constituyente del 57: ‘...su lengua, circunvolución de su cerebro...’.³⁷

Más aún, el papel que Urueta desempeñó en la ENP fue crucial desde 1903 con su clase de Lecturas literarias, que proponían una educación estética y, con ello, una mejora en la enseñanza,³⁸ donde las lecturas de los clásicos, por ejemplo de *La Ilíada* de Homero, se se tornan en uno de sus aportes más significativos. Sobre este tema, *El Imparcial* traduce la opinión del Dr. Garnault: “Yo soy deudor al Sr. Urueta de la primera emoción de arte que me ha sido dado experimentar desde mi salida de París”, y sigue

He oído hablar de Homero y de *La Ilíada* en México, como no he oído hablar en ninguna parte; con una elocuencia a la vez sobria e insinuante, nutrida de crítica y de ciencia moderna, espléndida por su belleza. El brillante orador me ha revelado, en toda su plenitud el soberbio vigor de la lengua española, al mismo tiempo que su gracia, su encanto y su esplendor, su aptitud suprema para expresar las emociones y los gustos de estas dos viejas pasiones que, en todo tiempo ha llenado, ha iluminado el corazón de los hombres: la lucha y el amor. [...] México, a pesar de ser muy joven aún, es rico en nobles tradiciones nacionales y puede, con derecho, enorgullecerse de su noble pasado, pero mezclado a esta pasta sólida, la levadura fecunda del helenismo, transportado sobre esta tierra lejana la enseñanza y la tradición de *La Ilíada*, pasando sin deformar las bellezas de una lengua magnífica, el Sr. Urueta ha hecho una obra noble y buena, y tiene derecho a la gratitud de su país y al respeto de todos.³⁹

En las clases del chihuahuense fue crucial ese regreso de la mirada hacia el mundo helénico, un tema que obsesionó a los ateneístas durante su formación y que se reflejó en la práctica en sus propios escritos iniciales (sobre todo con la exploración en torno al diálogo), pero que en muchos casos fue un lugar recurrente durante sus carreras literarias.

³⁷ Alfonso Reyes, “El arte de hablar”, en *Obras completas*, t. IX, FCE, México, 1996, p. 325. 324-328.

³⁸ Cf. Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 236-237.

³⁹ Garnault, “Las conferencias del Sr. Urueta sobre *La Ilíada*”, *El Imparcial*, México, t. XIV, núm. 2574, 7 de octubre de 1903, p. 2.

Como profesor, Urueta trató de acercar a la juventud a estos temas de diversas formas, incluso involucrando a otros profesores, poetas consagrados en el mundo de las letras, como Amado Nervo y Luis G. Urbina, que recitaron en su aula fragmentos del *Agamenón* de Esquilo.⁴⁰ Estrategia que intensificó su impacto, como registra *El Imparcial*: “El salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria estaba literalmente henchido por la multitud deseosa de oír trozos de tan alta literatura como la de las tragedias de Esquilo”, para después describir el modo en que el chihuahuense había presentado los temas: “con palabra fácil y sabia describió a grandes rasgos las fiestas dionisiacas que dieron origen al nacimiento de la tragedia griega. Pasó al encerado explicando la forma del teatro antiguo, antes de que se construyera con mármoles y tuviese la magnificencia artística que adquirió más tarde”.⁴¹

Más adelante, Reyes registra cuando fue la Protesta Literaria, Urueta se les une con sus “mejores dardos” y los llama “buenos hijos de Grecia”. En el mismo lugar, sobre la importancia del tema, escribe: “La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo”.⁴²

Es cierto que la cátedra impartida por Urueta le sirvió para acercar, aprovechando sus dotes como orador, a los preparatorianos hacia el mundo helénico, los cuales lo llegaron a

⁴⁰ Cf. S/f, “La clase de lecturas estéticas”, *El Imparcial*, México, t. XVI, núm. 2676, 17 de enero de 1904, p. 1.

⁴¹ S/f, “En la Escuela Preparatoria”, *El Imparcial*, México, t. XVI, núm. 2079, 20 de enero de 1904, p. 1.

⁴² Reyes, “Pasado inmediato”, p. 208.

considerar uno de los representantes de valía del movimiento modernista, y en palabras de Reyes: “un prosista superior y ‘sensual’ orador poético enamorado de la Grecia Francesa y dotado de un extraordinario don para las metáforas relampagueantes y el ritmo de las frases: Jesús Urueta, uno de los mejores mimos que hayan ocupado nuestra tribuna”.⁴³ Sin embargo, tenía otro aspecto de su vida, de corte libertino, que causaba un conflicto con los mismos jóvenes, que no veían en el grupo liderado por Tablada una forma de presentarse moralmente ante el público. Este conflicto de orden moral se ve reflejado después de tal vez una de las últimas intervenciones de Reyes como estudiante en los recintos de ENP, donde el joven norteño encuentra simetría con el pensamiento de Sierra, demostrando esa simpatía que, a pesar de la enorme diferencia de edades, nunca mermó por el prócer, y la cual Juan Antonio Rosado reconstruye de la siguiente manera:

En 1907, a sus 18 años, el camino estaba ya trazado. Ante el público de una velada literaria para celebrar el aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, con la presencia de Justo Sierra y el director Porfirio Parra, el alumno Reyes pronunció su “Alocución”, en la que hizo suya la divisa goethiana: “el objeto de la vida es la propia cultura”. La “Alocución”, que constituye su primer texto en prosa, fue pronunciada ante los preparatorianos y los dueños de una institución eminentemente positivista, que le daba preponderancia a las ciencias exactas, a la *materia*. Digno alumno de don Justo Sierra, Alfonso Reyes propone la armonía entre el espíritu y la materia: “El equilibrio entre lo material y lo espiritual se impone como ley de la naturaleza”. Se trata de un discurso reflexivo donde su autor hace una apología de la risa riéndose de los “científicos” del positivismo: “Y yo, con perdón de las personas graves que quisieran reducir la conducta a fórmulas algebraicas, creo que la juventud necesita reír. Ello es necesidad higiénica”. Muchos años después, en 1943, Guzmán publicó un artículo sobre Reyes, titulado sintomáticamente “La sonrisa como actitud”. Allí hablaba de los orígenes del poeta y de su sentido lúdico de la vida.⁴⁴

⁴³ Alfonso Reyes, “Resumen de la literatura mexicana. Siglos XVI-XIX”, en *Obras completas*, t. XXV, FCE, México, 1991, p. 439.

⁴⁴ Rosado, *op. cit.*, pp. 211-212. Desde que tomó el cargo de director, Porfirio Parra se enfrentó constantemente a denostaciones del sistema político por personajes opuestos a la doctrina que el recinto promulgaba, “Incluso en la Cámara de Diputados se propuso la supresión de la Escuela Nacional Preparatoria, alegándose que cinco años eran demasiados para brindar a los jóvenes una enseñanza general, cuando lo que se requería era una rápida especialización. Es un hecho que el positivismo pasó momentos de apuro, pues don Porfirio buscaba con denuedo la estabilidad política, alcanzable con consensos ideológicos, pero no con polémicas doctrinarias”

Si bien la oratoria no fue una de las cualidades más destacadas del director de *Monterrey*, esa presentación causó furor en el público, en especial de los que ocupaban los asientos de honor, Justo Sierra y Porfirio Parra, que digamos eran profesores que impulsaron la visión positivista en la ENP y son comúnmente catalogados dentro del grupo que Reyes atacó en su “Apología”; no obstante, también estos profesores, que asumieron en diferentes tiempos la dirección de la ENP, caen dentro de una categoría más amplia, con una visión más comprensible de la educación y la cultura, pues se distinguen por tener un pensamiento que reflejaba una comprensión del contexto en la que estaban insertos y una visión que les permitía timonear en un clima turbulento las ideas que mejor les parecían para encausar o concretar ese objetivo principal de Barreda: la educación, y por ende: la cultura.

Por lo anterior no es de extrañar que los alumnos más comprometidos tuvieran admiración por estos personajes. Incluso, Reyes guarda con cierto cariño un recuerdo inmediato al evento que lo catapultó a la escena pública en la capital (hay que recordar que ya publica en su tierra natal desde años antes), por cuenta propia y no por ser hijo del general, para estar así compartiendo espacio con otros compañeros que ya estaban sonando en la escena cultural mexicana. Recuerda el preparatoriano que al día siguiente se le acercó el director de la ENP y le dijo lo siguiente:

Las palabras que dirigió a usted anoche, después de su alocución, el señor ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra, fueron la expresión del sentir común. Quedamos prendados de su discurso y todos lo hemos aplaudido de corazón. Pero algo me inquieta en usted. No sé si la música de sus párrafos, el ademán o la entonación nos hicieron recordar a algunos el caso de Jesús Urueta, talento muy salpicado de locura. Don Justo y yo hemos resuelto que, valiéndome de la relativa autoridad del maestro y usando el derecho que me da el cariño hacia usted, le dé a tiempo un consejo. Alfonso: cuídese de las sirenas, de las sirenas

(Javier Garcíadiego Dantán, “De Justo Sierra a Vasconcelos, la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. 46, núm. 4, abril-junio de 1997, p. 772).

que usted evocaba anoche en frases brillantes. Ponga rienda a su natural andar. Hay en usted un noble entusiasmo, casi frutal, para la vida. Que no lo cieguen sus arrebatos. Domestique a tiempo su fuego, úselo y aprovéchelo, pero no permita que lo consuma.

Yo navegaba mis primeras pasiones, las más intensas y definitivas de todo mi existir. Sentí el picorcillo de las lágrimas. Me eché en los brazos de mi maestro y me alejé precipitadamente sin poder contestarle nada. No quiero perder esta memoria. Han pasado cuarenta y siete años antes de que me atreva a contarlo.⁴⁵

No queda duda que las palabras de Parra calaron hondo en la conciencia del joven, pues junto con Pedro Henríquez Ureña fue de los más aplicados en el estudio y la producción del saber, un rigor al que otros miembros del Ateneo rehuyeron, ya fuera por el libertinaje o bien porque los derroteros de sus elecciones los llevaron por sendas menos afines a la que escogieron los “los aplicados”.

Ahora bien, la ENP es relevante para entender la conformación de este grupo por dos motivos, la educación en común que recibieron –y el magisterio que la impartió– y las amistades que ahí iniciaron y que después fueron migrando y apropiándose de otros espacios, muchas de las cuales durarán décadas o incluso la vida completa de los integrantes y, gracias a ellas, se puede radiografiar muchas de las empresas de la primera mitad del siglo XX. Por eso no es de extrañar que, incluso antes de que Justo Sierra fuera designado subsecretario de Instrucción Pública, ya los estudiantes Efrén Rebolledo, Luis Cabrera y Nicolás Mariscal se les encontraba en eventos públicos relacionados a la ENP.⁴⁶ O que otros miembros del próximo Ateneo menos sonados, tal vez por su área de especialización, como Nicolás

⁴⁵ Alfonso Reyes, “Porfirio Parra”, en *Obras Completas*, t. XXIV, FCE, México, 1990, pp. 594-595.

⁴⁶ La nota completa: “Durante los primeros días del mes de enero de 1901, los estudiantes de las escuelas nacionales, por medio de su comité, se ocuparon en organizar la velada literario-musical para celebrar la entrada del nuevo siglo. La velada terminaría con un lúcido baile. [...] El 31 de enero, el comité de estudiantes fijó como fecha para la velada literario-musical el cinco de febrero, tomarían parte en ella, el poeta Efrén Rebolledo y Luis Cabrera y sería presidida por el general Bernardo Reyes secretario de Guerra y Marina. / La velada se verificó el 8 de febrero en la Cámara de Diputados, y en ésta se glorificó el siglo XIX y se saludó al XX. El discurso fue pronunciado por Jesús Urueta” (Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 221-222; para la nota de Mariscal ver p. 226).

Mariscal, estuvieran involucrado en las decisiones que corresponderían a la revisión de un nuevo plan de estudios, y si los derroteros de estos no se separaron de los literatos fue probablemente por este espacio inicial.⁴⁷ El cual fue tan relevante que incluso fue donde algunos encontraron a la pareja con la que pasaron el resto de su vida.⁴⁸ José Antonio Rosado, apunta que de una amistad con altibajos significativos pero fructífera como pocas, surgió en las aulas de la ENP: “justamente en 1905 cuando Guzmán y Reyes se conocen. Uno es chihuahuense (Guzmán); el otro, regiomontano (Reyes). El primero tardará en descubrir su vocación de escritor; el segundo, la trae consigo acaso desde su nacimiento, o por lo menos desde la época preparatoria. Reyes es dos años menor que Guzmán, pero se da a conocer mucho antes con sus escritos”.⁴⁹

En 1906, cuando Sierra, junto a dos profesores estadounidenses, notifica la creación para el centenario de la Independencia de una Universidad Nacional –proyecto que impulsó con entusiasmo desde décadas atrás–,⁵⁰ también se anuncia la plaza como profesor de literatura para Luis G. Urbina, que tomaba el lugar de Balbino Dávalos (miembro del grupo decadentista);⁵¹ al mismo tiempo, la presencia de algunos futuros miembros del Ateneo

⁴⁷ Cf. *Ibid.*, p. 226.

⁴⁸ Por ejemplo, Reyes: “Los monos usados en la corrida fueron obsequio de las señoritas Amalia Paz, María Martínez Lozada y Manuela Mota, esta última sería más adelante esposa de su compañero de Preparatoria, nuestro gran polígrafo Alfonso Reyes. Tanto Reyes como Manuela Mota eran alumnos de la Preparatoria ese año de 1903” (*Ibid.*, p. 230).

⁴⁹ Rosado, *op. cit.*, p. 210.

⁵⁰ Cf. *Ibid.*, p. 255. Hay que tener en cuenta, para considerar la diversidad de matices, lo que registra Garciadiego Dantán: “el joven diputado Sierra presentó intempestiva y sorpresivamente su proyecto de creación de una universidad, a principios de 1881 buscando neutralizar el impacto de tales propuestas antipositivistas. En su proyecto Sierra proponía una universidad positivista y vinculada con el gobierno aunque con independencia académica; el objetivo era doble: preservar al positivismo en una institución importante, por si acaso prosperaban los ataques contra la preparatoria, y conservar la confianza y simpatía de la mayoría de las autoridades. La demanda de independencia académica era clave, pues protegía al positivismo de ataques de los políticos y funcionarios en turno. Así, en resumen, para O’Gorman el proyecto universitario de Sierra de 1881 buscaba ‘la salvación del positivismo mexicano’” (*op. cit.*, p. 772).

⁵¹ La nota completa dice que *El Imparcial* consignó el nombramiento de Luis G. Urbina como profesor de literatura de la Preparatoria: “Nuestro buen amigo, el actual director de *El Mundo Ilustrado*, ha sido llamado para ocupar la clase de Literatura de la Escuela Nacional Preparatoria, que quedó vacante por la separación del señor D. Balbino Dávalos. No necesitamos recordar los méritos que como literato tiene legítimamente ganados

aumentaba considerablemente en la ENP, pues se empezaban a hacer cargo de algunos de los eventos que ahí sucedían y que después se reportaban en la prensa nacional.

De los eventos, se encuentra registro de uno que arremolina a algunos de estos jóvenes en torno a una causa altruista en beneficio de las víctimas del terremoto que recién había arremetido a la ciudad de San Francisco, California. Un evento donde Isidro Fabela, Alejandro Quijano, Eduardo Colín, Alfonso Reyes, Nemesio García Naranjo e Ignacio Bravo, daban sus primeros pasos en la plaza pública, por una causa de corte humanista.⁵² Después de eso, Alfonso Pruneda, Martín Luis Guzmán y Carlos Díaz Dufoo Jr., demuestran el diverso abanico de personalidades que se gestó en la ENP, el primero con intervenciones musicales, el segundo como ganador del premio literario que ofrece el recinto y el tercero como conferencista –su faceta menos conocida–.⁵³

En efecto, la ENP fue semillero de personalidades muy particulares que después se lanzaron a perseguir un mismo objetivo, porque, como afirma Eduardo Devés-Valdés, “las afinidades electivas entre intelectuales que trabajan sobre cuestiones similares crean relaciones espontáneas que se van afirmando frecuentemente desde épocas estudiantiles.

Urbina, el delicadísimo poeta, para ocupar este puesto. / Por ello felicitamos muy cordialmente a la Escuela Preparatoria y a la juventud escolar” (Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 256).

⁵² Los datos los recoge la investigadora Díaz y de Ovando: “*El Imparcial*, de 25 de abril, informó que la mesa directiva para ese festival quedó integrada por José Pallares, presidente; vicepresidentes, Isidro Fabela y Roberto Núñez Jr.; secretarios, Alejandro Quijano y Eduardo Colín; tesorero, José de la Garza. [...]”, Fabela invitó a los preparatorianos a colaborar en tan noble propósito: La Gran Fiesta Estudiantil de Caridad: “Un aplauso unánime y espontáneo a las últimas palabras, fue la demostración del entusiasta sentimiento con lo que los escolares de la Preparatoria acogieron la idea. / Para finalizar la junta, se procedió al nombramiento de una mesa directiva local de la Preparatoria, que se encargue de la participación de esta Escuela en la fiesta de caridad, y que quedó integrada por los señores Alfonso Reyes, presidente; Manuel Flores, secretario; Ignacio Salas, tesorero y un vocal por cada curso. [...] En los puestos de confeti y refrescos adornados con banderas y linternillas policromas, se expedía un periódico ilustrado escrito por los alumnas de Jurisprudencia. Las colaboraciones literarias estaban firmadas por Nemesio García Naranjo, Eduardo Colín, Ignacio Bravo, José P. Nicoli, Raúl A. Esteva, Santiago Méndez, Alejandro Quijano y Pedro Pacheco Gavioto. El texto se ilustró con algunos grabados que representaban a los artistas que participaron en las fiestas. Los productos de la venta, de esta revista literaria, se destinaron al fondo de socorros” (*Ibid.*, p. 259)

⁵³ *Cf.*, pp. 267, 268 y 278.

Éstas a menudo se van traslapando con relaciones de amistad, de política, de institución y muchas otras”.⁵⁴

Por eso, no es de extrañar que personalidades como la del icónico revolucionario Luis Cabrera ofrecieran “porciones generosas de doctrinas positivistas así como de darwinismo social combinados con sus programas revolucionarios”;⁵⁵ o bien, que Antonio Caso, a quien a menudo se le atribuye la caída del positivismo en México, fuera miembro del Club Releccionista y apoyara, como Justo Sierra, la dictadura.⁵⁶ Sin embargo, si algo los une, tal vez, fue el espíritu humanista promulgado por el Secretario de Educación Pública y otros profesores de la ENP, donde no cabe duda que la densidad y la turbulencia de las interacciones crearon un ambiente propicio para que éstas se fueran encausando hacia una misma dirección. Después de todo, más que una persecución de una filosofía, de una doctrina impuesta, en la primera década del siglo XX prevaleció ese espíritu fundacional y conciliador que buscaba erigir más que destruir instituciones. Por eso los jóvenes, a pesar de sus disimilitudes, van a agruparse en sociedades, centros, asociaciones, congresos y publicaciones, que buscan, más que nada, rescatar ese aspecto en deterioro: la cultura.⁵⁷

Sobre lo anterior, Garciadiego Dantán escribe:

Sobre todo, una revisión cuidadosa de la situación real de la Universidad Nacional al momento de su creación desmiente la hipótesis del supuesto ataque al positivismo. No sólo las escuelas profesionales conservaron inalterados sus planes y programas de estudio, esencialmente positivistas, sino que como directores de las secciones fundamentales –la preparatoria y altos estudios– fueron designados dos destacados positivistas ortodoxos, Manuel Flores y Porfirio Parra. Si bien es cierto que el primer rector, Joaquín Eguía Lis, era un

⁵⁴ Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina*, Universidad de Santiago de Chile, Chile, 2007, p. 31.

⁵⁵ Lomnitz, *op. cit.*, p. 444.

⁵⁶ Nemesio García Naranjo registra que la vida política de Antonio Caso fue breve, de hecho la limita a un solo discurso y a un membrete como director en un periódico releccionista, sin embargo, afirma que su postura fue clara, a la par de Sierra, apoyaba el régimen porfirista (cf. “La vida política de Antonio Caso”, en *El crepúsculo porfirista*, Talleres “El Porvenir”, Monterrey, Nuevo León, s/a, pp. 37-43).

⁵⁷ Cf. Devés-Valdés, *op. cit.*, p. 31.

fervente católico, y el primer secretario, Antonio Caso, era el mejor representante de las nuevas corrientes filosóficas, claramente espiritualistas, ello prueba el carácter conciliador de Sierra. Más que una actitud de enterramiento intelectual abiertamente antipositivista, en 1910 prevaleció un espíritu fundacional y conciliador.⁵⁸

Lo anterior es el resultado de una plena conciencia, por un lado, en que el ambiente de principios de siglo mostraba cierta descomposición cultural (ya fuera por la turbulencia política o bien por la persistencia de un sistema de pensamiento en una institución crucial como la ENP), por otro, de una creencia difundida sobre que la teoría estaba dissociada de la práctica, de que aquellas ideas nacidas en libros no podían ser llevadas a la plaza o tener un beneficio público: “La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando una sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz”.⁵⁹

Por lo mismo, no es de extrañar que la mayoría de los proto-ateneístas mantuvieran una relación con la institución, pues el recinto les sirvió de plataforma, una que fue creciendo desde eventos más inclinados al entretenimiento o el altruismo hasta un espacio donde se fueron distinguiendo como conferencistas, lugar donde el público aumentaba a la par de la presencia que los mismos desplegaban en otros espacios; pero la ENP también fue un lugar donde algunos ejercieron la docencia o bien la dirección en diferentes etapas de la misma. Incluso después de que Nemesio García Naranjo, registra Fernando Curiel, “quien, en su carácter de ministro de Instrucción Pública, erradicó por completo el programa positivista de la Escuela Nacional Preparatoria en aras de otro, de mayor complejidad, deudor del saber, la

⁵⁸ Garciadiego Dantán, *op. cit.*, pp. 777-778.

⁵⁹ Reyes, “Pasado inmediato”, p. 193.

estética y la ética”,⁶⁰ pues muchos de los ateneístas mantuvieron en los años violentos de la segunda década la empresa a flote. Como reflexiona Clara María Parra Triana: “La cultura vio una vez más amenazado su espacio propio y los ateneístas se propusieron edificarlo y custodiarlo. Encontraron en la Escuela Nacional de Jurisprudencia el lugar seguro para dedicarse a la lectura y a la escritura. Una vez consolidado el grupo del Ateneo en 1909 en la Escuela de Derecho”.⁶¹

Aunque la plana de los ateneístas es diversa, pues en ella se registran ingenieros, arquitectos, médicos, pintores y músicos, casi la mitad de sus integrantes (33) tenían el título de abogado.⁶² La migración de la ENP era inevitable, y aunque desde diferentes frentes, la Escuela Nacional de Jurisprudencia fue la plataforma donde volvían a convergir, donde las relaciones iniciales se concretaron en actividades con una agenda cada vez más clara y donde las ideas pasaban al terreno de lo práctico. El objetivo que persiguieron, sin embargo, no se alejaba de la visión patrocinada en muchos sentidos por Sierra, la cual también estaba impregnada de los discursos más difundidos de principios del siglo, sobre todo del arielista de José Enrique Rodó, y ese otro evento que el funcionario siguió con ahínco: el caso Dreyfus.

La ENP sirvió para que los jóvenes vieran las limitaciones que la misma institución ofrecía respecto a la educación, el crecimiento personal, el cultivo de la inteligencia, entonces, fue responsabilidad propia. En total sintonía con lo que apunta Sierra: “He aquí

⁶⁰ Fernando Curiel Defossé, “El Ateneo de la Juventud en dos tiempos: porfirismo, Revolución”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. XVI, núms. 1-2, 2011, p. 23.

⁶¹ Clara María Parra Triana, “Ateneo de la Juventud y *Revista Amauta*”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 42, 2013, p. 305.

⁶² Incluso algunos de los miembros, antes de tomar el derrotero definitivo de sus vidas, pasaron por Jurisprudencia, prueba de ello es el tránsito por el recinto de Eduardo Pallares, que antes de ejercer como médico obtuvo el título de abogado en 1907 (cf. Ignacio Medina Lima, “El doctor Eduardo Pallares, su vida y su obra”, *Revista de la Facultad de Derecho de México*, t. XV, núms. 169-171, enero-junio de 1990, p. 200).

nuestra razón principal: el gran elemento moralizador en un individuo es el que engendra en su interior el deseo de pasar de un estado inferior a otro que lo sea menos: de ahí viene el esfuerzo personal, la base práctica de la conducta”. Y si bien, los proto-ateneístas gozaban una educación privilegiada (no todos tenían acceso a ella y había un índice alto de analfabetismo) había una conciencia y un deseo de superación personal, pues “en el que sabe leer se produce, junto con el deseo de saber más, la conciencia de poder saber más cada día: otro estímulo intensísimo de esfuerzo personal. Así es como poco a poco sale de las brumas del instinto la personalidad intelectual, el hombre verdadero, y jamás apoyará el adelanto moral sobre un pedestal más sólido”.⁶³

Con todo, este espacio iniciático, sirvió para que los jóvenes tuvieran los primeros contactos entre sí, pero también para que compartieran el salón de clases y las cátedras en una experiencia similar. Del primer contacto se fueron desarrollando amistades, simpatías y complicidades que se fueron desarrollando por lecturas compartidas en proyectos comunes, distinguidos por abarcar –reflejando las personalidades– temas variados que ponía a esos jóvenes en la escena pública.

Es decir, las veladas artísticas en las que la literatura iba de mano de la música, organizadas por los preparatorianos (que convocaban tanto al público general como a funcionarios) y en la que se posicionaban bajo el farol de la luz pública, fue una estrategia que fue repetida después constantemente por el grupo ateneísta. Por consiguiente, además de una educación que promovía – más allá de lo planteado en el plan de estudios– el pensamiento crítico, los proto-ateneístas también encontraron en la ENP una estrategia que les permitió posicionarse ante la sociedad, pero más que nada encontraron los primeros atisbos de amistad

⁶³ Justo Sierra, *La educación nacional. Artículos, actuaciones, documentos*, UNAM, México, 1948, p. 55.

y confabulación necesarios para desarrollar la empresa con las características indispensables para lograr los objetivos que deseaban.

3.2. Las revistas. Plataformas de impulso y reconocimiento

Al hacer el recuento de los antecedentes del Ateneo de la Juventud no puedo dejar a un lado esos espacios que los acogieron en su páginas y que tienen una relevancia fundamental tanto en su formación como en el itinerario general de la historia de la literatura mexicana: las revistas literarias. Como puntos de encuentro donde se manifiestan afinidades y distancias, el estudio de las revistas también sirve como un barómetro cultural que arroja luz sobre épocas y fenómenos. En Hispanoamérica, estos espacios han sido cruciales en el desarrollo cultural,⁶⁴ ya por su eficacia ya por su alcance; por lo tanto, “el curioso debe dirigirse a las publicaciones periódicas para encontrar el pulso vivo de la literatura mexicana”.⁶⁵

Pero más que eso, en las revistas se encuentran los esbozos de un pensamiento que se va a ir formando con el paso de los años. Rasgos que indican una evolución o un cambio o una persistencia en las posturas tanto individuales como colectivas. José Luis Martínez indica que “en las revistas hacen nuestros escritores sus primeras armas; allí se forman y de allí parten para más ambiciosas empresas”, para después marcar una distancia con el libro: “los libros pocas veces nos muestran la verdadera evolución de nuestros autores; las revistas, en cambio, registran día a día su curiosidad, sus preferencias, las formas de su sensibilidad, su progreso o su decadencia”.⁶⁶

⁶⁴ Boyd G. Carter, *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve contenido histórico*, De Andrea, México, 1959. p. 13.

⁶⁵ José Luis Martínez, *Literatura mexicana siglo XX (1910-1949)*, Conaculta, México, 1990, p. 98.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 98-99.

Del mismo modo, Dayna Díaz Uribe rescata un pasaje de Alfonso Reyes para apuntar que estas “publicaciones son las encargadas de funcionar como brechas donde hay fisuras, es decir, de conectar el medio con el fin, el ensayo con la definición, la práctica con la madurez y el tiempo presente con el futuro”.⁶⁷ Por su lado, Luis Alberto Arellano encuentra que, incluso, debe haber cierta responsabilidad por parte de los investigadores en torno a estas publicaciones y no sólo “tomarlas como un mero instrumento o pasaje entre libros consagrados”, pues considera que son una pieza clave para la comprensión de la historia literaria y “testimonio de su tiempo y objeto literario que demanda ser analizado por sus propios méritos”.⁶⁸ Juan Pascual Gay sintetiza lo anterior al decir que “las obras literarias individuales están a la par en importancia que las revistas que, además, aportan algo más que los libros al ofrecer una mirada más amplia que éstos, como una radiografía de un momento concreto que reproduce sus contradicciones y avenencias, sus discordias y preferencias; una fotografía que, en lugar de desvelar lo inmediato, compendia aquello que está suspendido en el aire, gravitando sobre el ambiente literario y cultural, a la espera de que unos ojos capturen ese temperamento tan sutil como impalpable, tan tenue como inasible”.⁶⁹

En la primera década del siglo XX, existen cuatro revistas literarias que son indispensables para comprender el desarrollo de ese grupo de jóvenes que en 1909 conformó el Ateneo de la Juventud: *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (1898-1903), *Revista Moderna de México* (1903-1911), *Savia Moderna* (1906) y *Revista Azul. Segunda Época* (1907). En

⁶⁷ Dayna Díaz Uribe, *El Hijo Pródigo (1943-1946) en la historia de la literatura mexicana*, tesis doctoral, El Colegio de San Luis, México, 2016, p. 32

⁶⁸ Luis Alberto Arellano, *Rafael Lozano, mensajero de vanguardias*, tesis doctoral, El Colegio de San Luis, México, 2016, p. 240. Las tesis de mis compañeros de generación, las cuales he citado en distintos lugares de este trabajo, son reflejo de esta preocupación y responsabilidad, lo cual se ha concretado ya en el primer volumen, también aquí referido, de un proyecto de cinco libros sobre las *Historias de las revistas literarias mexicanas (1894-1946)*.

⁶⁹ Pascual Gay y Anuar Jalife (coords.), *op. cit.*, p. 24.

este apartado me acerco a las colaboraciones de estos jóvenes en las tres primeras publicaciones que anuncio, con el fin de esbozar un desarrollo tanto en su estilo como en su postura pública.⁷⁰

3.2.1. *Revista Moderna* y *Revista Moderna de México* (1898-1903/1903-1905): correrías de los jóvenes ateneístas

En el ambiente cultural, es común que los jóvenes que no han hecho un nombre ni han adquirido el mínimo prestigio busquen espacios que avalen sus propuestas estéticas e ideológicas, a pesar de que éstos no estén en total sintonía con ellas. En el caso del Ateneo de la Juventud, encuentro una serie de colaboraciones que muestran el sendero que tomaron para ir asentándose en un círculo más privilegiado de literatos incluso antes de sacar su propia revista *Savia Moderna*.

El itinerario de estos primeros pasos es relevante, pues muestra una relación con el grupo modernista que a la muerte de Gutiérrez Nájera migró de la *Revista Azul* para erigir el propio. Con Jesús E. Valenzuela como director, y sin ninguna competencia de valía en su entorno, la *Revista Moderna. Arte y Ciencia* se consolidó como la publicación más importante de fines del siglo XIX y el comienzo de la nueva centuria, pues ahí se concentraron las plumas más relevantes de la literatura tanto mexicana como hispanoamericana, lo cual la posicionaba como un órgano de difusión que destacaba por su contenido y por su presentación.⁷¹

⁷⁰ *Revista Azul* la abordo más adelante, pues, más bien, es la reacción de los jóvenes a esta publicación lo que más interesa.

⁷¹ Max Henríquez Ureña, en su *Breve historia del Modernismo*, incluso amplifica su lugar al considerarla como vocera del movimiento a lo largo de Latinoamérica (cf. *op. cit.*, p. 104). Sobre esta primera etapa, se puede consultar su edición facsimilar y el “Prólogo”, de Julio Torri (discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua), así como el “Estudio introductorio”, de Héctor Valdez, y la noticia, de Fernando Curiel. Y aunque

Ahora bien, la promoción y venta de la revista en sí parece ser contradictoria, pues hay quien apunta que “no se interesó entonces por la política, más bien, se erigió como un espacio dedicado a la literatura y al arte, ajeno a las vicisitudes del país en materia política, social y económica”,⁷² desinterés en materia pública que muchas veces ha sido utilizado como calificativo, a veces exagerado, para caracterizar a todos los miembros de un movimiento; sin embargo, las individualidades que ahí convivieron no pocas veces expresaron, incluso de manera férrea, una postura política antagónica al régimen de Díaz.⁷³ Otro motivo, tal vez más adecuado, es que los encargados de timonear este espacio estaban conscientes de que el apoyo por parte del gobierno era necesario para que la empresa triunfara. Sobre ello, la investigadora Adela Pineda Franco reflexiona:

La *Revista Moderna* (1898-1903), posteriormente *Revista Moderna de México* (1903-1911), se ha leído siguiendo criterios de periodización literaria, ya sea como receptáculo de una literatura nacional, la mexicana, en un determinado momento histórico, o en relación a la historiografía del modernismo hispanoamericano, siguiendo el criterio epocal de Max Henríquez Ureña. No obstante, otros marcadores relacionados con la materialidad de la revista, como formato, precio, gráfica, publicidad y géneros discursivos predominantes, deben ser considerados en relación a estos contenidos estéticos para señalar la contradicción que ella misma encarna como formación literaria, antiburguesa y decadentista, como publicación seriada de lujo en un mercado, como vehículo de comunicación social dentro de un periodismo que se pretendía empresarial y no partidista, y como instrumento ideológico del régimen de Porfirio Díaz, conocido como Porfiriato (1876-1911).⁷⁴

Si algo revela esta forma de mantenerse vigentes, es que los modernistas, especialmente los que agruparon bajo el estandarte del decadentismo, tenían una consciencia

no se cuenta aún con una edición facsimilar de la segunda etapa, *Revista Moderna de México*, se puede consultar los índices y el estudio coordinado por Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, donde esta empresa se aprecia desde distintas aristas importantes en el contexto que se desarrolló, develando la importancia de la misma en ese periodo.

⁷² Pascual Gay y Anuar Jalife (coords.), *op. cit.*, p. 352.

⁷³ *Cf. Idem.*

⁷⁴ Adela Pineda Franco, “Más allá del interior modernista: el rostro porfiriano de la *Revista Moderna* (1903-1911), *Revista Iberoamericana*, vol. LXXII, núm. 214, enero-marzo de 2006, p. 155. pp. 155-169.

bastante aguda sobre el engranaje cultural en México. El resultado fue un espacio ideal para consolidar un nombre. Sin embargo, porque la mayoría de la pléyade ateneísta nació en la década de 1880, los que participaron en esta primera etapa sólo fueron los de más edad. Fernando Curiel hace un recuento de las colaboraciones de los proto-ateneístas en este espacio, “todos principalmente poetas: Roberto Argüelles Bringas, Ricardo Gómez Robelo, Enrique González Martínez, Rafael López, Manuel de la Parra, Efrén Rebolledo, Abel. C. Salazar, Luis G. Urbina, Jesús Urueta y Ángel Zárraga”.⁷⁵ Curiel desglosa las colaboraciones minuciosamente en su texto “El Ateneo modernista”:

De Roberto Argüelles Bringas (1875-1915), una de las altas malogradas promesas del naciente grupo, *Revista Moderna* publica cinco poemas: “Al rojo-blanco”, “Claridad”, “Esbozo trágico”, “Bisoneto” y “Un juicio de Dios”. De Ricardo Gómez Robelo (1884-1924), otra figura que no alcanza la cima anunciada, uno de esos escritores del Ateneo que no escriben –como Jesús T. Acevedo– se acogen dos colaboraciones: la traducción de “Hamlet” de Stéphane Mallarmé; y un ensayo original, “Jesús”. De Enrique González Martínez (1871-1952), el que más adelante, en operación ornitorrinca le torcerá el cuello al cisne, nahual modernista, aparecen traducciones a tres poemas de Verlaine: “Pierrot”, “Coloquio sentimental” y “De Sagesse”; y un poema de su libro *Preludios*, “Deseo”. De Rafael López (1873-1943), contamos cuatro momentos de su estro: “Leopoldo Lugones”, “Flores de humo”, “Águila real” y “Epicúrea”. De Manuel de la Parra (1878-1930), se registra un “Amor antiguo”. De Efrén Rebolledo (1877-1929), aparecen veintiocho poemas y el relato “La cabellera” que más tarde ondeará en su novela *Salamandra*. De Abel C. Salazar (1878-1925), con no menos prodigalidad, se incluyen once poemas: “In memoriam”, “Golondrinas”, “En oración”, “Incoherencias”, “Apunte”, “Espectros heroicos”, “Óleo”, “El trigo”, “A escape”, “Voces lejanas” y “Melancolía”. De Luis G. Urbina (1864-1934), una paleta variopinta: cinco poemas; dos “Máscaras”, aportación genérica –de género– de la *Revista Moderna*; y una recensión bibliográfica. De Jesús Urueta (1867-1920), recontamos: veintiún ensayos, una crónica y siete de los discursos en lo que domicilió su fama de orador sin par (bueno, sí, Díaz Mirón). Por último, de Ángel Zárraga (1886-1946), se dan a conocer cuatro poemas: “Eucaristía”, “Psique”, “Caín” y “Madrigal para unas manos”.⁷⁶

De todos ellos, Ricardo Gómez Robelo y Ángel Zárraga son los más jóvenes, y si éste

⁷⁵ Curiel Defossé, “El Ateneo de la Juventud en dos tiempos: porfirismo, Revolución”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. XVI, núms. 1-2, 2011, p. 18.

⁷⁶ Fernando Curiel Defossé, “El Ateneo modernista”, *Literatura Mexicana*, vol. 7, núm. 1, 1996, pp. 42-43.

último colaboró con ilustraciones, el primero, en cambio, según el investigador, “será de los primeros en lanzar proyectiles contra uno de los principales objetivos del nuevo movimiento: el positivismo”.⁷⁷ Afirmación que tendría que matizarse, pues los escritos de Robelo, “Jesús” y la traducción de “Hamlet” de Mallarmé, más que un golpe parecen exploraciones que develan gustos personales. En “Jesús”, sin embargo, se aprecia un regreso a lo espiritual, con énfasis en los atributos de ese personaje bíblico que bien podrían trasponerse a los ideales de fin de siglo, donde el escritor se paseaba por las calles diseccionando comportamientos, modas y recovecos negados por la sociedad: “sonreías a las cosas, y contemplabas a las aves del cielo y los lirios de los campos, y lo comprendiste todo”.⁷⁸

Por otro lado, al retomar lo propuesto por Mallarmé en su propuesta del personaje shakespeariano Hamlet, hay que recordar que éste encarna una serie de valores en torno al héroe moderno como la duda y la individualidad. A la par de esta pequeña nota, también se encuentra el hecho de que la traducción siempre expresa una predilección por el escritor que se traduce y un impulso de hacer llegar la obra de éste a un público más cercano; un rescate que muchas veces se convierte en una necesidad: “en ella prorrumpe no sin gracia, alguna entonación perfecta en las piezas del día o la vida. Entonces sorprende a mi memoria a más de las letras que se agrupan la palabra Shakespeare, renovar nombres de aquellos que es sacrilegio aún callar, porque se adivinan”.⁷⁹

Estas exploraciones juveniles sirvieron para afianzar la amistad con los que pronto se congregaron bajo el nombre del Ateneo de la Juventud, con quienes compartió “la inquietud

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ Ricardo Gómez Robelo, “Jesús”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año VI, núm. 3, 1ra. quincena de 1903, p. 43. pp. 42-44.

⁷⁹ Stéphane Mallarmé, “Hamlet”, trad. de Ricardo Gómez Robelo, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año V, núm. 22, 2da. quincena de noviembre de 1903, pp. 349-350.

filosófica y el antipositivismo”; como apunta Serge I. Zaïtzeff: “en una carta a Alfonso Reyes, el autor de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* escribe: ‘En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer’”.⁸⁰ Tal vez, más que esas primeras colaboraciones en la revista de Jesús E. Valenzuela fue la lectura de este pesimista la que le ganó la fama de ser de los primeros antipositivistas del grupo, porque como hemos visto en otras partes de este trabajo, los ataques al sistema nunca cesaron y provenían de diferentes frentes, incluso en la misma ENP.

Ahora bien, por la naturaleza de sus colaboraciones en *Revista Moderna*, pues prepondera el ensayo sobre la poesía del resto de proto-ateneístas, resaltan las intervenciones del chihuahuense Jesús Urueta. Aparte de los textos que realizó y fueron parte de las polémicas en las que el grupo decadentista se vio inserto,⁸¹ cabe resaltar uno, “M. Taine”, que ya había sido publicado antes en las páginas de *Revista Azul*,⁸² y que demuestra dos cosas: la proclividad de los escritores de fin de siglo a reciclar sus textos y, en segundo término, un interés por esa figura en particular por parte del orador. Juan Pascual Gay resalta este interés, pero lo acerca más a una línea de pensamiento que se avecina al decadentismo, promoción con la que despuntó el autor de *Frescas*, aunque reconoce ese precoz interés por la crítica, fenómeno que parece de mayor relevancia pues juega un papel fundamental en la vida del chihuahuense e “indica una madurez de pensamiento para tomar aquellas decisiones

⁸⁰ Serge I. Zaïtzeff, “Prólogo”, en Ricardo Gómez Robelo/Carlos Díaz Dufío Jr., *Obras*, FCE, México, 1981, p. 18.

⁸¹ Un esbozo sobre éstas se hizo en el primer capítulo; para algo más concreto en relación a Urueta y su función dentro de ellas ver Juan Pascual Gay, “El clasismo extemporáneo de Jesús Urueta (1890-1900)”, donde el investigador también hace un recuento minucioso de colaboraciones de Urueta en *Revista Azul* y *Revista Moderna* (*Siglo XXI. Literatura Hispánica*, núm. 22, Universitas Castellae, Valladolid, 2016, pp. 197-240).

⁸² Jesús Urueta, “Taine. La psicología literaria. El arte y la historia”, *Revista Azul*, México, t. V, núm. 21, 20 de septiembre de 1896, p. 321.

y emprender aquellas vías que en su momento apenas interesaban a sus compañeros de promoción, pero cuyas consecuencias son evidentes en la siguiente, la del Ateneo”.⁸³

Si el trabajo de Pascual Gay sobre este periodo complementa el aporte de por sí ya minucioso de Curiel,⁸⁴ las propias colaboraciones develan una madurez que implicaba una visión que permite más que arremeter contra un contrario, admitir que hay posturas diferentes, pues al partir de una premisa que acepta y no niega, se puede acceder a una mejor comprensión de un fenómeno: “Criticar, en el sentido moderno de la palabra, es comprender cualidades opuestas a las cualidades propias, ideales diferentes de los ideales preferidos, abarcando con simpatía todas las manifestaciones del arte”.⁸⁵ Urueta encontraba un valor en el medio que rodeaba el concepto de creación, pero al mismo tiempo encontraba que una explicación del hombre y sus comportamientos se podía comprender por su contexto. Anota: “El crítico tiene que hacer obra de historiador: estudiando la raza, el tronco primitivo de

⁸³ Pascual Gay, “El clasismo...”, p. 231.

⁸⁴ Cronológicamente pertenecen a este rubro: “Tarcisius”, “Wanda de Boncza”, “La danza del vientre”, “Caín”, “Mi sátiro”, “Una escena del evangelio”, “Almas paroxísticas”, “El himno del ultraje”, “Un libro de Justo Sierra”, “Su mano” y “Lavó su cuerpo con ambrosía...”. Incursionó Urueta en el género de la crónica con “La casa del pueblo”, recogido en las *Obras completas*. Igualmente aportó colaboraciones afines con el cuento y el relato “Dura ley” y “Fresca”, inéditas en lo referente a “La revelación del eco” y “El endriago” poco después recogidas en *Fresca* y más tarde en sus *Obras completas*. Pero además las colaboraciones en la *Revista Moderna* exhiben el interés por la oratoria como demuestran los discursos que entregó a las prensas. Lo cual es revelador al menos de que la curiosidad por este género ya es bien visible a finales de la década y, sin duda, se trata de los primeros discursos pergeñados por Urueta que debieron valerle el reconocimiento debido puesto que de otro modo no los hubiera publicado. Pertenecen a este género: “Panegírico del sabio mexicano Gabino Barreda, pronunciado por el licenciado Jesús Urueta la noche del diez de marzo de mil ochocientos noventa y ocho en el Teatro Conservatorio Nacional de México”, “Discurso pronunciado en el festival artístico que organizó la *Revista Moderna*, en homenaje al ‘Duque Job’, la noche del 3 de febrero de 1901”, “Arenga a la juventud”, “Discurso pronunciado por el señor licenciado Jesús Urueta en la velada organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en honor de Juárez, la noche del 18 de julio de 1901 en el Teatro del Renacimiento”, “Discurso pronunciado al pie de la estatua de Virgilio en la Biblioteca Nacional en la velada que, bajo el patrocinio de la *Revista Moderna*, organizó la delegación mexicana en homenaje a los poetas anglo-americanos, el día 6 de noviembre de 1901”, “Arenga del señor licenciado Jesús Urueta, pronunciada en Chapultepec con motivo de la distribución de premios a los alumnos del Colegio Militar” y “Encomio del poeta”. Por último hay que referir las piezas de teatro: una cuyo título ya había publicado anteriormente, “Harmonías trágicas”, pero que añade una pieza inédita, “Volar al cielo. Danza”, a la ya conocida “Chopin-Vals”; y otra más, “Dulcinea” (Preludio). “Danza” se incluyó en *Fresca* dentro de la serie “Harmonía trágicas”, tras “Chopin-Vals”; mientras que “Dulcinea” esperó a las *Obras completas* para publicarse otra vez (*Ibid.*, p. 228-231).

⁸⁵ Jesús Urueta, “M. Taine. La psicología literaria. El arte y la historia”, *Revista Moderna de México. Arte y Ciencia*, México, año. II, núm. 8, agosto de 1899, p. 233.

donde arrancan las ramificaciones, teniendo en cuenta las influencias del suelo y de la atmósfera, y los contactos internacionales, se formará idea de la estructura del espíritu público”,⁸⁶ consciente, a la vez, de esos otros espacios paradigmáticos de fin de siglo: “estudiando los fastos, las crónicas, se formará idea de las costumbres, de la vida activa del pueblo en las plazas en los cafés, en los teatros, en los salones y en las alcobas [...] Para efectuar esas resurrecciones históricas, es preciso ser un artista, es preciso ser dueño de la vara de virtud que abre el sésamo de los archivos”.⁸⁷

Y aunque los alcances de las teorías de Taine fueron grandes, también hubo otros que no encontraban en ellas las bases suficientes para explicar fenómenos o personajes extraordinarios, como Shakespere, tan sólo una nota de *The Spectator* a unos días de la muerte del crítico revela:

BY the death of M. Taine, Europe loses her greatest critic. That is the thought that is this week in the minds of most well-read and intelligent men. And yet, in many ways, M. Taine was a very unsatisfactory critic. His conclusions were, no doubt, as often right as those of most critics, or, indeed, more often right; but his critical method involved a patent absurdity. It rested upon the supposition that the great men of letters and art are but the creatures of their "environment." His theory was that each age has certain ruling characteristics, and of these characteristics the poets and artists are but manifestations. But these ruling characteristics are, again, not a matter of haphazard, but the result of the conditions that prevailed in preceding ages. That there is a good deal of truth in this, no one will care to deny. But in so far as it is true, it is of little or no use in the region of criticism.⁸⁸

Es cierto que, aceptada o no, el conocimiento y apoyo por parte de Urueta, añadido a su experiencia en Europa, justo cuando el clima estaba impregnado por movimientos socialistas y el caso Dreyfus estaba en boga, hicieron que el chihuahuense, al regresar a México en los albores del nuevo siglo, reflejara una visión más crítica de su entorno, que se

⁸⁶ *Ibid.*, p. 234.

⁸⁷ *Idem.*

⁸⁸ S/f, “M. Taine”, *The Spectator*, Londres, núm. 3376, 11 de marzo de 1893, pp. 9-10.

fue acrecentando en el transcurso de la primera década al tiempo que tomaba un matiz que evidenciaba una necesidad de definir una postura pública.

También hay que tener en cuenta que a la par de estas primeras colaboraciones surgen esas otras que se desprenden de la cátedra del orador en la ENP y que muestran un interés por el mundo helénico, interés que los jóvenes van a retomar con ahínco, lo mismo que un par de libros que recogen estos trabajos y agregan otros tantos que corroboran ese interés. En primer lugar, *Fresca*,⁸⁹ publicado en 1903, que recoge los ensayos de arte, y *Alma Poesía*,⁹⁰ publicado en 1904, que recoge las conferencias que se dieron en la ENP sobre el mundo griego y agrega tres textos más: “La poesía épica griega”, “La poesía épica griega: La Iliada” y “La tragedia ática”.

Revista Moderna. Arte y Ciencia, cuya fundación se atribuye a Bernardo Couto Castillo, pero que, a falta de compromiso, por una u otra cosa, estuvo bajo la dirección de Jesús E. Valenzuela, que a pesar de no sentirse en los comienzos muy vinculado con el grupo (confiesa que sus ligas con él son más bien de orden cordial) acepta el engranaje que mantiene funcionando la revista. Pues Valenzuela tenía una visión empresarial bastante aguzada y sabía tomar la temperatura cultural al mismo tiempo que estaba al tanto de los desarrollos tecnológicos que ayudarían a la empresa.

Uno de los mecanismos decisivos que el visionario director y empresario utilizó para mantener la revista atractiva para el público se aplicó en septiembre de 1903. A casi un lustro de su fundación, la revista se renueva y cambia su nombre por *Revista Moderna de México*, nombre que conservará hasta 1911, fecha en que cierra sus puertas. Elisa Speckman apunta que esta renovación se debe al incremento exponencial en la competitividad, resultado de un

⁸⁹ Jesús Urueta, *Fresca*, Jacinto Gil Editor, México, 1903.

⁹⁰ Jesús Urueta, *Alma poesía*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1904.

proceso imitativo que Rafael Reyes Spíndola importó de los diarios estadounidenses. Dichas modificaciones se centraron principalmente en dos puntos: la reducción de costos y la modificación del contenido, ambas con un propósito último: llegar al “gran público”.⁹¹

En agosto de 1903 se anuncia el cambio: “Realizando añejas aspiraciones por las cuales ha trabajado sin descanso, la *Revista Moderna* se metamorfoseará por completo desde el mes de septiembre próximo, en el cual aparecerá bajo la forma de un *magazine* mensual, de numerosas páginas, ilustrado, y con variadísimas secciones: científicas, literarias, artísticas, sociales, informativas, etcétera”.⁹² En esta nueva etapa, a un lado de Jesús E. Valenzuela, como dueño y como director, se sumó el nombre de Amado Nervo.

Aquí cabe mencionar que, a pesar de los múltiples cambios en el contenido, la sección literaria conservó su característico sello y se aseguró que no se modificaría “sino en el sentido de la mayor prodigalidad de material y dibujo”.⁹³ Del mismo modo que en la *Revista Azul*, un eclecticismo normado por la calidad fue el eje rector de las colaboraciones en este nuevo espacio.

Belem Clark de Lara y Fernando Curiel anotan que, en los 94 números que salieron a la luz, participaron un total de “126 autores nacionales y 223 extranjeros, además de 86 plumas no identificadas”.⁹⁴ Habría que agregar que de estos autores, 31 pertenecen a la nómina que ofrece Álvaro Matute, de los cuales 27 son nacionales y 4 extranjeros.

⁹¹ Elisa Speckman Guerra, “La prensa, los periodistas y los lectores (Ciudad de México, 1903-1911)”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, coord., est. intr. de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 133.

⁹² S/f, “La *Revista Moderna* (Nueva faz de la publicación)”, *Revista Moderna*, México, vol. VI, núm. 16, México, agosto, 1903, p. 256.

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ Belem Clark de Lara y Fernando Curiel, “Introducción. Suscriptores y 'los demás', la sociedad que leía la *Revista Moderna de México*”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 133.

De la nómina ateneísta siete integrantes ya habían participado en la primera etapa de la *Revista Moderna*: Luis G. Urbina, Jesús Urueta, Rafael López, Efrén Rebolledo, Ricardo Gómez Robelo, Abel C. Salazar y Ángel Zárraga, y en la segunda etapa, antes de la primera gran conglomeración de ateneístas que arremolinó a 18 integrantes en torno a *Savia Moderna* en 1906, es decir, entre 1903 y 1906, catorce ya participaban en la revista de Valenzuela, diez de los cuales participaron en esa primera gran aglomeración.

Ahora bien, en los albores del siglo también es importante seguir la pista a las dos figuras que se pondrán en la dirección de *Savia Moderna*, la cual reúne a buena parte de los proto-ateneístas: Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto.

Luis Castillo Ledón nace el 17 de enero de 1879, en la villa de Santiago Ixcuintla, en lo que hoy es Nayarit. Cinco años después, el 24 de enero de 1884, en Pachuca, nace Alfonso Cravioto Mejorada.⁹⁵ La diferencia de cinco años, a lo lejos, parece casi imperceptible; sin embargo, tiene repercusiones en la experiencia que antecede el momento en que ambos jóvenes se conocieron, pues aunque los dos comenzaron en el ambiente literario de manera precoz, lo hicieron de forma diferente.

De Castillo Ledón, sabemos que, junto a sus compañeros de escuela, dirigió un par de periódicos por los años de 1896 y 1897, llamados *El Reporter* y *Pierrot*, aunque también se le atribuye *El Chiquitín*,⁹⁶ época en donde desarrolló un primer libro de poesía titulado *De crisálidas*. Y más tarde, en tierra tapatía, trabajó en *La Gaceta de Guadalajara* y “estableció relaciones con las siguientes ediciones: *La Libertad*, *Juan Panadero*, *La Suegra*, *El Bien*

⁹⁵ Fernando Curiel Defossé en su libro *Ateneo de la Juventud (A-Z)* proporciona unas breves semblanzas que resumen las carreras de estos personajes, y que en su brevedad trazan el mapa de su desarrollo personal (UNAM, México, 2001, pp. 29-30 y 35-36).

⁹⁶ Esta información se puede consultar en Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1879-1944)*, de *Savio a historiógrafo ateneísta 1906-1911*, tesis de maestría en Historia dirigida por Fernando Curiel Defossé, UNAM, México, 2010, pp. 14-15; ahí, la investigadora desmiente que exista otro periódico titulado *Casi de Jugete*, y atribuye la confusión a una entrevista que se realizó al ateneísta.

Público, Revista Blanca, Buena Sombra, Negro y Rojo”, *El Sol* y, después, en 1903, sería dueño y director de *El Monitor de Occidente*.⁹⁷

Todavía en Guadalajara, comenzó a estudiar en el Liceo de Varones, donde uno de sus maestros más cercanos fue Victoriano Salado Álvarez, uno de los involucrados más notorios en las polémicas contra el movimiento modernista y con quien desarrolló una larga amistad.⁹⁸ Lo cual refleja una afinidad que muchos de los ateneístas tuvieron con personajes representativos de fines del siglo XIX, de un corte de características distintas a los modernistas. Ahí, en el Liceo, también hizo migas con José María Sierra, mancuerna que no tardó en consolidar su posición en el ambiente literario de Guadalajara, al encabezar en 1901 la mesa directiva de la sociedad literaria “Manuel Gutiérrez Nájera”. Ese mismo año, Castillo Ledón publicó por primera vez en un periódico capitalino, *El Imparcial*.⁹⁹

La convivencia y aceptación que tuvo el nayarita en Guadalajara fomentó su entusiasmo por los proyectos editoriales. Más aún, gracias a la minuciosa investigación de la historiadora Julieta Ávila Hernández en el Archivo Castillo Ledón se puede establecer que fue en tierra tapatía donde germinó una idea que después se concretó en la capital como la revista *Savia Moderna*. Apunta la investigadora:

José María Sierra, autor, al igual que Tablada, de una *Misa Negra*, [...] escribió a Luis Castillo, con la siguiente fecha: “Jul 28 1903,” [...] “El sábado próximo aparecerá Pist!!... periódico que vamos a fundar entre Carpio, Luis Quevedo y yo. Se ocupará sólo de guasas y de teatros. Esperamos sacar dinero de él para después fundar nuestra tan soñada “Savia Moderna”.¹⁰⁰

⁹⁷ *Ibid.*, pp. 17 y 18.

⁹⁸ Desde diferentes plataformas, como *El Universal, El Nacional* y *El Mundo*, se puede apreciar la polémica entre una facción conservadora y la propuesta modernista de fin de siglo; argumentos de ambos lados se publicaron tratando de justificar sus posturas, de ahí la discusión entre Victoriano Salado Álvarez, por un lado, y Amado Nervo y Jesús E. Valenzuela, por el otro, fue de ejemplar candor. Estos textos se pueden consultar en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*. También en Juan Pascual Gay, *El beso de la quimera*, se puede encontrar otra aproximación al grupo decadentista y las polémicas en que se vieron involucrados.

⁹⁹ Ávila Hernández, *op. cit.*, pp. 18 y 19.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 20.

Después de este preámbulo literario, atestado de empresas efímeras y de espíritu juvenil, el viaje a la capital del nayarita no dilató, a donde llegó por consejo del poeta Amado Nervo, quien lo vinculó directamente con la crema y nata de la intelectualidad mexicana, que solía arremolinarse en la casa del mecenas y director de *Revista Moderna de México*, Jesús E. Valenzuela. Ahí, donde confluían personajes destacados de las corrientes literarias de fin de siglo, ya se empezaban a mencionar los nombres de algunos personajes pro-ateneístas. Vicente Quirarte, por su lado, apunta que esto se da porque Valenzuela “es un hombre de dos reinos, un puente entre dos generaciones”;¹⁰¹ mientras que Max Henríquez Ureña, lo recuerda como: “mecenas, y se significó como lazo de unión entre los hasta entonces dispersos representantes de las nuevas tendencias”.¹⁰²

En ese espacio donde la literatura cobraba vida y las relaciones entre los escritores se fortalecían, sospecho, Luis Castillo Ledón conoció al joven Alfonso Cravioto que ya por esas fechas había llegado a la capital. No obstante, hay que apuntar que el cobijo de Amado Nervo para el nayarita no cesó ahí, pues a su regreso a México también lo ayudó a obtener un puesto en la Biblioteca Nacional; hecho que estableció la pauta de su desarrollo personal.¹⁰³

Ahora bien, en 1904, Castillo Ledón “participó y triunfó en un popular y todavía prestigioso concurso literario: los Juegos Florales. El archivo ALCL¹⁰⁴ guarda un documento: [titulado] *Minerva*, el número único del *Órgano de la juventud estudiosa*, en el que se da cuenta de las cuatro composiciones premiadas en los juegos potosinos de septiembre de

¹⁰¹ Vicente Quirarte, “Prólogo”, en Jesús E. Valenzuela, *Mis recuerdos. Manojos de rimas*, edición y notas de Vicente Quirarte, Conaculta, México, 2001, p. 17.

¹⁰² Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, p. 465.

¹⁰³ Lo nombra su secretario José María Vigil en 1903 (cf. Ávila Hernández, *op. cit.*, p. 22).

¹⁰⁴ Archivo Luis Castillo Ledón.

1904” donde él obtuvo el segundo lugar. En el mismo certamen, Cravioto también fue galardonado, desde ahí los caminos de ambos parecen destinados a seguirse cruzando.

Sin embargo, si el nayarita da muestras de interés por la literatura y los diferentes medios de publicación, las primeras incursiones de Alfonso Cravioto Mejorada, aunque similares, muestran una clara diferencia: la política.

Cravioto formó parte de la familia más poderosa del estado de Hidalgo. Su estatus social le proveyó de los privilegios infantiles a los que pocos pueden aspirar, como las clases particulares y una gran biblioteca a su entera disposición. A los once años, en 1895, ingresó al Instituto Científico Literario que en ese entonces dirigía Baltazar Muñoz Lumbier, un crítico mordaz del régimen porfiriano y, por ende, del padre del joven Cravioto. Es probable que ahí se fortalecieron las ideas liberales que había cultivado en su niñez.¹⁰⁵

En Hidalgo, cuando el sucesor de Cravioto a la gubernatura no celebró el aniversario de la muerte de Juárez en 1898 provocó que los inconformes se reunieran y organizaran su propio homenaje, y después se constituyeran como la Corporación Patriótica Privada, que fue el “núcleo aglutinador del liberalismo hidalguense”, y “que se expresaban por medio de un periódico, *El Desfanatizador*”, donde el joven Cravioto fungía como director. En este semanario, fundado por Francisco de Paula Castrejón Escobar, el joven se posiciona como director durante treinta y nueve números, mientras, a la par, estudiaba el bachillerato en el Instituto Científico Literario, hoy la Universidad Autónoma de Hidalgo. También, por esas fechas, comenzó a colaborar en *El Hijo del Ahuizote* (1885), dirigido por Daniel Cabrera

¹⁰⁵ Cf. Alfonso Cravioto, *apud.* Miguel Ángel Granados Chapa, *Alfonso Cravioto, un liberal hidalguense*, Océano/Gobierno del Estado de Hidalgo, México, 1984, p. 27.

Rivera, Manuel Pérez Bibbins y Juan Sarabia, pero que después, entrado el siglo XX, en 1902, pasó a manos de los hermanos Flores Magón.¹⁰⁶

A los 16 años de edad, Alfonso Cravioto firmaba junto con Mariano Lechuga una protesta por la violenta disolución de una manifestación estudiantil en honor a Benito Juárez, la cual se reproduce en el periódico *Regeneración* de los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón:

Protesta: No nos sentimos impulsados por un arranque noble de compañerismo o por un empuje fanático de igualdad de ideales, no, nosotros venimos a lanzar nuestra protesta contra el encarcelamiento de unos estudiantes dignos en nombre de la civilización ultrajada en nombre de justicia encarnecida, en nombre de la Libertad pisoteada, en nombre de la Patria y en nombre de JUÁREZ del GRAN JUÁREZ que en su tumba se yergue palpitante de irritación señalando con su índice bronceado las cabezas de dos analfabetas del deber, de los usurpadores de libertades, de dos parias de la civilización que quieren borrar, a fuerza de cerrojos su infamante conducta ya estampada en las páginas negras de la historia [...]¹⁰⁷

Este documento refleja tanto la inconformidad como la beligerancia características de una juventud que busca a gritos ser escuchada, pero, sobre todo, adquiere relevancia porque tendrá eco en lo que podría considerarse el manifiesto del grupo ateneísta seis años más tarde.

Sobre ello apunta Arturo Vergara Hernández que “Mariano Lechuga y Alfonso Cravioto escribieron una carta de protesta impresa en un volante, fechada el 4 de agosto de 1901, en la que manifiestan su repudio al jefe político de Pachuca Antonio Grande Guerrero y al mayor Carlos G. Pacheco, ejecutores de la represión y los arrestos. A raíz de esto, y sobre la base de sus influencias, el Lic. Ignacio Urquijo consiguió una mejoría en el trato hacia los

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 30-31; // Rafael Cravioto fue Gobernador del estado de Hidalgo, poder que compartió con dos de sus hermanos desde 1877 hasta 1897, cuando, electo por cuarta ocasión, el General tuvo que renunciar por presiones del Presidente Porfirio Díaz (cf. Mónica Cravioto, “Alfonso Cravioto: El ser bajo la ficción del personaje”, *Tema y Variaciones de Literatura: a cien años del Ateneo de la Juventud*, Elena Madrigal Rodríguez et al., UAM-A, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, núm. 33, semestre II, 2009, pp. 205-240).

¹⁰⁷ Alfonso Cravioto y Mariano Lechuga, “Protesta”, *Regeneración. Periódico Independiente de Combate*, México, t. II, núm. 50, 15 de agosto de 1901, pp. 41-46.

estudiantes presos y luego su libertad, aunque todavía tardaron en liberar al maestro Noble”.¹⁰⁸ Ahora bien, la redacción de *Regeneración* aplaude a los jóvenes y los justifica puesto que “el atropello ha sido infame. Por eso la juventud que no soporta humillaciones se ha alzado airada y ha conmovido a la Nación con su heroica actitud”.¹⁰⁹ En otro artículo, fechado el 31 de agosto de 1901, se vuelve a manifestar el apoyo a los jóvenes que firmaron la protesta:

¡¡¡HACEMOS NUESTRAS PROTESTAS DEL 22 DE JULIO Y LA DEL 4 DE AGOSTO, FIRMADA POR LOS SEÑORES LECHUGA Y CRAVIOTO!!! [...] Nos complace ver el sentimiento de solidaridad de Hidalgo, sentimiento que quisiéramos ver también en los del Distrito Federal y en los de toda la República, para no permitir que cualquier déspota valido de su cargo oficial, haga burla de los derechos que otorgan nuestras instituciones liberales. Aplaudimos la actitud de tan dignos jóvenes porque saben hacerse respetar;¹¹⁰

En otra entrada, dirigida al público, se reproduce un discurso pronunciado por Alfonso Cravioto, donde habla de sus profesores y guías, el licenciado Urquijo, el profesor Navarro y Muñoz Lumbier; de este último apunta: “Y vos, al luchar contra los fuertes, al defender una causa justa pero erizada de peligros, no erais el simpatizador de una juventud noble; no erais fanático arrebatado por la sublimidad de un ideal; erais la Justicia, la misma Justicia que besaba la frente de una juventud grande porque es libre, fuerte porque piensa”.¹¹¹

En 1902, Cravioto, apasionado de las letras y la política, llega a la Ciudad de México a seguir sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia. En seguida se hacen notar sus antecedentes de joven revolucionario y se afilia a la agrupación estudiantil *Ignacio Ramírez*, donde semanas después es electo presidente. Sin embargo, apunta Miguel Ángel Granados

¹⁰⁸ Arturo Vergara Hernández, “Los masones y la Revolución Mexicana en el estado de Hidalgo”, *CINTEOTL, Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 13, enero-abril de 2011, pp. 12-13.

¹⁰⁹ *Idem*.

¹¹⁰ Varios, *Regeneración*, México, núm. 52, agosto de 1901.

¹¹¹ S/f, “Al público”, *Regeneración*, México, núm. 54, 16 de septiembre de 1901.

Chapa, “ese ámbito es reducido para el afán libertario de Cravioto, quien frecuenta a los hermanos Flores Magón, con quienes había entablado relación en los días agitados de 1901, [por eso acude] a la reinstalación del club liberal Ponciano Arriaga, el 5 de febrero de 1903”, donde funge como vocal.¹¹²

Pero incluso esto no es suficiente para el pachuqueño, que se afilia al Club Antirreeleccionista Redención en ese mismo año, donde participa como vicepresidente y el cual opera de manera más radical que del club liberal al que se acababa de unir. Su actividad en las diferentes publicaciones de corte antirreeleccionista es vasta, como lo prueban sus colaboraciones en *El Colmillo Público*, dirigida por Jesús Martínez Carrión; *El Partido Democrático* y *El Radical*, que estaban a cargo de Jesús Urueta, y *Vésper*, de Juana B. Gutiérrez de Mendoza.¹¹³ Del mismo modo su presencia pública va en aumento, pues participaba en manifestaciones antirreeleccionistas que tomaban como pretexto algún evento realizado por el régimen para alzar la voz y dar su opinión, estrategia que los jóvenes proto-ateneístas iban a seguir empleando antes de estar conformados como grupo y también después. Miguel Ángel Chapa apunta que “de manera semejante a como el cinco de febrero anterior los liberales aprovecharon la efemérides para proclamar ‘¡la constitución ha muerto!’”, resolvieron montarse en una manifestación en pro de Díaz, provista para el Dos de Abril (que era la fiesta porfirica por excelencia, luego del 15 de septiembre, coincidentemente

¹¹² Granados Chapa, *op. cit.*, p. 32; la mesa directiva se conforma por: Camilo Arriaga, presidente; Antonio Díaz Soto y Gama, vicepresidente; Benjamín Millán, tesorero; Juan Sarabia, primer secretario; Ricardo Flores Magón, segundo secretario; Santiago de la Hoz, tercero; vocales: Juana B. Gutiérrez de Mendoza, Evaristo Guillén, Federico Pérez Fernández, Rosalío Bustamante, Elisa Acuña y Rosete, Alfonso Cravioto, Srta. Refugio Vélez, Salvador Soto, Tomas Sarabia y Alfonso Arcienega (*Ibid.*, p. 33).

¹¹³ Cf. Mónica Cravioto, *op. cit.*, p. 208. / El manifiesto del Club Antirreeleccionista Redención se publica en *El Hijo del Ahuizote* donde también se inserta un poema de Cravioto que no se incluye en el tomo de sus poesías completas, pero que Miguel Ángel Granados Chapa reproduce íntegro (*op. cit.*, pp. 35-36).

día del cumpleaños de la patria y del dictador) para hacer una contramarcha antirreeleccionista”.¹¹⁴

Esta idea también la comparte Arturo Vergara Hernández, cuando apunta que “los liberales radicales empezaron a utilizar las fiestas cívicas y el nombre de los próceres nacionales con un contenido y una intención distinta, que al tiempo que rebasaba el tratamiento oficial constituía un arma para señalar los errores del gobierno. Utilizaron el nombre de Benito Juárez como bandera ideológica para reprochar a Díaz su perpetuación en el poder, ya que éste se había opuesto a la reelección del benemérito con el llamado plan de Tuxtepec”.¹¹⁵

No es de extrañar que esta actitud combativa, en un gobierno opresor como el de Díaz, condujera a Cravioto a la cárcel en abril de ese año,¹¹⁶ de donde salió sólo para acompañar a su padre en el lecho de muerte. Este evento marcaría profundamente al joven de tan sólo 19 años. Sobre ello, apunta Granados Chapa: “a la muerte de su padre, uno de los fuelles que alimentaban sus fuegos interiores dejó de soplar. Y cuando en 1905 el magonismo se abrió a la definición anarquista que en verdad alentaba, Cravioto, que era un liberal, abrió paréntesis

¹¹⁴ Granados Chapa, *op. cit.*, p. 36.

¹¹⁵ Vergara Hernández, *op. cit.*, p. 9.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 40. // En seguida se pronuncian sus compañeros en *El Hijo del Ahuizote*: “El público comprenderá, que cuando hablamos de recua, no aludimos a agentes de la autoridad en ejercicio de sus funciones; pero Emilio Álvarez quiere que sea así, ofendiendo con sus alusiones a los señores Magistrados del Tribunal Pleno./ ¡Y después de hacer esa alusión sangrienta, nos acusa y nos encarcela!/ Se encuentran presos en la cárcel de Belem los señores Juan Sarabia, Ricardo y Enrique Flores Magón, Alfonso Cravioto y Santiago R. de la Vega./ Nuestros compañeros presos han sido objeto de las mayores vejaciones./ A nuestros compañeros les ha impedido hablar con sus defensores, dizque por orden Superior, violando la Constitución a su capricho. Ha dado orden de que SOLAMENTE EL MARTES DE CADA SEMANA puedan entrar los defensores a hablar con nuestros compañeros./ *El Hijo del Ahuizote* protesta contra los arbitrarios procedimientos de Oscuras, propios para un país de cafres y no para dar lustre a nuestra infortunada patria./La Constitución ampara a los presos de toda molestia y ya diremos en nuestro próximo número todas las vejaciones de que son objeto los presos en la Cárcel de Belem, para que se tenga una idea de lo mal que desempeña Oscuras su oficio de cancerbero./ Todo esto lo hacemos por interés público, porque es penoso que en México se empleen en las cárceles procedimientos inquisitoriales y alusivos” (“Nuestros compañeros en Belém”, *El Hijo del Ahuizote*, núm. 848, 26 de abril de 1903, pp. 234-235).

en su militancia política”.¹¹⁷ Fue una etapa en que el pachuqueño se volcó a las letras, prueba de ello fue su participación en los Juegos Florales ya mencionados.

3.2.2. *Savia Moderna* (1906) o un apócrifo punto de partida

1905 fue un año decisivo, pues si Cravioto se distancia de los avatares de la política arremete, ahora sí con acceso a la herencia que le dejó su padre, desde otro frente: la literatura. La idea que se fraguó en tierra tapatía por Luis Castillo Ledón y José María Sierra tenía ahora el respaldo económico para tomar forma y consistencia, la cual se configuró en una primera instancia como *Savia Nueva*. Y aunque Cravioto se lanzó en la búsqueda de nuevos talentos, la presencia de colaboradores de provincia ya era basta, es por eso que antes de iniciar del año de 1906 ya había una nómina casi establecida para comenzar la empresa.

Para que esta revista comenzara, Cravioto rentó el despacho #32, en el quinto piso del # 88 de la primera de Cinco de Mayo (hoy Avenida 5 de Mayo). El edificio se llamaba La Palestina (que era el negocio que ocupaba el primer piso del edificio de cinco pisos). La recién heredada fortuna le permitió adornarlo de manera elegante e inclusive lujosa, contradictoria a casi todos los lugares donde se producían otras publicaciones periódicas. “De un lado se ve la Catedral y del otro los crepúsculos de la Alameda. El piso del edificio es de mármol. Abajo corren cafés, bares, tiendas, librerías. ‘Aquello era un Aeropago, un Parnaso, un palacio, una corte de los Medicis’, recuerda Jesús Villalpando”.¹¹⁸ Estampa totalmente contradictoria a la que recuerda Rafael López: “La redacción era pequeña como una jaula

¹¹⁷ Granados Chapa, *op. cit.*, p. 45

¹¹⁸ Villalpando *apud* Héctor de Mauleón, “Cien años de *Savia Moderna*”, *El Universal*, México, 24 de junio de 2006, pp. 3-5.

[...] Algunas aves comenzaron allí a cantar.” Una de esas aves fue Alfonso Reyes, que recuerda cómo su camino se cruzó con la publicación en ciernes:

Pisaba yo las últimas gradas de la Preparatoria y, a falta de mejor cosa, me disponía para la carrera de Derecho, procediendo por aproximación, cuando aconteció mi verdadero acceso a la vida literaria. Un poeta potosino, José María Facha, un sobrino de Othón, que había obtenido en Monterrey su título de abogado porque creo lo desterró de San Luis su inquina contra monseñor Montes de Oca, apareció unos días por México. Aunque mayor que yo, éramos buenos amigos. Salimos a pasear juntos el domingo por la mañana, a la moda de entonces, por la Avenida de San Francisco y Plateros. Nos encontramos con uno de los más oscuros colaboradores de una revista juvenil que iba a lanzarse por esos días, y él nos invitó a visitar a los poetas que a esa hora se reunían en la redacción.

Yo había contemplado con envidia y anhelo los anuncios de la tal revista, *Savia Moderna*, algo como una hija de la célebre *Revista Moderna*, aún viva y operante por obra y gracia de don Chucho Valenzuela y los últimos modernistas; pero distaba mucho de figurarme que pronto me sería posible ingresar en sus filas; me daba cuenta de que era demasiado temprano. Nos encaminamos a la Avenida del Cinco de Mayo, donde estaba la redacción de *Savia Moderna*, cuyo director efectivo era Alfonso Cravioto. Cravioto se apartó conmigo. Había figurado tiempo atrás en ciertos actos de oposición contra el gobierno de mi padre, y eso mismo —como hombre bien intencionado que es— lo hizo desear conocerme y mostrarse afable. A poco, ya publicaba yo mis renglones tanto en esta revista como en la de Valenzuela, con quien pronto me relacionó su hijo Emilio.¹¹⁹

Desde el recinto ubicado en la calle Cinco de Mayo, Cravioto impulsó un proyecto que a la distancia se percibe efímero en la historia de la literatura mexicana y que, sin embargo, fue crucial para que el grupo ateneísta se conformara. La importancia de este primer espacio de convivencia es tal que la mayoría de las investigaciones acuden a él para explicar la génesis del grupo. Aunque hay que enfatizar que la explicación tiene más ramificaciones, como se ha tratado de establecer, pues no se desprende sólo de lo que ocurre en éste espacio, sino también de algunos sucesos anteriores y posteriores que determinaron el carácter que después distinguió al Ateneo.

¹¹⁹ Ambos recuerdos los proporciona Alfonso Reyes (cf. “Pasado Inmediato”, p. 202).

Como se mencionó líneas arriba, algunos de los integrantes de *Savia Moderna* ya contaban con experiencia en *Revista Moderna de México*, pero otros fueron noveles que encontraron en ese nuevo espacio la oportunidad para dar a conocer su nombre. Lo que no cabe duda es que sus directores tenían cierta pericia en el ambiente cultural y poseían el aval que les daba la oportunidad para publicar en otros espacios. Esto revela que la nueva empresa, más que una necesidad como tal, fue una búsqueda de un espacio propio que pudiera ser timoneado a su antojo. Tal vez por ello es común que *Savia Moderna* se considere el punto de partida en las investigaciones del Ateneo de la Juventud, y que los estudios que giran sobre ella sean abundantes.¹²⁰

No obstante, como sea ha visto, también los lugares de aprendizaje oficial tienen una relevancia primordial, así como la revista, que dejó incursionar a buena parte de estos jóvenes escritores, y la casa –con convivios y reuniones– de Jesús E. Valenzuela. Esto, bajo ningún motivo, le resta importancia a *Savia Moderna*, una revista fugaz que parece seguir los pasos de *Revista Moderna*, incluso, como dice Alfonso Reyes, de manera absurda.¹²¹

¹²⁰ Aunque, como se ha apuntado, la mayoría de los estudios sobre el Ateneo comienzan con esta revista, dejo algunos que se enfocan específicamente en ella: Francisco Monterde, “*Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, El Libro y el Pueblo, Antena*, etcétera”, en *Las revistas literarias de México*, INBA, México, 1963, p. 113; Julieta Ávila Hernández, “*Savia Moderna. Frontera entre siglos*”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (coords.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, UNAM, México, 2005, pp. 265-277; Susana Quintanilla, “El Ateneo de la Juventud: itinerario de una generación intelectual”, en *Encuentros de investigación educativa*, Plaza y Valdés, México, 1999, pp. 151-157; Virginia Medina Ávila, “El Ateneo de la Juventud y el arte: los pintores ateneístas y la revista *Savia Moderna*”, *Multidisciplina*, núm. 10, 2011, pp. 77-88; Varios, *El Ateneo de la juventud y la plástica mexicana*, SECUL/INBA, México, 2010.

¹²¹ “Pasado inmediato”, p. 202. Los ejemplares, los cuales fueron mensuales, se vendieron a 50 centavos. Descripción: las entregas constaban de 58 a 64 páginas, cubierta de cartulina, de color diferente cada número. La portada del primer número es un óleo del artista catalán Antonio Fabrés, las portadas siguientes repitieron el torso de un corredor indígena, dibujo al carbón elaborado por Diego Rivera. *Savia Moderna* publicó los siguientes anuncios publicitarios en sus cinco números: La Palestina [Peletería y Herrajes], WM. A. Parker [Máquinas de escribir], José María Lupercio [Fotografía], La Kalodermina Imperial [Crema, anuncio de José María Castillo Ledón, hermano del director de la empresa], Sierra y Fernández [Electricistas], Emulsión de Scott, Tabacalera Mexicana, Casa Importadora, Ingeniero A. San Juan [Hidráulica], Ingeniero José E. Cacho [Hierro] y La Fraternal [Seguros]. / Susana Quintanilla apunta que la revista era vendida en las librerías: Viuda de Charles Bouret, Maurice Gillot, Librería Madrileña, Andrés Botas, Maucci Hermanos y Ramón Araluce (cf. *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, p. 288).

La investigadora Susana Quintanilla rescata el dato procurado por Ávila Hernández del Archivo Luis Castillo Ledón donde apunta que el primer registro de *Savia Moderna* en 1906 no corresponde al mes de marzo, fecha de publicación del primer número, sino a los días de enero, en el diario *El Presente*, de Guadalajara, donde sale un anuncio que promociona la nueva publicación: “*Savia Moderna* es el título de una revista semanal ilustrada que aparecerá en esta capital el 30 de enero y será dirigida por los conocidos poetas Alfonso Cravioto, Luis Castillo y José María Sierra”. También, gracias al trabajo de archivo realizado por Ávila Hernández, se cuenta con una carta de José B. Velasco, fechada el 29 de enero de ese mismo año, donde el tapatío felicita a Castillo Ledón: “Fue una gran alegría saber que el proyecto acariciado por Ud. tanto tiempo, va al fin a realizarse”.¹²² Líneas que cuestionan y hacen reconsiderar el papel otorgado, casi único, del pachuqueño frente a la empresa. Sin embargo, la primera entrada que yo registro, sí se enfoca en el pachuqueño, y es previa a las que las investigadoras han rastreado, pues data del 7 de enero. Así, el primero en dar la noticia de la aparición de esta revista es el periódico *El Colmillo Público*, lugar donde Cravioto había colaborado:

“Savia Moderna”

Así se titulará un periódico de arte que pronto saldrá a la luz pública.

Un amigo nuestro, el genial poeta Alfonso Cravioto y otros muchos jóvenes adoradores de lo bello, van a poner en ejercicio su inspiración ardiente y con seguridad van a deleitarnos con los frutos de sus ingenios frescos.

Todos los que redactarán ese deseado periódico son jóvenes entusiastas que harán de sus cerebros troqueles de bellezas y por eso creemos que nuestros

¹²² Ávila Hernández, *op. cit.*, pp. 24-25. La investigadora habla también de “un díptico publicitario, editado, de igual modo, por los jóvenes impulsores de la revista y realizado por la tipografía de I. Escalante, misma a la que también habían recurrido los de la *Revista Moderna*. Del díptico ya he hecho algunas apreciaciones. [...] Como en 1905 no se halló en la Ciudad de México ninguna alusión expresa a la revista, el folleto promocional, los datos de *El Presente* y la carta de Velasco, me permiten reconocer que, al menos, para enero de 1906 ya se había comenzado a organizar la edición de *Savia Moderna*; el directorio estaba, todavía, en proceso” (*Ibid.*, p. 27); la investigadora analiza más a fondo dicho díptico en “*Savia Moderna*. Frontera entre siglos” (en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman, *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, pp. 265-277).

lectores esperarán con ansia ese periódico que en cada hoja llevará la delicada música de los versos cincelados y el ritmo de una elegante prosa.

Muchas hojas impresas llevará ese periódico o más bien dicho, entre cartulinas que le sirvan de pasta irán puñados de perlas pescadas de intelectualidades juveniles.

La Revista constará de cien páginas de texto profusamente ilustradas por nuestros mejores artistas.

Pronto publicaremos las condiciones de SAVIA MODERNA y pronto volveremos a aconsejar a nuestros lectores la adquisición de ese periódico que no necesita alabanzas, porque para elogiarlo basta decir que está dirigido por Alfonso Cravioto y Luis Castillo, poetas muy jóvenes todavía y ya mil veces aplaudidos y ya vencedores en casi todos los torneos literarios que se han verificado en nuestra República.¹²³

Comunicado que deja ver la afiliación, todavía, del director pachuqueño con estos diarios con tinte subversivo, que de una u otra forma también perfilan una postura que incitaba a la reflexión sobre el entorno político, social y cultural de México.¹²⁴ El apoyo de *El Colmillo Público* se confirmó el 4 de febrero, donde se agrega el subtítulo de *Revista Mensual de Bellas Artes* (y no de Arte, como aparece finalmente) y los datos sobre las secciones distinguidas que tendrá la revista.¹²⁵ Después de eso, es hasta principios de marzo cuando registro otra entrada sobre la publicación: “Un grupo de jóvenes artistas mexicanos se han reunido para fundar una Revista, que llevará el nombre de *Savia Moderna* y que se ocupará únicamente de asuntos artísticos y literarios. Pronto saldrá el nuevo periódico, que vendrá a llenar un vacío en nuestro mediocre ambiente artístico”.¹²⁶ Y el diecisiete de ese mes, en *El Popular*, ya se adelanta el contenido del primer número que saldrá el 31 de marzo

¹²³ S/f, “Savia Moderna”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 122, 7 de enero de 1906, p. 3.

¹²⁴ Sobre ello, Irma Lombardo García anota que “De igual forma en esta línea radical están algunos periódicos de caricaturas como el caso de *El Colmillo Público* (1903-1906), y *El Ahuizote Jacobino* (1904-1905). Puede observarse que la caricatura política fue un instrumento subversivo que amplificó los defectos y errores de los gobernantes, develó verdades, arrancó caretas y máscaras, y convirtió a los poderosos en víctimas; en suma, acercó a los lectores a la reflexión y al convencimiento de que la participación colectiva era la única vía para la recuperación de las instituciones democráticas” (“Periodistas y periódicos impulsores del movimiento armado de 1910. Líneas de investigación”, en *Procesos revolucionarios, bibliotecas y movimientos culturales*, UNAM, México, 2011, p. 334).

¹²⁵ S/f, “Savia Moderna”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 126, 4 de febrero de 1906, p. 11.

¹²⁶ S/f, “Nueva revista literaria”, *El Mundo*, México, t. XIX, núm. 9858, 3 de marzo de 1906, p. 2.

de 1906.¹²⁷ Y a pesar de que ninguna mención del comienzo de esta empresa, ni para bien ni para mal, es redactada en la *Revista Moderna de México*, ello no implica que fuera desconocida, pues como se ha dicho, aparte de tener colaboradores en común, el círculo intelectual estaba al tanto de lo que publicaba en otros espacios literarios y culturales, o por lo menos los jóvenes demuestran un conocimiento de ellos.¹²⁸

Lejos de la militancia que había practicado con los hermanos Flores Magón, Cravioto se alejó de la política para entrar en el mundo cultural, no obstante, por medio de la revista se deja entrever una declaración similar a la protesta que firmó en 1901: “Aquí estamos”, “Aquí existimos”, “La juventud es el valor”.

Savia Moderna fue una revista que abordó temas de la más diversa índole: literatura, escultura, pintura, música, fotografía, teatro, crítica y filosofía del arte se mezclaban con las reseñas de vida de artistas y planteamientos del arte decorativo. Una apertura que tiene precedentes en *El Renacimiento* (1869), de Ignacio Manuel Altamirano, que no fue “una revista especializada en literatura tal como hoy las entendemos [...] Era una revista literario-cultural, miscelánea y didáctica, en cuanto que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones de crítica, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones”.¹²⁹ En ambos

¹²⁷ Cf. S/f, “Savia moderna”, *El Popular*, México, año X, núm. 3232, 17 de marzo de 1906, p. 3. Estos datos también se imprimen en el periódico dirigido por Irineo Paz, S/f, “Savia Moderna”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXX, núm. 8779, 23 de marzo de 1906, p. 1; una entrada más breves sobre el primer número: “Savia Moderna”, *El Contemporáneo*, México, t. XII, núm. 2239, 26 de marzo de 1906, p. 4; “Notas sociales”, *El Popular*, México, año X, núm. 3297, 1 de abril de 1906, p. 2; “Savia Moderna”, *El Contemporáneo*, México, t. XII, núm. 2253, 11 de abril de 1906, p. 3; “Savia Moderna”, México, *La Patria*, año XXX, núm. 8797, 17 de abril de 1906, p. 2.

¹²⁸ En su primer número, en la sección “Revista de Revistas Mexicanas”, hace un recuento, y comienza, como no es de extrañar, con *Revista Moderna de México*, para seguir con *El Mundo Ilustrado*, *Arte y Letras*, *El Tiempo Ilustrado*, *Arpegios*, *La Provincia*, *Arte y Letras* (Mérida), *Revista Crítica*, *El Arte Musical*, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, *Revista Positiva* (este dato es indispensable, pues devela un posible conocimiento de las reseñas y estudios sobre el *Ariel* de José Enrique Rodó que escribieron los españoles en este espacio), *Alma*, *Anales del Museo Nacional*, *Boletín de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, *La Mujer Mexicana*, *La Actualidad* y *La Gaceta* (*Savia Moderna*, t. 1, núm. 1, 31 de marzo de 1906, pp. 88-90).

¹²⁹ Huberto Batis, “Presentación”, *El Renacimiento. Periódico Literario* [Ed. Facsimilar], UNAM, México, 1993, p. XI.

casos, y como suele ocurrir con las revistas culturales, se reflejaba el contexto en el cual estaban insertas, al mismo tiempo de que proporcionaban un índice de la producción más actual en cada uno de los géneros.

Savia Moderna aceptaba prácticamente todos los géneros literarios y no pedía “referencias” a sus colaboradores, fue una plataforma para que los jóvenes tuvieran la oportunidad de publicar sus trabajos, es decir, era, en principio, un laboratorio donde se liman las poéticas personales. “En el umbral”, texto introductorio de *Savia Moderna*, se pueden establecer relaciones tanto al llamado a los literatos de la revista de Altamirano como “Al pie de la escalera”, de la *Revista Azul*. Altamirano reza:

Los artículos críticos que aquí van á salir no serán censurados, como fueron algunos otros por su excesiva indulgencia que, á nuestro parecer, fue oportuna. Ha llegado el tiempo de una severidad saludable, y se procurará emplearla con medida, pero con empeño. Nada nos queda ya que decir, si no es que fieles á los principios que hemos establecido en nuestro prospecto, llamamos á nuestras filas á los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas, y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia á los hijos de la madre común.¹³⁰

Desde *El Renacimiento*, comienza un gesto que será recurrente en la mayoría de las publicaciones periódicas mexicanas: el eclecticismo. Un eclecticismo basado principalmente en la concordia.¹³¹ Este espíritu conciliador lo adopta El Duque Job cuando hace el llamado a participar en la *Revista Azul* con “Al pie de la escalera”, texto introductorio que grita la ausencia de un programa y, sin embargo, rige el temple de toda la publicación: “Nuestro programa se reduce á no tener ninguno. No hoy como ayer y mañana como hoy...y siempre

¹³⁰ Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento. Periódico Literario* [Ed. Facsimilar], UNAM, México, 1993, pp. 5-6.

¹³¹ Juan Pascual Gay escribe que “en sentido estricto, la concordia de Altamirano que había presidido *El Renacimiento* de 1869, vuelve a hacerse presente tanto en la *Revista Azul* como en las dos revistas modernas. Aunque hay algunas diferencias”, *Savia Moderna* no es una excepción (*Historias de las revistas literarias*, p. 537).

igual... Hoy, como hoy; mañana de otro modo; y siempre de manera diferente”.¹³² Con estas palabras el espacio se abre para que todos puedan participar, pero, al mismo tiempo, y con la “severidad saludable” que propone Gutiérrez Nájera, se lanza una advertencia: “Pero á esta casa no llegarán los envidiosos, los mal educados, los que al pisar alfombras las enlodan, los que no saben conversar con una dama. / Para que no entre esa gentuza y para recibir á los amables invitados estoy de guardia al pie de la escalera”.¹³³ Sólo es natural que la misma actitud se trasmite a las páginas de *Savia Moderna*, revista donde se busca desarrollar la creatividad y que encuentra su justificación por medio de la juventud misma:

En el umbral

Al iniciar una labor como la nuestra, amplia de libertad, bella de juventud, y excelsa de arte, huelga toda frase que revele programa, y todo pensamiento sospechoso de sectarismo.

Los agrupados en esta Revista —humilde de vanidad, pero altiva de fe— aspiramos al desarrollo de la personalidad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas.

Clasicismo, Romanticismo, Modernismo... diferencias odiosas. Monodien las cigarras, trinen las aves y esplendan las auroras. El arte es vasto, dentro de él, cabremos todos.

Vengan, pues, á nosotros, los cultores de la sagrada Belleza. La puerta está franca á los bellos sentimientos y á las bellas palabras.

Savia Nueva y crepitante nos da derecho a vivir. Ideales sinceros é intensos, nos dan derecho al Arte. He aquí explicado por qué somos y á qué venimos.

Aristarco atisba. Pero Marzo preside nuestro advenimiento, y el hada de la Primavera circunda nuestra vida incipiente con su florido presagio...

¡Salud á los Artistas! ¡Salud á la Prensa! ¡Salud á todos!¹³⁴

Cuarenta y seis son los colaboradores de los cinco números de *Savia Moderna*,¹³⁵ de los cuales sólo 18 pertenecen a la lista de ateneístas proporcionada por Álvaro Matute: Roberto Arguelles Bringas, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Alfonso

¹³² Gutiérrez Nájera, “Al pie de la escalera”.

¹³³ *Idem*.

¹³⁴ S/f, “En el umbral”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 1, marzo de 1906, p. 1.

¹³⁵ Manuel Capistrán asegura la existencia de un sexto número (cf. *Savia Moderna*, UNAM, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, p. 4. Disponible en: http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Fichas/Savia_Moderna.pdf).

Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Carlos González Peña, Max y Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, Juan Palacios, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes, Abel C. Salazar, Luis G. Urbina, Emilio Valenzuela, Miguel A. Velázquez y Ángel Zarraga. La disparidad entre los colaboradores de la revista es uno de los indicativos que reflejan el eclecticismo sobre el cual fue construida, puesto que no era totalmente heterogéneo en cuanto a la edad, los orígenes geográficos y sociales, la profesión y los gustos literarios de sus miembros.¹³⁶ Luis G. Urbina, quien fue secretario de redacción de la *Revista Azul*, convivía con el novel de 17 años Alfonso Reyes (entre ambos existía una diferencia de veinticuatro años). La juventud, en un gesto nada inocente, acudió a los escritores consagrados para compartir el espacio y, así, reforzar su presencia en el mundo literario, una actitud que antes habían mostrado los decadentistas y la revista de Gutiérrez Nájera y, antes que ellos, los miembros de la Academia de Letrán.

Por lo anterior, no es de extrañar que *Savia Moderna* parezca una emulación en gran medida de *Revista Moderna de México*, tanto en el espíritu como en las colaboraciones. Es decir, la empresa de los jóvenes no hizo una propuesta original, sino que ondearon la bandera de la modernidad con la cual se educaron, en un espacio donde no dependían de nadie para publicar sus primeros trabajos.

La convivencia entre figuras que se alejan en edad no es de extrañar, puesto que los jóvenes compartían, a pesar de esta distancia, la postura del “Arte por el arte” de la estética finisecular y, por lo mismo, habían cultivado admiración por el movimiento y sus representantes. También hay que mencionar que la revista no es el único lugar de convivencia entre ellos, sino también los cafés, tertulias y lugares de trabajo, como la Subsecretaría de Instrucción Pública, donde Rafael López, Abel C. Salazar, Manuel de la Parra y Roberto

¹³⁶ Sobre las múltiples diferencias entre los miembros ver: Quintanilla, *op. cit.*, pp. 23-28.

Argüelles Bringas trabajaban bajo el mandato de José Juan Tablada.¹³⁷ Al parecer no había, fuera de la edad, algo que los distinguiera del grupo predecesor. A la distancia Alfonso García Morales comenta sobre la revista que “tanto la poesía, que ocupó la mayor parte de sus páginas, como los cuentos y las preferencias mostradas en los ensayos críticos y las reproducciones de autores consagrados, eran de un modernismo adocenado, según el molde general de la época”.¹³⁸ Declaración acertada, puesto que la distancia que establece la recién creada falange de jóvenes no tiene que ver con la postura artística, sino cómo replantearon la presencia pública. Si los decadentistas hicieron de la vida un arte, por medio de la bohemia, los jóvenes se encontraron ajenos a esta actitud un tanto descarriada y se enfocaron en el cultivo de la inteligencia. La figura pública por la que apostaron fue la del intelectual.

La declaración anterior se hace palpable en algunos escritos que se desprenden de esta revista que, si bien se apega a una estética primordialmente modernista, lanza ciertas líneas que serán rectoras para el pensamiento de los jóvenes. Como aquellas que cita Antonio Caso en “La tesis admirable de Plotino”: “La inteligencia, emanación primordial, es lo más excelso que existe en el mundo” o bien “La individualidad es una transición entre el único origen y el único fin”.¹³⁹ Con estas primicias el filósofo se lanza sobre la reflexión: “En la ilustre enseñanza del Apóstol pagano resplandecen dos eximias victorias; una meramente especulativa, otra esencialmente moral. Compéndice la primera en el concepto de las emanaciones sucesivas, concrétese la segunda en la noción ética que mira a la inteligencia como el más encumbrado atributo del mundo, y que tiende por lo tanto a encauzar las

¹³⁷ Cf. Quintanilla, *op. cit.*, p. 24.

¹³⁸ García Morales, *El Ateneo de México*, p. 44.

¹³⁹ Antonio Caso, “La tesis admirable de Plotino”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 5, julio de 1906, p. 269.

múltiples energías de la humanidad hacia este sublime desiderátum: la meditación, el recogimiento, la soledad ascética”.¹⁴⁰

Al mismo tiempo, en algunas colaboraciones se pueden encontrar indicios que revelan preferencias literarias y filosóficas que con el tiempo los integrantes del grupo ateneísta irán trabajando. También hay que tener en cuenta la llegada de Pedro Henríquez Ureña, de 21 años, a la Ciudad de México y que, por medio de Rafael López, Manuel de la Parra y Álvaro Gamboa, es presentado en las oficinas de la revista, donde Luis Castillo Ledón le ofrece el puesto de secretario de redacción, ocupado por un casi omiso José María Sierra.¹⁴¹ Henríquez Ureña, en sus memorias, ofrece un cuadro que describe las lecturas de los jóvenes *savios*, así como la fructífera vida que llevaban algunos de sus miembros, ganadores de premios y títulos, y la idea de ofrecer comidas íntimas, las primeras del grupo, para promover la reflexión y el estudio.¹⁴² Algo que se puede ver en su segunda y última coloración en la revista de los *savios*, donde plasma gustos compartidos por ciertos autores, así como reflexiones que se irán madurando con el tiempo:

Después del magistral estudio de Fouillée, *Nietzsche El l'immoralisme*, Duprunt en su *Moral* compara las ideas del filósofo alemán con las de Tolstoi, y declara que las de ambos son incompletas. [...] A pesar de todas estas manifestaciones, y que de algunos de los artistas adeptos de Nietzsche, como D'Annunzio y Richard Strauss parecen haberlo olvidado un tanto, la influencia del creador de Zarathustra resurge a cada momento, si bien hoy se atiende más que antes a la parte “constructiva” de su filosofía.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 270.

¹⁴¹ Pedro Henríquez Ureña recuerda que “El que actuaba como secretario de *Savia Moderna*, José María Sierra, era un pobre joven consumido por el alcohol (vicio adquirido literalmente, tal vez), y como su gestión era ineficaz, se me propuso ocupara yo su plaza. Temía yo provocar enojos y aparecer como solicitador de un puesto ajeno; pero se me aseguró que ya era resolución definitiva quitar de allí al pobre Sierra, y acepté aquel puesto, que sólo duró tres meses, pues *Savia Moderna* murió poco después”. *Memorias/Diario/Notas de viaje*, Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, FCE, México, 2000, p. 108.

¹⁴² Gómez Robelo le menciona a Henríquez Ureña que los jóvenes son versados en los griegos, Goethe, Ruskin, Wilde, Whistler, Schopenhauer y Mill, así como en la música alemana y los pintores impresionistas. // Sobre las veladas, el dominicano recuerda que comienzan con una idea suya para honrar a Ibsen que nunca se concretó, pero se derivó en algunas otras que ayudaron a cohesionar el grupo, no obstante todo se terminó cuando muere la revista. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 109.

Hace dos años, el humorista irlandés Bernard Shaw, daba una curiosa interpretación dramática de la teoría del superhombre; y más recientemente el psicólogo argentino Ingenieros establece en su libro *Italia* una comparación [...] entre Jesús y Federico, “los dos locos que han polarizado la moral humana”, y decidiéndose, naturalmente, por las doctrinas del último.

Es aventurado asegurar que Nietzsche llegue a ejercer una influencia tan vasta en la humanidad como la de Jesús, pero sí puede preverse (y se está viendo) que sus doctrinas se prestarán a interpretaciones tan diversas como las que han dado a las prédicas del Galileo.¹⁴³

Sin embargo, también hay que recordar que Henríquez Ureña todavía tenía tendencias positivistas y es el contacto de la juventud, lo que da pie para comenzar a cuestionar su postura. Ricardo Gómez Robelo, al hablar de los *Ensayos críticos* del dominicano, sigue reflexionando sobre el papel crucial de la individualidad y la inteligencia en el desarrollo social: “La racionalización de las mayorías no es también sino un sueño [...] todo movimiento social es producido por individuos aislados y determinado, no por ideas, sino por el contagio de una grande emoción, se desvanecen las visiones de una humanidad racionalista, positivista y equilibrada”.¹⁴⁴

Ahora bien, un par de eventos significativos se reflejaron en las páginas de *Savia Moderna*, en primer lugar, se anuncia que Jesús E. Valenzuela está enfermo en una pequeña nota inserta al final del primer número¹⁴⁵ y, en segundo lugar, hay unos artículos sobre la exposición de artes plásticas organizada en mayo por la misma revista. El primer evento es

¹⁴³ Pedro Henríquez Ureña, “La vida intelectual y artística”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 5, julio de 1906, pp. 300-301.

¹⁴⁴ Ricardo Gómez Robelo, “*Ensayos críticos*, por Pedro Henríquez Ureña”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 5, julio de 1906, p. 315.

¹⁴⁵ La nota dice: “Poeta enfermo.— Jesús E. Valenzuela, muy querido y alto poeta que fue sin hipérbole alguna—mecenas de casi toda una briosa juventud literaria,— se encuentra enfermo, á las fechas./ Su Musa gime ante el poeta enfermo y los literatos de la nueva generación, hacen votos á Palas, diosa de la sabiduría y de la bondad, porque devuelva al maestro su salud y su bienestar” (s/f, *Savia Moderna*, México, t. I, núm., 1, 1906, p. 65). La enfermedad que atacó al poeta no de desvaneció, un año más tarde, en una carta a Unamuno, Emilio Valenzuela dice: “Mi padre sufrió un ataque cerebral, a principios del mes de mayo. Aunque parece estar ya fuera de peligro, el estado de su salud es delicadísimo; un extremado agotamiento físico lo tiene postrado en la cama. Hace año y medio viene padeciendo estos males” (Carta fechada el 4 de mayo de 1907, facsimilar disponible en: <http://unamuno.usal.es/archivo.html>).

bastante significativo, porque el mecenas de *Revista Moderna de México*, por medio de su hijo, abre las puertas de su casa a los jóvenes *savios* y surge una relación que se extenderá a las páginas de la revista del enfermo, donde una vez terminada su empresa los jóvenes encontraron morada. El segundo evento, la exposición en honor a “los nuevos”, muestra el interés de hermanar desde un principio las letras con las imágenes, la literatura con la plástica.¹⁴⁶ La exposición se caracterizó por presentar sólo la obra de artistas mexicanos que prometían un cambio en el panorama nacional. La diversidad de trabajos fue ecléctica, reflejo de la propuesta de la revista, por lo que se encuentran en convivencia obras de Diego Rivera, Joaquín Clausell, Gonzalo Argüelles Bringas, Germán Gedovius, Francisco de la Torre, Jorge Enciso y los hermanos Garduño. También cabe destacar que al evento asistió Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con su subsecretario Ezequiel A. Chávez. Aún más significativo fue que José Juan Tablada hiciera una presentación sobre la obra de Gerardo Murillo (Dr. Alt), que reflejaba realmente la apertura del evento. Esta exposición permitió que los jóvenes reflexionaran sobre el arte de una manera que no habían hecho. Ricardo Gómez Robelo anota:

Y al contemplar sus obras, nace la fruición de asistir a renovaciones de pintura: rotos los cercos académicos con plausible valor, revelan el heroico esfuerzo por definir la percepción de Belleza animada en sus ojos, apartando velos tradicionales, buscando la luz entre la penumbra de la cátedra inerte, y como ninfas en el capullo ansiando las alas y los bellos colores y el chupar de la miel,

¹⁴⁶ Se llevó a cabo el 7 de abril de 1906 en un local ubicado en la calle de Santa Clara (#20 y 21). Se anuncia con anterioridad: “Exhibición de arte,” *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7655, 26 de abril de 1906, p. 2; “Exposición de pinturas. En pro del arte”, *El Popular*, México, año X, núm. 3304, 28 de abril de 1906, p. 3; “Savía Moderna. Próxima exposición de pinturas”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 129, 29 de abril de 1906, p. 15. Sobre los periódicos que siguieron la exposición: “Apertura de la exposición artística”, *El Imparcial*, México, t. XX, núm. 3507, 6 de mayo de 1906, p. 2; “Exposición de pinturas y esculturas. Inaugurada por el señor subsecretario de Instrucción Pública”, *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7666, 9 de mayo de 1906, p. 2; “La exposición de pinturas”, *La voz de México*, México, año XXXXVI, núm. 104, 11 de mayo de 1906, p. 2; “Notas de la semana”, *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7670, 13 de mayo de 1906, p. 2. También, por esas fechas, se da noticia de la partida de Alfonso Cravioto hacia Europa.

la belleza y la vida de las flores encadenadas a la tierra. La comunión de una idea uniforme y reúne a los nóveles [...] ¹⁴⁷

Nota que hace hincapié en una ruptura con la concepción academicista del arte, pero alejándose, al mismo tiempo, de la postura que tomaron los decadentistas. El rigor intelectual y la disciplina comenzaban a tomar forma.

La realidad es que, como lo expresara después José Luis Martínez, *Savia Moderna* pudo haber sido la revista que jamás tuvo el Ateneo de la Juventud, ¹⁴⁸ pero no lo fue, no sólo porque no duró lo suficiente para que el grupo cuajara, sino porque el espíritu que permea las páginas todavía carece de la voz propia de los jóvenes. Ya para 1914, Alfonso Reyes, recuerda con cierta nostalgia la empresa:

Al principiar 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra (el cual ha escapado, como por trampa, del mundo de lo conocido), se arriesgaron en una empresa periodística que habría tenido éxito, si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla a un viaje por Europa. Se fundó una revista literaria de los jóvenes. Se trató de llamarla *Savia Nueva*; pero, a influencia todavía de la *Revista Moderna*, se acabó por ponerle el desabrido nombre de *Savia Moderna*. La revista duró poco, mas lo bastante para dar conciencia de su ser a la naciente generación. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como una obsesión general, como un rasgo familiar de nuestro instante literario. ¹⁴⁹

¹⁴⁷ Ricardo Gómez Robelo, “La exposición de *Savia Moderna* (Notas)”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 3, mayo de 1906, pp. 145-153. En el mismo número aparece el comentario de Roberto Argüelles Bringas titulado “Nuestra exposición de obras de arte” con una tonalidad similar: “«Savia Moderna» tiene una muy alta satisfacción. Público numeroso acudió á la cita y pude apreciar el fin de nuestro empeño, la desinteresada labor inteligente de nuestros pintores y escultores, y la necesidad estética y moral de tales manifestaciones” (*Savia Moderna*, México, t. I, núm. 3, mayo de 1906, pp. 137-141); también Rafael López hace un poema en torno a esta exposición, donde cabe resaltar las siguientes líneas: “El ideal es todo, nos exalta y arroba/ cuando entrever nos deja la luz su sonrisa” (“Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la redacción de *Savia Moderna*”, *Savia Moderna*, t. I, núm. 3, México, mayo de 1906, pp. 142-144).

¹⁴⁸ Cf. Capistrán, *op. cit.*, p. 4.

¹⁴⁹ Alfonso Reyes, “Nosotros”, *Nosotros*, México, núm. 9, marzo de 1914, p. 217.

3.2.3. *Revista Moderna de México* (1907-1911) o el espacio conquistado

A la muerte de *Savia Moderna*, la juventud encuentra en *Revista Moderna de México* un espacio que si bien no es suyo no le es ajeno. Curiel ofrece en “El Ateneo Modernista” el listado de colaboraciones detallado de los que se agruparon en 1909, pero al mismo tiempo establece nexos entre estas colaboraciones y algunos eventos públicos que se fueron desarrollando a la par que estuvieron relacionados directamente con los jóvenes. De estas interconexiones, el investigador brinca a la siguiente conclusión:

Uno: *Revista Moderna* y *Revista Moderna de México* documentan parte considerable de la historia del "ateneísmo". Dos: *Revista Moderna* y *Revista Moderna de México* atesoran la todavía irrealizada antología de la poesía y la prosa ancestrales del Ateneo, la previa, con sus excepciones, a los primeros libros individuales. Tres: más que los cinco números de *Savia Moderna*, es la arremetida antimodernista de Manuel Caballero la que obliga a una definición, y toma de la ciudad, de la partida –suma de partidas– a la alza.¹⁵⁰

Puntos acertados, pero que, como hemos visto, se pueden matizar de formas distintas. Así, puede parecer que, a pesar de la distancia –o por la distancia misma–, unos eventos o espacios son más relevantes que otros; sin embargo, cada uno funge para fortalecer un aspecto crucial para la concepción de la figura del intelectual que los ateneístas configuraron como estandarte.

Por lo mismo, hay que acercarse al movimiento que éstos tuvieron en la *Revista Moderna de México*, pues ésta se desempeña como el espacio cultural más relevante de la primera década, y la presencia de los jóvenes fue en incremento hasta el final, en 1911, de la misma empresa. Para ello habría que acercarse a ciertas colaboraciones y ver cómo la juventud que por un lado se manifiesta y grita vehementemente para ser escuchada, por el

¹⁵⁰ Curiel, “El Ateneo Modernista”, pp. 58-59.

otro va encontrando una tonalidad que los distinguirá más adelante como el faro intelectual de la sociedad, una tonalidad que evoluciona en y gracias a las páginas de la misma revista. Pero, además, habrá que ir hilando otros eventos, al parecer ajenos al Ateneo, que propiciaron el terreno para que esta toma sucediera con éxito. El resultado es un encaje que revela un cambio substancial en uno de los órganos más importantes del modernismo mexicano en favor del ateneísmo.

En el momento en que *Savia Moderna* circula entre marzo y julio de 1906, la relación entre *Revista Moderna de México* y los proto-ateneístas es de 10 colaboradores.¹⁵¹ Ahora bien, en ese espacio efímero de tan sólo cinco números caben destacar dos colaboradores fundamentales: Jesús E. Valenzuela y su hijo Emilio Valenzuela, pues la complicidad entre los Valenzuela y la revista emergente es fundamental para la fértil colaboración que después se dará en el espacio que ellos dirigen.

Además, con el pasar de los años, se van dando una serie de eventos que funcionan de manera dual, por un lado, debilitan la presencia del grupo modernista en la revista y, por el otro, dan entrada a que personajes jóvenes se posicionen en cargos con toma de decisiones. Si bien Clark de Lara y Curiel Defossé apuntan que estas adversidades “que, sumadas, bien pudieron haber acarreado el fracaso temprano de la empresa *Revista Moderna de México*”, aquí se encuentran estos eventos no como infortunios sino como elementos fundamentales para que la colaboración de los ateneístas prevalezca y cambie, poco a poco, la tonalidad de dicha revista.

¹⁵¹ Arguelles Bringas (poesía), María Enriqueta Camarillo (poesía), Luis Castillo Ledón (Sección “Revistas”), Eduardo Colín (poesía), Alfonso Cravioto (Panegírico), Pedro Henríquez Ureña (poesía-reseña), Jesús Urueta (discursos), Jorge Enciso y Ángel Zárraga (1 dibujo y 1 viñeta respectivamente).

De los reveses que enfrenta la empresa, los investigadores mencionan, en primer lugar, que en julio de 1905 Amado Nervo, director y co-propietario de *Revista Moderna de México* parte hacia Madrid como Secretario de la Legación Mexicana; en segundo lugar, un desencuentro en septiembre de 1906 entre Tablada y Jesús E. Valenzuela que resulta en la renuncia y/o expulsión del primero de la revista; en tercer lugar, la muerte de Julio Ruelas en septiembre de 1907,¹⁵² evento decisivo, pues su ausencia marcaba un parteaguas, ya que además de ser una “pérdida para la humanidad... *La Revista Moderna es de él: él la hizo, es su obra. Muchos han pasado por ella... y ¿qué? Sólo está allí Ruelas...*”.¹⁵³ No cabe duda que la caída del último bastión verdaderamente decadente, así como la desbandada, obligada o no, de otros dos miembros decadentistas de relevancia fundamental, daba la opción para que el lugar fuera tomado.

Sumado a lo anterior, un año antes del último de estos sucesos, es decir la muerte de Julio Ruelas, se desarrolla uno de suma importancia, del que se da cuenta en el primer número de *Savia Moderna*. Bajo el título “Poeta enfermo”, se anuncia que el mayor de los Valenzuela ha caído en cama. Ahora bien, después de un año, en mayo del 1907, como se registró líneas arriba, Emilio Valenzuela escribe a Miguel de Unamuno sobre los ataques de su padre, los cuales son constantes, además de que el último, en marzo del año en curso, ha dejado al poeta en un estado delicadísimo. Motivo por el cual no es de extrañar que desde septiembre de 1906 se hubiera anunciado, con pretexto de la ausencia de Manuel Castillo, que el joven Valenzuela adquiriría el 50% de la revista correspondiente a su padre y, a parte, fuera nombrado secretario de la publicación.

¹⁵² Para una mirada más cercana a los eventos que aquí comento, *vid.* “Tres bajas irrecuperables: Nervo, Tablada, Ruelas” (en Belém Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, “Estudio Introdutorio”, *Revista Moderna de México. I- Índices*, UNAM, México, 2002, pp. 71-78).

¹⁵³ S/f, “Julio Ruelas”, *Revista Moderna de México*, México, vol. III, núm. 50, México, octubre, 1907, p. 128.

Aunque es una conjetura arriesgada, porque las colaboraciones y presencia de Jesús E. Valenzuela no cesaron, se puede decir que a partir de este momento, a falta de sus dos directores, Emilio Valenzuela, próximo ateneísta, sería el encargado de llevar el timón de la publicación.

Aunado a todo esto, se pueden presenciar los cambios políticos que favorecían al grupo de los científicos con los cuales algunos miembros del Ateneo lograron establecer una buena relación,¹⁵⁴ sobre todo con la figura de Justo Sierra quien se encontraba a cargo desde 1905 de la Secretaría de Instrucción Pública y de quien Alfonso Reyes recuerda:

El positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos [...] Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo.¹⁵⁵

A lo anterior hay que añadir que desde 1904 *Revista Moderna de México* se ve beneficiada por el apoyo gubernamental de Ramón Corral, cuyo nombramiento como vicepresidente volteó la balanza a favor de este grupo; ese mismo año también empieza a recibir el mecenazgo de don Jesús Lujan, quien tenía relaciones con este grupo político. Sin embargo, la revista logró mantener una cierta distancia u objetividad en su contenido, sin marcar favoritismos marcados. Apunta sobre ello, Javier Garciadiego:

La *Revista Moderna de México* vivió, precisamente, durante los años de la crisis política porfiriana, cuando se dividió la élite entre “científicos” y reyistas, provocando la redefinición de muchas filiaciones, como fue el caso de Urueta. Compresiblemente, *Revista Moderna de México* reflejó nítidamente su contexto histórico y su contorno político. En otras palabras, aunque fuera indirectamente, *Revista Moderna de México* reflejó la polémica y la competencia política entre

¹⁵⁴ Hay que recordar que Luis Castillo Ledón llega a la capital con recomendaciones de Victoriano Salado Álvarez, por ejemplo, y que tanto Díaz Dufoo padre como Urbina tuvieron relaciones cercanas con este grupo de poder.

¹⁵⁵ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, FCE, México, 1941, pp. 23-33.

reyistas y científicos. Por ejemplo, recuérdese que Tablada publicó en *El Imparcial* una serie de artículos titulada “Tiros al blanco”, en los que se dedicó “a atacar y desprestigiar la campaña de Bernardo Reyes a la vicepresidencia”. Asimismo, Urueta se dedicó a denostar a Corral, a Limantour y al resto de los “científicos” a través de las páginas de *El Partido Democrático* y de *México Nuevo*.¹⁵⁶

El panorama, de confusión y efervescencia política, en que se empieza a desenvolver la toma de posesión por parte de una juventud, muestra que ésta tiene todas las ventajas posibles a su favor. El despliegue de colaboraciones de los futuros ateneístas en la revista de Valenzuela fue en aumento, aún sin voz propia y la mayoría de las veces imitando las formas de sus predecesores en los géneros de narrativa y poesía, pero colaborando cada vez de manera más frecuente con el ensayo, género de reflexión y crítica en el que demostraron incursionar con comodidad, tanto así que se reconoce como el que después distinguirá a la pléyade.

Ahora bien, lo anterior no minimiza el papel de la poesía en *Revista Moderna de México*, antes más bien se encuentran una considerable cantidad de colaboraciones en el rubro. De éstas, se pueden rescatar un par fragmentos que exaltan el valor de la juventud como una virtud. Por ejemplo, una de Nemesio García Naranjo, en 1908, que reza:

No te detenga los pasos vacilantes
Porque la esfinge eterna te interrogue;
Aun viven los postreros militantes
De aquella lucha cruel; mas cuando ahogue
La muerte aquellas vidas, considera
Que te has de levantar en los escombros
Sosteniendo en tu diestra la bandera
Y el peso de seis siglos en tus hombros.¹⁵⁷

¹⁵⁶ Javier Garcíadiego, “La modernización de la política”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 42.

¹⁵⁷ Nemesio García Naranjo, “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, México, vol. IX, núm. 58, México, junio, 1908, p. 216.

Y el otro del año siguiente, a cargo de Rafael López que versa:

Es que aquí se incorpora su juvenil reserva
Con el gesto tranquilo que hace fuerte á Minerva;
Es que aquí su alma siente con delicia profunda
Que una gloriosa lluvia de esperanzas la inunda.¹⁵⁸

El valor de la juventud estaba en el aire, pero de una juventud para nada inocente, sino una que se levantaba colérica en las calles y en las planas argumentaba posturas antagónicas a lo establecido.

Nuevos intereses y modos aparecen a mano de algunos que, como Cravioto, discurren sobre la figuras de artistas plásticos de valía como Eugenio Carriere y Ruelas, u otros que, como Henríquez Ureña, que disertan sobre filosofía, autores como Nietzsche y Schopenhauer, y después va y le enmienda la plana a Antonio Caso sobre las conferencias que éste dio sobre el positivismo, una actitud que muestra la clara apertura hacia a la crítica por parte del nuevo contingente. O bien, Ricardo Gómez Robelo que se dedica a la traducción de Ruskin, Mallarmé y Poe, reflejando una faceta en la que incursionaron una buena parte de los ateneístas en años postreros.

Los temas de interés para los jóvenes se empiezan a reflejar en voz de otros colaboradores de la *Revista Moderna de México* que ellos mismos admiraban. Así surgen publicaciones como la Francisco García Calderón titulada “Las corrientes filosóficas de América Latina” (traducción de Pedro Henríquez Ureña); la de Edmundo González Blanco, “La libertad moral”; o la indispensable para el Ateneo de Gabino Barreda bajo el nombre “De la educación moral”. Todas ellas estuvieron a la par de varias entradas de Justo Sierra, incluyendo la reproducción del discurso en honor a su maestro Gabino Barreda, donde insta

¹⁵⁸ Rafael López, “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, México, vol. XI, núm. 70, junio de 1909, pp. 201-203.

a la juventud a dudar, a sabiendas que la juventud ya dudaba desde antes y cuestionaba y se informaba y defendía desde otras posturas filosóficas. Por eso no es de extrañar que desde 1908 hasta 1911 se encuentren entradas recurrentes del uruguayo José Enrique Rodó, con su *Motivos de Proteo*, o menciones a los argentinos José Ingenieros y Manuel Ugarte. No obstante, el discurso de Sierra nos muestra una plena consciencia de una evolución en el pensamiento mexicano:

Dudemos; en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento sistemático de lo relativo, si los objetos en sí mismos no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua evolución, en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no sea discutido en el terreno científico, o no se discute en estos momentos? [...] Vedlo hoy mismo: para estos efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia, que es bueno mantener encendido en ellos, porque sólo así podrán ascender intrépidos la dura y alta escala de pórvido del conocimiento; para esta juventud, la obra de Barreda es un ideal religioso casi, un ideal de emancipación y libertad; un negador no sin inteligencia; un heresiarca de la ciencia, no sin bravura, sonó el clarín de la disidencia: fue sólo un toque de atención, todas las cabezas inclinadas sobre los libros se levantaron curiosas; pero al llamamiento del clarín de protesta, siguió el coro de ángeles caídos en el infierno periodístico [...] Y dudemos, señores, que el maestro hoy glorificado por la juventud, y en cuya ara motiva mezcla su corona hecha de almas en primavera y de anhelos en flor, a la corona cívica que ahí ha depositado la Patria, dudemos que haya sido un pacificador, pero pensemos siempre en que ha sido uno de los fundadores del tiempo nuevo.¹⁵⁹

Ahora bien, es lento el desarrollo, en el espacio promovido por los Valenzuela, que permite el brote de publicaciones que, al mismo tiempo, reflejan la vena intelectual de los ateneístas, pero innegable una vez que se compara el contenido de la revista con los postulados que el grupo iba cimentando a la par por medio de la presencia pública en conferencias, manifestaciones y discursos.

¹⁵⁹ Justo Sierra, “Discurso del señor licenciado don Justo Sierra”, *Revista Moderna de México*, México, t. IX, núm. 56, abril de 1908, pp. 68-70.

Por ejemplo, Antonio Caso incursiona con cuatro ensayos entre 1907 a 1910, “Nietzsche”, “Max Stirner”, “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo” (tres partes) y “El aristocratismo intelectualista de Renan”.¹⁶⁰ Además de mostrar un interés particular por autores y temas que si no escabrosos se encontraban dentro del límite polémico del momento, su última colaboración refleja una afinidad a los postulados del francés que también empatan con lo propuesto por Rodó en su *Ariel*:

La gran potencia intelectual que abarca la experiencia presente y pasada, imponiéndose por derecho soberano de genio a la admiración de la posteridad; ‘lo que, empleando las palabras de M. Faguet, es la inteligencia en su sentido más amplio’, se releva en la magna labor de ciertos espíritus que, como Descartes, Leibnitz y Kant, probaron, por los ejemplos que nos legaran del uso teórico sintético de la razón, la audacia del genio sistemático, su poderío incalculable, su prodigiosa amplitud y sus limitaciones infranqueables.¹⁶¹

Aunado a la exaltación de la inteligencia, o más bien empleando esta característica para sortear personalidades, el filósofo es tajante a la hora de apuntar: “Exaltemos lo que debe exaltarse; que todo ser superior tienda a superarse a sí mismo, y que los seres inferiores vivan pacíficamente su existencia mezquina e irremediable”,¹⁶² reflejando así dos posturas rodonianas, la inteligencia como artífice de superioridad y el etilismo que de ésta se desprende como organizador social.

Por su lado, Pedro González-Blanco escribe “En memoria de Leopoldo Alas” escritor en el que se reconoce. Sólo que al hacerlo también exalta algunos valores que caracterizan a sus compañeros mexicanos. También, hay que recordar que Clarín fue el prologuista de la

¹⁶⁰ Antonio Caso, “Nietzsche”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 48, agosto de 1907, pp. 349-358; “Max Stirner”, *Revista Moderna de México*, México, t. IX, núm. 56, abril de 1908, pp. 80-89; “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 74, octubre de 1909, pp. 67-73 [segunda parte: t. XII, núm. 75, noviembre de 1909; tercera parte: t. XII, núm. 76, diciembre de 1909, pp. 210-216]; “El aristocratismo intelectualista de Renan”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 78, febrero de 2010, pp. 331-337.

¹⁶¹ “El aristocratismo...”, p. 331.

¹⁶² *Ibid.*, p. 334.

primera *edición* de Ariel, antes de morir en 1901, obra que fue parteaguas para la juventud no sólo de México, si no de América. Apunta el joven español sobre su paisano:

sintió hacia el fin de su vida necesidades nuevas y ansias de divino. Su alma fue elevada a una especie de idealismo trascendental, muy en consonancia con los doctrinas que por entonces iniciaba el simbolismo en Francia. Este idealismo tenía también algo de aquel “Real Idealismus” que el poderoso espíritu de Locke soñó con establecer en Alemania. Se amparaba de Guyan, el predilecto de los dioses, en quien Leopoldo Alas encontró un espíritu gemelo del suyo. Conservaba algo de Renán en lo que no tenía de demoledor. Guardaba, en fin, algo de la levadura antigua; pero dándole una cocción nueva. En América era difundido gracias al verbo vibrante de José Enrique Rodó, atleta del pensamiento...¹⁶³

Ahora bien, el papel de Pedro Henríquez Ureña, desde que arriba a la capital mexicana es rector. Las múltiples colaboraciones en la revista de Valenzuela revelan un interés en los temas filosóficos que se encontraban a ras de piel en el ambiente mexicano, mismos que no se alejaban de aquellos que aquejaban en toda Latinoamérica. Esta consciencia de la atmósfera global se advierte desde la traducción de Francisco García Calderón, “Las corrientes filosóficas en América Latina”,¹⁶⁴ y sigue con reflexiones sobre Nietzsche y el positivismo, para regresar, en una última colaboración otra vez a este personaje peruano que se distingue por “el estudio de las ideas, de su movimiento general y de su elaboración individual”.¹⁶⁵ Además, el dominicano destaca los estudios del peruano, pues “difunde por América las agitaciones del pensamiento europeo. Los novísimos movimientos filosóficos no han encontrado mejor *evangelista* que él entre nosotros; y no es corta la ayuda que presta a la orientación libre y amplia de la juventud hispanoamericana de hoy, ansiosa de escapar de los viejos moldes, los mismo escolásticos que positivistas, y entrar a una concepción viva

¹⁶³ Pedro González-Blanco, “En memoria de Leopoldo Alas”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 47, julio de 1907, p. 284.

¹⁶⁴ Francisco García Calderón, “Las corrientes filosóficas en América Latina”, traducción de Pedro Henríquez Ureña, *Revista Moderna de México*, México, t. X, núm. 63, noviembre de 1908, pp. 150-156.

¹⁶⁵ Pedro Henríquez Ureña, “Profesores del idealismo”, *Revista Moderna de México*, México, t. XIII, núm. 82, junio de 1910, pp. 213.

y total del mundo”.¹⁶⁶ Tal vez, por eso, el escritor de Ensayos críticos, no duda en poner la figura de García Calderón a la par de José Enrique Rodó “en América la más alta representación del pensamiento filosófico.”¹⁶⁷

Estas colaboraciones, que sirven como muestra de un fenómeno de mayor calado, manifiestan un cambio de carácter en la empresa dirigida por Valenzuela, uno que también se exhibe con la entrada y apoyo a las publicaciones individuales relevantes para los futuros miembros del grupo ateneísta por parte del sello editorial de *Revista Moderna de México*, el cual, durante la primera década del siglo XX, auspició libros de Efrén Rebolledo (*El enemigo*, 1900), de Amado Nervo (*El prisma roto* y *Lira heroica*), de Enrique González Martínez (*Lirismos*, 1904) y del propio Jesús E. Valenzuela (*Almas y cármenes*, 1905; *Lira libre*, 1906, y *Manojo de rimas*, 1907); pero que después también publicó en 1910 los *Estudios griegos* de Walter Pater, de indiscutible importancia para comprender parte de la estética de los ateneístas, y un año antes *Motivos de proteo* de José Enrique Rodó.¹⁶⁸ Hay que recordar que, en 1908, por la requisición de Alfonso Reyes y de Pedro Henríquez Ureña, también sale a la luz, asistido por el general Bernardo Reyes, la edición mexicana de *Ariel*.

Para 1908, la figura que fueron erigiendo los jóvenes, tomando prestadas actitudes y estrategias finiseculares, primero amorfa y beligerante ya comenzaba a mostrar rasgos más claros. Rasgos que se apegan a ese personaje de la obra rodoniana que encarna los más altos estándares basados en la inteligencia, donde prevalecen la “razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 215.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 216.

¹⁶⁸ Cf. Antonio Saborit, “Libreros y editores de la biblioteca del México modernista”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 150.

en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida”.¹⁶⁹

Con una clara influencia de los preceptos propuestos por Rodó y otros intelectuales latinoamericanos, pero también de lecturas que los distinguieron, se puede desentrañar parte de la estrategia juvenil para ocupar el espacio cultural y la conformación del Ateneo de la Juventud el 28 de octubre de 1909. Los jóvenes, en vísperas de la Revolución, se consolidan como una asociación, una de las más significativas en la cultura mexicana, que

representa un recodo de la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del Porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México [...] la forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios.¹⁷⁰

Ahora bien, después de conformarse como El Ateneo de la Juventud, las colaboraciones en el espacio de Valenzuela ya son constantes y la ruta por la que apuesta la juventud ya es perfectamente clara: la figura pública del intelectual. Si sus antecesores decadentistas hicieron de la figura pública una obra de arte, que en la mayoría de las ocasiones parecía desatender los problemas sociales, los jóvenes ateneístas se distancian del grupo decadentista de fin de siglo y se comprometen con la sociedad, asumiendo un rol no solamente como espectador sino de intervención y de crítica continua. Por eso, en este sentido, se hace más tangible una relación con los modernistas que empezaron a desarrollar una prosa crítica en las últimas dos décadas del siglo XIX, sólo que entre ambos hay una evolución bastante

¹⁶⁹ *Ariel*, SEP/UNAM, México, 1982, p. 13.

¹⁷⁰ Hernández Luna, *op. cit.*, p. 14.

significativa en cuanto a la figura pública y las diferentes concepciones que hay de ésta. Tal vez uno de los puntos más significativos en este desarrollo es que los intelectuales en ciernes explotaron su relación con la sociedad en su favor, es decir, encontraron en la interacción con el público y la autopromoción como grupo un utilitarismo que los beneficiaba otorgándoles un prestigio que los avalaba como autoridad intelectual.

Apunta Liliana Weinberg que “es posible postular que en la *Revista Moderna de México* es clave el trazado de una mapa simbólico de las relaciones hispanoamericanas, basado en la confluencia de ciertos rasgos de época: modernidad, inteligencia, juventud, creación, espiritualidad y aristocracia del espíritu y, sobre todo, evidencia del surgimiento de una nueva figura en el campo cultural: la del intelectual”.¹⁷¹ Cabe agregar que el tramado que reconoce es propiciado por la misma juventud, también es en este encaje discursivo donde realmente se puede apreciar el cambio en la tonalidad de la revista. De la misma manera se puede apreciar más claramente el porqué figuras como Urbina y Urueta, con una clara tendencia hacia la moral y la política, se identificaran con la camada de jóvenes intelectuales, así como el papel preponderante del puesto privilegiado en esta publicación del último y de Emilio Valenzuela en la conformación de un frente silencioso pero determinante para la toma de este espacio emblemático.

La juventud que violentó el espacio público y se asentó en teatros y plazas, es la misma que toma posesión de *Revista Moderna de México*. Son gestos diferentes con una finalidad en común: acaparar la escena cultural. Por eso, son los ateneístas los que, después de la muerte de Valenzuela, quedan todavía a bordo de la nave en 1911. La revista muere por

¹⁷¹ Liliana Weinberg, “Hispanoamérica. La confederación del arte”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 200.

muchas causas, siendo la despedida de su fundador una de las más evidentes, pero también porque el régimen que la había apoyado desde principios de siglo había colapsado. En realidad cuando Emilio Valenzuela pide a los lectores una tregua es una declaración de muerte, una declaración de muerte para la revista pero no para los ateneístas. La *Revista Moderna de México* ya había servido su propósito, puesto que empezando la segunda década del siglo XX los jóvenes ya no necesitaban un órgano literario que los respaldara, la estrategia que desplegaron había resultado un éxito, puesto que al consolidar la figura pública del intelectual, aseguraron su futuro.

3.3. La “Protesta literaria” (1907): la intelectualidad por las calles

A la muerte de la revista *Savia Moderna*, los jóvenes no estaban dispuestos a abandonar la escena literaria, pues si ese espacio, que muchos consideran inaugural, les había servido para darse a conocer como un nuevo contingente, había una clara conciencia por parte de algunos miembros sobre la necesidad para hacerse de otras plataformas con el fin de no perder el impulso logrado con esa efímera intervención en la escena literaria mexicana.

La conciencia sobre la fugacidad de su empresa, así como de la importancia de la novedad y la necesidad de mantenerse actuales para lograr asentarse en ese campo en el que ya habían incursionado los llevó a buscar otras alternativas, otras plataformas. Por eso, después de un breve descanso, a principios de 1907, trasladaron las “oficinas” a la casa de dos pares de hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña e Ignacio y Luis Castillo Ledón, ubicada en la planta baja del número 4 de la calle siete de Soto, en la colonia Guerrero.¹⁷²

¹⁷² Henríquez Ureña, *Memorias... op. cit.*, pp. 113-114.

Ahí, la actividad intelectual floreció. Los jóvenes se abalanzaron sobre lecturas como James, Bergson, Boutroux, Jules de Gaultier, Bacon, Descartes, Pascal, Leibniz, Spinoza, Kant, Hegel, Eucken, Fichte, Schelling, Croce, Menéndez Pelayo, Schopenhauer y hasta Comte.¹⁷³ Además de tener maestros de valía en las aulas, como Urbina –que se acercaría a estudiar con ellos– y Urueta, cultivar el intelecto y poner las ideas en marcha fue la tarea que todos emprendieron fuera del horario escolar, por voluntad propia:

A falta de escuela de estudios literarios buscaron en la lectura filosófica y literaria en grupo una manera de complementar lo que consideraban deficiencias en su formación: apasionamiento por la cultura, el desconocimiento de la expresión imaginativa del ser humano en todas las épocas y la ausencia de la disciplina y seriedad en el pensamiento [...] El autodidactismo se convirtió entonces en el medio para que adquiriesen el código común de la lectura a profundidad de las grandes obras humanísticas.¹⁷⁴

En estos pequeños cenáculos, como los nombra Hernández Luna, se leen y comentan los libros proscritos por el positivismo. A parte de la casa de Soto, también sobresalieron el taller del arquitecto Jesús T. Acevedo donde se comentaron Schopenhauer, Nietzsche y James; la biblioteca de Antonio Caso, donde circuló el debate sobre Kant, Boutroux y Bergson; y, por último, la casa de Alfonso Reyes, donde todo convergía.¹⁷⁵

José Vasconcelos, sobre estos espacios, recuerda: “En la biblioteca de Caso o en la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y de estampas célebres, dispartábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner en orden nuestro divagar y buscando bases distintas de las comtianas”.¹⁷⁶

¹⁷³ Cf. *Ibid.*, pp. 125-126.

¹⁷⁴ Ma. Elena Madrigal Rodríguez, *Del Licántropo que aúlla con gran perfección: la poética de Julio Torri desde el Ateneo y el esteticismo*, UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Colección Humanidades, México, 2011, p. 98.

¹⁷⁵ Cf. Hernández Luna, *op. cit.*, pp. 11-13.

¹⁷⁶ José Vasconcelos, *Ulises Criollo. Segunda parte*, FCE, Lecturas Mexicanas, México, 1983, p. 267.

Eventualmente las reuniones esporádicas tomaron un curso más serio. A iniciativa de Jesús T. Acevedo, el grupo de Ureña, Reyes, Caso y Vasconcelos que lideraba a escritores, pintores y músicos, formalizó su *status* con el nombre de Sociedad de Conferencias en enero de 1907. El propósito del nuevo grupo era acercar al público temas novedosos desde una perspectiva fresca y crítica. No obstante, un suceso imprevisto se interpuso con sus planes. Fue a casi un año de la desaparición de *Savia*, el 31 de marzo de 1907, cuando el tema de las reuniones sólo giró en torno a la nueva *Revista Azul*, a cargo de Manuel Caballero.

No se ha podido comprender del todo el porqué Carlos Díaz Dufoo, co-fundador de la revista, permitió que un personaje como Manuel Caballero, escritor que participó sólo en un par de ocasiones en tan afamado espacio, explotara el nombre de una de las empresas más emblemáticas de finales del siglo XIX. Una cosa se sabe, años atrás Caballero solicitó a Gutiérrez Nájera su apoyo para recomendar a los colaboradores de *Revista Azul* a participar en un proyecto bajo su dirección titulado *El Almanaque Mexicano de Arte y Letras*.¹⁷⁷ Fuera de este hecho fugaz y lejano, sólo quedan suposiciones que promueven el gusto de Díaz Dufoo por las empresas de Caballero y su trabajo como periodista, algo que ya le había ganado algo de fama.

En cuanto al beneficiado, a principios del siglo XX declara que había pensando largamente en la creación de un periódico de arte y literatura

que fuese algo más definido, más trascendente que una simple compilación de producciones sin un fin determinado, como no sea el de deleitar más ó menos á los desocupados lectores. Disgustados profundamente por el auge que alcanzan en la época actual las extravagancias del modernismo, ansiábamos por un órgano que, sin transacciones ni medias tintas, volviera resueltamente por los fueros de la poesía parnasiana, desdeñada y proscrita como cosa vulgar é indigna de personalidades de pro, en el cultivo de las letras. Pero, aunque parezca mentira, mucho tiempo nos detuvo la falta de un título comprensivo y simpático, que

¹⁷⁷ Cf. Manuel Gutiérrez Nájera, “El Almanaque Mexicano de Arte y Letras”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 16, 1894, p. 253.

podiera servir de bandera á nuestras aspiraciones y que nos garantizase, en cierto modo, de que los simpatizadores con ella acudirían, sin escrúpulos y sin tardanza, á ayudarnos en nuestra empresa. Al fin y al cabo la sugestión de un amigo inteligente nos trajo á la memoria el nombre de la excelsa “REVISTA AZUL”...¹⁷⁸

Se sabe que Díaz Dufoo “el intelectual exquisito, el amigo generoso, el padre de aquella doncella delicada que estaba en sueños, no hizo esperar su respuesta” a la solicitud de Caballero¹⁷⁹ con una misiva que el beneficiado reproduce con entusiasmo en su “Prospecto” y de la cual es el siguiente extracto:

Con todo placer accedo á su deseo de que continúe la publicación de nuestra “REVISTA AZUL”. Es la herencia de un muerto á quien todos amamos y sé que el cariño que Ud. tiene por su recuerdo le hará velar por esta pequeñuela con la que se fueron tantos días felices y tantas esperanzas ya marchitas.¹⁸⁰

Estas líneas por parte del co-fundador son el único testimonio sobre la transacción entre estos dos literatos. Después de esta misiva, Díaz Dufoo no participa con ninguna entrega en la nueva incursión de Caballero y mucho menos intercede en nombre del periodista o justifica su proceder en ninguna entrevista posterior. ¿Abandona el barco que timoneó junto a Gutiérrez Nájera a la deriva? Tal parece ser el caso. Si el escritor de *Cuentos Nerviosos* figura en alguno de los recientes estudios sobre la segunda época, el motivo principal es su clara ausencia ante todos los hechos relevantes relacionados a ella.¹⁸¹

A pesar de la bendición de Díaz Dufoo, la noticia sobre la nueva *Revista Azul* despertó a los jóvenes y los sacó de sus cenáculos, pues consideraron una ofensa que el nombre de tan

¹⁷⁸ Manuel Caballero, “El título de Revista Azul”, *Revista Azul. Segunda época*, México, t. VI, núm. prospecto, marzo de 1907, p. 3.

¹⁷⁹ *Idem.*

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ Esto, como apunta Fernando Curiel Defossé, es evidente en el caso de la nula contribución para levantar un busto de bronce para el poeta (*cf.* Curiel Defossé, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, UNAM, México, 1996, pp. 29-31).

prestigiada revista¹⁸² cayera en manos de un escritor que representaba todo lo contrario de lo que ahí se había cultivado. Además, consideraron peor el gesto de Caballero al utilizar la figura de Manuel Gutiérrez Nájera para justificar su proceder. Sobre ello apunta Henríquez Ureña:

De pronto, hace un mes, un anuncio curioso despertó la atención en los círculos intelectuales: la *Revista Azul* iba a reaparecer, resucitada por el viejo periodista, que suele tener fama de reportero hábil y que suele tener sus humos literarios, atreviéndose a criticar a Díaz Mirón: su nombre, desconocido fuera de México, es Manuel Caballero. Se ignoraba qué forma asumiría el nuevo periódico, y los más creyeron que se hundiría en su propia insignificancia. Pero el anciano reportero, al lanzar el prospecto de su periódico, enarboló una bandera absurda: venía a combatir el modernismo, es decir, el movimiento literario encabezado por el fundador de la *Revista Azul*.¹⁸³

El dominicano no estaba nada fuera de lugar, si algo distinguió a la nueva publicación fue el ataque descarnado hacia el decadentismo y el modernismo que Caballero cobijó con una misma manta. Así se expresó el periodista en su “Prospecto”:

Y.... ¿por qué no apresurarnos a decirlo? En ese hervor de anhelos blancos, que nos sentimos en el espíritu, ha tenido también su génesis en el impulso de sacar á la vida esta revista. Cierto que deseamos tener ella un pebetero, para que ardan mirras sobre la tumba del poeta muerto. Pero también anhelamos que nos sirva de bandera, para agrupar en su derredor á los elementos, hoy dispersos é incoherentes, de todos cuantos creemos firmemente que la divina Poésía, la bien amada de aquel soñar de ensueños altos y de ternuras excelsas, sufre en los días que corren la dolorosa torsión de sus miembros divinamente delicados, entre las manos sacrílegas de una secta de neuróticos que la invocan para escupirla, que la nombran para insultarla y que, poniéndole sobre los hombros vieja púrpura, cetro de caña en la mano y corona de espinas en la frente, pasan delante de ella en danza loca y le lanzan al rostro este saludo irónico: —¡Ave Reina...!¹⁸⁴

¹⁸² Hay que considerar la relevancia en la literatura mexicana de *Revista Azul*, que “Si José Luis Martínez considera *El Renacimiento* la publicación más característica de su siglo y Héctor Valdés a la *Revista Moderna* la más importante, la *Revista Azul* no puede menos que situarse al lado de ellas o, como quería Monterde, entre las dos” (Jon Von Ziegler, “Estudio Introductorio”, *Revista Azul* [ed. facsimilar], UNAM, México, vol. 1, 1988, p. IX).

¹⁸³ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios Mexicanos*, FCE, México, 1984, p. 228.

¹⁸⁴ Manuel Caballero, “Prospecto”, *Revista Azul. Segunda época*, México, t. IV, núm. prospecto, Marzo de 1907, p. 2.

Ante tales declaraciones, los jóvenes que un año antes se remolinaron en torno a *Savia Moderna* revisaron y firmaron un documento escrito por Luis Castillo Ledón, como corrobora Ávila Hernández al encontrar el original en su archivo.¹⁸⁵ Sin embargo, el tono beligerante se puede atribuir a Cravioto, que tenía más experiencia en estos avatares, y que acaba de llegar de Europa para el enfrentamiento y firma al calce. De este escrito, Henríquez Ureña opinó: “los manifiestos son documentos de combate en los que no es posible aspirar a la perfección. Éste tiene claridad y energía, y eso basta”.¹⁸⁶

“Protesta Literaria” fue el nombre con que se tituló el manifiesto y comenzó a circular el 7 de abril de 1907, día en que el segundo intento de *Revista Azul* salía a la venta. Por este medio los jóvenes manifestaron la admiración por sus predecesores modernistas y, al mismo tiempo, un afán de distanciamiento de ellos en una clara búsqueda de independencia:

No protestamos contra el nombre del periódico, que poco o nada significa, sino en contra de las falsedades que en él se sostienen a nombre de Manuel Gutiérrez Nájera y en contra de la obra de retroceso que se quiere emprender. En buena hora que cualquier viejo funde revistas con el nombre de «azul» o de otro color, y que declare la guerra a molinos de viento y a fantasmas imaginarios; pero que no venga llamándose depurador del arte, continuador del Duque y guía de la juventud.

Y aquí es oportuno declarar á manera de credo, que nosotros no defendemos el modernismo como escuela, puesto que á estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar, y ya ocupa el lugar que le corresponde en la historia de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio á la vulgaridad y á la rutina. SOMOS MODERNISTAS SÍ, PERO EN LA AMPLIA ACEPCIÓN DE ESE VOCABLO, ESTO ES: CONSTANTES EVOLUCIONADORES, ENEMIGOS DEL ESTANCAMIENTO, AMANTES DE TODO LO BELLO, VIEJO Ó NUEVO, Y EN UNA PALABRA, HIJOS DE NUESTRA ÉPOCA Y DE NUESTRO SIGLO.

Un mismo ideal nos une: somos jóvenes y fuertes y nutrimos nuestro cerebro en todas las ramas del arte, para ser verdaderamente cultos.

¹⁸⁵ La nota completa de la investigadora registra: “Castillo Ledón abría la lista de firmantes y esa era la pista correcta, ahora lo puedo sostener, pues así lo evidencia un ejemplar de la *Protesta Literaria*, guardado en el archivo ALCL, donde escribió con su puño y letra: ‘redactada por Luis Castillo Ledón’. Además, lo confirman sus notas personales, donde consignó algunos nombres de sus trabajos, y entre ellos también fue anotada la *Protesta Literaria*” (*De sabio a historiógrafo*, p. 113).

¹⁸⁶ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 26.

No creemos, como otras generaciones mexicanas, talentosas y brillantes, pero sin ideal definido, que la literatura nace con nosotros; que si fracasamos, la literatura fracasa con nosotros; y que si morimos, el culto de la grande, de la eterna Belleza morirá con nosotros.

Pisamos un terreno que no es exclusivo patrimonio de nadie; un campo que es del que lo tome por asalto, sin pedir permiso á nadie; del que lucha y se bate mejor y con más fuerzas; del que golpea más duro.

¡Momias, á vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!¹⁸⁷

El manifiesto circuló de mano en mano y fue publicado íntegramente en el periódico *El Diario*. La lista de firmas sobrepasaba la treintena: Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, José J. Gamboa, Alfonso Reyes, Emilio Valenzuela, Nemesio García Naranjo, Jesús Villalpando, Max y Pedro Henríquez Ureña, Rubén Valenti, Abel C. Salazar, Alfonso Teja Zabre, José Pomar, Roberto Argüelles Bringas, Manuel Gamio, Gonzalo Argüelles Bringas, Francisco de la Torre, Álvaro Pruneda, José de J. Núñez y Domínguez, Miguel A. Velázquez, Raúl A. Esteva, Carlos González Peña, Gonzalo de la Parra, Crisóforo Ibáñez, Álvaro Gamboa Ricalde, José Velasco, Salvador Escudero, José M. Sierra y Benigno Valenzuela. El impacto de este escrito, aunque breve, fue contundente, y ahora, a la distancia, se puede apreciar cómo constituyó el postulado ideológico con el cual este grupo violentó su entrada al mundo cultural. Sobre ello Gabriel Zaid dice que este acto fue el pretexto para “tomar la calle, salir a la vida pública y decir: aquí estamos, miren la fuerza que tenemos, el talento que tenemos, la razón que tenemos”.¹⁸⁸ La avanzada hacia su movimiento, la juventud beligerante reclamaba su lugar.

¹⁸⁷ “Protesta Literaria”, reproducida en “Notas de Combate”, *Revista Azul. Segunda época*, México, vol. IV, núm. 2, 1907, p. 2.

¹⁸⁸ Gabriel Zaid, *Tres poetas Católicos*, Océanos, México, 1997, p. 86.

Caballero combatió desde dos frentes la ofensiva que habían desplantado los jóvenes, *Revista Azul* y *El Entreacto*, ignorando que los deseos de la juventud no radicaban en un regreso a las formas finiseculares, o bien una exaltación del decadentismo o modernismo como estilos literarios, sino, más bien, exigían y promovían el “Arte libre” que tanto defendió el Duque Job y que Caballero decidió ignorar por completo,¹⁸⁹ porque bajo este estandarte los proto-ateneístas encontraban el respaldo necesario y la justificación de las propuestas que estaban desarrollando, impregnadas de un tinte intelectual y moral que se distanciaba por completo de sus predecesores inmediatos.

La treintena que firmó “Protesta literaria”, algunos representantes de la generación anterior como Valenzuela, Urueta, Urbina y Tablada, y cientos de estudiantes de las escuelas de Jurisprudencia, Medicina, Ingeniería, la preparatoria y la escuela normal utilizaron el lema “Arte libre” como estandarte para reunirse el día 17 en la “Manifestación Pública”,¹⁹⁰ con el propósito de tomar las calles, dejarse escuchar, manifestar su presencia y sellarla en los anales de la historia. La comitiva, cuya intención era homenajear a Gutiérrez Nájera, comenzó el trayecto en el Jardín de la Corregidora Domínguez y terminó en la Alameda, donde Rafael López, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo y Max Henríquez Ureña tomaron la palabra. Este último manifestó, en su calidad de extranjero, que la admiración por el poeta homenajeado no encontraba fronteras.

La “Manifestación” continuó a las veintiuna horas en el Teatro Arbeu. El auditorio estaba presidido por Luis G. Urbina, subsecretario de Instrucción Pública, y el diputado Jesús

¹⁸⁹ Fernando Curiel aborda el tema del ¡Arte Libre! y la propuesta de una revista titulada así en su estudio introductorio (cf. *Tarda necrofilia...*, pp. 37-40).

¹⁹⁰ Dos invitaciones se publicaron en *El Diario*, una el trece y la otra el dieciséis. En la primera se informa que el nuevo grupo intelectual lanzará un periódico literario titulado *Arte Libre* y se promueve la serie de conferencias de mayo, el primer proyecto nunca se concretó (cf. *Tarda necrofilia...*, p. 91).

Urueta. La noche intercaló presentaciones musicales con diversas declamaciones. Urbina recitó “Pax anime” poema de Gutiérrez Nájera; Roberto Argüelles Bringas recitó un “Homenaje al Duque Job”; Urueta por su parte repitió el elogio que había hecho “para la velada fúnebre de la *Revista Moderna* inmediatamente después de la muerte del poeta”.¹⁹¹ Este último cerró el evento y fue vitoreado con grandeza.

En *El Diario*, se anuncia que la manifestación pública fue todo un éxito. Pero más relevante es el hecho de que dan cuenta, pues era la primera vez en México que un numeroso grupo de jóvenes tomaba las calles. Así, sin más, los proto-ateneístas habían inaugurado una forma de declaración que aseguraba toda la atención por parte de la sociedad. La efectividad fue irrefutable, de un día a otro, de la intimidad de los cenáculos a las calles, esta avanzada estaba en boca de todos. García Morales anota que: “la consigna de esta juventud que llama a la puerta y exige que se le abra el paso es la modernidad. El modernismo que proclaman no es de escuela sino de actitud: afán renovador sin límites e irrenunciable rigor. Su credo: «Arte Libre»”¹⁹², es por eso que para el grupo “tomar la calle” fue entonces una afirmación de su existencia.

Por su lado, a Caballero no le quedó otra opción más que repeler los ataques desde sus trincheras, al tiempo que reproducía los mensajes fraternos que personalidades de provincia, principalmente Puebla y Aguascalientes, que le enviaban como apoyo a su causa. La lucha, aunque breve, fraccionó, como suele pasar con cualquier disputa, los medios de comunicación. Apunta Henríquez Ureña que *El Imparcial*, “importantísimo diario oficioso y enemigo de los estudiantes, censuró la manifestación; en cambio, la elogiaron *El Tiempo*, *El*

¹⁹¹ Cf. Susana Quintanilla, *Nosotros...*, p. 58.

¹⁹² García Morales, *El Ateneo...*, p. 53.

Diario y El Popular”.¹⁹³ Uno de los errores de Caballero, tal vez el principal, fue combatir a la avanzada de jóvenes atacando al decadentismo y al modernismo pues, desde la perspectiva moral, no se identificaban ya con esos movimientos.

Desde luego que el levantamiento, la salida a las calles, de 1907 provocado esencialmente con esta protesta en contra del reportero de *El Almanaque*, significó para muchos la parte viva de una insatisfacción de la inteligencia que hasta entonces se había limitado a manifestarse moderadamente en ciertos espacios, pero que ahora, aprovechando incluso tal vez el momento, explotaba. Al recordar este evento en particular, Alfonso Reyes escribe: “Fue aquella pléyade, fue aquella tropa la que alzó por las calles la bandera del arte libre; la que congregó en las plazas a la muchedumbre universitaria, y dio al traste con la bastarda empresa de un mentecato que pretendió resucitar la *Revista Azul*, ¡la de Gutiérrez Nájera nada menos! Para atacar las libertades de la nueva poesía. Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera sido menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños”.¹⁹⁴

El año de 1907, entonces, se postula como un parteaguas para la juventud, incluso con más valor que la revista efímera de *Savia Moderna*, pero no tiene un significado menor en la imagen mayor de la historia de las revistas literarias mexicanas; además, revela buena parte, que no todas, las inadecuaciones y tensiones de ese periodo en efervescencia. Es decir, su estudio, a lo lejos, opera como un termómetro que evidencia los cambios culturales más significativos después de la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera: las incertidumbres

¹⁹³ Henríquez Ureña, *Memorias...*, p. 231. // Para un panorama más amplio de estos enfrentamientos se puede consultar *Tarda necrofilia*, *op. cit.*, que reproduce en un apéndice documental tanto las misivas emitidas por Caballero como las contestaciones desde diferentes frentes. Es ilustrativo en varios sentidos, como, por ejemplo, se puede encontrar que Rafael Cabrera apoya la empresa de Caballero en una carta firmada el 31 de marzo de 1907 y publicada en *El Entreacto*, y que éste, Jesús Castellanos y Luis G. Urbina, todos futuros ateneístas, publican en la segunda etapa de *Revista Azul*.

¹⁹⁴ Reyes, “Nosotros”, p. 217.

acumuladas entre la estética finisecular, pero también la urgencia por dotar al hombre de letras de otro espacio público que no fuera el periodismo; es decir, de la necesidad de reestructurar la función y los alcances de esta figura que se había mantenido, hasta cierto punto, relegada a los espacios culturales –teniendo en cuenta el alto nivel de analfabetismo– al que sólo tenían acceso sus pares. Ahora era indispensable que su zona de confort se adecuara al tiempo convulso en el que estaba inserto y para ello debía reunir la autoridad moral y las convicciones culturales que le permitieran desplazarse hacia la actuación pública.

Ahora bien, si en *Savia Moderna* no se percibe un cambio en la estética literaria, en *Revista Moderna de México* ya se palpa una búsqueda que tiende poco a poco al ensayo, pues este género es más adecuado para la reflexión, pero también se ajusta a una apuesta del hombre política y socialmente comprometido que el tiempo requiere. Una reformulación, entonces, de los escritores estaba en marcha, pues era indispensable mezclarse y luchar. Sin embargo, el llamado sólo fue atendido por unos cuantos, sobre todo por aquellos que apenas incursionaban en el mundo cultural, otros persistieron en la dinámica finisecular que habían desarrollado por medio del periodismo, e incluso algunos prefirieron seguir entronados en una torre de marfil, ajenos a todo asunto público. Y aunque lo anterior obedece más a un tópico de la crítica y de la historia literaria más que a una realidad que pueda constatar, Claude Fell precisa que “este enfoque procedía de la asimilación entre la afirmación de una necesaria autonomía creadora del artista, del poeta, el rechazo de cierta moral “burguesa” y una pretendida actitud escapista”.¹⁹⁵

Lo que se puede rescatar es que estas actitudes reflejan en su entraña ciertas actitudes e idearios al tiempo que exponen diferencias palpables entre los grupos que se encuentran

¹⁹⁵ Claude Fell, “El ensayo hispanoamericano y la reflexión sobre la identidad”, en Dario Puccini y Saúl Yurkievich (coords.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. II, FCE, México, 2010, p. 153.

involucrados, pero también, y aquí hay que agregar el valor de grupo, las diferencias entre los individuos al interior de cada grupo. Si bien el cambio en el paradigma literario es un proceso más o menos prolongado, las posturas y decisiones personales van calando de manera significativa en este desplazamiento. Con cada muestra de afinidad o rechazo, a este o aquel movimiento literario, se promueve o impide cierta aceptación del mismo, con cada traslado y cambio de postura se hace una declaración de principios.

Con todo, algo que resalta es que los escritores practicantes o más cercanos al realismo literario están más atentos al cambio en su entorno social, a diferencia de los modernistas que para el año de la “Protesta literaria” ya se retiraban de los escaparates públicos (aunque muchos de ellos aprovecharon los beneficios de la dictadura, como Tablada, para lograrse un curul o puesto institucional), como demuestra el hecho de que a partir de 1907 la *Revista Moderna de México* se queda huérfana de los colaboradores de primera hora, un espacio ocupado, no en número pero sí en intención y gusto, a partir de entonces por el grupo de *Savia Moderna* (1906). Pero, como se ha apuntado, el relevo no implica el abandono de una estética modernista, después de todo los jóvenes se educaron en ella y en muchos sentidos la admiraban, pero sin duda altera el temperamento de la publicación, pues buscaron, principalmente en el ensayo, una forma de verter sus reflexiones y críticas tanto políticas como filosóficas y sociales.

A la distancia, la sospecha de que en el trasfondo de “Protesta literaria” había una lucha generacional entre los decadentistas y la nueva promoción está latente, incluso cuando de manera expresa se alinean en un frente contra Manuel Caballero y la nueva empresa. Sobre todo porque en la polémica, estridente y pública, también se jugaba el papel que debía mantener el escritor, y si esto para los mayores, es decir, los modernistas con prestigio ya logrado, se presentaba como algo innecesario, para los jóvenes, en cambio, era una

oportunidad y una necesidad que no podía ser ignorada. Esta confrontación también es un espejo de aquellas polémicas que mantuvieron en boca a los jóvenes decadentistas a finales del siglo XIX otorgándoles un prestigio prematuro en el mundo de las letras, oportunidad que no desaprovecharon. Una vez más, los jóvenes encuentran en las estrategias de sus antecesores una manera de consolidarse.

Sin embargo, es paradójico que el nuevo ímpetu de la nueva pléyade estaba alentado por antiguos integrantes y maestros del movimiento modernista, además de Justo Sierra, que al parecer tenía una rencilla personal con Caballero.¹⁹⁶ Lo que no puede negarse es que entrando el nuevo siglo se comenzaba a gestar la reinención del hombre de letras rompiendo el molde decadentista, a menudo ensimismado y reacio al compromiso cívico, y encontraba relación con figuras ejemplares de finales de siglo que habían volcado su prosa hacia la crítica. La reinención se ajusta tanto a la convergencia de pensamientos de fin de siglo como a los eventos más significativos. Es ahí donde el concepto del intelectual que se desprende del caso Dreyfus cobra una relevancia crucial, pues con el “Yo acuso” de Zola, se hace un llamado a la sociedad, pero sobre todo a esa élite educada, para demandar el compromiso social que, reinterpretada a través de la lectura del *Ariel*, tendría la responsabilidad de construir y llevar a la sociedad a un mejor futuro.

Ahora bien, el *affaire* Dreyfus dividió en dos facciones tanto a la clase intelectual como a la sociedad francesa (y en todo caso mundial). En su propia escala, en México, la “Protesta literaria” hizo también una escisión entre dos grupos: uno encabezado por la figura de Manuel Caballero, desbordado a la censura y la condena, y otro, en el que se fueron

¹⁹⁶ “Justo Sierra creía que Manuel Caballero era en cierta forma responsable de la muerte de su hermano Santiago, en duelo con Irineo Paz (27 de abril de 1880)” (Pascual Gay y Jalife, *op. cit.*, p. 311).

adhiriendo los que apoyaban a los jóvenes firmantes de la protesta. Estos últimos hondeaban el estandarte del arte libre, postura ampliamente defendida por Manuel Gutiérrez Nájera en sus escritos y también desde ese espacio finisecular, hogar del modernismo, que ahora se veía profanado y tergiversado, sobre todo en ese principio básico, por el reportero al que Carlos Díaz Dufoo le cedió los derechos de nombre de *Revista Azul*. Es decir, si el caso Dreyfus se transformó en el asunto Zola, el caso de la segunda vuelta de *Revista Azul* se convirtió pronto en el asunto que pondría en primer plano a los jóvenes proto-ateneístas, pues las acciones de los jóvenes nos llevan a conjeturar que su toma de postura no era para nada inocente, sino que era una declaración con miras a violentar su entrada en el mundo cultural.

Después del prospecto en marzo, sólo seis números se publicaron de la segunda época de *Revista Azul*. La lucha que cimbró el ambiente literario había terminado. No obstante, los proto-ateneístas, todavía con el impulso fresco de estos eventos se lanzaron a concretar el proyecto que habían postergado desde enero: las conferencias. Sin duda aprovechando la nueva faceta que este contingente ya pre-dibujaba, la del intelectual como figura pública.

3.4. La Sociedad de Conferencias o el intelectual en el podio

Los jóvenes proto-ateneístas no dejaron que el faro de la luz pública los desenfocara después de los eventos en torno a la segunda vuelta de *Revista Azul*. En seguida, retomaron lo que habían pausado a principios del año, la Sociedad de Conferencias, donde asumen una postura basada en los pensadores irracionistas, en especial Nietzsche, el cual caló de manera decisiva en la configuración de esa figura del intelectual moderno que estaban erigiendo. La Sociedad, en este sentido, manifiesta una consciencia que les permite desplazarse entre lo individual y lo público; es decir, hicieron uso de la inteligencia para cuajar de manera más

nítida el ideario que los iba a definir como un grupo selecto (una élite intelectual), al mismo tiempo que promulgaban, por medio –especialmente– de las conferencias, que el conocimiento debía estar al alcance del público.

Esta manera de plantarse en la plaza pública era consistente con el desenvolvimiento de la figura del intelectual a nivel mundial, resonancia de la actitud de Zola ante el caso Dreyfus. Una actitud que parece contraponerse a la que distinguía a finales del siglo XIX a la mayoría de los representantes del decadentismo mexicano, al parecer desatentos al acontecer social o por lo menos no interesados en mostrar públicamente un interés por él. Ahora bien, como se ha visto en el progresivo cambio de tono de la *Revista Moderna de México*, el intelectual de los albores del siglo, asociado a lo moderno y al progreso, es un personaje público que exhibe sus convicciones cívicas, que prefiere mejor el ensayo o el artículo o la conferencia a la escritura poética más íntima. Si los decadentistas asaltaron la esfera cultural desde su prestigio como poetas antes incluso de serlo propiamente,¹⁹⁷ los proto-ateneístas encontraron la forma de darse a conocer desde múltiples plataformas, unas que apelaban a ese sector cultural privilegiado, con las publicaciones de *Savia Moderna* y *Revista Moderna de México*, y otras buscando en la plaza y las calles y las conferencias la validación de ese otro sector que comenzaba a notar que su voz tenía una relevancia fundamental: el público.

La amistad y una misma sintonía ideológica, inaugurada en su mayoría en esos espacios primigenios como la ENP y fortalecida en los cenáculos y espacios privados –que fungieron como literarios–, “se presentan como instancias propicias para emprender la ganancia de la autonomía en el campo literario hispanoamericano, que, al haber

¹⁹⁷ Cf. Pascual Gay, *El beso de la quimera*, pp. 167-242.

experimentado la profesionalización del escritor con el modernismo, precisó de cuestionamientos epistemológicos y de focos discursivos que se ocuparan de las letras y las artes como manifestaciones culturales”.¹⁹⁸ Los proto-ateneístas realizaron las primeras pesquisas entorno a estos temas en las páginas de *Savia Moderna*, casi todas relacionadas con las artes plásticas, y *Revista Moderna de México*, donde además de publicar las conferencias que dieron exploraron, por medio del ensayo, los temas que los inquietaban. Incluso, cada colaboración, a lo largo de los ciclos que ofrecieron los proto-ateneístas y después de 1909 ya ateneístas, revela tanto posturas individuales como grupales, por eso conviene acercarse a ellas y no sólo hacer una constatación de los programas.

Una vez terminada la empresa de *Revista Azul* de Manuel Caballero, los jóvenes comenzaron a publicitar el primer ciclo de sus conferencias. De esto, encuentro como primer registro una nota en *El Diario* el día anterior a la primera de ellas: “Hemos recibido una atenta invitación de la “Sociedad de Conferencias”,¹⁹⁹ para la primera serie de seis conferencias-conciertos que se celebrarán en el Casino de Santa María cada dos miércoles”, para después desglosar el programa, con algunos detalles que agregan a ese reproducido en *Revista Moderna* y compilado en el libro de las *Conferencias del Ateneo de la juventud*²⁰⁰ que es el que usualmente se cita:

Primera conferencia, miércoles 29 de mayo.— La obra pictórica de Eugéne Carriere, por Alfonso Cravioto.— Scherzo número 2 de Chopin, ejecutado al piano por Max Henríquez Ureña.— “La Dolora de Campoamor”, poesía inédita, Nemesio García Naranjo, recitada por su autor.

Segunda conferencia, miércoles 12 de junio.— La influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno, por Antonio Caso.— Número musical.— Poesía por Rafael López.

¹⁹⁸ Clara María Parra Triana, *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, Ediciones USTA, Bogotá, 2013, p. 38.

¹⁹⁹ “Sociedad de conferencias”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 229, 28 de mayo de 1907, p. 5.

²⁰⁰ Cf. *Conferencias...*, pp. 119-120.

Tercera conferencia, miércoles 26 de Junio.– Un clásico del siglo XX, por Pedro Henríquez Ureña.– Número musical.– Recitación de poesía inédita de Luis Castillo Ledón, por la señorita Sofía Camacho.

Cuarta conferencia, miércoles 10 de Julio.– La evolución de la crítica literaria, por Rubén Valenti.– Número musical.– Poesía, por Roberto Arguelles Bringas.

Quinta conferencia, miércoles 24 de Julio.– Poesía, por Abel C. Salazar.– por Jesús Acevedo.– Número musical.– Poesía por Eduardo Colín.

Sexta conferencia, miércoles 7 de agosto.– Recitación, por la señora Guadalupe Vivanco de Uhtoff.– La obra de Edgar Poe por Ricardo Gómez Robelo.– Número musical.– Poesía por Alfonso Reyes.²⁰¹

Programa que refleja ya un interés por alcanzar un público más amplio, pero también consciente que la sola conferencia no tiene el mismo poder de convocatoria que todo un evento que incluya música, pintura y poesía alrededor de ella. La forma en que despliegan su plan de intenciones tiene el fin de seducir al público, de atraerlos para que, a final de cuentas, encuentren en sus inquietudes un lugar común, y si no esto, que éstas se encuentren ahí afuera, expresadas. También hay que tener en cuenta que al estar a la par de estas expresiones artísticas la conferencia como tal se revalora y la idea adquiere el prestigio del arte.²⁰² Tal vez por eso es relevante que la apertura al público que hasta ahora se ha predicado es más bien limitada, pues los eventos, a pesar de su carácter, tenían ese aura de reservada y restringida para unos cuantos. Sobre la primera conferencia se dice: “Reina verdadero interés por asistir a ella y las invitaciones están agotadas en su totalidad. A pesar de ello, es incesante el número de personas que la solicitan teniendo que conformarse con asistir desde la próxima conferencia” y sigue “Para atender a estas solicitudes, habrá que imprimir nuevas invitaciones para todo el resto de la serie. Las que hasta ahora se han repartido sirven para

²⁰¹ “Sociedad de conferencias”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 229, 28 de mayo de 1907, p. 5.

²⁰² Por eso no es de extrañar que se trate el ciclo de conferencias como un evento artístico, donde incluso hay que tener boleto de entrada: “Se avisa a los que se interesan por esta clase de actos, que en la redacción de EL DIARIO, los hermanos Henríquez Ureña, por delegación de la Sociedad de Conferencias, facilitarán, a quienes lo soliciten, los boletos correspondientes para la primera serie de conferencias, todos los días, hasta el miércoles, de 11 a 12 de la mañana” (*Idem.*).

las seis conferencias”.²⁰³

Con esta estrategia, que no se desliga de ese interés mostrado desde *Savia Moderna*, desde la primera conferencia a cargo de Cravioto se despliega una exposición que la acompaña donde “el público podrá apreciar también la obra de Carriere por medio de unas cincuenta fotografías de sus cuadros, que serán expuestas la noche de la conferencia”.²⁰⁴

Por su lado, el conferencista destaca rasgos de la obra del pintor francés que bien se podrían aplicar a una visión renovada de la cultura en general, una que se apega a los preceptos promulgados por esa inquieta juventud de los albores del siglo XX, que ven en el ensayo una de las formas de expresión que por su maleabilidad es más útil para alcanzar sus objetivos. Atributos que están plasmados en el “El ensayo corto” de Julio Torri, años más adelante: “El ensayo corto ahuyenta de nosotros la tentación de agotar el tema, de decirlo todo de una vez. Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de perfección lógica. El afán sistematizador ha perdido todo crédito en nuestros días, y fuera tan ociosos embestirle aquí ahora, como decir mal de la hoguera en una asamblea de Brujas”.²⁰⁵ es decir, el ensayo es el género propicio para la reflexión y el cuestionamiento, para la conjetura que lleva, de una u otra forma, a un entendimiento más amplio del tema; por su maleabilidad y adaptación, además, se presta para que el ejercicio de diferentes personalidades incursionen en él.

Cravioto comienza su conferencia justo apegado a esa primicia, esa que no intenta abarcar el todo: “intentaré esbozar a vuestros ojos una de las más estupendas creaciones en el arte universal contemporáneo, por lo que ella realiza de belleza y originalidad, de

²⁰³ “La conferencia de esta noche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 230, 29 de mayo de 1907, p. 8.

²⁰⁴ *Idem*.

²⁰⁵ Julio Torri, “El ensayo corto”, en *Tres libros*, FCE, México, 1996, p. 33. pp. 33-34.

humanidad y de bien, de armonía y de amor”.²⁰⁶ Algo que se puede apreciar con más claridad al describir la técnica del francés, ese “hombre dotado de una intuición superior y de una comprensión sintética extraordinaria”:

Su preocupación primordial y casi exclusiva, es la realidad enérgica del relieve, de lo que avanza, de lo que sobresale, de lo que es volumen y masa, y se destaca con planos impetuosos y robustos. Mas esta indiferencia por contornos y detalles no es una afectación, ni una extravagancia; es el resultado de una lógica concienzuda y de un ideal preciso. Siendo, ante todo, un pintor de expresión de carácter, y un sugeridor de almas, simplifica figuras y ambiente, hasta dejar lo esencial para la realización de su ensueño. “Isistid sobre los rasgos dominantes del modelo, decía el mismo Ingres, expresadlos fuertemente, llevadlos, si es necesario, hasta la caricatura, y digo caricatura, para que resalte mejor la importancia de este principio capital”. Carrière sólo se ocupa de lo indispensable. No quiere nada que turbe, nada que distraiga del fervor espiritual de sus madres que besan, de sus filósofos que meditan o de sus artistas que ensueñan. Si el ser está ahí, radioso de verdad y magnífico de inteligencia, ¿qué mucho entonces que no sepamos cómo es la tela de su traje ni cuántos poros se abren su cuello?²⁰⁷

Esta manera de plantarse frente a un fenómeno, a sabiendas de la imposibilidad de abarcarlo todo, es un principio básico del ensayo. Estrategia que a la vez permite apuntar detalles relevantes que dirigen la mirada y el pensamiento más a la reflexión que a la certeza, lo que promueve la duda y, por tanto, la crítica.²⁰⁸ Sobre ello, Liliana Weinberg anota:

El ensayo puede conducirnos al acto mismo de ensayar: una operación del espíritu, una actividad, y manifestarse como un acontecimiento discursivo que traduce el proceso de pensar y, más aún, una verdadera poética del pensar articuladora de esos niveles que, siguiendo a Benjamin, llamaremos lo poético y lo poetizado. El acto de entender o de juzgar sobre algún estado de cosas lleva a un permanente enlace dador de sentido entre el lenguaje y el mundo. El ensayista resulta de este modo un “especialista” del entender y del decir sobre su entender, que ofrece, como producto de su acto intelectual, no sólo un conjunto de opiniones sino una obra nueva y organizada que apoya a su vez, desde su especificidad, aquello por él juzgado. El ensayo resulta entonces el despliegue de la inteligencia a través de una poética del pensar y la puesta en práctica de nuestra

²⁰⁶ Alfonso Cravioto, “Eugenio Carrière”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, op. cit., p. 221.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 225.

²⁰⁸ El investigador Xavier Moysén tiene un estudio bastante completo que gira específicamente sobre la crítica de arte, donde destacan figuras como José Juan Tablada, Ricardo Gómez Robelo y Marius de Zayas. Ahí, también, aparece referida la primera conferencia de la Sociedad (*La crítica de arte en México: estudios y documentos. 1896-1913*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1999).

capacidad de entender y dar un juicio sobre la realidad desde una perspectiva personal.²⁰⁹

De manera congruente, Cravioto rescata las palabras del cronista Lahor: “si encuentra belleza en lo que su costumbre llama fealdad, si descubre verdad en lo que su inteligencia rechaza como falso, si halla bien en lo que su moral condena como malo, debe decirlo, no debe callarlo, y su conciencia despliega su más meritorio valor en una lucha contra el sentimiento universal”.²¹⁰

Tal vez la segunda conferencia, a cargo de Antonio Caso, resalte sobre la primera por

²⁰⁹ Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, Siglo XXI, México, 2007, p. 19. Además la investigadora establece la íntima relación entre el ensayo y el periodismo (desde el siglo XVIII) y la importancia que tuvo el primero para algunas figuras modernistas como Gutiérrez Nájera, Rodó, Darío y Martí a quienes el periodismo les “dio posibilidad de vida” o sustento (cf. Liliana Weinberg, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, UNAM/FCE, México, 2001, p. 37).

²¹⁰ Cravioto, “Eugenio Carrière”, p. 230. No he encontrado más datos de este cronista, salvo lo que apunta Moyssén en una nota a pie de su estudio *La crítica de arte en México*: “El cronista que se hacía llamar Lahor, al reseñar la exposición de Jorge Enciso en 1909, congratula al pintor que se haya ‘formado solo... viendo pintar a Xavier Martínez’, ya que la Academia es, en su opinión, un ‘plantel secularmente estéril y desautorizado, adonde un grupo de profesores somnolientos y amodorrados se obstinan en enseñar lo que nunca pudieron aprender...’” (Moyssén, *op. cit.*, p. 35). Dos días después de la presentación, *El Diario* saca una nota “El señor Alfonso Cravioto habla del gran pintor Carrière”, donde apuntan: “había real interés por oír la conferencia del señor Alfonso Cravioto [...] y en verdad que el señor [...] no defraudó las esperanzas que en él se tenían fundadas” (México, t. III, núm. 232, 31 de mayo de 1907, p. 2); en *El Correo Español*, ese mismo día se agrega: “Gran número de literatos y escritores de Méjico acudieron a escuchar al conferenciante y no pocas señoritas de la más distinguida sociedad exornaron con su belleza al salón” (“Una conferencia de arte”, México, año XVII, núm. 5252, 31 de mayo de 1907, p. 2); el primer domingo de junio de 1907, *El Diario* saca una nota sobre una celebración a esta primera conferencia, “En honor a dos jóvenes literatos”, que reproduzco completa por los nombres que ahí aparecen: “En el estudio del poeta Luis Castillo y de los hermanos Henríquez Ureña, tuvo lugar el sábado una fiesta intelectual altamente simpática. Se trataba de un Té-Champaña que dichos señores ofrecen en honor de los jóvenes literatos Alfonso Cravioto y Nemesio García Naranjo, que tan extraordinario éxito alcanzaron inaugurando la primera serie de actos de la Sociedad de Conferencias, con una galarda disertación el uno y con una bellísima poesía el otro. / La reunión estuvo animadísima. Recitaron poesías originales los señores Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Teja Zabre, Manuel de la Parra y los hermanos Henríquez Ureña. Entre la concurrencia se contaban además los señores Antonio Caso, arquitecto Jesús Acevedo, Jorge Enciso, Isidro Fabela, Darío Herrera, Carlos González Peña, Manuel A. Velázquez y Crisotoro Ibañez. En el piano ejecutaron algunas piezas selectas los señores Antonio Caso y Max Henríquez Ureña. / A la hora del Champagne se brindó entusiásticamente por los señores Cravioto y García Naranjo, y por el éxito definitivo de la Sociedad de Conferencias. La reunión fue sumamente cordial y agradable” (*El Diario*, México, t. III, núm. 234, 2 de junio de 1907, p. 8). Además, hay que agregar la nota de Reyes de los años de la Revolución: “No tardará el correo en traernos un libro de Alfonso Cravioto sobre el pintor Carrière, libro que cierto corresponsal de México me anuncia como primorosamente editado, y que procede de unas conferencias dadas por 1907 en el Casino de Santa María. No parece sino que los escritores mexicanos se hubieran propuesto guardar sus obras para publicarlas en los peores momentos. Cravioto, excelente prosista, era de los que pecaban de inéditos”, el libro se publicó en 1916 con el título *Eugenio Carrière*, también ese año publicó *Germán Gedovius* (Reyes, “Literatura mexicana bajo la Revolución”, en *Obras Completas*, t. VII, FCE, México, 1996, p. 471).

la figura que aborda, Nietzsche, pero la dinámica es similar: una voz ensayística que esboza un recorrido del pensamiento del alemán, sus influencias, sus cercanías (con Schopenhauer, por ejemplo) y sus particularidades como pensador. Sin embargo, la naturaleza del ensayo deja entrever una postura personal frente a la propuesta nietzscheana que, debo decirlo, tal vez se asemeje a lo que he estado construyendo en el presente trabajo, pues declama que no puede escapar de su pasado, y es en su pasado donde encuentra una justificación: “Toda doctrina religiosa, moral, política o científica, tiene sus causas en las fases anteriores del pensamiento religioso, moral, político o científico. Los sistemas filosóficos, son verdaderos seres sociales, que, como todas las cosas, obedecen a la ley de causación y no podrían considerarse acertadamente, sin recurrir a sus antecedentes directos”.²¹¹

Sin embargo, al hablar del alemán y su relación con Schopenhauer, Caso parece que está hablando de su propia situación, una que se vio reflejada en la forma en que apoyó y, al mismo tiempo, marcó distancia de sus predecesores en la “Protesta literaria”, y escribe: “Durante algún tiempo, permanece fiel a la enseñanza del maestro y a su moral nirvánica; más cuando su propio temperamento se afirma, cuando el espíritu indómito [...] logra su madurez plena, el discípulo, anhelante por concretar las vitales inspiraciones, que le sugiere su inconsciente, rompe lanzas en contra de la filosofía de su maestro; y pugna por presentar en fórmulas nuevas, el testimonio de su autonomía”.²¹² Es decir, por la naturaleza del ensayo, donde se escribe desde una perspectiva que implica al que lo redacta, se encuentran indicios que van emparejándose con una visión de mundo compartida por los jóvenes, donde las

²¹¹ Antonio Caso, “Nietzsche, su espíritu y su obra”, en *Conferencias del Ateneo...*, p. 233. El evento se anuncia un par de días antes en *El Tiempo*, México, año XXIV, núm. 7988, 9 de junio de 1907, p. 3; “Conferencia sobre Nietzsche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 242, 11 de junio de 1907, p. 3; “Conferencia”, *El Popular*, México, año XI, núm. 3786, 12 de junio de 1907, p. 3.

²¹² Caso, “Nietzsche, su espíritu y su obra”, p. 234.

afinidades, gustos y distancias quedan plasmadas: “Grecia, no obstante las eruditísimas corroboraciones filológicas de Nietzsche, seguirá siendo para nosotros, como para las venideras generaciones, la patria clásica de la alegría de vivir”.²¹³

Además de lo anterior, también se encuentra en la lectura del filósofo una interpretación que va limando otras posibles interpretaciones más drásticas, sobre todo en lo que respecta al tema del superhombre, pues encuentra que el alemán, a pesar de que sigue en el pesimismo a Schopenhauer, pretende o se empeña en la transformación de la humanidad, llevarla de ser inferior y miserable, a una “especie más noble”; por lo tanto, había que tomar distancia a todo aquello que no tuviera el potencial de aportar para esa causa, y condenaba que hay que desaparecer a los “decadentes que emponzoñan la vida, al individuo misérrimo que ni sabe ni puede fortalecerse ni fortalecernos”; otra vez, algo parecido a la postura en contra que retomaron los ateneístas con respecto a la actitud desinteresada y libertina que se le atribuyó al grupo encabezado por Tablada a finales del siglo XIX.

Además, Caso entiende que el superhombre se distingue por la búsqueda, por la persecución del ideal, ese ideal que permite avanzar y desarrollarse (en sintonía con el progreso positivista) al hombre como tal, pero también comprende que no es una tarea individual, aunque exalte las cualidades individuales, sino que, con una visión más abarcadora, el desarrollo debe ser social:

Pero si la humanidad no es una simple denominación genérica, sino un selecto grupo biológico, congruente en su pasado, en su presente y en su porvenir; si la unión del pequeño y el grande hace más fuerte al segundo y vigoriza al primero; si el secreto de la lucha social es la cooperación de todos los individuos; si la división del trabajo tiene tareas humildes para los humildes y reclama esfuerzos gigantescos de los poderosos y creaciones incomparables que alcanzan los excelsos; si a cada momento el altruismo se depura y se ensancha; si la ciencia es un esfuerzo colectivo de los pacientes y los geniales; si el arte unifica todas las conciencias en una sola conciencia y todos los ensueños en un solo sueño; si

²¹³ *Ibid.*, p. 236.

apoyados unos en otros, vamos peregrinos en el desierto de la vida, hacia la promisión de una tierra mejor [...] sentimos el latido de todos los corazones, y preocupándonos en cada día y en cada instante por el bien de todos, que es el nuestro, por el bien nuestro que es el de todos, esperemos firmemente el advenimiento de la superhumanidad futura.²¹⁴

Planteamiento que revela ya un itinerario futuro para los jóvenes, que encontraban la idea del superhombre mediada por una lectura rodoniana que ponía a los arielistas como guías o pastores respaldados con la figura del intelectual; pero, paradójicamente, el encumbramiento, como se ha visto, depende de aquellos a quien se va a dirigir o gobernar, pues es el público el que valida a la figura y lo reviste de poder, provocando una relación simbiótica como la que resalta Antonio Caso en su conferencia, que también, de una u otra forma, se apega al postulado arielista de Rodó.

La tercera conferencia le correspondió a Pedro Henríquez Ureña, quien eligió “un tema simpatiquísimo, sobre todo para los españoles. Dicho tema es Un clásico del siglo XX.—Gabriel y Galán”.²¹⁵ En efecto, el dominicano discurre sobre un escritor nacido en Salamanca en 1870; sus libros fueron publicados en la primera década del siglo XX, sólo uno póstumo —*Religiosas*, de 1906— pues el español murió en el año de 1905. Hablar de un escritor clásico, que podría ser su contemporáneo, o miembro del Ateneo (hay que recordar que Urbina nació en 1864), forzaba a Henríquez Ureña a explicar lo que entendía por el término clásico. Y al tomar esa senda devela una visión de esa vena clásica que distinguió a los jóvenes con los

²¹⁴ *Ibid.*, p. 239.

²¹⁵ “En el Casino de Santa María. Una conferencia atractiva”, *El Correo Español*, México, año XVII, núm. 5272, 24 de junio de 1907, p. 2. Ahí mismo, se aclara que “Para esta velada se hace una invitación especial a la colonia española. Se han enviado a nuestro Casino cincuenta invitaciones y todos los españoles que deseen asistir a la fiesta pueden solicitar las invitaciones respectivas en la redacción de *El Diario*”. También se anuncia: “La conferencia de mañana”, *La Iberia: diario de la mañana*, México, año II, núm. 287, 25 de junio de 1907, p. 2; y al día siguiente: “La Sociedad de Conferencias. La conferencia de anoche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 257, 27 de junio de 1907, p. 8, donde prometen hacer el día 28 un estudio más grande, que se publicó con el nombre “La conferencia de Gabriel Galán”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 258, 28 de junio de 1907, p. 8.

que compartía noches recitando a Homero: “Hay, el clásico que lo es porque puede servir de maestro y de modelo a todas la épocas, por ser, en una frase, una grande de las letras (y éste lo mismo se llama Sófocles o Lucrecio que Rabelais o Edgar Poe o D’Annunzio), y el clásico por temperamento o por escuela, lo cual tampoco se es a voluntad”.²¹⁶

Más importante, distingue entre dos temperamentos generales en donde caen las clasificaciones de los “dioses menores” –porque los grandes, los excelsos no obedecen a tiempo o clasificación, sino que los trascienden–, por un lado, como un clásico y, por otro, como un romántico. Y al hacer esta separación se ve que el dominicano, que a menudo llegó a condenar incluso a sus contemporáneos por comportamientos libertinos, se afilia con la primera de ellas, pues es ahí donde encuentra las cualidades que pueden conformar a la figura del intelectual que concibe, y que seguro se desprenden de las lecturas finiseculares latinoamericanas dentro de las que destaca la rodoniana. Así, escribe: “El temperamento clásico es sereno, y el romántico es inquieto; aquel que busca la armonía y éste la lucha; aquél busca el alma de la naturaleza difundiéndose en ella, y éste pretender arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas”.²¹⁷

Para hablar del clásico, el escritor de *Ensayos críticos* sigue a Menéndez Pelayo, una figura que admiraron los ateneístas, para hablar de los que se forman por educación y escuela “puede serlo, en rasgo modesto [...] el escritor ‘sensato, correcto, estudioso, que piensa antes que escribir, que toma el arte como cosa grave, que medita sus planes y da justo valor a sus palabras’, o bien, ‘el ingenio amamantado desde niño con la lección de los inmortales de Grecia y Roma y de sus imitadores franceses, italianos y españoles’”.²¹⁸ El dominicano sigue

²¹⁶ Pedro Henríquez Ureña, “Un clásico del siglo XX”, en *Conferencias del Ateneo...*, p. 244.

²¹⁷ *Idem.*

²¹⁸ *Idem.*

el pensamiento del filólogo español de cerca, citándolo textualmente al indicar que sólo pocos tienen posibilidades de alcanzar la cúspide, y describe los requisitos que considera necesarios el español: “conocen y estudian a los antiguos y en alguna manera aspiran a imitarlos [...] logran asimilarse su forma más íntima, sustancial y velada a ojos profanos; los que roban al mármol antiguo la fecunda, imperatoria y alta serenidad, y el plácido reposo con que reina la idea, soberana señora del mármol”²¹⁹ y sigue, comparando a los que logran esto con las grandes figuras admiradas por los jóvenes: Homero, Hesiodo, Píndaro y los trágicos.

Y qué es todo lo anterior sino la misma visión que tenía el dominicano al arremolinarse en los cenáculos de estudio, qué es sino el temple que demandó a los integrantes del Ateneo de la Juventud en los años constitutivos y después, por medio de una relación epistolar prolongada, durante la segunda década del siglo XX. Lo que se percibe es que si el dominicano tomó esa postura es porque era la que estaba acorde a la idea de una moral moderna que le llamaba la atención: “la persuasiva discreción, digna de Guyau, con que sienta Fernández de Andrada esta piedra fundamental de la moral moderna: ‘Iguala con la vida el pensamiento’; y la visión profunda y amplia de Fray Luis, que formula el concepto de la más alta realización de la vida humana: ‘Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto’, de la misma manera que Renán, tres siglos después, quiere que el hombre ideal sea ‘un cuadro abreviado de la especie’”.²²⁰ Esto plantea una manera de mostrarse y plantarse frente al público que estaba en plena consonancia con la figura del intelectual como ejemplo a seguir, ya desde la moral ya desde la inteligencia.

Hay que tener en cuenta que la *Revista Moderna de México* publica, por su periodicidad, con desfase significativo sobre las conferencias ateneístas. Por eso, *El Diario* del cinco de

²¹⁹ *Ibid.*, pp. 244-245.

²²⁰ *Ibid.*, p. 250.

julio de 1907 apenas anuncia el texto que refiere a la primera conferencia, “El número de la *Revista Moderna* correspondiente al mes de Julio trae gran cantidad de material selectísimo. El trabajo más extenso que publica es la conferencia de Alfonso Cravioto sobre Carrière, pronunciada en la inauguración de la Sociedad de Conferencias. Este trabajo se lee con verdadero placer; y no se exagera al afirmar que es uno de los más bellos estudios que sobre asuntos artísticos se han escrito en México”.²²¹ A pesar del desfase en su publicación, en este espacio, de manera íntegra en su mayoría, hizo que su voz tuviera un eco más profundo y alcances más significativos.

En la misma fecha, *El Diario* notifica a sus lectores sobre la cuarta conferencia a cargo de Rubén Valenti,²²² una de las cuales, lamentablemente, no se ha recuperado aún. Sin embargo, Nemesio García Naranjo recuerda que la forma de presentar del chiapaneco dejó al público, e incluso a sus compañeros, algo desconcertados, pues “no parecía hablar desde el pupitre de un conferenciante, sino desde la barricada de un club”, y eso sólo para arremeter sobre un tema que los demás tocaban por la tangente o evadían por completo. Continúa García Naranjo: “Enarboló la bandera del Ideal, exaltó los valores del espíritu, pregonó que sin la metafísica los cerebros se condenaban a la asfixia, y dijo que el pensamiento, antes

²²¹ “Revista Moderna”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. III, núm. 265, 5 de julio de 1907, p. 6.

²²² “Sociedad de Conferencias”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. III, núm. 265, 5 de julio de 1907, p. 6. Ahí, se registra que todavía no se saben los nombres de quien llevará la parte musical ni poética (información que repite *El Popular*, “El casino de Santa María”, México, año IX, núm. 3810, 6 de julio de 1907, p. 2); estos datos, sin embargo, sí aparecen el día nueve en *El Correo Español*, donde se confirma a Roberto Arguelles, pero se agrega “También recitará una poesía inédita de la distinguida escritora Sra. Camarillo de Percy ‘María Enriqueta’ la elegante y bella Srita. María Manleón./ La parte musical será interpretada por el aplaudido pianista Manuel Tinoco” (“En el Casino de Santa María”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5285, 9 de julio de 1907, p. 2), información que reproduce *El Popular* el día del evento (“La fiesta de hoy”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3814, 10 de julio de 1907, p. 1), y que dos días después agrega que Max Henríquez Ureña suplantó a Tinoco porque éste tuvo que partir a Guanajuato por una enfermedad (“En el Casino de Santa María”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3816, 12 de julio de 1907, p. 2).

libre y sonriente, había sido crucificado en el calvario del cositivismo”.²²³

La investigadora Susana Quintanilla apunta que “Las palabras de Valenti incomodaron al público, por sacrílegas e insolentes” y que “Caso expresaba con gesticulaciones su desaprobación, que era compartida por casi todos los presentes. Cuando la velada terminó, un grupo pequeño de estudiantes caminó hasta el centro de la ciudad comentando su desagrado respecto de las intemperancias del conferenciante y cómo éstas incitaban a la sinrazón y al pesimismo”.²²⁴ Dato que contradice la nota de *El Correo Español* de dos días después, donde se apunta que “el joven conferencista, eligió un tema intrincado, muy difícil, y no obstante logró salir airoso de su misión”, para después seguir que Valenti se expresó con seguridad y cuando terminó “fue aplaudidísimo mereciendo de la aprobación entusiasta de todos los concurrentes”.²²⁵ Información que confirma *El Diario* el día 13 de ese mes, donde también se publica una máscara de Rubén Valenti hecha por Francisco de la Torre, y se anuncia la siguiente conferencia de Jesús. T. Acevedo, con los pianistas Aurelio M. López y Eduardo Muñoz, y lo poetas Abel C. Salazar y Eduardo Colín, donde se afirma que este último “recitará su magnífica oda ‘Padre Fausto’, que acaba de obtener el primer premio en el Concurso del Instituto Científico y Literario de Oaxaca”. Pero más relevante, sin embargo, es el interés de los jóvenes por las artes plásticas, algo que parece no menguar

²²³ Nemesio García Naranjo, *Memorias de García Naranjo. La vieja escuela de jurisprudencia*, t. III, Talleres de “El Porvenir”, Monterrey, México, s/a, pp. 284-285.

²²⁴ Quintanilla, *Nosotros...*, p. 66.

²²⁵ “En el Casino de Santa María. La última conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5288, 12 de julio de 1907, p. 2. Además, la nota agrega datos que no se registran en otro lado: “Además del conferencista, aplaudimos al joven artista Max Henríquez Ureña, que ejecutó al piano la transcripción de la balada de Senta, en ‘el Buque Fantasma’ de Wagner, hecha por Liszt. También se sentó al piano el joven Roberto Uriúa, y tocó un escogido ‘Intermezzo’ de Sotojowski./ Después recitó una poesía el joven Roberto Argüelles Bringas, a la que siguió otro número musical ejecutado por Max Henríquez Ureña./ Siguieron algunas poesías y terminó la velada, de la que salieron muy complacidos todos los concurrentes”. Fernando Curiel cree que la conferencia perdida de Valenti es uno de los indicios axiales en la destrucción del positivismo, y tal vez el tono y el tema sean más agresivos que el de los otros conferencistas del ciclo, sin embargo, el positivismo se va desgastando desde diferentes frentes, y los miembros del Ateneo jugaron sólo un pequeño rol en el esquema más complejo que fue su caída (*cf. La revuelta*, p. 132).

con el transcurso del tiempo, y que aquí deja una pequeña estampa de unos de los pintores menos sonados del grupo, Ángel Zárraga:

Como informamos anteriormente, la Sociedad de Conferencias organiza una exposición artística general para fines del mes de agosto en el Casino de Santa María. La primera reunión se efectúa hoy sábado en la oficina del Presidente de la Sociedad, el arquitecto Acevedo. Esta exposición se abrirá con una conferencia de Ángel Zárraga sobre arte moderno.

De este joven y talentoso pintor, que acaba de llegar de España, podemos anunciar también que hará una exposición de obras suyas en el mes de septiembre. Zárraga figuró en Madrid y otras ciudades españolas, en las mejores exposiciones. La crítica de la prensa diaria y de las revistas le hizo grandes elogios, colocándolo entre los nuevos pintores de más talentos del grupo juvenil: Regoyos, Isidro Nonell, Solana, etc. En una crónica, el famoso poeta Chocano, lo llama “la promesa más segura del arte hispano-americano”. Su retrato del insigne estilista Valle-Inclán obtuvo mención en una exposición madrileña.²²⁶

Ahora bien, el 26 de julio, *El Tiempo* apunta que la conferencia que estaba planeada para el día anterior se movió para el día 31 de ese mes, en una nota que sigue a un banquete que ofreció el arquitecto Jesús T. Acevedo en honor de la titulación de Ricardo Gómez Robelo; además se confirma la fecha para la conferencia de este último, pero se agrega otra, que no está incluida en el programa citado arriba, “después, y como final de la serie, dará una conferencia el Lic. Ezequiel A. Chávez”, dato que no he podido confirmar.²²⁷

De la colaboración del arquitecto, titulada “Apariencias arquitectónicas”, vale rescatar una visión donde se apuesta por una arquitectura propia, en el sentido que Gutiérrez Nájera hablaba de literatura propia décadas atrás; objetivo alcanzable no por individuos si no

²²⁶ “Conferencia y exposición”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 273, 13 de julio de 1907, p. 8.

²²⁷ “Banquete” y “Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXV, núm. 8027, 26 de julio de 1907, p. 2. La información también se puede ver en: “Interesante conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5300, 26 de julio de 1907, p. 2; “Tercer conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5303, 30 de julio de 1907, p. 2; “En Santa María”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3835, 31 de julio de 1907, p. 2; “Las conferencias en el Casino de Santa María”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXV, núm. 8031, 31 de julio de 1907, p. 2; “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, t. XXIII, núm. 3957, 1 de agosto de 1907, p. 3; “En el Casino de Santa María de la Rivera”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5306, 2 de agosto de 1907, p. 2.

por las voluntades unificadas. Recita Acevedo: “La verdad proclamada por el maestro de Bayreuth resulta en el presente más significativa y más luminosa. Decía el inmortal: *Para que el artista realice una obra grande, es necesario que todos colaboremos con él*”.²²⁸ Postura que revela la conciencia del grupo sobre el papel de la sociedad en sus proyectos futuros. Sigue Acevedo: “Y en efecto, si tratamos de santificar nuestra vida diaria por el estudio del universo y las creaciones de los elegidos de la inteligencia, porque de este modo llegamos a descubrir y luego a perfeccionar los tesoros de nuestro reino interior, bueno es que sepamos que en las creaciones máximas de arte siempre ha existido una colaboración de contemporáneos y antepasados, que habrá sido callada o ruidosa según las circunstancias, pero efectiva y claramente manifiesta para toda mirada escrutadora”.²²⁹

Ahora bien, la que estaba en el programa como última conferencia, a cargo de Ricardo Gómez Robelo, no se dio en el día que estaba indicado, sino que se movió para el día 14 de agosto;²³⁰ sin embargo, el día 6 de agosto, aparece una columna amplia que habla sobre “La campaña de la juventud” –clara referencia hacia los miembros de la Sociedad de Conferencias– en el periódico de Ireneo Paz, la cual fue bastante significativa por las alabanzas que ahí se arrojan a los jóvenes que habían violentado su entrada al mundo cultural, principalmente, a partir de la “Protesta literaria” y los eventos que siguieron a ello: “Es nuestro empeño no perder de vista al grupo juvenil, ansioso de belleza y luchador, que ha surgido en los últimos meses, y cuya existencia, negada al principio por algunos gloriosos impotentes, se va haciendo sentir ya”.²³¹

²²⁸ Jesús T. Acevedo, “Apariencias arquitectónicas”, en *Conferencias del Ateneo...*, p. 253.

²²⁹ *Idem*.

²³⁰ “En el Casino de Santa María”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5312, 9 de agosto de 1907, p. 2.

²³¹ “La campaña de la juventud”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXI, núm. 9185, 6 de agosto de 1907, p. 1.

La entrada también pone de relieve la noción de la juventud, esa a la que se dirige Rodó,²³² que se encontraba en el ambiente y empezaba revalorarse con las incursiones de los proto-ateneístas. Pero la novedad de la juventud, para muchos, causó cierta comezón, pues, después de todo, la violenta entrada en el mundo cultural no justificaba el rápido encumbramiento que estaban gozando. La respuesta a esas “incomodidades” se plasma en dicho artículo, y es contundente:

En efecto, algunos de esos señores ex-jóvenes, que todavía creen hallarse en la primavera de su vida —es por lo tanto, esa, una eterna primavera— y decimos la última palabra en arte, alzaron los hombros con significativo desprecio cuando se les dijo que existía en México una juventud literaria poderosa, la cual habíase congregado, unificando así sus esfuerzos, e identificando sus ideales.

¡La juventud! ¡Valiente cosa significaba para ellos! Piensan que la juventud de hoy es la misma de los tiempos de Gutiérrez Nájera! ¡Ah! Y se equivocan. No saben que hay nuevas orientaciones; que, como ellos, los jóvenes del día rompen viejas cadenas y se lanzan a la conquista de su personalidad llenos de fe en sí mismos, poseídos de inaudita fuerza para luchar no sólo con los obstáculos del medio ambiente, sino contra aquellos que los gloriosos gustan de oponer a los sin gloria.

La nueva generación literaria dióse a conocer primero en la campaña emprendida en bien de la memoria de Gutiérrez Nájera. Triunfó en tan memorable ocasión, y de entonces acá no ha cesado de trabajar con actividad inusitada. El México intelectual, soñoliento, adormilado, en la inacción y el silencio, despierta ya asombrándose de que sean jóvenes y no viejos los que se sienten con fuerzas suficientes para hacer aquí obra de cultismo.²³³

Una declaración que más que provocar, creo, busca asegurar tanto el reconocimiento como el espacio que habían procurado en tan corto tiempo. Un espacio que pronto se vio mermado por el despido de Pedro Henríquez Ureña de *El Diario* que a su vez tuvo como consecuencia la renuncia de su hermano al mismo espacio. Poco antes de eso, el mayor de los dominicanos escribió “Conferencias y té”, donde hizo un recorrido por las conferencias

²³² Sobre el valor de la juventud vale la pena consultar el recorrido hecho por investigador Anuar Jalife, *op. cit.*, así como el reciente discurso de ingreso a El Colegio Nacional de Vicente Quirarte, titulado *El laurel invisible* (Salutación de Manuel Peimbert Sierra, respuesta de Eduardo Matos Moctezuma, El Colegio Nacional, México, 2016).

²³³ “La campaña de la juventud”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXI, núm. 9185, 6 de agosto de 1907, p. 1.

celebradas por la sociedad y termina con una oración que se apega a la cita anterior: “El éxito da nuevos entusiasmos; la juventud está dominando ya la atención pública y quiere, en lo porvenir, adueñarse de todo”.²³⁴

Sin embargo, el despido provocó un movimiento dentro del grupo, los hermanos dominicanos tuvieron que abandonar el espacio que compartían con los Castillo Ledón y sólo este movimiento tuvo un impacto que se ve reflejado, entre otras cosas, en la poca publicidad que recibe la última conferencia de Ricardo Gómez Robelo que, además, es de las que tampoco se han recuperado. De ésta quedan sólo algunos comentarios al vuelo de sus compañeros, dentro de los que destaca el del dominicano mayor, que encontró en su conferencia una forma de exaltación de la figura de Edgar Allan Poe, que ellos nombran sólo como Edgar Poe:

La explicación dada por Ricardo Gómez Robelo del espíritu de Edgar Poe, señalando en él los rasgos esenciales del idealismo trágico de los griegos, es un *hallazgo*, aunque al principio parezca sobrado riesgosa. Nadie, en verdad, osaría afirmar que es un heleno el cantor de “Ligeia”, el cuentista de “Assignment”, en quien las cualidades más extraordinarias de la imaginación teutónica aparecieron sintetizadas por primera vez tan exclusivas y plenas dentro de una sola personalidad, y de quien deriva toda una literatura; y no es esto lo que quiso demostrar Ricardo Gómez: la semejanza de Poe con el espíritu trágico, tal como la entiende Nietzsche, consiste en la fuerza moral que acepta el dolor y lo presenta purificado, escapando así al sentimentalismo egoísta de gran parte de la lírica.²³⁵

Con esta intervención acabó el primer ciclo de conferencias que catapultó a los jóvenes que habían tomado la calle a los salones y provocó que la mirada pública que los juzgaba los clasificara ya como parte de la élite instruida de México, capaz de llevar temas complejos y desentrañarlos en el pulpito para digestión de la audiencia. Esto incluso con una cobertura en los medios impresos que fue menguando hasta casi desaparecer en la última

²³⁴ Cf. Quintanilla, *op. cit.*, pp. 67-68.

²³⁵ Pedro Henríquez Ureña, “Conferencias”, en *Obra crítica*, p. 173.

conferencia, pues los jóvenes ya habían logrado su cometido: asentarse con un valor intelectual en un medio que si bien todavía no los aceptaba del todo ya asimilaba su presencia en la mesa donde ellos compartían cena.

Aunado a lo anterior, los jóvenes no aflojaron su proceder, y pensaron en una segunda serie de conferencias para el próximo año. Compromiso que se corroboró desde los albores de 1908, cuando los jóvenes hicieron un nuevo llamado para el ciclo de conferencias desde diversos medios impresos.²³⁶

En el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Ingenieros, se celebrará el próximo lunes la primera de las sesiones literarias, que la “Sociedad de Conferencias”, acordó celebrar semanalmente.

Tan interesante acto, tendrá efecto a las ocho y tres cuartos de la noche, del expresado día, estando la disertación a cargo de Sr. Don Antonio Caso.

Leerá el conferenciante un estudio del filósofo alemán Stirner.

Las demás conferencias tendrán lugar los lunes siguientes, acordándose sean encargadas a jóvenes profesionales y estudiantes que se signifiquen por su talento.

Anotamos a continuación las fechas, temas y los nombres de los conferenciantes designados para las conferencias de que se trata.

Primera conferencia, lunes 17, tema, “Stirner”, conferencista, Antonio Caso. Segunda conferencia, lunes 24, Tema, “Chopin”, conferencia, Max Henríquez Ureña. Tercera conferencia, lunes 2 de Marzo. Tema, “José María Pereda”, conferencia, Isidro Fabela. Cuarta conferencia, lunes 9, Tema, “D’Annunzio,” conferencista, Lic. Jenaro Fernández Mac-Gregor. Quinta conferencia, lunes 16, Tema, “Raomatismo” [sic], conferencista, Rubén Valente [sic].²³⁷

Un programa que, nuevamente, se verá comprometido y postergado por otro evento al que los jóvenes volcaron su interés, ahora en torno a otra figura paradigmática del siglo XIX, crucial en la formación de varias generaciones de estudiantes mexicanos: Gabino

²³⁶ Juan Hernández Luna (*cf. op. cit.*, p. 14) data este llamado a mediados de marzo, pero en realidad sucede un mes antes desde diferentes medios impresos; sin embargo, el dato que se ha reproducido en estudios posteriores es erróneo, me refiero a las fechas que se modificaron en el primer ciclo de conferencias y que nunca se han enmendado, pues los investigadores dan por sentado la información de los estudios canónicos.

²³⁷ “La ‘Sociedad de Conferencias’”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5470, 14 de febrero de 1908, p. 2. La información también se reproduce en: “La Sociedad de Conferencias”, *La Patria. Diario de México*, México, año. XXXII, núm. 9345, 16 de febrero de 1908, p. 2. Ahora bien, estas fechas corresponden al mes de febrero de 1908, y las conferencias se fueron aplazando hasta confluir con el evento que las postergó: el homenaje a Gabino Barreda.

Barreda. El movimiento, así como el de 1907, era una reacción a los ataques que se estaban haciendo a la Escuela Nacional Preparatoria, a su director Porfirio Parra y a la figura fundadora del precinto. A lo que, como registra Clementina Díaz y Ovando, “Los jóvenes liberales ante las estocadas a Gabino Barreda, de la prensa conservadora, no se quedaron cruzados de brazos. El 19 de febrero, en *El Imparcial*, apareció la invitación ‘A los liberarles y estudiantes de la República’” y consigna un fragmento crucial: “Durante varios lustros a los grupos directores de la nación, y si no se ha visto exenta de los ataques de cierto grupo social que desearía retroceder nuestro actual grado de civilización al punto en que se encontraba cuando se principió la obra de independización moral de la República, ha logrado reunir en todo tiempo los sufragios de los hombres de buena voluntad”.²³⁸ En el mismo lugar, se agrega una invitación más:

Para el día 22 de marzo próximo, se está organizando un solemne celebración en honor del ilustre fundador de la Escuela Nacional Preparatoria. Dr. don Gabino Barreda, y en la cual tomarán participación oradores del más alto prestigio, entre los que se cuenta el Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Lic. don Justo Sierra y el joven estudiante de derecho don Antonio Caso.

La velada se verificará en el Teatro Arbeu, en el cual el decorado estará a cargo del distinguido arquitecto señor don Jesús Acevedo, con la cooperación del pintor señor Gonzalo Argüelles Bringas y de los más valiosos elementos de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Se pretende que tome parte en ella la orquesta del Conservatorio Nacional de Música, bajo la dirección del señor profesor don Carlos Meneses.

El día siguiente de la velada habrá otras manifestaciones que ya están siendo organizadas cuidadosamente.²³⁹

En su estudio, Clementina Díaz y Ovando proporciona fragmentos de los ataques que

²³⁸ Clementina Díaz y Ovando, *op. cit.*, pp. 298-299.

²³⁹ “Suntuosa velada en honor de Gabino Barreda. Tendrá lugar en el Teatro Arbeu”, *El Imparcial*, México, t. XXIV, núm. 4158, 18 de febrero de 1908, p. 3. Sobre ello Clementina Díaz y Ovando apunta que “el sólo anuncio de este homenaje a Barreda, *El País* se enardeció”, y enlista los embates que desde ahí surgieron (*op. cit.*, p. 299). La invitación también se reproduce: “En honor de Gabino Barreda”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5473, 18 de febrero de 1908, p. 2. Para un estudio de las implicaciones de la participación de los jóvenes en este evento ver Alejandra Pita González y Marco Antonio Vuelvas Solórzano, “La conformación de una genealogía intelectual. El homenaje a Gabino Barreda (1908)” (*Historia y Espacio*, núm. 41, agosto-diciembre 2013, pp. 17-37).

ponen en evidencia las facciones que pretendían derrumbar el sistema positivista que se había impuesto, que no son pocos y más que esporádicos son constantes; pero los jóvenes, al ver mancillado el nombre del fundador, tomaron una posición contraria.²⁴⁰ Una acción que repite la dinámica en la que ya habían incursionado, la cual, además de otorgarles espacio en la discusión que se daba en los periódicos, los mantenía, ahora con un prestigio más logrado, en el foco público. Pero también tenía como finalidad, a pesar de las disimilitudes, emparejar al nuevo grupo con una figura crucial en la educación mexicana como había sido Barreda; lo que reflejaba cierta madurez en la juventud, que fue el otro tema de importancia de este gesto. La juventud como valor, la presencia de la juventud en la cultura y la juventud reclamando ese espacio, pero más que nada unida otra vez para declarar que “en México hay una juventud pensadora, que encamina generosamente su esfuerzo a glorificar todo aquello que de gloria es digno”, además de que “el espíritu de ella está desprovisto de todo egoísmo. Noble y levantado, hállase siempre dispuesto a la defensa del ideal, ya se revele éste envuelto en los ropajes de la ciencia o el arte”.²⁴¹ Con esta afirmación, los jóvenes se volvían a subir al cuadrilátero, y desde *La Patria*, rincón donde Irineo Paz presidía, se preparaban. Esto se puede ver en el texto “El maestro Barreda y la juventud”, que además de un llamado es una declaración, otra vez, del valor que esta facción representa en México, donde dirigen su palabra a sus opositores:

Los escépticos, los que se han encogido de hombros ante algunas de sus manifestaciones de ruda vitalidad y hondísimo entusiasmo, habrán de convencerse algún día, o están convencidos ya, de que a la juventud de todos los

²⁴⁰ Esto abona a debilitar la suposición de que el positivismo cayó por mano de los ateneístas y, más bien, soporta el argumento de que siempre hubo facciones interesadas en tomar el poder de la ENP y, por ello, atacaron constantemente al positivismo que, con el tiempo, se fue debilitando. Ahora bien, aunque el estudio que presenta la investigadora tiene un valor incomparable, hay que rectificar algunas de las fechas que consigna; la invitación, por ejemplo, y el artículo de “Suntuosa velada” en realidad son publicados un día antes a la fecha registrada en el estudio.

²⁴¹ “El maestro Barreda y la juventud”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXII, núm. 9349, 21 de febrero de 1908, p. 1.

países y de todos los tiempos se debe que no se hayan llevado a cabo sacrilegios y atentados en contra de lo que constituye lo más sagrado de la patria. Y es que la juventud, como no ha vivido mucho, no ha empañado aún el propio brillo; y como sueña, con el sueño divino, más bien que vive la vida vulgar, sembrada de pequeñeces y miserias, hállase en aptitud de enaltecer lo bello y lo grande, mejor que muchos de esos viejos que, nutridos de ciencia, carecen ya de energías y entusiasmos, y quieren retrogradar en el campo de las costumbres y de las ideas. En México, repetimos, existe una juventud. De su existencia dio muestras con dos manifestaciones magníficas de intelectualidad: la que hizo en honor a Gutiérrez Nájera, el glorioso poeta; y la inolvidable serie de conferencias que se verificaron el año pasado en el Casino de Sta. María de la Rivera.

Han pasado algunos meses, meses de reposo y de estudio. Ahora, a más de preparar una nueva serie de conferencias de que ya dimos cuenta, se dispone a organizar una manifestación en honor del sabio educador D. Gabino Barrera, su padre intelectual.²⁴²

Ahora bien, el homenaje se concretó entre la primera y la segunda conferencia de este segundo ciclo, el 22 de marzo de 1908 en el entonces Teatro Arbeu.²⁴³ Pero la velada también fue precedida por un evento matutino, una manifestación y mitin popular que se llevaría a cabo en el teatro Circo Orrin y el Teatro Virginia Fabregas. Es decir, en el día se proponía un acto al que todos podían asistir y en la noche algo más selecto (pues era por invitación) donde iban a tomar la palabra durante el transcurso del día: Justo Sierra, pero también José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo, Ignacio Bravo Betancourt, Alfonso Tejada Zavre, Max Henríquez Ureña, Diódoro Batalla, Salvador Díaz Mirón, Eduardo Cafias, Alfonso Cravioto, Hipólito Olea, Nemesio García Naranjo, Enrique Rodríguez Miramón y Rubén Valenti.²⁴⁴

²⁴² *Idem*. En la *Revista Positiva* se anota un homenaje que se hizo el 19 de febrero por la Sociedad Positivista de México, “con el fin de conmemorar el nonagésimo aniversario del nacimiento de nuestro maestro Don Gabino Barrera. Unas treinta personas se reunieron en la casa del Sr. Dr. Don Porfirio Parra, jefe de los positivistas mexicanos. El mismo Dr. Parra leyó un poema simbólico del poeta colombiano Carlos Arturo Torres [...] Los intermedios y el comienzo y el fin del programa, corrieron a cargo del Sr. Dr. Don Alfonso Pruneda, que ejecutó en el piano cuatro composiciones del malogrado artista Ricardo Castro. Gratos recuerdos dejó en los concurrentes la velada”; hay que recordar que Pruneda fue miembro activo del Ateneo de la Juventud (“Noticias”, *Revista Positiva*, México, núm. 92, 26 de febrero de 1908, p. 123).

²⁴³ “Homenaje al sabio Dr. Gabino Barrera”, *El Contemporáneo*, México, t. XIV, núm. 2812, 3 de marzo de 1908, p. 2.

²⁴⁴ *Cf.* “Una manifestación solemne”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5485, 14 de marzo de 1908, p. 2; “En honor de D. Gabino Barrera”, *La Patria*, México, año XXXII, núm. 9374, 22 de marzo de 1908, p. 2;

Ahora bien, la Sociedad de Conferencias participó en dicho evento, pero hay que añadir que con un estilo que Cravioto conocía por sus asociaciones liberales: usar los eventos públicos del régimen para, desde ahí, atacarlo; sólo que esta vez la fuerza e importancia cayó sobre su mentor Justo Sierra, quien recitó su afamado discurso “Dudemos”, donde cuestionaba constantemente la validez del positivismo.²⁴⁵ A pesar de ello, los detractores de *El País* vieron en la retórica (que rescataba la labor crucial del fundador y apuntaba las virtudes del pensamiento reflexivo y la posibilidad de encontrar respuestas fuera de la línea instituida por Barreda) una forma de argumentar que minaba los postulados positivistas y enfrentaba directamente a aquellos que no veían los logros que con éstos se habían alcanzado; es decir, más que nada, apostaba por un equilibrio, en el sentido rodoniano, del espíritu intelectual. Por eso, no es de extrañar el artículo, días después (donde estos detractores reclaman al ministro en la primera plana del periódico: “los ángeles buenos dicen que habéis aplaudido un delito”),²⁴⁶ que resaltaba una vena de interés político que hasta ahora no se ha enfatizado, y además apuntaba que las manifestaciones, donde se involucraba al público, eran una artimaña o estrategia que sólo servía para encomiar a los organizadores; es decir, a pesar de que las maniobras que un año antes ya eran evidentes para una facción interesada en el entronamiento de los jóvenes en la cultura mexicana, los mismos las volvieron a desplegar, un poco a sabiendas de lo evidente del movimiento, gracias a su efectividad. Pedro Henríquez Ureña recuerda que:

Al día siguiente [es decir, el 23 de marzo], la prensa se lanzó en contra nuestra, sólo quedó ilesa la fiesta de la noche, y uno que otro discurso de la mañana: el de

En las conferencias está compilado el texto de Cravioto “Alocución de Alfonso Cravioto pronunciada en el *meeting* del teatro Virginia Fabregas”, *Conferencias del Ateneo...*, pp. 351-353.

²⁴⁵ *vid. supra*.

²⁴⁶ “C. Ministro de Instrucción Pública: Los ángeles buenos dicen que habéis aplaudido un delito”, *El País. Diario Católico*, México, año X, núm. 3318, 26 de marzo de 1908, p. 1; también ver: “Una verdad y un error. Causa miserable a que sirve D. Justo Sierra”, *El País. Diario Católico*, México, año X, núm. 3340, 21 de abril de 1908, p. 1.

Cravioto, por ejemplo. Los católicos y los positivistas (cuya preponderancia en el gobierno de México es ya antigua) se sintieron atacados, y unos y otros arremetieron a insultos. Yo no recibí si no una grosería de *El Herald*, edición vespertina de *El Imparcial*. *El País* se limitó a encontrar malo mi discurso. Pero lo que más interesaba eran los ataques a Rodolfo y Batalla; y por desgracia, la actitud del primero, que se lanzó a explicar y atenuar su discurso en cartas, quitó mucho prestigio a la manifestación.²⁴⁷

Ahora bien, de los enfrentamientos que se dieron en la prensa, vale la pena rescatar una intervención de Pedro A. Serreno titulada “A los intelectuales mexicanos”, pues ahí se dirige a la horda de jóvenes que se involucraron en la manifestación y trata de reconciliarlos con los antepasados inmediatos, “Juan de Dios Peza, Nervo, Híjar y Haro, A. Michel, Justo Sierra, a quienes lazos de admiración cariñosa, con intelectuales de allá, os dirán si existen enemistades y enconos entre los hombres cultos, que ante todo son ciudadanos de la humanidad... y sacerdotes de la inteligencia”.²⁴⁸

Por otro lado, cinco días antes del homenaje, *El Correo Español* retoma las conferencias del grupo de jóvenes rectificando las fechas, temas y lugar.²⁴⁹ También hay que recordar que esta serie, en un principio, iba a tratar sólo de asuntos griegos, como recuerda Henríquez Ureña: “La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al helenismo. Como mis amigos (Gómez Robelo, Acevedo, Alfonso Reyes) eran ya lectores asiduos de los griegos, mi helenismo encontró ambiente, y pronto ideó Acevedo una serie de conferencias sobre temas griegos”.²⁵⁰ Pero la serie no llegó a concretarse y resultaron sólo las conferencias mencionadas, menos la de Rubén Valenti

²⁴⁷ Pedro Henríquez Uruña, “Contra Vázquez Gómez y en honor a Barreda”, en *Conferencias del Ateneo*, p. 356.

²⁴⁸ Pedro A. Serrano, “A los intelectuales mexicanos”, *El Diario*, México, vol. VI, núm. 537, 3 de abril de 1908, p. 4.

²⁴⁹ 18 de marzo: Antonio Caso; 24 de marzo: Max Henríquez Ureña; 1 de abril: Jenaro Fernández MacGregor; 8 de abril: Isidro Fabela; 22 de abril, “Arte, ciencia y filosofía”: Rubén Valenti (cf. “Sociedad de Conferencias”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5487, 17 de marzo de 1908, p. 2; también ver: “Conferencias Concierdos. Segunda serie”, *El Tiempo*, México, año XXV, núm. 8221, 18 de marzo de 1908, p. 2).

²⁵⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias/Diario/ Notas de viaje*, p. 123.

que, según el testimonio de Henríquez Ureña, nunca se llevó a cabo. Sobre ello, Susana Quintanilla escribe: “Estos actos constituían la faceta pública de una labor más íntima realizada en grupos pequeños o de manera individual”.²⁵¹ No obstante, de la misma forma que el primer ciclo, tanto los temas como la forma en que son abordados dejan entrever ciertas posturas que rigieron al grupo. En la primera conferencia esto es evidente, la apología que hace Antonio Caso a la figura de Max Stirner, contraponiendo su filosofía con la hegeliana (principalmente) tiene la intención, más que nada, de exaltar un individualismo que se había diluido en teorías sociales que más que ayudar, según el joven, afectaban el desarrollo tanto personal como social de un pueblo. Por eso, Caso encuentra que la individualidad es más bien natural, y que negarla afecta no poco, pues “la humanidad, en el curso de historia mental, reproduce la vida de un hombre. Ella es también egoísta en la niñez, intelectualista en la juventud y egoísta nuevamente en su virilidad”. Sólo que al hacer la exaltación también busca un punto medio, uno que refleje de mejor manera la postura del alemán que presenta en la conferencia, pues el espíritu individualista, como cualquier otro fenómeno de la historia, se encuentra inserto dentro un contexto que, de una u otra manera, lo determina, por eso el joven se vuelca en una revisión sobre los padres y los fines de éstos, porque “para alcanzar la verdad, es indispensable atisbar al enigma desde todos los puntos de vista posibles. El error, patrimonio común de todas las inteligencias, ha desacreditado ya muchas síntesis improbables, hiriendo también de muerte las exageraciones hiperbólicas de los que se han atrevido a sostener tesis absolutas en contra de los datos de la experiencia y de las conclusiones de la historia”.²⁵² Y sobre esta línea de pensamiento continúa: “Al establecer Hegel el más absoluto de los intelectualismos, la ecuación de la realidad y la idea, el

²⁵¹ Quintanilla, *Nosotros...*, p. 113.

²⁵² Antonio Caso, “Max Stirner”, en *Conferencias del Ateneo...*, pp. 267-278.

pantogismo, resulta para Stirner, según lo habéis oído ya, el más absurdo de los filósofos. La dialéctica, que construye *a priori* el mundo, es un método eficaz para la consecución del conjuro que fragua entidades contradictorias, sombras de seres. Mas Stirner no se contenta únicamente con una nueva percepción del universo; no hace sólo filosofía especulativa más o menos bien esbozada; es, ante todo, una elaboración de carácter práctico, lo que incita a la acción, el propósito de revolucionar las condiciones de la vida social y moral”²⁵³. A final de cuentas, la postura que toma Caso frente a la figura del alemán refleja una complejidad que es digna de alabarse, por lo menos así lo consideran en los diarios,²⁵⁴ además de que busca un equilibrio, en el sentido rodoniado que hemos mencionado arriba, entre el ser y el estar, entre la acción y el pensar, donde el individualismo exclusivo se ve en cierta medida comprometido por el entorno cambiante que lo rodea.

La segunda conferencia, a cargo de Max Henríquez Ureña, titulada “Influencia de Chopin en la música moderna” fue un éxito.²⁵⁵ Con ello, Máx, el hermano menor, demostraba una vena polémica, a la vez crítica e inquisitiva desde uno de los temas que como músico podía abordar con más naturalidad. Por eso, días después, un firmante llamado Kato, en las páginas de *El Tiempo Ilustrado*, proporcionaba los aportes de más valía de la intervención del dominicano. De entre ellos, cabe destacar el rescate del nacionalismo musical en Chopin, que bien podría traducirse a las líneas de pensamiento latinoamericanas que confluyeron a principios del siglo XX:

Dijo el orador que si Chopin no fue el inventor de las Poloneas y de las Mazurkas, sí lo fue de las Baladas, y se refirió a la creación hecha por él del nacionalismo musical eslavo organizándolo completamente, ora en forma estructural más

²⁵³ *Idem*.

²⁵⁴ “Conferencias y Conciertos. Max Stirner y el individualismo exclusivo”, *El Tiempo*, México, año XXV, núm. 8223, 19 de marzo de 1908, p. 2; “La Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo Ilustrado*, México, año VIII, núm. 12, 22 de marzo de 1908, p. 14,

²⁵⁵ Max Henríquez Ureña, “Influencia de Chopin en la música moderna”, en *Conferencias del Ateneo...*, pp. 279-292.

adecuada y justa, ora en su esencia y en todo el proceso de conmociones del ser y sentir de una raza, y aplicándolo felizmente a la música pura, como Glincha lo aplicaba por entonces (quizá con menos eficacia), al drama lírico. Citó a Schuman, quien comprendió plenamente la importancia de la obra nacionalista y lo que había en el fondo de la obra del músico polaco, cuando decía: “Si el poderoso autócrata del Norte supiese qué peligroso enemigo le amenaza en las obras de Chopin, en las melodías tan sencillas de sus mazurkas, prohibiría sin contemplaciones su música. En las obras de Chopin una montaña de flores oculta los cañones”.²⁵⁶

Esta forma de conversar con el pasado, tratando de interpretarlo, también se puede percibir en la tercera conferencia a cargo de Jenaro Fernández MacGregor, que versa sobre el poeta y hombre de acción italiano Gabriele D’Annunzio. Ahí, el joven enfatiza constantemente la vena pesimista del escritor y lo emparenta con los pesimistas por excelencia, Schopenhauer y Nietzsche, justificando, en cierta manera, la afiliación desde el primer párrafo: “El hombre contemporáneo vive en un ambiente de tempestad. En lucha constante con todos los elementos destructores que contra su ser conspiran; sintiendo los dolores que afligen su carne, sin poder arrestarlos”; y continúa el joven haciendo una pregunta apabullante por su precisión: “Qué hay de extraño, pues, en que conocidos lo exiguo de su poder y lo inmenso de su anhelo, el hombre moderno, más que ningún otro, haya proyectado sobre el universo entero, la sombra aterradora de sus concepciones pesimistas?”²⁵⁷

Del mismo modo, la intervención del estudiante de jurisprudencia remarca la distancia entre el vulgo y los espíritus superiores: “El pesimismo es la nota característica del alma moderna, más o menos latente o disimulada en los hombres que forman la más anónima,

²⁵⁶ Kato, “La Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo Ilustrado*, México, año VIII, núm. 13, 29 de marzo de 1908, pp. 8-9. El seudónimo “Kato” lo registra Juana Manrique de Lara, sin más datos (cf. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *op. cit.*, p. 69), pero se puede conjeturar que pertenece a Roberto Urzúa, pues dos fotografías acompañan el texto, la de Máx Henríquez Ureña y la del mencionado, yo lo consigno en la bibliografía con su seudónimo.

²⁵⁷ Jenaro Fernández MacGregor, “D’Annunzio”, en *Conferencias del Ateneo*, p. 293.

pero netamente impresa en los seres superiores que sirven de corifeos. Me refiero a los sabios y a los artistas”; visión elitista que subraya la filiación nietzscheana del poeta italiano, lo que se no deja de constatar Fernández MacGregor: “En toda la obra D’Annunziana se encuentra la huella del solitario vidente Zarathustra. La teoría del super-hombre es su *leit motiv*”.²⁵⁸ La disección que hace el jurisperito, sin embargo, está mediada por la distancia, pues aunque encuentra elementos que rescataron los ateneístas para su formación –el elitismo de la inteligencia, por ejemplo– también ve con clara admiración una postura decadentista de la que se desentendieron, pero que, en su más pura forma en D’Annunzio, encarna al hombre de acción que “no desliga jamás su alma del ambiente en que vive; sus estados de conciencia son paisajes reales, solamente que tienen un rasgo exagerado”,²⁵⁹ y por eso “para otros creadores, la creación artística es una función distinta de la función vital; para éste, es la vida misma y no se sentiría capaz de vivir si no fuera artista”.²⁶⁰

Lo que no cabe duda es que la figura del italiano marcó de manera significativa, ya por su obra ya por su distinguida carrera personal en el ambiente político y militar, a los jóvenes ateneístas. Esto se puede ver en las últimas menciones del italiano en el espacio de la *Revista Moderna de México*, las cuales estuvieron a cargo de Pedro Henríquez Ureña, con dos traducciones: en febrero de 1909, de la obra de teatro *La Nave*, y en diciembre, del poema del mismo nombre. Lo cual es de suma importancia porque en 1916, en plena lucha armada y con varios de los miembros del Ateneo en el exilio, bajo la dirección de Pablo Martínez del Río, los ateneístas sacaron a la luz una revista efímera bajo ese mismo título. Revista que, a diferencia de la tan mencionada *Savia Moderna*, ya refleja la voz propia, madura e intelectual

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 294.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 299.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 302.

que será característica de ese grupo. En esta revista, hay una clara alusión al decadentismo, tanto en el título, que apunta a la obra de D'Annunzio, como en la portada de Saturnino Herrán que tiene una nave antigua sobre un fondo de barrocas nubes. Esta primera impresión, sin embargo, se desvanece casi por completo en el contenido de sus colaboraciones. Los ateneístas, después de un ajetreado principio de siglo, ya había logrado formalizar una voz propia. Sí con rasgos estéticos de las escuelas de fin de siglo, pero matizados por la formación académica e intelectual. Sí, D'Annunzio estaba en el ambiente, pero la distancia que los ateneístas levantaron con respecto a sus predecesores se mantuvo, lo que se manifiesta claramente por la vida pública que ejercieron.²⁶¹

La conferencia número cuatro es una obra lamentablemente perdida, sólo rescato el anuncio del día en que está calendarizada: “La Sociedad de Conferencias anuncia para esta noche en el teatro del Conservatorio, una que tendrá por tema la obra del ilustre escritor español José María Pereda./ Como puede verse, la conferencia de hoy promete ser muy interesante, y damos por seguro que asistirá un público numeroso y distinguido./ El conferencista es el distinguido joven literato Lic. D. Isidro Fabela./ La parte musical estará a cargo del artista Manuel Tinoco, quien ejecutará el gran valse op. 12, y Nocturno 3-op 48 de Chopin”.²⁶² De la nota del día siguiente, transcribo fragmentos sólo para abonar a este pequeño hecho histórico del que casi no se encuentran datos:

Muy concurrido estuvo ayer el teatro del Conservatorio Nacional [...] Las localidades del teatro las ocupaban estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia y distinguidas familia, un público selecto y entendido, que escuchó al conferencista con atención y agrado [...] La primera parte de la conferencia [...] entusiasmó desde luego al auditorio. Fue como un canto a la Montaña, esa Montaña que el

²⁶¹ Sobre D'Annunzio y los ateneístas he publicado un breve trabajo que esboza ciertos rasgos que me parecen de valía: Ernesto Sánchez Pineda, “Gabriele D'Annunzio, el eco decadentista del Ateneo”, *Journal of Hispanic Modernism*, núm. 6, 2015, pp.4-17.

²⁶² “En el Conservatorio. Conferencia Literaria”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5506, 8 de abril de 1908, p. 2.

ilustre autor de “Peñas Arriba” ha hecho inolvidable. [...] Dijo el conferencista, después de su deliciosa descripción de la Montaña, que, en opinión suya, Pereda estuvo influenciado por Zola, Maupassant y los hermanos Goncourt, opinión que difiere notablemente de la de otros biógrafos de Pereda, cuya intransigencia literaria se ha hecho famosa.²⁶³

Sobre la última conferencia, a cargo de Rubén Valenti, sólo se puede confirmar el dato que se atribuye a Pedro Henríquez Ureña, aunque anunciada²⁶⁴ la conferencia nunca se llevó a cabo: “Se suspendió la conferencia que debía tener lugar ayer en el Conservatorio, en la próxima semana la dará el Sr. D. Rubén Valenti”,²⁶⁵ sólo que en realidad nunca se concretó.

Con eso se dio fin al segundo ciclo de conferencias propuesto por la juventud inquieta. Un año más tarde, el 25 de junio de 1909, *El Diario* anunciaba otra serie de siete conferencias,²⁶⁶ ahora todas sobre el positivismo y a cargo de Antonio Caso, que iban a enfilarse una manera de pensar de una facción del grupo que se ha considerado decisiva para la caída del positivismo; sin embargo, como hemos visto, dichas acciones iban a la par de otras de igual o de mayor intensidad que se rondaban en el ambiente desde tiempo atrás. Para esta última serie, la Escuela Nacional Preparatoria prestó el famoso salón “El Generalito” y los temas tratados fueron los siguientes: “Romanticismo y positivismo, momento histórico de la aparición del positivismo”, “Los precursores, especialmente Bacon, Descartes y Diderot”, “El fundador. Las tesis fundamentales del positivismo comtista”, “Los positivistas heterodoxos. Stuart Mill”, “La filosofía de Herbert Spencer, que fue continuación de la anterior”, “Hipólito Taine” y “El positivismo en la actualidad”.²⁶⁷ Sin embargo, existe poco material bibliográfico que nos permita reconstruir con fidelidad estas aportaciones. Tenemos

²⁶³ “En el teatro del Conservatorio”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5507, 9 de abril de 1908, p. 2.

²⁶⁴ “Interesante conferencia”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5517, 22 de abril de 1908, p. 2.

²⁶⁵ “México al Día”, *La Iberia. Diario Hispano-americano de la Mañana*, México, año III, núm. 587, 24 de abril de 1908, p. 1.

²⁶⁶ “Conferencias en la Escuela Preparatoria”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 972, 25 de junio de 1909, p. 7.

²⁶⁷ *Idem.*

por una lado, el artículo crítico de Pedro Henríquez Ureña, donde se resaltan los logros de su compañero y se enfatizan sus deficiencias: “Si las tres conferencias de Antonio Caso sobre Comte y sus precursores significaron poco, por su falta de novedad y de crítica, las cuatro posteriores, consagradas al positivismo independiente, nos resarcieron, en gran parte, de la deficiencia inicial”.²⁶⁸ Sobre esta serie individual, recuerda Alfonso Reyes:

La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.²⁶⁹

Declaración que más que corroborar el hecho, resalta ese otro que se fue conformando con el tiempo y que gira en torno a las múltiples reconstrucciones que los integrantes del grupo hicieron de su historia, logrando con ello, que su versión de los hechos fuera la que, en muchas ocasiones, quedará registrada para la posteridad. Una última develación estratégica de este grupo que poco después se consolidó bajo el nombre que ahora, a más de un siglo, sigue siendo rector en la literatura mexicana.

Si bien toda acción desplegada por los que todavía no se conformaban como grupo desde los albores del siglo XX parecía ser de beligerancia juvenil, fue una que estaba revestida de seriedad intelectual que no menguó con el correr de los años. En 1909, tanto los enfrentamientos públicos con facciones que denostaron las figuras de Manuel Gutiérrez Nájera y Gabino Barreda, así como las presentaciones públicas en torno a las conferencias,

²⁶⁸ Pedro Henríquez Ureña, “El positivismo independiente”, en *Conferencias del Ateneo...*, p. 317. Una crítica bastante fuerte por parte del dominicano que llegó a la capital siguiendo un pensamiento positivista y fue gracias a Caso y otros compañeros del grupo que fue cambiando su postura.

²⁶⁹ Reyes, “Pasado Inmediato”, p. 205.

y una colaboración constante en las páginas de *Revista Moderna de México* que fue, poco a poco, desplazando a la plana mayor de la misma, los consolidaban como un núcleo de importancia y poder. Punto donde es clave la apertura de las puertas de Emilio Valenzuela con su texto “Una noble tentativa de cultura”, en octubre de ese año. Ahí, el joven Valenzuela, por un lado, indica un primer avistamiento de ese grupo que ya está pensado pero no concretado; por otro lado, funge como el parteaguas definitivo de la publicación que el joven timoneaba desde 1906 en predilección hacia esos compañeros con los cuales logró identificarse. El hijo del fundador comienza su escrito de manera elocuente:

Si las cuatro pródidas Pléyades de que nos hablan viejos infolios, la que hubo en Alejandría, la que hubo en Tolosa, la de la Hermosa Paula, la de Rousard, —con justicia considerada como la más celebre—. inspiráronse en nobilísimas tendencias de alta cultura, así como más tarde los Trovadores a que alude exquisitamente la simbólica crónica de Juan Denostradamus, de la misma suerte el “Ateneo de la Juventud” ha tenido su razón para venir a la existencia; la misma en espíritu que asistió a estos Trovadores que, hace un centésimo de centuria, fundaron la “Revista Moderna”, y la misma, también, que la que dio vida a estas Pléyades, cuyo sólo enunciado evoca admirables y generosas esperanzas de un estado espiritual superior.²⁷⁰

Pero, como hasta hora lo habían hecho en cada enfrentamiento o controversia en la que se vieron involucrados y a pesar de remarcar una admiración por sus antecesores, Emilio Valenzuela no deja de enfatizar una distancia respecto a ellos, a pesar de estar unidos tal vez por un amor a la cultura que la nueva pléyade había reinterpretado: “El sentimiento que provocó y condujo a crear en México el ‘Ateneo de la Juventud’, el que impulsó a sus fundadores, es, si no idéntico en la forma y maneras que caracterizaron desde los primeros vuelos a los grandes y venerados antecesores, sí lo es en el fondo: Tender constantemente a la realización de una insistente tentativa de Cultura”.²⁷¹

²⁷⁰ Emilio Valenzuela, “Una noble tentativa de cultura”, *Revista Moderna de México*, México, t. XII, núm. 75, octubre de 1909, p. 120.

²⁷¹ *Idem.*

Del mismo modo, el joven sabe que la constitución del grupo es al mismo tiempo una finalidad y un principio, finalidad de todo aquello por lo que ahora habían apostado y principio de proyectos que irán tomando un derrotero más serio y palpable ya porque algunos de los miembros estaban bien ubicados políticamente ya porque el grupo como tal gozaba de un prestigio intelectual manifiesto, pues incluso las facciones que no los admitían como tales sólo con voltear a verlos reconocían su valor:

Con lo asentado basta y sobra, para formarse una idea de lo que significa y promete el “Ateneo de la Juventud”, que sin duda irá desenvolviéndose, creciendo, natural y gradualmente, hasta embarnecerse, a pesar del desdén ingénito de las aplastantes mayorías inmóviles, incommovibles e inconscientes hasta el maridaje con la roca...

No obstante ese habitual desdén (estamos a él habituados, como a la malevolencia que pugna por ponerse el antifaz de la genial ironía), el “Ateneo de la Juventud” cumplirá la labor que se ha impuesto, pues que va hacia adelante, llevando levantada la alucinante y santa tea del Ideal, a cuya luz podrán acercarse y marchar, todos aquellos que tengan fuerzas y a cuya luz, también, podremos desplomarnos –como Juan Denostradamus–, nosotros todos, si la duda nos vence y dejamos de apretar los libros contra el corazón!²⁷²

Lo anterior hace patente una postura que los protoateneístas fueron construyendo en torno al cultivo de la inteligencia por medio del estudio y, también, de una visión donde ésta servirá para perseguir ese Ideal rodoniano que caló hondo en sus espíritus. Además, el escrito de Valenzuela deja claro que la generación modernista que inauguró la *Revista Moderna de México* ha sido reemplazada simbólicamente por la juventud que fue tomando importancia y cambiando el tono de la empresa:

En nombre de la “Revista Moderna”, que el abolengo y la gentil complacencia de un amado poeta, sostienen en mis manos, manos no temblonas, porque eternamente hago que mi espíritu sople sobre la llama del Ideal que encendió en mí el primer generoso impulso comprendido, tiende mi ofrecimiento fraternalmente el vuelo hacia el ennoblecedor y amplio propósito de los iniciadores y los fundadores del “Ateneo de la Juventud” y conociendo su valer, les digo con gran compañerismo:

²⁷² *Idem.*

Camaradas: La “Revista Moderna” os abre sus puertas de par en par; que en ella quede la huella luminosa del momento más sagrado de vuestra vida: la juventud.

¡Para tan bella dama, sólo vuestra sana juventud!

¡Entrad!.....²⁷³

Entrada que anticipa la fundación del Ateneo casi por un mes, pues las juntas para organizarse como tal suceden en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia a finales de octubre, según se anuncia en *El Correo*.²⁷⁴ Estas reuniones fueron convocadas por Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Jesús T. Acevedo, Rafael López y Alfonso Reyes, y *El Diario* registra el 29 de octubre la elección de la directiva provisional, donde presidía Caso, Henríquez Ureña como secretario e Ignacio Bravo Betancourt como tesorero, fecha también en la que quedaba nombrada una comisión para revisar los estatutos sobre los cuales la nueva sociedad se iba a registrar.²⁷⁵ En esa fecha, *La Iberia. Diario de la Mañana* escribe: “Ateneo de la Juventud. Bajo este título ha quedado instalado un nuevo centro literario”,²⁷⁶ porque los alcances de lo que se estaba conformando no estaban, para el público, todavía claros. Sin embargo, en el “Proyecto de Estatutos del Ateneo de la Juventud”²⁷⁷ ya quedan manifiestas las intenciones que se perseguirán en conjunto. En primer lugar, en este

²⁷³ *Ibid.*, pp. 121-122. La imagen que acompaña el texto es un grabado de Julio Ruelas poco conocido donde se pueden ver varios elementos asociados a la masonería. De ahí, aventuro que el escritor representado es seducido por la Madre Logia que toca el corazón y la mente, mientras éste sostiene el compás que simboliza la conciencia de dar pasos medidos y pensados; del mismo modo, se encuentra la calavera que implica lo efímero del ser humano, tema recurrente en la obra de Ruelas, acompañado de la esfera armillar que señala la orientación, la guía y la observación; todo está coronado por el ojo del Gran Arquitecto del Universo. Escoger esta imagen, me parece, no puede ser coincidencia con la apertura a ese grupo de jóvenes, sin embargo, no deja de ser una interpretación.

²⁷⁴ *El Correo*, México, núm. 3437, 27 de octubre de 1909, p. 1.

²⁷⁵ “El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1097, 29 de octubre de 1909, p. 2. Dos días después el mismo periódico reporta sobre una nueva junta que girará en torno a los estatutos (“El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1099, 31 de octubre de 1909, p. 5).

²⁷⁶ *La Iberia. Diario de la Mañana*, México, año 4, núm. 1034, 29 de octubre de 1909, p. 3.

²⁷⁷ El documento fue rescatado por Alfonso García Morales y compilado en el libro *Conferencias del Ateneo de la Juventud* por Fernando Curiel (*op. cit.*, pp. 357- 360) y modificado levemente en 1912 cuando la institución cambia de nombre a Ateneo de México, documento que fue recuperado por John Schawald Innes y compilado también por Curiel (*op. cit.*, pp. 366-368).

documento queda la fecha del 27 de octubre de 1909 como la de constitución de la asociación Ateneo de la Juventud, la cual queda establecida por los firmantes y miembros fundadores que arriba hemos mencionado; en segundo lugar, se registra el objetivo general que sintetiza la visión de esa juventud que se lanza en búsqueda del Ideal: trabajar en pro de la cultura intelectual y artística. Los objetivos específicos, por otro lado, revelan una madurez y reflexión sobre la efectividad de las estrategias que emplearon en los años previos, donde la postura pública es cardinal. Por lo mismo, las reuniones donde sus trabajos van a ser expuestos (es decir, donde se tomará una postura ante ciertas disyuntivas filosóficas, políticas y artísticas), así como los debates (hay que recordar que la polémica fue uno de los recursos mejor empleados), tienen que ser de carácter público. Después de todo, el público es el que ha dado el valor a la figura del intelectual que el grupo consolida al formalizarse como una asociación. También prometen publicar una revista, empresa que no se concretó por circunstancias varias; por un lado, ya habían tomado posesión de la *Revista Moderna de México*, que en ese momento era el espacio literario más relevante, y, por otro lado, porque entrando la segunda década del siglo XX, por opiniones individuales, el grupo sufrió una fragmentación y desbandada; no obstante, *La Nave*, como se ha apuntado arriba, refleja ya la voz madura de los ateneístas y hay una concentración significativa en *Pegaso* para después tener una gran, y última concentración, en la empresa de Enrique González Martínez titulada *México Moderno* (1920-1923).

Ahora bien, esta forma de proceder también es consistente con esos primeros años de formación, pues en 1909 ya gozan del prestigio intelectual que otros buscan por medio de las revistas literarias –ya como plataforma para darse a conocer ya por las plumas que los pueden apadrinar– además de que, como hasta ese momento, siguieron aprovechando las empresas

de otros para seguir posicionándose, en especial las que timoneó González Martínez.²⁷⁸ En fin, esos parecen ser algunos de los motivos para que el órgano que se propuso en los Estatutos no se concretara; fue un grupo que supo sortear la necesidad de un aparato que para casi todos los demás fue fundamental en su entrada al mundo cultural (desde los Decadentistas hasta los de Taller) utilizando las estrategias que hasta aquí se han ido anunciando.

De igual forma, *El Tiempo*, el día 9 de noviembre de 1909,²⁷⁹ es el primero en registrar la constitución del grupo: “Ha quedado definitivamente constituido el ‘Ateneo de la Juventud’, agrupación fundada por el elemento intelectual joven. Sus estatutos fueron

²⁷⁸ En mi tesis de maestría desgloso esto un poco más a conciencia, pero dejo un resumen: Hasta 1912, en la revista *Argos*, se anuncia la cooperación de los ateneístas en su espacio, ya no de manera individual, sino como grupo: “El Ateneo de México, formado por un numeroso grupo de reputados intelectuales profesionistas, sociólogos, filósofos, artistas, oradores, etc., prestará a la revista su constante colaboración. Los principales trabajos del Ateneo aparecerán en “ARGOS”, número por número, y [esto] por sí solo constituirá uno de los más poderosos atractivos y resonantes éxitos de la revista” (“Cooperación del Ateneo”, *Argos*, México, t. I, núm. 1, enero 5 de 1912, pp. 24 y 32, ed. facsimilar, FCE, México, 1980). *Argos* también fue receptáculo de una de las más encarnadas polémicas del momento: la de la libertad de prensa (cf. Enrique González Martínez, “Presentación”, *Arte (1907-1909)*, *Argos (1912)*, FCE, México, 1980, p. 333. [ed. facsimilar]). En su primer número se propuso tratar los asuntos de la época en ebullición con total imparcialidad: “Publicará en materia de política artículos de defensa, comentario é impugnación provenientes de personas de cualquier partido, siempre que vayan calzados con las firmas de sus autores y que éstos sean suficientemente conocidos y vien [sic] reputados” (“Carácter de la revista”, *Argos*, México, t. I, núm. 1, México, enero 5 de 1912, pp. 24 y 32). Esta declaración suponía la participación de “las mejores plumas de la República y altas personalidades de América y Europa” (*Idem.*). A la par de esta revista nació *Nosotros* (1912-1914), el eco de los modernistas en la revista persiste, pero, según José Luis Martínez, “ya puede advertirse el nacimiento de nuevas voces líricas”, porque “no en vano acaban de pasar los años del Ateneo. Es decir, que el tono de la revista, aunque no está exento de sentimentalismos juveniles, es sobrio y culto” (José Luis Martínez, “Presentación”, *Savia Moderna (1906)*, *Nosotros (1912-1914)*, FCE, México, 1980, p. 367 [ed. facsimilar]). El papel del Ateneo en este espacio es crucial en esta empresa que duró dos años y sacó al público diez números, pues confirma su madurez literaria en casi todos los casos y, con el ensayo de Reyes, “Nosotros”, estipula su lugar en el ambiente literario nacional (Ernesto Sánchez Pineda, *Fragmento y humorismo en las obras de Julio Torri y Carlos Díaz Dufoo Jr.*, Tesis de Maestría, COLSAN, San Luis Potosí, México, 2012, pp. 30-34).

²⁷⁹ “El Ateneo de la juventud”, *El Tiempo*, México, año XXVII, núm. 8707, 9 de noviembre de 1909, p. 2. La información también la publica, especificando que fueron tres sesiones para lograr la consolidación: “Inauguración del Ateneo Juvenil”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1109, 10 de noviembre de 1909, p. 4; también, “El Ateneo de la Juventud. Sus próximas sesiones”, *La Iberia*, México, año IV, núm. 1043, 10 de noviembre de 1909, p. 1; “Queda constituido el Ateneo de la Juventud”, *La Patria*, México, año XXXII, núm. 9519, 15 de noviembre de 1909, p. 6; todavía el primero de diciembre no se había concretado la plática de Caso, “El imperialismo norteamericano. Sesiones del Ateneo Juvenil”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1130, 1 de diciembre de 1909, p.1; “La última sesión del Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4867, 15 de enero de 1910, p. 5.

aprobados”;²⁸⁰ además se anuncian los primeros eventos en los que el grupo se verá involucrado, por un lado: “El día primero del próximo Diciembre ha de celebrarse la solemne sesión inaugural, la que será invitado el señor Presidente de la República”,²⁸¹ lo que refleja el trabajo cercano que había con el régimen porfirista, de quien todavía buscaban como grupo el respaldo o aval (a pesar de tener en sus filas personalidades abiertamente antireeleccionistas); por otro lado, notificaban: “El sábado próximo habrá una sesión pública en la que se debatirá esta tesis ‘crítica del imperialismo norteamericano’. La sustentará el Lic. D. Antonio Caso”,²⁸² lo que ponía de manifiesto el valor de los discursos con ese tono, sobre todo el rodoniano, tuvieron en la pléyade. Esto último se confirma con la atención que volcó el grupo a la visita del intelectual español Rafael Altamira hacia finales del año de 1909 y principios de 1910, dejando claro cierta predilección por el estudioso de la obra rodoniana.²⁸³

Más aún, en *El Mundo Ilustrado* escriben con tinta de vaticinio que El Ateneo de la Juventud:

viene a llenar en nuestro país una nobilísima función intelectual y social. Reconocida su amplitud de miras y el vasto criterio que le anima, se acogerán a su seno todos los artistas y hombres de ciencia que constituyen hoy día la juventud culta y que mañana serán poderoso elemento director, sin distinción de credos e ideas. Un alto sentimiento de fraternidad unirá a escritores y poetas de las más diversas tendencias, a sociólogos y filósofos, sin otro fin que el de luchar

²⁸⁰ “El Ateneo de la juventud”, *El Tiempo*, México, año XXVII, núm. 8707, 9 de noviembre de 1909, p. 2.

²⁸¹ *Idem*.

²⁸² *Idem*.

²⁸³ Sobre esto se puede ver: “Altamira en Méjico”, *El Correo Español*, México, año XX, núm. 6007, 18 de diciembre de 1909, p. 2; “Será una sesión muy interesante. El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1180, 23 de enero de 1910, p. 9; “El Sr. Altamira en el Liceo de la Juventud”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4875, 23 de enero de 1910, p. 11; “Banquete al Sr. Altamira”, *El Correo Español*, México, año XXI, núm. 6041, 25 de enero de 1910, p. 2; “Una velada al maestro Don Rafael Altamira. El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1183, 26 de enero de 1910, p. 4; “En honor del señor Altamira”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1184, 27 de enero de 1910, p. 2; “Otra comida a Altamira”, *El Tiempo*, México, año XXVII, núm. 8772, 27 de enero de 1910, p. 3; “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, año IV, núm. 1006, 27 de enero de 1910, p. 1; “Sesión del Ateneo de la Juventud en honor del Señor Altamira”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4879, 27 de enero de 1910, p. 8.

valientemente por la realización de la obra común, que redundará en bien de la patria y de la raza.²⁸⁴

Lo que queda claro es que una vez constituidos como asociación, los jóvenes consolidaron su lugar en el espacio cultural. Las estrategias desplegadas para dominar el espacio público (las calles y los salones) así como otros de índole más cerrada (*Revista Moderna de México*) les otorgaron la flexibilidad necesaria para cohesionar personalidades distantes bajo un mismo fin, después de todo, el 27 de octubre de 1909 sólo es la fecha que da principio a otra historia, también intrincada y con matices diversos, una, sin embargo, que va a afectar de manera determinante durante la primera mitad del siglo XX. No obstante, son los prolegómenos del Ateneo de la Juventud los que dan cuenta de las estrategias que se van a seguir empleando de manera recurrente por distintos grupos y a través de las cuales van a lograr identificarse con esa figura que se desarrolló a la par y que afectó no sólo el campo literario, sino también el político y el cultural: la del intelectual.

²⁸⁴ “El Ateneo de la Juventud”, *El Mundo Ilustrado*, México, s/n, 14 de noviembre de 1909, p. 18.

La puerta entreabierta: principio y fin de las peripecias

En el recorrido hasta aquí propuesto, he tratado de esbozar un panorama que muchas veces, por un pragmatismo mal entendido, ha sido desnudado de la complejidad que aquí apenas he anunciado. Sin embargo, es en esta complejidad, en esos recovecos inexplorados, donde los matices de las investigaciones arrojan luz sobre figuras, circunstancias y eventos que permiten llegar a una mejor comprensión de la historia de la literatura en nuestro país. Fue esta la razón para comenzar el trayecto con grupos y posturas decimonónicas, pues la relación o reacción de los jóvenes ateneístas a éstas explican, por un lado, los movimientos y decisiones que se tomaron como grupo y, por otro, actitudes individuales que fueron caracterizando a sus integrantes, muchas veces con posturas, incluso, antagónicas. Y aunque sobre estos grupos y líneas de pensamiento hay una abundancia de trabajos, lo que aquí presenté hace énfasis en aquello que considero fundamental en la relación con estos jóvenes.

Así el modernismo y el decadentismo, facetas con matices específicos de un mismo fenómeno finisecular, cobran una relevancia significativa al ver los postulados estéticos que los fundamentan, así como las estrategias que van desplegando como grupos para asentarse en el panorama cultural. Ahí, también, se ve cómo la figura del hombre de letras muta hacia finales del siglo, consecuencia de los desarrollos tecnológicos y nuevas propuestas ideológicas. El cambio también estuvo en plena consonancia con una búsqueda por una literatura propia, en el sentido en que la propone Gutiérrez Nájera. En este proceso, la figura del escritor se consolida y se profesionaliza, además de que adquiere un prestigio que se va a multiplicar gracias a los espacios impresos que también van a crecer exponencialmente. Esto revela una habilidad por parte de estos grupos para mantenerse vigentes, pero también una conciencia de una necesidad social indispensable como contrapeso al régimen autoritario

de Díaz. De ahí la mirada crítica que empieza a repuntar en los escritos, por ejemplo, del mismo Gutiérrez Nájera y Ángel de Campo. Una mirada que será esencial y rectora para los jóvenes ateneístas.

Sin embargo, a la par del desenvolvimiento del grupo modernista, vemos la importancia de la juventud con el grupo liderado por José Juan Tablada. La juventud como valor, la juventud como arma, que va a ser explotada constantemente durante todo el siglo XX. Además de que al acercarme un poco a ver la forma en que los decadentistas entraron el mundo cultural mexicano, demostré estrategias que los proto-ateneístas retomaron ya de una manera totalmente consciente, como las manifestaciones y las escaramuzas periodísticas que utilizaron para estar presentes y donde, al mismo tiempo, aunque probablemente no de manera intencional, fueron validados por esos contrincantes ante un público que, al verlos como pares, los comenzaba a catalogar como intelectuales.

Por esta razón, me acerqué al positivismo en México, pues encontré que más que denostar la ideología, los ateneístas encontraron en el grupo que la representaba mejor, los Científicos, destrezas que llegaron a admirar e imitar; es decir, son los que mejor personifican la manera en que los jóvenes encuentran que una relación estable con el gobierno, aunque con un perfil más bajo, les permitirá perseguir los objetivos que se han establecido como grupo. Además, y esto se percibe mejor de manera individual, la idea que se ha propagado de que el Ateneo es responsable de la caída del positivismo en México no es totalmente verdadera, pues la degradación de este movimiento va a la par de una lucha intestina en la Escuela Nacional Preparatoria y constantes ataques de grupos ajenos al Ateneo con intereses propios. Más relevante es que, como grupo, este primer contingente que nació en la Escuela Nacional Preparatoria y después se colocó en diversas ramas del gobierno porfirista es la mejor representación de lo que Gramsci después clasificará como intelectual orgánico. Es

decir, la manera de relacionarse y adquirir un estatus, en México, precede por décadas a los postulados desarrollados en *Los cuadernos de la cárcel*; un tema que vale la pena desarrollar con más tranquilidad y precisión, porque, una vez quitado o matizado el estigma que sobre este grupo se ha erigido, arrojará una multitud de nuevas interpretaciones a los eventos de este periodo convulso.

Ahora bien, uno de los puntos más espinosos, sin duda, fue acercarse al irracionalismo y las figuras de Nietzsche y Schopenhauer. Por lo mismo, sólo resalté las ideas que me parecían pertinentes y encontrarían una reinterpretación con dos sucesos que son paradigmáticos, el caso Dreyfus, por un lado, y la publicación de *Ariel*, por otro. Pues con estos filtros se puede entender mejor la postura que toman los jóvenes respecto al papel de la figura pública, el elitismo y, por lo tanto, el intelectual. Además, muestro cómo la resonancia del caso Dreyfus es relevante, por lo menos en México, sólo hasta el escrito de Zola, y que la idea del intelectual, que está dispuesto a arriesgar tanto la vida como el patrimonio por un ideal, se encuentra otra vez matizada con elementos que se desprenden de los discursos finiseculares antiimperialistas, en especial el rodoniano; pues fue con la propuesta del uruguayo con la que mejor se identificaron como grupo. Tal vez por ello, la necesidad de posicionarse en el panorama cultural se tornó urgente, y entonces, sólo entonces, fue cuando el entendimiento de esos sucesos que les precedieron cobró fruto, apropiándose de las estrategias de los Decadentistas para conmocionar al público y la de los Científicos para irse posicionando políticamente, poco a poco, en los lugares más benéficos. Por eso no es de extrañar el dato que proporciona Francisco Bulnes, donde registra un incremento del 12% de los intelectuales que dependen de gobierno al comenzar el periodo de la República Restaurada y un aumento progresivo, primero a 16%, pero radical hacia el final de la caída del régimen de Porfirio Díaz con un 70% que vive del presupuesto gubernamental y, aunque

habría que ver qué tanto afecta el movimiento armado la estadística, sospecho que el número se mantuvo constante o incluso aumentó con el correr de los años.¹

Por ello, el tercer capítulo es el más extenso. Ahí me acerqué a esos primeros contactos entre los jóvenes y enfatice algunas semejanzas tanto de gustos como de ideales. Y no es que esta historia no haya sido contada, no, más bien lo que aquí presenté fue una manera de contarla proporcionando datos que dan un relieve más profundo a las situaciones. Así se pueden entender las cercanías y distancias entre algunos miembros del grupo o bien su relación con otros que aparecen, por un lado, como tangenciales en la historia –como Urbina y Urueta– o bien como antagonistas –como Victoriano Salado Álvarez o Porfirio Parra– pero que en realidad tuvieron un papel principal en el impulso de algunos de los miembros del Ateneo o en su afianzamiento como contingente. También, los proto-ateneístas encontraron una forma particular de presentarse en las plataformas periódicas pues, después de un intento por sacar una publicación propia, optaron por allanar casa ajena, colocando un cuadro aquí, nuevas cortinas allá, hasta que el espacio reflejaba su personalidad más que la de aquellos que pagaban la renta. Situación que permite ver si no una decadencia o muerte del modernismo –que vivió pleno ya avanzado el siglo XX– si una apuesta por diferentes formas de expresión, más encaminadas a la reflexión y la crítica. Una crítica que además de indispensable se tornaría, con el tiempo, en una de las características definitorias de las personalidades ateneístas.

Por eso, no es de extrañar que me haya enfocado en las circunstancias, los encuentros y desencuentros, así como los eventos y acciones que suceden desde los albores de la centuria y que llevaron al grupo de jóvenes a consolidarse como una institución con nombre del

¹ *Apud.* Carlos Monsiváis. *La cultura mexicana en el siglo XX*, Colmex, México, 2011, p. 47.

Ateneo de la Juventud el 29 de octubre de 1909. Pues es este breve periodo en el que irrumpen en la escena cultural mexicana y se afianzan como intelectuales, pero también es el que arroja esos guiños hacia al pasado, adaptando estrategias al contexto que supieron entender con el fin de perseguir el ideal que se habían fijado. Pese a la pluralidad de discursos y las múltiples opciones a las que los jóvenes pudieron recurrir, desde sus indicios, “la idea de que el intelectual debía y podía hacer algo por el bien de México quedó claramente plasmada. Lo que se inició como una insatisfacción con el ambiente cultural a principios del siglo, se desarrolló en distintas direcciones y expresiones. [Y cuando] El Ateneo de la Juventud dejó de existir [...] la actitud y la fe que lo inspiraron dieron vida a la cultura del México moderno tal y como la concebimos hoy”;² pero también, debo añadir, sentaron las bases para la figura del intelectual tal cual fue entendida durante el siglo XX, además de homogenizar las estrategias que después fueron repetidas de manera constante por nuevos contingentes para entrar al panorama cultural. Una estrategia que en un periodo de 10 años les permitió encaminar proyectos como el de la Universidad Nacional, de la mano de Justo Sierra, y la Universidad Popular; pero, además, hacer propuestas que marcaron de manera significativa el rumbo de la nación con sus participaciones desde la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de Antropología y el Congreso de la Nación, porque, aunque aparentemente dispersos, los ateneístas nunca dejaron de perseguir el Ideal que se forjaron con las lecturas de autores irracionalistas, como Nietzsche y Schopenhauer, pero filtradas o reinterpretadas con la lectura del *Ariel*, de José Enrique Rodó, o por el cambio paradigmático en el mundo cultural consecuencia del caso Dreyfus; es decir, el Ideal que buscaba colocarlos como guías morales e intelectuales de la sociedad y que, además, les daba la oportunidad para hacerse de

² Gabriella de Beer, “El Ateneo y los ateneístas. Un examen retrospectivo”, *Revista Iberoamericana*, vol. LV, núms. 148-149, julio-diciembre de 1989, p. 749.

las herramientas y lugares estratégicos que les permitieran guiar a esa sociedad a un mejor puerto.

Por eso, lo que aquí he presentado, más que cerrar los prolegómenos del Ateneo de la Juventud, deja muchas sendas abiertas, muchas interrogantes que perseguir, pues, creo, la investigación literaria no arroja verdades absolutas, sino propuestas que vistas desde perspectivas diferentes iluminan espacios que antes no estaban alumbrados o abren puertas que se creían cerradas; en fin, complementan, de una u otra forma, las distintas facetas de la historia de la literatura mexicana. Es por eso que este trabajo deja la puerta entreabierta y, al mismo tiempo, es el principio y fin de las peripecias.

Bibliografía

- Aaron, Raymond, *El opio de los intelectuales*, trad. de Enrique Alonso, RBA, Barcelona, 2011.
- Acevedo, Jesús T., “Apariencias arquitectónicas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 253-265.
- Alas “Clarín”, Leopoldo, “Prólogo”, en *Ariel*, Editorial Sopena, Buenos Aires, 1949, pp. 5-15.
- Alfani, Maria Rosa, “El apogeo del modernismo”, en Dario Puccini y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010, pp. 43-73.
- Altamira, Rafael, “Latinos y anglosajones”, *Revista Positiva, Científica, Filosófica, Social y Política*, t. I, núm. 4, abril de 1901, pp. 138-144.
- Altamirano, Carlos, (coord.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, dos tomos, Katz Editores, Buenos Aires, 2008.
- _____, *Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013.
- Altamirano, Ignacio Manuel, “Introducción”, *El Renacimiento. Periódico Literario* [Ed. Facsimilar], UNAM, México, 1993, pp. 5-6.
- Andueza, María, “Los hijos de Ariel”, en *Arielismo y globalización*, Leopoldo Zea y Hernán Taboada (coords.), IPGH/UNAM/CCYDEL/UNESCO/FCE, México, 2002, pp. 107-113.
- Anhalt, Nedda G. de, *¿Por qué Dreyfus? El ensayo de un crimen*, CONACULTA, México, 2003.
- Archivo Luis Castillo Ledón.
- Arellano, Jorge Eduardo, “Dos poemas políticos de Rubén Darío”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 40, 2011, pp. 117-130.
- Arellano, Luis Alberto, *Rafael Lozano, mensajero de vanguardias*, tesis doctoral, El Colegio de San Luis, México, 2016.
- Arguelles Bringas, Roberto, “Nuestra exposición de obras de arte”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 3, México, mayo de 1906, pp. 137-141.
- Arreguine, Víctor, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*, La Enseñanza Argentina, Buenos Aires, 1900.
- Ávila Hernández, Julieta, “Savia Moderna. Frontera entre siglos”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (coords.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, UNAM, México, 2005, pp. 265-277

- _____, *Luis Castillo Ledón (1879-1944), de Savio a historiógrafo ateneísta 1906-1911*, tesis de maestría en Historia dirigida por Fernando Curiel Defossé, UNAM, México, 2010.
- Barreda, Gabino, *La educación positivista en México*, selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar, Porrúa, México, 1978.
- _____, *Oración cívica*, UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos, 1979.
- _____, *La Escuela Preparatoria*, selección y notas de Jaime Labastida, UNAM, México, 1983.
- Batis, Humberto, “Presentación”, *El Renacimiento. Periódico Literario* [Ed. Facsimilar], UNAM, México, 1993, p. XI.
- Beer, Gabriella de, “El Ateneo y los ateneístas. Un examen retrospectivo”, *Revista Iberoamericana*, vol. LV, núms. 148-149, julio-diciembre de 1989, pp. 737-749.
- Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, trad. de Rodolfo Berraquero, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
- Bonfiglio, Florencia, “Los principios hispanoamericanos: la crítica de José Enrique Rodó y la literatura peninsular”, *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*, vol. 1, Mercado Editorial, La Plata, 2011, pp. 1-11.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia B. Gutiérrez, Eudeba, Buenos Aires, 2003.
- Caballero, Manuel, “El título de Revista Azul”, *Revista Azul. Segunda época*, México, t. VI, núm. prospecto, marzo de 1907, p. 3.
- _____, “Prospecto”, *Revista Azul. Segunda época*, México, t. IV, núm. prospecto, México, marzo de 1907, p. 2.
- Caffarel Peralta, Pedro, *El verdadero Manuel Acuña*, UNAM, México, 1999.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en México del siglo XX*, trad. de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1985.
- Campos, Marco Antonio, *El café literario en Ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Editorial Aldus, México, pp. 45-46.
- Campos, Rubén M., “A Manuel Gutiérrez Nájera”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, pp. 230-231.
- _____, *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, pról. de Serge I. Zaitzeff, UNAM, México, 1996.

- Capistrán, Manuel, *Savia Moderna*, UNAM, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, p. 4. Disponible en:
http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Fichas/Savia_Moderna.pdf
- Carballo, Emmanuel, *Historia de las Letras Mexicanas en el siglo XIX*, Universidad de Guadalajara/Xalli, México, 1991.
- Carey, John, *Los intelectuales y las masas*, trad. de José Luis Gil Aristu, Siglo XXI, Madrid, 2009.
- Carilla, Emilio, *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, Gredos, Madrid, 1967.
- Carreras, Fernán Gustavo, “La afirmación del nosotros y la formación estética en el Ariel de José Enrique Rodó”, *Diálogos*, vol. 10, núm. 1, 2006, pp. 43-53.
- Carricarte Arturo R. de, y Pedro Henríquez Ureña, “La intelectualidad hispano-americana”, en Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, México, 1989, p. 17. pp.14-20.
- Carter, Boyd G., *Manuel Gutiérrez Nájera, estudio y escritos inéditos*, De Andrea, México, 1956.
- _____, *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve contenido histórico*, Ediciones de Andrea, México, 1959.
- _____, *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, Ediciones de Andrea, México, 1968.
- Caso, Antonio, “La tesis admirable de Plotino”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 5, julio de 1906, pp. 269-271.
- _____, “Nietzsche, su espíritu y su obra”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 231-242.
- _____, “Nietzsche”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 48, agosto de 1907, pp. 349-358.
- _____, “Max Stirner”, en *Conferencias del Ateneo...*, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 267-278.
- _____, “Max Stirner”, *Revista Moderna de México*, México, t. IX, núm. 56, abril de 1908, pp. 80-89.
- _____, “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 74, octubre de 1909, pp. 67-73.

- _____. “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”, *Revista Moderna de México*, segunda parte, México, t. XII, núm. 75, noviembre de 1909, pp. 156-160.
- _____. “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”, *Revista Moderna de México*, tercera parte, México, t. XII, núm. 76, diciembre de 1909, pp. 210-216.
- _____. “El aristocratismo intelectualista de Renan”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 78, febrero de 2010, pp. 331-337.
- Castañeda, Edith, “Humanismo ateneísta”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 2, enero-junio de 2002, pp. 21-31.
- Ceballos, Ciro B., “Seis apologías. Balbino Dávalos”, *Revista Moderna. Literaria y artística*, México, año I, núm. 1, julio de 1898, p. 10.
- Charle, Christophe, *El nacimiento de los intelectuales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009.
- Chavarín, Marco Antonio, “El arte, el artista y el intelectual: Jesús Urueta en la primera etapa de la *Revista Moderna* (1898-1903)”, en *Literatura y prensa periódica siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, Colsan/UNAM, México, 2017, pp. 219-238.
- Chisalita, Ruxandra, “El centenario de la *Revista Azul* (1894-1994)”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 527, México, 1994, pp. 10-15.
- Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, Nueva visión, Buenos Aires, 2009.
- Clark de Lara, Belem, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, UNAM, México, 1998; “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. 1, UNAM, México, 2005.
- _____, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, UNAM, México, 2009.
- _____, y Fernando Curiel, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, UNAM, México, 2000.
- _____, y Fernando Curiel Defossé, “Estudio Introductorio”, *Revista Moderna de México. I- Índices*, UNAM, México, 2002, pp. 15-98.
- _____, y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*, UNAM, México, 2002, pp. X-XI.
- _____, y Fernando Curiel, “Introducción. Suscriptores y 'los demás', la sociedad que leía la *Revista Moderna de México*”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 133.

- _____, y Mariana Flores Monroy, “Estudio introductorio”, *El Renacimiento. Periódico literario. Segunda época*, edición facsimilar, UNAM, México, 2006, pp. XII-XXVIII.
- Coll, Pedro Emilio, “Decadentismo y americanismo”, *El Cojo Ilustrado*, Caracas, núm. 5, 1902, p. 139.
- Contreras García, Irma, *La prosa de Gutiérrez Nájera en la prensa nacional*, sel., intro., y notas de Irma Contreras García UNAM, México, 1998.
- Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, Joaquín Mortiz, México, 1972.
- _____, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política* (3 tomos), El Colegio Nacional, México, 2011.
- Cravioto, Alfonso, “Eugenio Carrière”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 221-230.
- _____, y Mariano Lechuga, “Protesta”, *Regeneración. Periódico Independiente de combate*, México, t. II, núm. 50, 15 de agosto de 1901, pp. 41-46.
- _____, “Alocución de Alfonso Cravioto pronunciada en el *meeting* del teatro Virginia Fabregas”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 351-353.
- Cravioto, Mónica, “Alfonso Cravioto: El ser bajo la ficción del personaje”, *Tema y Variaciones de Literatura: a cien años del Ateneo de la Juventud*, (ed.) Elena Madrigal Rodríguez et al., UAM-A, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, núm. 33, semestre II, 2009, pp. 205-240.
- Cueva, Mario de la, “Prólogo”, en José Enrique Rodó, *Ariel*, UNAM, México, 1942, p. XXII. pp. VII- XXIV.
- Curiel Deffosé, Fernando, “Noticia”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, edición facsimilar, UNAM, México, 1987, p. VII.
- _____, “Noticia”, en *Revista Azul*, edición facsimilar, UNAM, México, 1988, p. VII.
- _____, “El Ateneo modernista”, *Literatura Mexicana*, vol. 7, núm. 1, 1996, pp. 42-43. pp. 39-59.
- _____, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, UNAM, México, 1996.
- _____, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, UNAM, México, 1999.

- _____, “Vasconcelos, forzado relevo ateneísta”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, UNAM, vol. 18, núm. 18, México, 1999, pp. 63-87.
- _____, *Ateneo de la juventud (A-Z)*, UNAM, México, 2001.
- _____, “Prólogo”, en *Ariel*, Factoría Ediciones, La Serpiente Emplumada 19, México, 2000, pp. IX-XXXI.
- _____, “El Ateneo de la Juventud en dos tiempos: porfirismo, Revolución”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. XVI, núms. 1-2, 2011, pp. 17-26.
- Dahrendorf, Ralf, *La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria*, Trotta, Madrid, 2009.
- Dardé, Carlos, “América en la conciencia española de la Restauración, 1875-1902”, en *Menéndez Pelayo. Cien años Después, Actas del Congreso Internacional*, UIMP, Santander, 2012, pp. 407-434.
- Darío, Rubén, *Los raros*, Tipografía la Vasconia, Buenos Aires, 1896.
- _____, *La caravana pasa*, pról. de Alberto Ghirardo, Mundo Latino, Madrid, 1917.
- _____, *Historia de mis libros*, en *Obras Completas*, t. I, Afrodísio Aguado, Madrid, 1950.
- _____, *Prosas profanas*, José Olivio Jiménez (ed.), Alianza, Madrid, 1987.
- _____, “El rey burgués”, en *Cuentos del rey burgués*, sel., y present. de Blanca Estela Treviño García, CONACULTA, México, 2003, pp. 58-59.
- _____, *España contemporánea*, pról. de Felipe Benítez Reyes, Comunidad de Madrid/Visor Libros, Madrid, 2005.
- _____, *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, Asamblea Nacional, Nicaragua, 2005.
- Dávalos, Balvino, “Balada”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 18, 3 de marzo de 1895, pp. 283-284.
- Devés-Valdés, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina*, Universidad de Santiago de Chile, Chile, 2007.
- Díaz Dufoo, Carlos, [Petit Blue], “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, pp. 15-16.
- _____, [Petit Blue] “Leyendo a Tolstoi”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 4, 27 de mayo de 1894, pp. 53-55.
- _____, “Salamambo”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 6, 10 de junio de 1894, pp. 99-102.

- _____, [Petit Blue], “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 15, 5 de agosto de 1894, p. 224.
- _____, “El barbero de Sevilla”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 21, 23 de septiembre de 1894, pp. 323-324.
- Díez-Canedo, Enrique, “Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y los comienzos del modernismo en España”, en Lily Litvak (ed.), *El modernismo*, Taurus, Madrid, 1975, pp. 215-225.
- Díaz Alejo, Ana Elena, y Ernesto Prado Velázquez, “Estudio preliminar”, en *Índice de Revista Azul (1894-1896)*, UNAM, México, 1968, pp. 39-40.
- Díaz Ruiz, Ignacio (coord.), “Prólogo”, en *El Modernismo Hispanoamericano. Testimonios de una generación*, UNAM, México, 2007, p. 19.
- Díaz Uribe, Dayna, *El Hijo Pródigo (1943-1946) en la historia de la literatura mexicana*, tesis doctoral, El Colegio de San Luis, México, 2016.
- Díaz y de Ovando, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1867-1910)*, UNAM, México, 1972.
- _____, *Un enigma de los cerros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*, UNAM, MÉXICO, 1994.
- _____, Clementina, *Los cafés en México en el siglo XIX*, UNAM, México, 2000.
- _____, “El café: refugio de literatos, políticos y de muchos otros ocios”, en *La República de las Letras. Asomos a la cultura del México decimonónico*, vol. I, edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, UNAM, México, 2005, pp. 75-88.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, trad. de Rafael F. Tomás, PUV, Valencia, 2007.
- Dufoo, Carlos Díaz [Petit Bleu], “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, pp. 15-16.
- _____, “Leyendo a Tolstoi”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 4, 27 de mayo de 1894, pp. 53-55
- _____, “Salamambo”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 6, 10 de junio de 1894, pp. 99-102.
- _____, “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 11, México, 15 de julio de 1894, p. 175.
- _____, “Azul Pálido”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 15, 5 de agosto de 1894, p. 224.
- _____, “El barbero de Sevilla”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 21, 23 de septiembre de 1894, pp. 323-324.
- Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, t. I, UNAM, México, 1992.

- Durán, Manuel, *Genio y figura de Amado Nervo*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.
- Echegaray, José, “El naturalismo” y “La belleza”, Discurso de recepción en la Academia Española, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 8, 24 de junio de 1894, p. 122.
- Espejo, Beatriz, “Nota introductoria”, en Carlos Díaz Dufoo Jr., *Material de lectura*, UNAM, México, 2009, pp. 3-7.
- Fell, Claude, “El ensayo hispanoamericano y la reflexión sobre la identidad”, en Dario Puccini y Saúl Yurkievich (coords.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. II, FCE, México, 2010, pp. 141-174.
- Feria, Miguel Ángel, “El canon parnasiano de la poesía modernista mexicana”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, vol. LXIV, núm. 2, 2016, pp. 457-493.
- Fernández de Miguel, Daniel, *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Genuève Ediciones, España, 2012.
- Fernández MacGregor, Jenaro, “D’Annunzio”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 293-304.
- Flores, Manuel, *Dr. Gabino Barreda. Propagador del positivismo en México y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria*, Biblioteca de México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, México, 1880.
- Gamboa, Federico, “De mi diario íntimo”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, pp. 12-15.
- García Calderón, Francisco, “Las corrientes filosóficas en América Latina”, trad. de Pedro Henríquez Ureña, *Revista Moderna de México*, México, t. X, núm. 63, noviembre de 1908, pp. 150-156.
- García Cisneros, Francisco, “Crítica de críticas. A propósito del primer libro de Pedro Henríquez Ureña”, *El Contemporáneo. Diario de la tarde*, México, t. XII, núm. 2410, 26 de octubre de 1906, p. 3.
- Garciadiego Dantán, Javier, “De Justo Sierra a Vasconcelos, la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. 46, núm. 4, abril-junio de 1997, pp. 769-819.
- _____, “La modernización de la política”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defosé, UNAM, México, 2002, pp. 33-48.

- García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1992.
- _____, *Rubén Darío. Estudios en el centenario de "Los Raros" y "Prosas profanas"*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998.
- García Naranjo, Nemesio, *Revista Moderna de México*, vol. IX, núm. 58, México, junio, 1908, p. 216.
- _____, *Memorias de García Naranjo. La vieja escuela de jurisprudencia*, t. III, Talleres de "El Porvenir", Monterrey, México, s/a, pp. 284-285.
- García Rodríguez, Salvador, *La promoción de la revista Taller, entre la tradición mexicana y el llamado del mundo*, Tesis doctoral, COLSAN, S.L.P., México, 2016.
- Garnault, "Las conferencias del Sr. Urueta sobre *La Ilíada*", *El Imparcial*, México, t. XIV, núm. 2574, 7 de octubre de 1903, p. 2.
- González-Blanco, Pedro, "En memoria de Leopoldo Alas", *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 47, julio de 1907, pp.283-284.
- Gómez Robelo, Ricardo, "La exposición de Savia Moderna (Notas)", *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 3, México, mayo de 1906, pp. 145-153.
- González, Aníbal, "Manuel Gutiérrez Nájera, clásico de la modernidad...", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, t. III, UNAM, México, 2005.
- González Cárdenas, Octavio, *Los cien años de la Escuela Nacional Preparatoria*, Porrúa, México, 1972.
- Carlos González Peña, "Ir al pueblo", *El Mundo Ilustrado*, México, año XIX, t. 1, núm. 5, 4 de febrero de 1910.
- González y González, Luis, *El siglo de las luchas*, Clío/El Colegio Nacional, México, 1996.
- Gramsci, Antonio, *Obras de Antonio Gramsci. Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos Editor, México, 1975.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto, un liberal hidalguense*, Océano/Gobierno del Estado de Hidalgo, México, 1984, p. 27.
- Granados, Pável, *El ocaso del Porfiriato. Antología de la poesía en México (1901-1910)*, FCE/FLM, México, 2010.

Gullón, Germán, *La modernidad silenciada. La cultura española en torno a 1900*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.

Gutiérrez Girardot, Rafael, “La literatura hispanoamericana de fin de siglo”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Cátedra, Madrid, 1987.

_____, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, FCE, México, 1988.

Gutiérrez Nájera, Manuel, “La vida artificial”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 12, 22 de julio de 1894, pp. 177-179.

_____, “La Academia Mexicana”, *La Libertad*, México, año VII, núm. 169, 29 de julio de 1884, p. 2.

_____, “Leconte de Lisle”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 15, 12 de agosto de 1894, pp. 231-235.

_____, “El Almanaque Mexicano de Arte y Letras”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 16, 1894, p. 253.

_____, “La Academia Mexicana”, *La Libertad*, México, año VII, núms. 169, 183 y 184, 19 de julio y 14 y 15 de agosto de 1884, pp. 2, 2-3 y 2, respectivamente.

_____, “Al pie de la escalera”, *Revista Azul*, México, t. I, núm. 1, 6 de mayo de 1894, p. 1.

_____, “El arte y el materialismo”, en *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura Mexicana*, 2da edición aumentada, invest., y recop. de Erwin K. Mapes, ed. y notas de Ernesto Mejía Sánchez, intro. de Porfirio Martínez Peñaloza, índices de Yolanda Bache Córtes y Belem Clark de Lara, UNAM, México, 1995.

_____, “Literatura propia y literatura nacional”, en *Obras I. Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura Mexicana*, 2da edición aumentada, invest., y recop. de Erwin K. Mapes, ed. y notas de Ernesto Mejía Sánchez, intro. de Porfirio Martínez Peñaloza, índices de Yolanda Bache Córtes y Belem Clark de Lara, UNAM, México, 1995, pp. 83-87.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, FCE, México, 2002.

Henríquez Ureña, Max, “Influencia de Chopin en la música moderna”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 279-292.

_____, *Breve historia del modernismo*, FCE, México, 1962.

Henríquez Ureña, Pedro, “La vida intelectual y artística”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 5, julio de 1906, pp. 300-307.

- _____, “Profesores del idealismo”, *Revista Moderna de México*, México, t. XIII, núm. 82, junio de 1910, pp. 213-216.
- _____, *Las corrientes literarias en América Hispánica*, FCE, México, 1949.
- _____, *Estudios Mexicanos*, FCE, México, 1984.
- _____, *Memorias/Diario/Notas de viaje*, intro., y notas de Enrique Zuleta Álvarez, FCE, México, 2000.
- _____, “Un clásico del siglo XX”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 243-252.
- _____, “El positivismo independiente”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 317-325.
- _____, “Contra Vázquez Gómez y en honor a Barreda”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 355-356.
- _____, “Ariel”, en *Obra crítica*, FCE, México, 2001, pp. 23-28.
- _____, “Conferencias”, en *Obra crítica*, FCE, México, 2001, p. 173.
- Hernández Luna, Juan, “Prólogo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 7-23.
- Hernández Palacios, Esther, “'Misa negra' o el sacrilegio inacabado del modernismo”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 77, Universidad Veracruzana, Xapala, pp. 5-15.
- Hinterhäuser, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, trad. de María Teresa Martínez, Taurus, Madrid, 1998.
- Irrázaval Zañartu, Alfredo, *El Nacional*, México, año 19, t. XIX, núm. 262, 20 de mayo de 1897, p. 2.
- Ito Cervera, Kazuki Alberto, *La novela de guerrilla en México y el problema de los intelectuales en el contexto de la literatura latinoamericana*, tesis doctoral, Universidad Veracruzana, Veracruz, México, 2017.
- Jalife Jacobo, Anuar, *Rebeldes y redentores. La juventud en las revistas literarias mexicanas (1916-1919)*, tesis doctoral, Colsan, San Luis Potosí, México, 2016.

- Judt, Tony, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944-1956*, trad. de Miguel Martínez-Lage, Taurus, Madrid, 2007.
- Kato, “La Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo Ilustrado*, México, año VIII, núm. 13, 29 de marzo de 1908, pp. 8-9.
- König, Irmtrud, “Apuntes para una comparatística en Latinoamérica. El simbolismo de Ariel y Calibán en Rodó”, *Atenea*, núm. 498, segundo semestre, 2008, pp. 75-95.
- Kozel, Andrés, “Estaciones del antiimperialismo rioplatense”, en *El imaginario antiimperialista en América Latina*, Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni (Coords.), CLACSO, Buenos Aires, 2015, pp. 25-52.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, SEP/Siglo XXI, México, 1985.
- _____, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana*, Tusquets, México, 2005.
- _____, *El nacimiento de las instituciones*, Tusquets, México, 2015.
- Kuntz Ficker, Sandra, y Elisa Speckman Guerra, “El Porfiriato”, en *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, 2010.
- Kurz, Andreas, “La ‘Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe’ de María Zambrano: ¿un caso de irracionalismo poético?”, *Iberoamericana*, Nueva época, España, año 10, núm. 37, marzo de 2010, pp. 59-66.
- Labastida, Jaime, “Nota”, en Gabino Barreda, *La Escuela Preparatoria*, sel. y nota de Jaime Labastida, UNAM, México, 1983, p. V.
- Lechner, Juan, “Nota preliminar”, en *Caballo verde para la poesía (1935-1936)*, edición facsimilar, Turner, Madrid, 1974.
- Leduc, Alberto, “Decadentismo”, *El País*, México, t. I, núm. 23, 29 de enero de 1983, p. 2.
- _____, “El Duque” (de un libro en preparación titulado “Cinco años de bohemia”), *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 16, 16 de febrero de 1896, pp. 247-248.
- Lemoine Villacaña, Ernesto, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda 1867-1878: estudio histórico, documentos*, UNAM, México, 1970.
- Litvak, Lily (coord.), *El Modernismo*, Taurus, Madrid, 1975.
- Lira, Andrés, y Anne Staples, “Del desastre a la reconstrucción republicana, 1848-1876”, en *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, 2010.

- Lommitz, Claudio, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz, Madrid, 2008, pp. 168-183.
- Lombardo García, Irma, “Periodistas y periódicos impulsores del movimiento armado de 1910. Líneas de investigación”, en *Procesos revolucionarios, bibliotecas y movimientos culturales*, UNAM, México, 2011, pp. 329-336.
- López de Santa María, Pilar, “Introducción”, en Arthur Schopenhauer, *Los problemas fundamentales de la ética*, trad., intro., y notas de Pilar López de Santa María Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. VII-XLVI.
- López, Rafael, “Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la redacción de *Savia Moderna*”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 3, México, mayo de 1906, pp. 142-144.
- _____, “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, México, vol. XI, núm. 70, México, junio, 1909, pp. 201-203.
- Ludmer, Josefina (ed.), *Las culturas del fin de siglo en América Latina*, Viterbo, Buenos Aires, 1994.
- Macebo, Pablo, “Discurso del Sr. Lic. D. Pablo Macebo”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año II, núm. 3, Marzo de 1899, pp. 67-71.
- Madrigal Rodríguez, Ma. Elena, *Del Licántropo que aúlla con gran perfección: la poética de Julio Torri desde el Ateneo y el esteticismo*, UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Colección Humanidades, México, 2011.
- Maltrot, Matías, *Jesús Urueta. Su vida-su obra*, México, 1931.
- Mancilla del Río, J., “Informe del subdirector”, *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, t. 1, núm. 9, 1 de mayo de 1909, pp. 201-205.
- Mandujano Jacobo, Pilar, “‘El ideal’ modernista en ‘Exempli gratia o la fábula de los siete trovadores y de la Revista Moderna’ de José Juan Tablada”, *Actas XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. IV, Nueva York, 2004, pp. 383-388.
- Mariano Silva, José, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, Tusquets, México, 2013.
- Martí, José, *Nuestra América. Edición crítica*, invest., present., y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, Imprenta Universitaria, México, 1955.
- _____, *La expresión nacional*, Conaculta, México, 1993.

- _____, *Literatura mexicana siglo XX (1910-1949)*, Conaculta, México, 1990.
- Martínez Peñaloza, Porfirio, “Victoriano Salado Álvarez. “La Revista Moderna”, en *Las revistas literarias de México*, INBA, México, 1963, pp. 81-110.
- Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, FCE, México, 1999.
- _____, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, UNAM, México, 2005, pp. 429-444.
- _____, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, UNAM, México, 2005, pp. 429-444.
- _____, *La Revolución Mexicana. Actores, escenarios y acciones*, Océano, México, 2010.
- Mauleón, Héctor De, “Cien años de Savia Moderna”, *El Universal*, México, 24 de junio de 2006, pp. 3-5.
- Medina Ávila, Virginia, “El Ateneo de la juventud y el arte: los pintores ateneístas y la revista *Savia Moderna*”, *Multidisciplina*, núm. 10, 2011, pp. 77-88.
- Medina Lima, Ignacio, “El doctor Eduardo Pallares, su vida y su obra”, *Revista de la Facultad de Derecho de México*, t. XV, núms. 169-171, enero-junio de 1990, pp. 199-206.
- Mejía Sánchez (ed.), Ernesto, *Estudios sobre Rubén Darío*, FCE-Comunidad Latinoamericana de escritores, México, 1968.
- Meza Fuentes, Roberto, *La poesía de José Santos Chocano*, Prensas de la Universidad de Chile, Chile, 1935.
- Melero Martínez, José María, ““¡Dios ha muerto!”, la crítica de la religión en Nietzsche”, *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, núm. 1, 1987, pp. 93-112.
- Monsiváis, Carlos, “Del saber compartido en la ciudad indiferentes. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, t. 1, UNAM, México, 2005.
- _____, *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*, Eugenia Revueltas (ed.), El Colegio de México, México, 2010.
- _____, *La cultura mexicana en el siglo XX*, Colmex, México, 2011.
- Monterde, Francisco, “*Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, El Libro y el Pueblo, Antena*, etcétera”, en *Las revistas literarias de México*, INBA, México, 1963, pp. 113-115.

- Montero, Óscar, “Modernismo y degeneración. Los raros de Darío”, *Revista Iberoamericana* LXIII, 1966.
- _____, “Modernismo and Homophobia: Darío and Rodó”. En Daniel Balderston y Donna J. Guy (eds.), *Sex and Sexuality in Latin America*, New York University Press, Nueva York-Londres, 1997, pp. 99-107; Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Alfadil, Caracas-Barcelona, 1985.
- Moya López, Laura A., “Pedro Henríquez Ureña: la identidad cultural hispanoamericana en ‘La utopía de América’”, *Estudios de Historia Moderna de México*, vol. 20, núm. 20, México, 2000, pp. 67-100.
- Moyssén, Xavier, *La crítica de arte en México: estudios y documentos. 1896-1913*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1999.
- Muriel, Guadalupe, “Reformas educativas de Gabino Barreda”, *Historia Mexicana*, COLMEX, Centro de estudios históricos, v. 13, núm. 4, 1964, pp. 551-577.
- Nájera Espinoza, Mario Alberto, “Prólogo”, en José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002.
- Nervo, Amado, “Sempervivum”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 227.
- _____, “In memoriam”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 227.
- Nietzsche, Friedrich, *Ecce Homo*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1974.
- _____, *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, intro., trad., y notas de Germán Cano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- _____, *La gaya ciencia*, pról. de Agustín Izquierdo, Biblioteca Edaf, Madrid, 2002, p. 191.
- _____, *Así habló Zaratrusta*, Edimat, Clásicos de literatura, Madrid, 2006.
- Núñez de Arce, G., “Fragmento de un prólogo”, *El Correo Español*, México, t. IV, año 4, núm. 2059, 8 de abril de 1894, p. 1.
- Olaguíbel, Francisco M. de “La última noche”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 18, 3 de marzo de 1895, pp. 279-280.
- Orgaz Martínez, Andrés, *Boulangier y Dreyfus: las relaciones entre la Institución Castrense y la Tercera República Francesa a través de dos crisis políticas (1870-1905)*, Tesis de licenciatura en Historia, UAM-I, México, 2009, p. 130.
- _____, *El caso Dreyfus en la prensa mexicana (1894-1908)*, UNAM, México, 2015.

- Oviedo, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Romanticismo al Modernismo*, Alianza, Madrid, 2001, p. 218.
- Pacheco, José Emilio, “Introducción”, en *Antología del modernismo ([1884-1921]*, t. I, José Emilio Pacheco (sel., intro., y notas), UNAM, México, 1970, pp. XI-LIV.
- Pascual Gay, Juan, *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, El Colegio de San Luis, México, 2012.
- _____, y Anuar Jalife (coords.), *Historias de las revistas literarias mexicanas (1894-1946). De El Renacimiento a las revistas modernistas (1894-1911)*, COLSAN, San Luis Potosí, 2014.
- _____, “El Clasismo extemporáneo de Jesús Urueta (1890-1900)”, *Siglo XXI. Literatura Hispánica*, núm. 22, Universitas Castellae, Valladolid, 2016, pp. 197-240.
- Parra Triana, Clara María, “Ateneo de la Juventud y Revista *Amauta*”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 42, 2013, pp. 297-314.
- _____, *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, Ediciones USTA, Bogotá, 2013.
- Paz, Octavio, *Los Hijos del Limo*, en *Obras completas*, t. I, FCE, México, 1994.
- Peraza, Rolet, “*Lourdes*”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 23, 7 de octubre de 1894, s/p.
- Phillips, Allen W., *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*, Cvltvra, México, 1965.
- _____, *Temas del modernismo hispánico y otros estudios*, Gredos, Madrid, 1974.
- _____, *Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna*, SEP, México, 1974.
- Pineda Franco, Adela, “Más allá del interior modernista: el rostro porfiriano de la Revista moderna (1903-1911)”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXXII, núm. 214, enero-marzo de 2006, p. 155. pp. 155-169.
- Puccini, Darío, y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010.
- Pineda Franco, Adela, *México Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, v. II, Javier Pérez Siller y Chantal Cramaussel (coords.), BUAP/El Colegio de Michoacán/CEMCA, México, 2004.
- Pita González, Alejandra, y Marco Antonio Vuelvas Solórzano, “La conformación de una genealogía intelectual. El homenaje a Gabino Barreda (1908)”, *Historia y Espacio*, núm. 41, agosto-diciembre 2013, pp. 17-37.

- Quintanilla, Susana, “El Ateneo de la juventud: itinerario de una generación intelectual”, en *Encuentros de investigación educativa*, Plaza y Valdés, México, 1999, pp. 151-157;
- _____, “Dionisio en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, *Historia Mexicana*, vol. LI, núm. 3, enero-marzo, 2002, pp. 619-663.
- Quirarte, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y El Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, 1970.
- Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992*, Cal y arena, México, 2001.
- _____, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, Rafael Olea (ed.), El Colegio de México, México, 2001, p. 22.
- _____, “Prólogo”, en Jesús E. Valenzuela, *Mis recuerdos. Manojito de rimas*, edición y notas de Vicente Quirarte, Conaculta, México, 2001, p. 17.
- _____, *El laurel invisible*, Salutación de Manuel Peimbert Sierra, respuesta de Eduardo Matos Moctezuma, El Colegio Nacional, México, 2016.
- Rábade Obradó, Ana Isabel, “Sobre el irracionalismo: Schopenhauer y Unamuno”, *Anales del Seminario de Metafísica XXI*, Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 41-57.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, pról. de Eduardo Subirats y Erna von der Walde, Fineo, Madrid, 2009.
- Rangel Guerra, Alfonso, “Cartas de Luis G. Urbina a Alfonso Reyes”, *NRFH*, México, vol. XXXVII, núm. 2, 1989, pp. 559-601.
- Redacción, “Programa”, *La Libertad*, México, Sábado 5 de enero de 1878, p. 1.
- Reyes, Alfonso, “Nosotros”, *Nosotros*, México, núm. 9, marzo de 1914, p. 217.
- _____, *Pasado inmediato y otros ensayos*, FCE, México, 1941.
- _____, “Los senderos ocultos”, en *Obras Completas*, t. 1, FCE, México, 1996, pp. 303- 304.
- _____, “Arquilla de Mariano”, en *Obras Completas*, t. VII, FCE, México, 1996, pp. 465-466.
- _____, “Los literatos en el servicio exterior de México”, en *Obras Completas*, t. IX, FCE, México, 1996, pp. 121-127.
- _____, “Literatura mexicana bajo la Revolución”, en *Obras Completas*, t. VII, FCE, México, 1996, p. 471 468-472.
- _____, “Pasado inmediato”, en *Obras Completas*, t. XII, FCE, México, 1997, pp. 182-216.

- _____, “El camino de Amado Nervo”, en *Obras completas*, t. VIII, FCE, México, 1996, pp. 20-30.
- _____, “El arte de hablar”, en *Obras completas*, t. IX, FCE, México, 1996, p. 325. 324-328.
- _____, “Justo Sierra y la historia patria”, en *Obras completas*, t. XII, FCE, México, 1997, pp. 242-255.
- _____, “Resumen de la literatura mexicana. Siglos XVI-XIX”, en *Obras completas*, t. XXV, FCE, México, 1991, pp. 397-439.
- _____, “Porfirio Parra”, en *Obras Completas*, t. XXIV, FCE, México, 1990, pp. 594-595.
- Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, FCE, México, 1986.
- Rodó, José Enrique, *Ariel*, pról. de Leopoldo Alas “Clarín”, Imprenta de Dornaleche y Reyes, Montevideo, 1900.
- _____, *Ariel*, Talleres Modernos de Lozano, Monterrey, México, 1908.
- _____, *Ariel*, SEP/UNAM, México, 1982.
- Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, 1989.
- Rosado, Juan Antonio, “Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: vidas paralelas”, *La Experiencia Literaria*, UNAM, núm. 12-13, 2005, pp. 209-234.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM, México, 2014.
- Ruiz Gaytán, Beatriz, “Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios, Historia Mexicana, vol. 16, núm. 4, abril-junio de 1967, pp. 541-564.
- Saborit, Antonio, “Libreros y editores de la biblioteca del México modernista”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, p. 143-162.
- Saenz, Gerardo, *Luis G. Urbina. Vida y obra*, Ediciones de Andrea, México, 1961.
- Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Salado Álvarez, Victoriano, “Papel de la poesía en el periodo industrial”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año 5, núm. 11, 1ra. quincena de junio 1902, pp.167-162,
- Sánchez Pineda, Ernesto, *Fragmento y humorismo en las obras de Julio Torri y Carlos Díaz Dufoo Jr.*, Tesis de Maestría, COLSAN, San Luis Potosí, México, 2012.

- _____, “Gabriele D’Annunzio, el eco decadentista del Ateneo”, *Journal of Hispanic Modernism*, núm. 6, 2015, pp.4-17.
- Schneider, Luis Mario, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. FCE, México, 1975, p. 154.
- Schopenhauer, Arthur, *Los problemas fundamentales de la ética*, trad., intro., y notas de Pilar López de Santa María, Siglo XXI, Madrid, 1993.
- _____, *El mundo como voluntad y representación*, vol. II, FCE, Madrid, 2003.
- Schulman, Iván. A., “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en *Modernismo*, edición de Lily Litvak, Taurus, Madrid, 1981.
- _____, “Modernismo / modernidad: teoría y praxis”, en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Cátedra, Madrid, 1987.
- _____, “Decadencia del romanticismo e innovación incipiente”, en Dario Puccini y Saúl Yurkievich (eds.), *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, t. 2, FCE, México, 2010, pp. 11-42.
- Sembach, Klaus-Jürgen, *El Modernismo. La utopía de la reconciliación*, Carmen Sánchez Rodríguez (trad.), Taschen, Bonn, 2002.
- Sennett, Richard, *El declive del hombre público*, pról. de Salvador Giner, Anagrama, Barcelona, 2011.
- Serrano, Pedro A., “A los intelectuales mexicanos”, *El Diario*, México, vol. VI, núm. 537, 3 de abril de 1908, p. 4.
- S/F, M. Taine”, *The Spectator*, Londres, núm. 3376, 11 de marzo de 1893, pp. 9-10.
- _____, *El Correo Español*, “Telegramas”, México, t. VI, año 6, núm. 1331, 3 de noviembre de 1894, p. 2.
- _____, *El Partido Liberal*, México, t. VIII, núm. 2873, 8 de noviembre de 1894, p. 3.
- _____, *El Tiempo*, México, año 12, núm. 3352, 8 de noviembre de 1894, p. 2.
- _____, *El Siglo Diecinueve*, México, t. 106, núm, 17074, 17 de noviembre de 1884, p. 3.
- _____, *El Correo Español*, México, “Telegramas”, t. VI, año 6, núm. 1345, p. 3.
- _____, *El Monitor Republicano*, México, año XLIV, quinta época, núm. 280, 23 de noviembre de 1894, p. 4.

- _____, *El Correo Español*, México, t. VI, año 6, núm. 1348, 24 de noviembre de 1894, p. 3.
- _____, *El Universal: diario de la mañana*, México, t. XIII, segunda época, núm. 148, 24 de noviembre de 1894, p. 7.
- _____, *El Nacional*, México, t. XVII, año 17, núm. 122, 24 de noviembre 1894, p. 1.
- _____, *El Tiempo*, México, año 12, núm. 3367, 24 de noviembre de 1894, p. 2.
- _____, *La Voz de México*, México, t. XXV, núm. 267, 24 de noviembre de 1894, p. 3.
- _____, *El Correo Español*, México, t. VI, año 6, núm. 1371, 21 de diciembre de 1894, p. 3.
- _____, *El Siglo Diecinueve*, México, t. 106, año 54, novena época, núm. 18001, 21 de diciembre de 1894, p. 3.
- _____, *El Monitor Republicano*, México, año XLIV, quinta época, núm. 307, 25 de diciembre de 1894, p. 4.
- _____, *El Correo Español*, México, t. VI, año, 6, núm. 1374, 25 de diciembre de 1894, p. 2.
- _____, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XII, núm. 3395, 30 de diciembre de 1894, p. 2.
- _____, *Siglo XIX. Decano de la Prensa Nacional*, México, año 57, t. 207, nueva época, 2 de enero de 1895, p. 3.
- _____, *La Patria. El Diario de México*, México, año 9, núm. 5698, 1 de noviembre de 1895, p. 1.
- _____, *La Raza Latina. Diario de la Mañana*, México, t. II, núm. 105, tercera época, 19 de enero de 1896, p. 4.
- _____, “The fate or Capt. Dreyfus”, *The Mexican Herald*, México, vol. II, núm. 38, 7 de abril de 1896, p. 6.
- _____, *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1867, 15 de agosto de 1896, p. 3.
- _____, *The Two Republics*, México, t. XLIII, núm. 36, 14 de agosto de 1896, p. 1.
- _____, *El Municipio Libre*, México, t. XXII, núm. 191, 15 de agosto de 1896, p. 3.
- _____, *El Monitor Republicano*, México, año XLVI, núm. 196, quinta época, 15 de agosto de 1896, p. 3.
- _____, *El Faro*, México, t. XII, núm. 17, 1 de septiembre de 1886, p. 3.
- _____, *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1885, 5 de septiembre de 1896, p. 3.

- _____, *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1887, 8 de septiembre de 1896, p. 3.
- _____, “Petición de Mme. Dreyfus”, *El Universal*, México, t. VIII, núm. 1008, segunda época, 15 de octubre de 1896, p. 1.
- _____, *El Tiempo*, México, año XIV, núm. 3947, 10 de noviembre de 1896, p. 2.
- _____, *El Monitor Republicano*, México, año XLVI, núm. 279, quinta época, 20 de noviembre de 1896 p. 4.
- _____, *La Voz de México*, México, t. XXVIII, núm. 5?, 21 de noviembre de 1896, p. 3.
- _____, *El Correo Español*, México, año 8, t. VIII, núm. 1949, 21 de noviembre de 1896, p. 3.
- _____, *El Mundo*, México, t. I, núm. 50, 21 de noviembre de 1896, p. 3.
- _____, *The Mexican Herald*, México, v. III, núm. 266, 23 de noviembre 1896, p. 4.
- _____, *El Mundo*, México, t. I, núm. 51, 22 de noviembre de 1896, p. 2.
- _____, *The Mexican Herald*, México, v. III, núm. 267, 24 de noviembre de 1896, p. 4.
- _____, *The Mexican Herald*, vol. III, núm. 306, 3 de enero de 1897, p. 4.
- _____, “El Capitán Dreyfus en la Isla del Diablo”, *El Mundo*, México, t. II, núm., 164, 4 de abril de 1897, p. 4.
- _____, *The Evening Telegram*, Londres, vol. I, núm. 88, 13 de octubre de 1897, p. 3.
- _____, “París”, *El Nacional*, México, año 20, t. XX, núm. 93, 19 de octubre de 1897, p. 1.
- _____, “El escándalo Dreyfus”, *El Nacional*, México, año 20, t. XX, núm. 151, 30 de diciembre de 1897, p. 1.
- _____, *Gaceta Eclesiástica Mexicana*, México, t. II, enero de 1898, núm.15, pp. 474-481.
- _____, *El Relámpago. Diario Independiente*, México, t. I, núm. 138, 30 de diciembre de 1894, p. 2.
- _____, *El Foro. Diario de derecho, legislación y jurisprudencia*, México, año 6, t. XLVI, núm. 30, 21 de enero de 1896, p. 1.
- _____, “Sr. Ingeniero José M. Espinosa y Cuevas. México”, *El Contemporáneo*, México, t. XIV, núm. 2780, 24 de enero de 1908, p. 2.
- _____, “Ideal de la civilización de América”, *El Contemporáneo*, México, t. XV, 25 de abril de 1908, núm. 2852, 25 de abril de 1908, p. 1.

- _____, “La democracia cubana y el problema de la razas”, *El Imparcial*, México, t. XXV, núm. 4397, 2 de octubre de 1908, p. 3.
- _____, “Bibliografía”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXVI, núm. 8415, 13 de noviembre 1908, p. 1.
- _____, “Obras recibidas. Librería Andrés Botas”, *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, México, vol. VI, núm. 817, 8 de enero de 1909, p. 5.
- _____, *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, t. I, núms. 5-6, enero-febrero de 1909, pp. 129-131.
- _____, “Rodó el moralista idóneo de la filosofía”, *El Diario. Periódico Nacional Independiente*, México, vol. VI, núm. 1387, 24 de agosto de 1910, p. 4.
- _____, “Un nuevo libro de José Enrique Rodó”, *El Imparcial. Diario Ilustrado de la Mañana*, México, t. XXXII, núm. 6651, 17 de junio de 1912, p. 6.
- _____, “La obra de Barreda: la educación de la juventud”, *El Imparcial*, México, t. XIV, núm. 2448, 3 de junio de 1903, p. 1.
- _____, “La clase de lecturas estéticas”, *El Imparcial*, México, t. XVI, núm. 2676, 17 de enero de 1904, p. 1.
- _____, “Savia Moderna”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 122, 7 de enero de 1906, p. 3.
- _____, “Antecedentes de la Escuela Nacional Preparatoria”, ENP, México, 2008, <http://dgenp.unam.mx/acercaenp/antecedentes.html>, consultado el 20 de agosto de 2010.
- _____, “La *Revista Moderna* (Nueva faz de la publicación)”, *Revista Moderna*, México, vol. VI, núm. 16, México, agosto, 1903, p. 256.
- _____, “Al público”, *Regeneración*, México, núm. 54, 16 de septiembre de 1901.
- _____, “Savia Moderna”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 126, 4 de febrero de 1906, p. 11.
- _____, “Nueva revista literaria”, *El Mundo*, México, t. XIX, núm. 9858, 3 de marzo de 1906, p. 2.
- _____, “Savia moderna”, *El Popular*, México, año X, núm. 3232, 17 de marzo de 1906, p. 3.
- _____, “Savia Moderna”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXX, núm. 8779, 23 de marzo de 1906, p. 1.
- _____, “Savia Moderna”, *El Contemporáneo*, México, t. XII, núm. 2239, 26 de marzo de 1906, p. 4.

- _____, “Savia Moderna”, *El Contemporáneo*, México, t. XII, núm. 2253, 11 de abril de 1906, p. 3.
- _____, “Savia Moderna”, *La Patria*, México, año XXX, núm. 8797, 17 de abril de 1906, p. 2.
- _____, “En el umbral”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 1, marzo de 1906, p. 1.
- _____, “Poeta enfermo”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm., 1, México, 1906, p. 65.
- _____, “Exhibición de arte,” *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7655, 26 de abril de 1906, p. 2.
- _____, “Exposición de pinturas. En pro del arte”, *El Popular*, México, año X, núm. 3304, 28 de abril de 1906, p. 3.
- _____, “Savia Moderna. Próxima exposición de pinturas”, *El Colmillo Público*, México, t. IV, núm. 129, 29 de abril de 1906, p. 15.
- _____, “Apertura de la exposición artística”, *El Imparcial*, México, t. XX, núm. 3507, 6 de mayo de 1906, p. 2.
- _____, “Exposición de pinturas y esculturas. Inaugurada por el señor subsecretario de Instrucción Pública”, *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7666, 9 de mayo de 1906, p. 2;
- _____, “La exposición de pinturas”, *La voz de México*, México, año XXXXVI, núm. 104, 11 de mayo de 1906, p. 2.
- _____, “Notas de la semana”, *El Tiempo*, México, año XXIII, núm. 7670, 13 de mayo de 1906, p. 2.
- _____, “Revista de Revistas Mexicanas”, *Savia Moderna*, México, t. I, núm. 1, 31 de marzo de 1906, pp. 88-90.
- _____, “Julio Ruelas”, en *Revista Moderna de México*, México, vol. III, núm. 50, México, octubre, 1907, p. 128.
- _____, “Sociedad de conferencias”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm, 229, 28 de mayo de 1907, p. 5.
- _____, “La conferencia de esta noche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 230, 29 de mayo de 1907, p. 8.
- _____, “El señor Alfonso Cravioto habla del gran pintor Carrière”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 232, 31 de mayo de 1907, p. 2.
- _____, “Una conferencia de arte”, *El Correo Español*, México, año XVII, núm. 5252, 31 de mayo de 1907, p. 2.
- _____, “En honor a dos jóvenes literatos”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 234, 2 de junio de 1907, p. 8.

- _____, *El Tiempo*, México, año XXIV, núm. 7988, 9 de junio de 1907, p. 3.
- _____, “Conferencia sobre Nietzsche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 242, 11 de junio de 1907, p. 3.
- _____, “Conferencia”, *El Popular*, México, año XI, núm. 3786, 12 de junio de 1907, p. 3.
- _____, “En el Casino de Santa María. Una conferencia atractiva”, *El Correo Español*, México, año XVII, núm. 5272, 24 de junio de 1907, p. 2.
- _____, “La conferencia de mañana”, *La Iberia: diario de la mañana*, México, año II, núm. 287, 25 de junio de 1907, p. 2.
- _____, “La Sociedad de Conferencias. La conferencia de anoche”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 257, 27 de junio de 1907, p. 8.
- _____, “La conferencia de Gabriel Galán”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 258, 28 de junio de 1907, p. 8.
- _____, “Revista Moderna”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. III, núm. 265, 5 de julio de 1907, p. 6.
- _____, “El casino de Santa María”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3810, 6 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “En el Casino de Santa María”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5285, 9 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “La fiesta de hoy”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3814, 10 de julio de 1907, p. 1.
- _____, “En el Casino de Santa María”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3816, 12 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “En el Casino de Santa María. La última conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5288, 12 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “Conferencia y exposición”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, t. III, núm. 273, 13 de julio de 1907, p. 8.
- _____, “Banquete” y “Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXV, núm. 8027, 26 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “Interesante conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5300, 26 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “Tercer conferencia”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5303, 30 de julio de 1907, p. 2.

- _____, “En Santa María”, *El Popular*, México, año IX, núm. 3835, 31 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “Las conferencias en el Casino de Santa María”, *El Tiempo. Diario Católico*, México, año XXV, núm. 8031, 31 de julio de 1907, p. 2.
- _____, “Sociales y personales”, *El Imparcial*, México, t. XXIII, núm. 3957, 1 de agosto de 1907, p. 3.
- _____, “En el Casino de Santa María de la Rivera”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5306, 2 de agosto de 1907, p. 2.
- _____, “En el Casino de Santa María”, *El Correo Español*, México, año XVIII, núm. 5312, 9 de agosto de 1907, p. 2.
- _____, “La campaña de la juventud”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXI, núm. 9185, 6 de agosto de 1907, p. 1.
- _____, “El maestro Barreda y la juventud”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXII, núm. 9349, 21 de febrero de 1908, p. 1.
- _____, “La ‘Sociedad de Conferencias’”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5470, 14 de febrero de 1908, p. 2.
- _____, “La Sociedad de Conferencias”, *La Patria. Diario de México*, México, año XXXII, núm. 9345, 16 de febrero de 1908, p. 2.
- _____, “Suntuosa velada en honor de Gabino Barreda. Tendrá lugar en el Teatro Arbeu”, *El Imparcial*, México, t. XXIV, núm. 4158, 18 de febrero de 1908, p. 3
- _____, “En honor de Gabino Barreda”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5473, 18 de febrero de 1908, p. 2.
- _____, “Una manifestación solemne”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5485, 14 de marzo de 1908, p. 2.
- _____, “Homenaje al sabio Dr. Gabino Barreda”, *El Contemporáneo*, México, t. XIV, núm. 2812, 3 de marzo de 1908, p. 2.
- _____, “En honor de D. Gabino Barrera”, *La Patria*, México, año XXXII, núm. 9374, 22 de marzo de 1908, p. 2.
- _____, “C. Ministro de Instrucción Pública: Los ángeles buenos dicen que habéis aplaudido un delito”, *El País. Diario Católico*, México, año X, núm. 3318, 26 de marzo de 1908, p. 1.
- _____, “Una verdad y un error. Causa miserable a que sirve D. Justo Sierra”, *El País. Diario Católico*, México, año X, núm. 3340, 21 de abril de 1908, p. 1.

- _____, “Sociedad de Conferencias”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5487, 17 de marzo de 1908, p. 2.
- _____, “Conferencias Conciertos. Segunda serie”, *El Tiempo*, México, año XXV, núm. 8221, 18 de marzo de 1908, p. 2.
- _____, “En el Conservatorio. Conferencia Literaria”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5506, 8 de abril de 1908, p. 2.
- _____, “En el teatro del Conservatorio”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5507, 9 de abril de 1908, p. 2.
- _____, “Interesante conferencia”, *El Correo Español*, México, año XIX, núm. 5517, 22 de abril de 1908, p. 2.
- _____, “México al Día”, *La Iberia. Diario Hispano-americano de la Mañana*, México, año III, núm. 587, 24 de abril de 1908, p. 1.
- _____, “Conferencias en la Escuela Preparatoria”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 972, 25 de junio de 1909, p. 7.
- _____, *El Correo*, México, núm. 3437, 27 de octubre de 1909, p. 1.
- _____, “El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1097, 29 de octubre de 1909, p. 2.
- _____, *La Iberia. Diario de la Mañana*, México, año 4, núm. 1034, 29 de octubre de 1909, p. 3.
- _____, “El Ateneo de la juventud”, *El Tiempo*, México, año XXVII, núm. 8707, 9 de noviembre de 1909, p. 2.
- _____, “Inauguración del Ateneo Juvenil”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1109, 10 de noviembre de 1909, p. 4.
- _____, “El Ateneo de la Juventud. Sus próximas sesiones”, *La Iberia*, México, año IV, núm. 1043, 10 de noviembre de 1909, p. 1.
- _____, “El Ateneo de la Juventud”, *El Mundo Ilustrado*, México, s/n, 14 de noviembre de 1909, p. 18.
- _____, “Queda constituido el Ateneo de la Juventud”, *La Patria*, México, año XXXII, núm. 9519, 15 de noviembre de 1909, p. 6.
- _____, “El imperialismo norteamericano. Sesiones del Ateneo Juvenil”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1130, 1 de diciembre de 1909, p.1

- _____, “La última sesión del Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4867, 15 de enero de 1910, p. 5.
- _____, “Altamira en Méjico”, *El Correo Español*, México, año XX, núm. 6007, 18 de diciembre de 1909, p. 2.
- _____, “Será una sesión muy interesante. El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1180, 23 de enero de 1910, p. 9.
- _____, “El Sr. Altamira en el Liceo de la Juventud”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4875, 23 de enero de 1910, p. 11.
- _____, “Banquete al Sr. Altamira”, *El Correo Español*, México, año XXI, núm. 6041, 25 de enero de 1910, p. 2.
- _____, “Una velada al maestro Don Rafael Altamira. El Ateneo de la Juventud”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1183, 26 de enero de 1910, p. 4.
- _____, “En honor del señor Altamira”, *El Diario. Periódico Independiente*, México, vol. VI, núm. 1184, 27 de enero de 1910, p. 2.
- _____, “Otra comida a Altamira”, *El Tiempo*, México, año XXVII, núm. 8772, 27 de enero de 1910, p. 3.
- _____, “Rafael Altamira”, *La Iberia*, México, año IV, núm. 1006, 27 de enero de 1910, p. 1.
- _____, “Sesión del Ateneo de la Juventud en honor del Señor Altamira”, *El Imparcial*, México, t. XXVIII, núm. 4879, 27 de enero de 1910, p. 8.

Sheridan, Guillermo, *Contemporáneos ayer*, FCE, México, 2003.

Shils, Edward, *Los intelectuales y el poder*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires 1974.

_____, *Los intelectuales en las sociedades modernas*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1981.

_____, *Los intelectuales en los países de desarrollo*, trad. de Flora Setaro, Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1981.

Sierra, Justo, “Discurso del señor licenciado don Justo Sierra”, *Revista Moderna de México*, México, t. IX, núm. 56, abril de 1908, pp. 67-77.

_____, *La educación nacional. Artículos, actuaciones, documentos. Obras completas*, vol. VIII, UNAM, México, 1948, p. 55.

_____, *Ensayos y textos elementales de historia, Obras completas*, vol. IX, UNAM, México, 1977.

- _____, “Periodismo político”, *Obras completas*, vol. IV, UNAM, México, 1984.
- _____, *Obras Completas. El exterior*, t. VII, ed., notas, y pról. de José Luis Martínez, UNAM, México, 1984.
- Silva, José Mariano, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, Tusquets, México, 2013.
- Smith, Peter H., *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*, trad. de Soledad Loeza, Colmex, México, 1981.
- Sotelo Vázquez, Adolfo, “Schopenhauer, Zola y Clarín”, *Anales de Literatura Española*, núm. 12, 1996, pp. 13-26.
- Speckman Guerra, Elisa, “La prensa, los periodistas y los lectores (Ciudad de México, 1903-1911), en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defosseé, UNAM, México, 2002, p. 133.
- Speratti Piero, Emma Susana, “Crono-bibliografía de don Pedro Henríquez Urueña”, *Revista Iberoamericana*, vol. XXI, núms. 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 145-292.
- Tablada, José Juan, “Cuestión literaria. Decadentismo”, *El País*, México, t. 1, núm. 11, 15 de enero de 1893, p. 1.
- _____, “Venecia”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 21, 24 de marzo de 1895, pp.327-329.
- _____, “*Exempli Gratia* o fábula de los siete trovadores y de la *Revista Moderna*”, *Revista Moderna. Literaria y artística*, México, año I, núm. 1, 1 de julio de 1898, p. 3.
- _____, “Notas Literarias y Artísticas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año II, núm. 5, mayo 1899, p. 160.
- _____, “Notas bibliográficas”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, México, año IV, núm. 6, segunda quincena de marzo, 1900, pp. 101-102
- _____, *La feria de la vida*, Conaculta, México, 1995.
- _____, *Obras IX. La feria de la vida. Memorias I*, edición, estudio preliminar, notas e índices de Fernando Curiel Defossé, México, UNAM, 2010.
- Torri, Julio, “Prólogo”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, edición facsimilar, UNAM, MÉXICO, 1987, pp. IX-XIV.
- _____, “El ensayo corto”, en *Tres libros*, FCE, México, 1996, pp. 33-34.

Urbina, Luis G., “Caprichos. El artista de hoy”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 26, 28 de octubre de 1894, pp. 404-405.

_____, *Psiquis enferma*, El libro francés, México, 1922.

Unamuno, Miguel de, “Literatura Hispano-americana”, *Revista Moderna de México*, México, t. IV, núm. 28, diciembre de 1905, pp. 220-221.

_____, “Don Quijote y Bolívar”, *Revista Moderna de México*, México, t. VII, núm. 47, julio de 1907, pp. 263-267.

Urueta, Jesús, “Hostia. A José Juan Tablada”, *El País*, México, t. I, núm. 18, 23 de enero de 1893.

_____, “Taine. La psicología literaria. El arte y la historia”, *Revista Azul*, México, t. V, núm. 21, 20 de septiembre de 1896, pp. 321-323.

_____, “M. Taine. La sicología literaria. El arte y la historia”, *Revista Moderna de México. Arte y Ciencia*, México, año. II, núm. 8, agosto de 1899, pp. 233-234.

_____, *Fresca*, Jacinto Gil Editor, México, 1903.

_____, *Alma poesía*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1904.

_____, *Obras completas de Jesús Urueta*, Las Águilas, México, 1930.

Urtecho, Álvaro, “Ética y estética de Azul”, en *Azul y las literaturas hispánicas*, UNAM, México, 1990, p. 152.

Valdés, Héctor, “Estudio Introductorio”, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, edición facsimilar, UNAM, MÉXICO, 1987, pp. XV-XXXVIII.

Valenzuela, Emilio, Carta a Miguel de Unamuno, fechada el 4 de mayo de 1907, facsimilar disponible en: <http://unamuno.usal.es/archivo.html>.

_____, “Una noble tentativa de cultura”, *Revista Moderna de México*, México, t. XII, núm. 75, octubre de 1909, pp. 120-121.

Valenzuela, Jesús E., “A Manuel Gutiérrez Nájera”, *Revista Azul*, México, t. IV, núm. 14, 2 de febrero de 1895, p. 215.

_____, “Al Duque Job”, *Revista Azul*, México, t. II, núm. 17, 24 de febrero de 1895, p. 264.

_____, “Los modernistas mexicanos (de “El Universal), dirigida a José Juan Tablada, *Revista Moderna. Literaria y Artística*, México, año 1, núm. 9, 1ro. de diciembre de 1899, p. 139.

_____, *Mis recuerdos. Manojito de rimas*, pról., ed., y notas de Vicente Quirarte, Conaculta, Memorias Mexicanas, México, 2001, p. 121.

Varios, *Regeneración*, México, núm. 52, agosto de 1901.

_____, “Nuestros compañeros en Belém”, *El Hijo del Ahuizote*, México, núm. 848, 26 de abril de 1903, pp. 234-235.

_____, “Protesta Literaria”, reproducida en “Notas de Combate”, *Revista Azul. Segunda época*, México, vol. IV, núm. 2, 1907, p. 2.

_____, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000.

_____, *El Ateneo de la juventud y la plástica mexicana*, SECUL/INBA, México, 2010.

_____, “Proyecto de Estatutos del Ateneo de la Juventud presenta la Comisión nombrada para redactarlos”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 357-360.

_____, “Estatutos del Ateneo de México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 366-368.

Vasconcelos, José, *Ulises Criollo. Segunda parte*, FCE, Lecturas Mexicanas, México, 1983.

_____, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pról., notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, Anejo documental de Fernando Curiel, UNAM, México, 2000, pp. 95-110.

Vergara Hernández, Arturo, “Los masones y la Revolución Mexicana en el estado de Hidalgo”, *CINTEOTL, Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 13, enero-abril de 2011, pp. 12-13.

Vidal, Alberto, “Victoriano Salado Álvarez”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, v. III, Galería de escritores, edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, UNAM, México, 2005, pp. 507-520.

Villegas, Abelardo, *Positivismo y porfirismo*, SEP, México, 1972.

_____, “Prólogo”, en José Enrique Rodó y Roberto Fernández Retamar, *Ariel/Calibán*, SEP/UNAM, México, 1982, pp. 1-8.

Vitier, Cintio, “Presentación”, en José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, México, 2002.

Von Ziegler, Jorge, “Estudio introductorio”, en *Revista Azul* (ed. facsimilar), México, UNAM, 1988, p. IX.

_____, “Las revistas azules”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La república de las letras. Asomo a la cultura escrita del México decimonónico*, v. II, UNAM, México, 2005, p. 210.

Weil, Bruno *El proceso Dreyfus*, Compañía General de Ediciones, México, 1953.

Weinberg, Liliana, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, UNAM/FCE, México, 2001.

_____, “Hispanoamérica. La confederación del arte”, en *Revista Moderna de México 1903-1911. II. Contexto*, Coordinación y estudio introductorio de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé, UNAM, México, 2002, pp. 199-220.

_____, *Pensar el ensayo*, Siglo XXI, México, 2007.

Zaid, Gabriel, *Tres poetas Católicos*, Océanos, México, 1997.

Zaïtzeff, Serge I., “Prólogo”, en Ricardo Gómez Robelo/Carlos Díaz Dufoo Jr., *Obras*, FCE, México, 1981, pp. 7-27.

Zanetti, Susana, “El modernismo y el intelectual como artista: Rubén Darío”, en Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz, Madrid, 2008, pp. 523-543.

Zea, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano*, t. I, Editorial Pormaca, México, 1965.

_____, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, FCE, México, 1990.

_____, “Ariel, un siglo después”, en *Arielismo y globalización*, Leopoldo Zea y Hernán Taboada (coords.), IPGH/UNAM/CCYDEL/UNESCO/FCE, México, 2002, pp. 5-11.

Zermeño, Guillermo, “El concepto ‘intelectual’ en Hispanoamérica: génesis y evolución”, *Historia Contemporánea*, núm. 27, México, 2003, pp. 777-798.

Ziegler, Jon Von, “Estudio Introductorio”, *Revista Azul* [ed. facsimilar], UNAM, México, vol. 1, 1988, p. IX.

Zola, Emilé, “Jorge Sand”, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 6, 10 de junio de 1894, p. 94.

_____, sin título, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 17, 26 de agosto de 1894, p. 266.

_____, sin título, *Revista Azul*, México, t. 1, núm. 22, 30 de septiembre de 1894, p. 342.